SEBASTIÁN SEVILLANO



la desaparición de

Karen BLACKSTONE COLDCASE #1

VERONIKA LAKE

UN THRILLER PSICOLÓGICO

LA DESAPARICIÓN DE VERONIKA LAKE

UN THRILLER PSICOLÓGICO

SEBASTIÁN SEVILLANO
SÉBASTIEN THEVENY

Traducido por
SOPHIE CLAIRE DIAZ ESPINOSA

AUTOPUBLICADO

Depósito legal, noviembre 2025

ISBN :

© Sébastien Theveny, 2022

© Sebastián Sevillano, 2025

Formateado con Vellum

PRÓLOGO

VERANO 2017, *SUGAR ISLAND*.

—¿CYNTHIA? ¡Ah! ¡Maldita sea! ¿Estás ahí? ¿No has visto a Veronika?

Tom Malone, con una botella de cerveza en la mano izquierda, aparta nerviosamente el mechón graso que cae sobre su frente mientras llega corriendo, en pánico, hacia Cynthia Favor.

—No la he visto desde hace media hora —responde la joven al chico visiblemente ebrio—. ¿Por qué? Pensé que ella estaba contigo.

—Sí, lo estaba, pero se fue.

Cynthia niega con la cabeza, como si lo entendiera.

—¿Qué pasó esta vez? —ella quiere saber.

—Pero nada... Bueno, no peor que de costumbre, la verdad.

—¿Ustedes dos se han vuelto a pelear?

—¿A ti qué te importa, en todo caso?

—¡Eh, oye! No me hables así, ¿vale? No vienes de repente a preguntarme si he visto a tu novia y, al instante siguiente, empezar a agredirme. ¡Me estás jodiendo, Tom! Ni siquiera te das cuenta de que estás medio borracho, como siempre en las fiestas que pasamos juntos, y luego te extrañas de que tu *chica* se vaya sin previo aviso. Pero mírate, pobre tonto, con tu lata colgando de la mano como si fuera una extensión de tu brazo. Veronika simplemente debe

haberse cansado de tus delirios alcohólicos y quiso tomar un poco de aire.

Detrás de ellos, en la lujosa villa de los Lake, la música suena a todo volumen. Cynthia, unos minutos antes, sintió la necesidad de escapar un momento del bullicio de la fiesta. Se alejó hacia la pequeña cala aislada que da frente a las orillas de Lily Bay, donde vio las luces de las pocas viviendas, a medio kilómetro más allá, después de la desembocadura del lago.

Tom gruñe mientras intenta arreglar su mechón rebelde.

—Mierda. Me está jodiendo esta idiota —suelta, sin estar seguro de si está dirigiendo esas palabras a Cynthia o a la ausente Veronika.

Con un gran gesto circular, lanza la lata de cerveza por encima de la cabeza de la joven y la observa caer al agua del lago con un *plop* amortiguado antes de hundirse rápidamente.

Por encima de ellos, el cielo estrellado deja pasar la luz blanquecina de una media luna ascendente.

Luego, el joven da media vuelta y avanza rápidamente hacia la villa, donde un grupo de bailarines se menea en la terraza, junto a una amplia piscina iluminada por focos de colores cambiantes.

CYNTHIA SE ENCUENTRA de nuevo sola, sentada sobre las piedras de la cala, sus pies descalzos sumidos en el agua negra del lago Moosehead. Cruza los brazos sobre sus rodillas dobladas hacia su pecho, inclina la cabeza en el hueco formado por esa posición casi fetal y suspira profundamente mientras cierra los ojos.

—Qué verano tan increíble —piensa ella—. Un verano que termina, como un paréntesis irreal para su grupo de amigos. Un verano que ninguno de ellos está cerca de olvidar. Cada uno guarda toda su vida, el recuerdo indeleble de un verano en particular. Ya sean buenos o malos recuerdos, lo que importa es que ambos se impregnan para siempre en la memoria.

El verano de 2017 representará, para Cynthia, Tom, Veronika y los otros, el pilar definitivo de una juventud que llega a su fin.

Después de unos minutos de reflexión, la joven se levanta, sacude su short de mezclilla con flecos y sube de nuevo hacia la

villa.

Cuando llega a la casa grande, se da cuenta de que el ambiente ha caído considerablemente. La música sigue sonando en los altavoces colocados en las esquinas de la piscina, pero los bailarines han dejado de moverse. Una inquietud totalmente diferente se ha adueñado del resto de los jóvenes invitados de Veronika Lake. Todos parecen haberse puesto a buscar a su anfitriona desaparecida. Algunos recorren el vasto parque, mientras otros registran las numerosas habitaciones de la propiedad, incluidas las dependencias anexas. Entre ellos, Tom parece cada vez más nervioso, al borde de la histeria.

—¡Maldita sea, pero ya estoy en la edad en la que no quiero jugar al escondite! —exclama él.

Desciende las escaleras de madera que llevan al salón justo cuando Cynthia entra.

—¿No la has encontrado? —pregunta ella preocupada, echando un vistazo al gran reloj de pared que preside sobre la chimenea, en la que cabrían troncos de dos metros.

Tres de la mañana, domingo 27 de agosto de 2017.

NO, Veronika no fue encontrada. Ni a las tres de la mañana, ni a las cinco, ni a las siete, a pesar del amanecer que podría haber facilitado la búsqueda.

Veronika no fue encontrada ni en la villa, ni en el parque, ni en la orilla de Sugar Island, tampoco en los densos bosques que cubren la mayor parte de su superficie, ni en las aguas costeras del lago Moosehead que la rodean.

En la orilla, el bote neumático que había sido utilizado para el trayecto entre el continente y la isla para desembarcar a los fiesteros aún estaba atado al muelle donde se había amarrado por última vez, alrededor de las seis de la tarde del sábado 26 de agosto.

Entonces, ¿dónde estaba Veronika?

¿Por qué no volvió a aparecer nunca más? ¿Ella o su cadáver, flotando en la superficie de las aguas oscuras, hinchado, atrapado en ramas de árboles muertos?

NO, Veronika no fue encontrada, a pesar de las búsquedas en el bosque de Sugar Island, de los rastreos en las aguas negras del lago Moosehead, de los múltiples sobrevuelos en helicóptero de los muchos kilómetros cuadrados de tierra del condado de Piscataquis que rodean el lago.

ESTE DOMINGO 27 de agosto de 2017 se mantuvo para siempre como el día de la misteriosa y no resuelta desaparición de Veronika Lake.

1

PISCATAQUIS

CUANDO MYRTILLE FAIRBANKS, MI EXCÉNTRICA *BOSS*, ME PROPUSO escribir sobre la desaparición de una joven en Greenville, pensé inmediatamente en Carolina del Sur.

Pero cuando llegué a Greenville, en el estado de Maine, entendí de inmediato que no hablábamos de la misma ciudad.

Mil quinientas almas, según los registros oficiales, lo que está lejos de los sesenta mil que tiene su homóloga –más conocida– de Carolina.

Aquí, en el condado de Piscataquis, el menos poblado de Maine, no se necesita GPS para orientarse entre las pocas calles de la ciudad. Lo más sencillo para orientarse fácilmente es situar el pequeño puerto que da al lago Moosehead y descubrir que la ciudad se ha desarrollado —aunque es un gran decir— alrededor de este. Aparentemente, se vive de la pesca o de la industria maderera, omnipresente alrededor del pueblo.

No hace falta buscar un edificio de más de tres pisos, el más imponente es el del ayuntamiento, uno de los pocos construidos en ladrillo rojo; todas las demás viviendas parecen grandes cabañas revestidas de madera. Tampoco hay necesidad de precisar que aquí la delincuencia debe estar cerca de cero, ya que ninguna propiedad

está protegida por alguna valla. Uno se pregunta en qué ocupan sus días las fuerzas policiales.

En todo caso, no para dar con el rastro de Veronika Lake, una adolescente de diecisiete años desaparecida desde hace cinco años, sin que se haya vuelto a saber de ella, viva o muerta.

HE LLEGADO a la *Greenville Inn*, una hermosa casa situada un poco más arriba, con vistas al lago, en la zona de East Cove. Mi jefa me dio algo de margen con los gastos, y como la oferta de alojamiento es limitada en el pueblo, me asignaron la encantadora habitación Lupin, con sus maderas elegantes y una decoración algo pasada de moda, incluyendo los papeles pintados que parecen directamente de la época en la que se construyó el edificio. ¿La ventaja de este lugar? La paz y tranquilidad que me permitirá investigar sin preocupaciones sobre el caso de Veronika Lake.

Al menos eso pensé cuando me instalé.

Lo que vino después me demostraría que meter las narices en los asuntos turbios de un diminuto pueblo perdido en lo más profundo de Maine nunca es tarea fácil.

No conviene agitar las aguas quietas del lago Moosehead ni molestar en su descanso al alce*, rey de los bosques, ese animal que dio nombre tanto al lago como a la pequeña montaña que se ve más allá de la orilla oeste.

Sin embargo, mi *boss* bien podría haber elegido otra estación que octubre para enviarme a congelarme en este rincón perdido. Pero bueno, *hay que ponerle buena cara al mal tiempo.*

Tomo posesión de mi habitación agradeciendo a la encantadora anfitriona que me entrega las llaves después de haberme acompañado hasta allí. Me indica que el desayuno se sirve en el gran comedor común entre las seis y media y las diez de la mañana. En cuanto al almuerzo y la cena, se disculpa repetidamente, ya que no se sirven en el lugar, y me da dos o tres direcciones "en el pueblo" donde podré comer fácilmente "barato y no tan malo". Solo espero que no haya solo filete de alce en el menú...

Justamente, consulto la hora en mi teléfono móvil, que confirma lo que mi estómago me viene diciendo desde hace unos minutos: tengo hambre. Las tres horas de carretera —con paradas incluidas— desde Portland me han abierto el apetito. Vuelvo a mi vehículo en el estacionamiento y me dirijo hacia el centro del pueblo, que aquí llaman Greenville Village.

Aprovecho para recorrer como turista las pocas calles que conforman el centro y las que rodean el lago, tanto para empaparme del ambiente como para ubicar los lugares donde pueda comer decentemente.

Finalmente me instalo en la *Dockside Tavern* y, entre una variedad de pizzas, hamburguesas y otros *hot dogs*, encuentro un *handwich*, como lo llaman aquí para diferenciarlo de los sándwiches, hecho con filete de pescado frito, por supuesto.

—¿Está de vacaciones por la región? —me pregunta de forma automática la camarera al traerme mi pedido, sin dejar de masticar su chicle.

—No. Estoy aquí por trabajo —respondo con voz neutra.

—¿En qué trabaja? ¿Aguas y bosques? Porque aquí, ya sabe...

—No, no, para nada, Charlène —la interrumpí al descubrir su nombre en la placa enganchada a su delantal.

La mesera no se mueve. Parece decidida a que le cuente más sobre mi presencia aquí. Debe de ser de esas personas a las que les gusta platicar con los pocos clientes que llegan, solo para matar el tiempo. Dudo en confesarle el motivo de mi estancia en Greenville, pero, al evaluarla con la mirada, me digo que debe tener unos veinte años, veinticinco como mucho, y que probablemente conoció a una chica de su edad, una tal Veronika Lake. Decido entonces mover un poco mi anzuelo en las aguas del lago...

—Soy periodista —solté finalmente.

—¿En el *Portland Press Herald*? Aquí lo recibimos cada mañana, a los clientes les gusta hojearlo mientras toman su café en la barra.

—No, para nada. Trabajo para el *TCM*...

—No lo conozco.

— *True Crimes Mysteries*…

—¿No? ¿Esas revistas especializadas en casos criminales? ¡Dios mío, soy incapaz de leer esas cosas! ¡Me dan pavor, se lo juro! Dígame, señora, ¿es cierto todo lo horrible que cuentan en esas revistas? Perdón si la ofendo, pero...

Le regalo una sonrisa conciliadora.

—No hay problema, Charlène, sé muy bien lo que piensa la mayoría de la gente sobre ese tipo de revistas. Y, aun así, no nos faltan lectores, se lo aseguro. Hay mucha gente que nos lee, aunque no se atreva a decirlo abiertamente. El crimen siempre ha despertado curiosidad, quizá malsana, pero muy real. Y, además, no hablamos únicamente de las carnicerías de asesinos seriales o de pedófilos enfermos dignos de encierro. Por ejemplo, yo estoy especializada en *cold cases* de desapariciones no resueltas...

Ante estas palabras, veo que la mesera frunce ligeramente la boca y me dirige una mirada preocupada.

—Bueno, la dejo comer tranquila, señora. Tengo que volver a la cocina.

Dicho esto, se frotó las manos sobre el frente de su delantal y dio media vuelta, dejándome a solas con mi *handwish* de pescado.

Debo reconocer que el *burger* estilo *Dockside Tavern* no está mal. Con su salsa tártara y su acompañamiento de papas chips caseras, lo estoy disfrutando. ¿Es esto un buen augurio para el inicio de mi estancia aquí?

—¿Un postre? —me pregunta Charlène unos minutos después, retirando mi plato vacío.

—Estoy llena, pero me voy a dejar tentar por el pastel de chocolate sin gluten.

Cuando me lo trae, no le doy oportunidad de irse y le pregunto:

—¿Usted conoció a una tal Veronika Lake?

La joven se paraliza. Siento que duda antes de decirme algo. Luego se da la vuelta, diciendo con voz emocionada:

—Le traigo su postre enseguida, señora.

Lo saboreo mientras miro el sol ponerse detrás de las colinas que bordean la orilla oeste del lago Moosehead. Un paisaje magnífico, pacífico, cuna de una pequeña ciudad igual de tranquila. Aparentemente...

Mientras me como las últimas cucharadas de mi pastel, me pregunto si mi presencia en este lugar no va a generar algunas ondas en la superficie demasiado calmada del lago. Pero debo hacer mi trabajo. Y este no es solo un medio de subsistencia. Debo admitir que siempre me ha interesado resolver los enigmas en los que trabajo. Arrojar luz sobre una desaparición inexplicada significa, para mí, hacer justicia a la persona desaparecida y revivir su recuerdo, al menos.

Sin embargo, al darme cuenta de que, en mi primer encuentro, me topo con cierta reticencia, pienso que voy a tener un buen trabajo por delante.

Es por eso que me sorprendo cuando Charlène deja mi cuenta sobre la mesa, dentro de una pequeña taza. En el papel, debajo del monto total, ha escrito un «*Gracias por su visita, Charlène*», totalmente estándar, excepto que justo después de su nombre, hay una pequeña flecha que me invita a dar vuelta a la hoja.

En el reverso, leo:

Termino mi turno a las 9 p.m. Espéreme en el Stress Free Moose Pub, a cien metros a la derecha al salir.

---

* *Moose, en inglés, designa al alce, el más imponente de los cérvidos vivos.*

2

UN AGUJERO PERDIDO

CONSIDERANDO LA HORA, DESPUÉS DE CENAR, PREFERÍ OPTAR POR UNA infusión en lugar de una de las numerosas cervezas que ofrecían en el menú del pub donde me instalé en una pequeña mesa redonda ubicada en una esquina. Aquí huele a lúpulo y fritura, las pantallas de televisión transmiten un partido de béisbol en el que juegan los Red Sox de Boston, uno de los equipos más cercanos al estado de Maine y uno de los más famosos de la Major League.

Ya son las diez de la noche. Estoy impaciente observando cómo pasa el tiempo, calentando mis manos alrededor de mi taza mientras me pregunto si Charlène terminará por reunirse conmigo, como me lo dejó entrever en el mensaje que garabateó en la parte trasera de mi nota del restaurante.

Escucho el tintineo de la campana del pub y mi mirada se encuentra con la de la camarera que, fiel a su promesa, se sienta frente a mí después de hacer una parada en el mostrador para hacer su pedido.

—Pensé que no vendría, le digo.

—Perdón, no pude liberarme antes. Pero ya estoy aquí, como puede ver.

Mientras habla, no deja de mascar su eterno chicle. Me pregunto si es el mismo todo el día o si, como un roedor, simplemente mueve

su mandíbula sin parar. Me doy cuenta cuando agarra el chicle con los dedos para pegarlo en una pequeña servilleta de papel sacada del dispensador en la mesa y luego la tira al cenicero, mientras el camarero coloca su cerveza frente a ella.

—Aquí tienes, Charlie. Hace mucho que no te veíamos.

—Trabajo, trabajo, Jamie — parece disculparse.

—¡Salud! digo levantando mi taza de té casi frío.

Le dejo el tiempo necesario para tomar un largo sorbo de su bebida dorada antes de agradecerle:

—Es muy amable de su parte haber venido. Deduzco que el nombre de Veronika Lake le dice algo. ¿La conoció?

Ella deja su vaso, se pasa la lengua por el labio superior lleno de espuma y dice:

—Un poco. Así, a grandes rasgos. Teníamos más o menos la misma edad, ella y yo. Incluso fuimos al colegio juntas. Pero no teníamos mucho trato.

—A pesar de ello, me pareció que se sintió un poco preocupada cuando mencioné su nombre y, más tarde, su desaparición. ¿Por qué?

Charlène hace una mueca.

—Digamos que es... un tema bastante sensible aquí.

—¿Sensible cómo?

—Casi tabú, vaya. Como habrá notado, Greenville es un pueblito, casi un pueblo de pescadores. De hecho, un lugar perdido en medio de los bosques de Maine, en el extremo de esta gran América. Al menos tiene la ventaja de ser un sitio tranquilo donde casi nunca pasa nada, ¿se imagina el tipo de lugar?

—Otra faceta del sueño americano, ¿no? El Maine no es un agujero para todo el mundo, ¿no? Se dice que Stephen King está muy a gusto allí.

—Sí, en Bangor, no en Greenville... En fin, lo que quería decirle, señora...

—Llámeme Karen.

—Bueno, lo que tiene que saber, Karen, es que aquí todo el mundo quiere vivir tranquilo y, sobre todo, olvidar esa historia que pasó hace más de cinco años, y que en su momento ya agitó

bastante las aguas. Ahora el lago está calmado; no queremos volver a remover esa vieja porquería. ¿Lo entiende?

Asiento con la cabeza en señal de aprobación.

—Lo entiendo muy bien, sí. Pero mi trabajo es precisamente agitar esas aguas, remover el lodo, levantar rocas bajo las cuales se esconden anguilas... para revelar la verdad a nuestros lectores.

Charlène suspira.

—Lectores sedientos de emociones fuertes, mirones que se deleitan con el sufrimiento ajeno a través de las páginas infames de sus revistas de escándalos.

—Yo no lo veo así —maticé.

—Claro, es su trabajo. Pero entiendo, hay que ganarse la vida. Servir hamburguesas o husmear en la basura de los demás...

Me toca suspirar. Intento adivinar qué motivó a esta joven a ayudarme y, al mismo tiempo, despreciar mi trabajo y mis intenciones actuales.

—Charlène... ¿Nunca tuvo usted el deseo de conocer la verdad sobre la desaparición de esa joven en Greenville? ¿No le perturbó tanto?

—Ya se lo dije, ella y yo no éramos realmente amigas.

—Pero sigue siendo una tragedia local que debe haber marcado a mucha gente. ¿Sabe cómo ocurrió?

La joven camarera termina su cerveza de un trago y deja el vaso sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—No, no sé nada. ¡Nadie sabe nada! Un día estaba allí, al siguiente desapareció. Nunca más la vimos. Punto final. ¿No ocurre a menudo que la gente desaparezca sin dejar rastro, no? Debe saber algo sobre eso, en su trabajo...

—¿No hubo señales previas que pudieran explicar su desaparición?

—No sé. Lo único seguro es que desapareció una noche durante una gran fiesta en la villa de sus padres, en Sugar Island.

Ese nombre no me era desconocido, había estudiado los pocos artículos que se publicaron en su momento.

—¿Una isla deshabitada en medio del lago Moosehead, verdad?

—Exacto.

—Aparte de esa villa que pertenece a los Lake… ¿Usted estuvo en esa fiesta?

—¡No! Como le decía, yo no formaba parte del Círculo…

—¿El Círculo?

—Sí, el círculo íntimo, los allegados de esos ricachones de Lake. No es el mismo mundo que el mío, ¿me entiende?

—Ya veo —dije, notando su expresión cansada, como la de una camarera de un *diner* de pueblo—. ¿Y sabría decirme a quién podría encontrar que estuviera en esa fiesta privada?

—Bueno... Supongo que la mayoría de los que estuvieron allí ya han abandonado la región hace mucho tiempo. Cuando uno sale de ese círculo, no se queda mucho tiempo en Greenville. Se va a hacer su vida en otros sitios: Bangor, Portland, Boston o Nueva York. Solo los provincianos como yo, los sin título, nos quedamos aquí... Tal vez su exnovio, un tal Tom, que no era realmente de la misma clase y que, creo, se quedó por aquí.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—Creo que trabaja en una empresa de tala de árboles o carpintería. Tom Malone, ese era su nombre, me acuerdo. Lo encontrará. Bueno, tengo que irme, empiezo temprano mañana.

Charlène se levanta, la agradezco, ella asiente antes de advertirme por última vez:

—Usted debe procurar no agitar demasiado las aguas… Es un consejo de amiga.

Luego sale del pub, dejándome pagar su cerveza.

DE REGRESO A MI HABITACIÓN, en el *Greenville Inn*, me dejo caer sobre la cama, agotada antes incluso de haber empezado realmente mi investigación. Con un esfuerzo considerable, me incorporo y voy al baño, haciendo una mueca al ver mi pésima cara en el espejo. Me cepillo los dientes, me desvisto y, porque lo necesito desesperadamente, porque no tengo otra opción, tomo los tres blísters de medicamentos que nunca me abandonan, vaya donde vaya, haga lo que haga.

Sé que después de tomar esas tres pastillas, dormiré mejor, como cada noche.

No tengo opción.

Tengo que seguir, si no… me hundo.

3

UNA MENTIRA PIADOSA

DESPERTÉ A LA LUZ CEGADORA QUE SE FILTRA POR LAS RENDIJAS DE LAS persianas de mi habitación en la *Greenville Inn*, que me obligó a entrecerrar los ojos. Me giré hacia el costado para no ser una molestia por la luz y recordé la noche anterior. Ese encuentro inesperado con Charlène, sus advertencias, sus pistas para ayudarme a avanzar en mi investigación sobre Veronika Lake.

Tengo que acercarme a ese tal Tom Malone, que en el momento de su desaparición era el novio de la chica. Estuvieron juntos en aquella fiesta en Sugar Island, la noche en que desapareció. Seguro que tiene muchas cosas que contar. A menos que lo considere un "tabú".

Me vestí y bajé a desayunar en la sala común del establecimiento.

Al entrar en el lugar, un delicioso aroma a café me dio la bienvenida. De inmediato sentí un deseo urgente de consumirlo. La cafeína me ayudaría a empezar bien el día que me esperaba. La anfitriona me saludó con un:

—Buenos días, señora Blackstone. Espero que haya dormido bien. Siéntese donde guste, por favor. ¿Café, té?

—He dormido muy bien, gracias. La cama es estupenda. Un café negro, por favor. Sin azúcar, sin leche.

Voy a tener que averiguar en qué empresa trabaja este Tom. Interrogo a mi casera.

—¿Conoces a un tal Tom Malone? Debe ser empleado en una empresa que se dedica a la madera.

—No me suena, lo siento.

—¿Existe algún directorio de empresas locales?

—Sin duda en la *Town Office*, sí.

Mientras anotaba mentalmente hacer una visita al ayuntamiento de Greenville, disfrutaba de mi café acompañado de huevos revueltos, arenque ahumado y algunas frutas frescas. Aproveché para husmear por internet en busca de empresas locales. Una de ellas llamó mi atención: la *Haymond Lumber Company*. Aparentemente, una de las empresas más grandes del estado de Maine en la industria de la madera, con más de veinte sucursales, incluida una en Greenville. Según su sitio web, la firma fue galardonada en 2021 como una de las mejores compañías para trabajar en Maine. ¿Encontraré a un Tom Malone feliz de trabajar allí? ¿Feliz de verme allí?



AL VOLANTE de mi antigua Ford Ranchero de 1967, una pick-up beige descolorida que heredé de mi padre cuando partió a entregar su vieja osamenta a San Pedro, me dirijo a las oficinas de la empresa de carpintería donde espero poder encontrar a Tom Malone.

Siendo a la vez un local abierto al público y la sede de la administración del sitio, los edificios son de construcción reciente, combinando madera —como corresponde para una marca así—, acero y vidrio. En la recepción, me dirijo hacia una joven de rostro amable. Tras un intercambio cortés de saludos, ella me pregunta:

—¿En qué puedo ayudarle, señora?

—Es algo particular. Me gustaría ponerme en contacto con un tal Tom Malone que creo que trabaja con ustedes.

—¿Tom Malone? No me suena. ¿Qué desea de él?

Dudo entre ser completamente honesta o inventar algún pretexto cualquiera, insignificante. Opto por la sinceridad… apenas disimulada.

—Soy periodista y estoy escribiendo un reportaje sobre la explotación de la madera en Maine...

—Vaya tema —sonríe la joven—. ¿No desea usted mejor encontrarse con nuestro director de explotación forestal? Si no, también puedo testificar sobre mi experiencia —susurra ella con un guiño.

—Sería una muy buena idea, en efecto —la acaricié—. Gracias por esta sugerencia, pero primero quisiera obtener el testimonio de un hombre de campo, como debe ser este Tom Malone, al que me describieron como un trabajador de fuerza. ¿Me puede ayudar? Después de eso, con gusto volveré a verla para escucharle, así como al director…

—Con gusto. Espere, voy a consultar el archivo de empleados. No los conozco a todos, somos cientos solo en Greenville, desde mi modesto puesto hasta el gran director.

Habiéndola puesto en mi bolsillo, le dejo el tiempo necesario para que busque en su base de datos, de donde sale, triunfante:

—¡Lo tengo! Tom C. Malone, está efectivamente empleado con nosotros en la explotación. Precisamente en la tala. El equipo se encuentra en este momento en el sector noreste, después de Big Spencer.

—¿Big Spencer?

—La gran colina boscosa que domina el lago después de Lily Bay. Mire, puedo editarle un plano de las áreas de tala en las que están trabajando en este momento, eso le ayudará a orientarse allí arriba.

La recepcionista imprimió una hoja llena de líneas topográficas, trazos de cortes y flechas en todas direcciones. Rodeó un sector con un resaltador y me entregó el papel.

—Solo falta subirse a su coche y preguntar allá. ¡Que tenga una buena caminata... y hasta pronto!

—Gracias. Sin falta.

Un paseo estupendo, en efecto. El trayecto de Greenville a Big Spencer me dio la oportunidad de conocer la región, recorriendo la

orilla este del lago Moosehead a través de Lily Bay y Spencer Bay. En esta época, el espectáculo era impresionante. Maine no es por nada el estado más boscoso de los Estados Unidos, lo pude ver de inmediato con los árboles de colores amarillo, naranja y rojo, con las hojas listas para caer. A mi derecha, los bosques; a mi izquierda, las aguas tranquilas del lago; adelante y atrás, una carretera casi desierta que serpentea en medio de este paisaje salvaje. Poco después, tras haber verificado varias veces el camino, llego a las inmediaciones del sector que la recepcionista había marcado en verde. Estacioné mi Ranchero en un estacionamiento de tierra que parecía el último límite antes de ingresar al área de tala. Allí descubro unas máquinas forestales cuya existencia ignoraba por completo.

Me acerqué a un tipo con casco que fumaba un cigarro enrollado. Llevaba un chaleco amarillo fluorescente con el nombre de *Haymond Lumber Company*. Esperaba que no arrojara su cigarro donde fuera...

—Hola. Estoy buscando a Tom Malone. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

El tipo se dio vuelta y me observó de arriba a abajo. Al notar que mi atuendo no era el más adecuado para ese lugar, me advirtió.

—¿Y usted quién es? ¿Qué quiere con él? No debería estar aquí sin protección, señora.

—Sí, lo siento mucho. Trabajo para una notaría y necesito encontrar al señor Malone lo antes posible.

Otra mentira piadosa, pero que tiene el don de ablandar de inmediato a cualquier viejo gruñón como este barbudo huraño. Basta con agitar la bandera de una institución oficial y el acceso se abre como por arte de magia.

—Vaya forma rara de hacer las cosas —gruñe el hombre-oso—. En fin, veré qué puedo hacer.

Agarró un walkie-talkie de su cinturón y llamó:

—¿Michael? Aquí Aaron. ¿Tommy está en tu equipo esta mañana? Ok. ¿Puedes decirle que pase por el estacionamiento? Hay una señora de civil que lo quiere ver. Ok, se lo diré.

El tipo de la barba tupida se toma su tiempo para colgar el walkie-talkie antes de repetir lo que yo misma había alcanzado a oír entre los ruidos del aparato:

—Tiene que esperar hasta la hora del descanso. Tommy estará aquí en media hora. Mientras tanto, aléjese un poco, vaya a buscar hongos al frente, si quiere.

—Gracias, Aaron —gruñí, mientras me alejaba.

Idiota, me dije a mí misma, mientras volvía por el mismo camino.

TRES CUARTOS de hora después, veo llegar a un tipo alto, de hombros cuadrados, que lleva una chaqueta de leñador debajo de su chaleco fosforescente. Se detiene junto a Aaron, quien me señala con el dedo; yo sigo de pie junto a mi coche. Tom —porque sin duda debe de ser él— asiente con la cabeza y se acerca con pasos lentos. Su frente, marcada por las durezas del oficio, muestra una ligera preocupación. En la mano lleva un sándwich envuelto en celofán.

—Soy Tom Malone. ¿Qué ocurre? ¿He heredado de un tío abuelo?

Le tiendo la mano, que él aprieta con fuerza entre sus dedos callosos de leñador. Cuando recupero mis falanges, tengo la desagradable impresión de que las ha confundido con ramas secas.

—Karen Blackstone. Le debo la verdad… No trabajo para una notaría, pero fue la mejor manera que encontré para acercarme a usted.

El leñador me lanza una mirada negra como el humus de los bosques de robles.

—¿Qué es todo este enredo? ¿Entonces quién es usted?

Vamos, pongamos las cartas sobre la mesa.

—Para ser franca, soy periodista. Me interesa una persona que usted conoció hace algunos años. Me gustaría poder conversar con usted sobre ella.

—¿Y ha hecho todo el viaje hasta el fondo de este bosque solo para hablar conmigo? ¡No lo puedo creer! ¿Qué tengo yo de tan interesante como para que una periodista quiera hablar conmigo? Y antes que nada, ¿quién es esa famosa persona que, según usted, yo habría conocido?

—Veronika Lake…

Los ojos de Tom Malone se agrandan de sorpresa y una vena recorre repentinamente su frente curtida. Luego, girando de golpe, exclama:

—¡No tengo nada que decir sobre esa perra!

4

SIEMPRE UNA ESPERANZA

ME QUEDO COMO PIEDRA, CON LOS PIES PLANTADOS EN LA HIERBA DEL bosque al que nos habíamos adentrado, Tom y yo. Durante unos segundos, lo observo alejarse con largas zancadas furiosas, antes de salir de la parálisis que me provocó su reacción repentina.

—Espere, señor Malone. Por favor…

Sin siquiera voltearse, alza una mano con fastidio y gruñe:

—Déjeme tranquilo. No tengo nada que decirle.

—Tom —insisto, siguiéndolo—, solo unas preguntas. No le quitaré mucho tiempo.

—Prefiero que me deje en paz, para empezar. Y mejor aún, para siempre.

Lo alcanzo unos metros más adelante, me adelanto y me planto frente a él. Mi cuerpo delgado frente al suyo, fuerte como el de quien está acostumbrado a cargar árboles.

—Lo que dura su almuerzo —le propongo—. Yo también necesito entender lo que ocurrió hace cinco años…

—No necesito entender nada —responde, tajante—. No le pedí nada. Usted aparece de la nada, removiendo recuerdos que ya enterré, y quiere que desperdicie mi comida por eso. Está soñando. Yo ya pasé la página de esa historia. Ya me hizo bastante daño...

Lo entiendo, al tipo. En su lugar, yo también estaría igual de sorprendida y desconcertada si una desconocida apareciera en el bosque, en mi lugar de trabajo, para remover la tierra de una oscura historia de desaparición nunca resuelta de una antigua novia. Sin embargo, percibo una grieta en su voz y me meto por ahí, como buena profesional de la investigación. Las palabras clave salen de mi boca como un acto reflejo.

—Nunca hay que dejar una herida mal cerrada. Puede infectarse y tener consecuencias de por vida. Confíe en mí, con mi ayuda puede cauterizar el dolor.

Tom Malone suspira profundamente. Sus rasgos se suavizan ligeramente.

—¿Qué sabe usted de este caso?

—Lo que los medios de la época revelaron, es decir, bastante poco. Pero estoy especializada en casos de desapariciones no resueltas. Siempre hay esperanza, incluso años después. Al menos eso es lo que yo siempre espero… Concédame unos minutos de su valioso tiempo.

—El tiempo de tragar mi sándwich, ni un minuto más —advierte —. Yo sí tengo un trabajo de verdad…

—*Deal*.

NOS SENTAMOS en una mesa de picnic al borde del claro del bosque. Tom saca su pedazo de pan relleno, me parece, con unas cuantas rebanadas de lomo de cerdo entre dos capas de mayonesa. Lo observo morderlo con ganas, como el hombre del bosque hambriento que debe de ser. Lo dejo alimentarse un momento antes de empezar con las hostilidades.

—Según mis fuentes, ¿usted tuvo una relación con Veronika Lake durante el verano de 2017?

—Está bien informada, por lo que veo —responde con la boca llena, con un hilo de mayonesa en la comisura de los labios.

Se limpia con la manga de su chaqueta de cuadros.

—¿Estaban juntos desde hace mucho tiempo?

El leñador entrecierra los ojos en un esfuerzo de concentración.

—Sí, considerando la edad que teníamos, ya era algo serio. Empezamos a salir al inicio del bachillerato, así que debían de ser casi dos años. Se puede decir que era serio.

—¿Estaban enamorados, entonces?

—Se puede decir eso. Al menos, yo lo estaba.

—¿Ella no?

—No lo sé muy bien. Sí, claro, debió estarlo también, aunque yo era muy consciente de no ser el *boyfriend* ideal.

—¿Por qué usted dice eso?

—Bueno, se nota que no conoce a los Lake, usted... Para decirlo claramente, la familia Lake y la familia Malone son dos mundos distintos. Veronika y yo no éramos de la misma clase. Estaban los poderosos y los trabajadores. Usted ya ve en qué categoría estoy yo...

Con un gesto circular del brazo, abarca a la vez su atuendo de leñador, su sándwich y el bosque que nos rodea.

—Eso no le impidió tener una relación con ella…

—Cierto —admite, mientras sorbe unos tragos de agua —o lo que sea, quién sabe— de su cantimplora metálica—. Pero no podía durar para siempre...

—¿Por qué?

—No sé, una intuición. Digamos que sentía que, tarde o temprano, ella volvería con los suyos, con gente como ella. Yo solo fui un entretenimiento pasajero. Ya sabe, a veces a las niñas bien les gusta jugar con fuego, salir con *bad boys*.

—¿Usted se consideraba un *bad boy*?

—Era un poco como un perro loco. No muy recomendable, sobre todo para los padres de Veronika, que no veían con buenos ojos nuestra relación.

—¿Se lo hacían notar?

—Me daba igual, ¿sabe? —confiesa con una sonrisa ladeada—. A mí me gustaba su hija con locura y con eso me bastaba. No necesitaba la aprobación de esos viejos imbéciles.

—No los quería mucho, por lo que veo.

—Digamos que el desprecio era mutuo. En fin, lo que tuvimos duró un tiempo, pero ese verano empecé a notar que Veronika se

alejaba.

—¿Qué lo hizo notarlo?

Tom Malone deja escapar un pequeño suspiro irónico, un breve aliento exhalado por la nariz.

—¿Usted nunca ha estado enamorada?

—A ver… No estamos hablando de mí ahora. Pero entiendo lo que quiere decir. Esos pequeños detalles que forman un todo. Esas atenciones, esas miradas, esos gestos espontáneos al inicio de una relación, que poco a poco se marchitan hasta desaparecer o volverse más artificiales…

Malone se ríe con ganas. Es la primera vez que se relaja desde el inicio de nuestra entrevista.

—Yo no lo habría dicho tan bien como usted, Karen —admite—. No tengo tantas palabras en mi repertorio, pero sí, es más o menos eso. El caso es que, ese verano, ya se sentía un poco a despedida…

—¿El fin de su relación?

—Final de muchas cosas… Y me di cuenta de golpe, aquella noche en Sugar Island…

5

UN JODIDO FIN DE SEMANA

SIENTO QUE TOM MALONE ESTÁ A PUNTO DE CONFIARSE. COMO YA CASI terminó su sándwich, retomo su última frase:

—¿Qué ocurrió aquella noche?

El joven leñador niega con la cabeza y dice:

—Tendría que haber sido un fin de semana perfecto en la isla de los Lake...



VERANO de 2017, Sugar Island.

Ya comenzaba a convertirse en una costumbre en Maine: los veranos eran cada vez más calurosos, y aquel no era la excepción a esta nueva regla. Días y noches de calor sofocante se sucedían desde la semana anterior, incluso en el condado de Piscataquis y hasta los alrededores de los numerosos lagos de la región de Greenville, donde uno esperaría encontrar algo de frescura al contacto con las aguas tranquilas del lago Moosehead.

A causa o gracias al calor seco, el grupo de jóvenes estudiantes de bachillerato que estaban de vacaciones se disponía a aislarse, durante un fin de semana, en la suntuosa villa perteneciente a los padres de Veronika Lake, la única propiedad que aún seguía en pie

en Sugar Island. Esperaban encontrar allí un poco de frescura y la tranquilidad adecuada para unas festividades dignas de ese nombre.

La isla, de más de seis kilómetros de largo y poco más de tres de ancho, había estado ocupada durante tres generaciones por algunas familias y grupos de amigos reunidos en campamentos de vacaciones. Pero, en el censo oficial del año 2000, la isla resultó estar deshabitada. Desde ese día, la población de Sugar Island fue declarada oficialmente nula.

Sin embargo, como un capricho de rico, Mason Lake, el padre de Veronika, que había heredado una fortuna de una ya acomodada familia y obtenido jugosos beneficios en el sector financiero, al saber que la isla estaba abandonada, logró adquirirla a través de las autoridades competentes. Allí mandó construir la villa que, unos quince años después, se convertiría en el escenario del drama de la inexplicable desaparición de su hija…

EN LA MAÑANA del sábado 26 de agosto, la Zodiac de la familia Lake estaba anclada en el puerto de Greenville, mientras se cargaban los víveres necesarios para una buena fiesta entre adolescentes mayores y jóvenes adultos. Paquetes de papas fritas, hot dogs, nachos, pizzas, bollos y otros burritos congelados compartían espacio en las neveras con las infaltables latas de cerveza, botellas de ron, vodka y refrescos. Rebanadas de tocino, docenas de salchichas y merguez completaban el menú en previsión de una barbacoa. La fiesta prometía ser todo un éxito, al menos según los estándares de la juventud desenfrenada de Greenville.

Claro que había que precisar que no toda la juventud de Greenville estaba invitada a esa fiesta en Sugar Island. Solo un puñado de privilegiados —el círculo íntimo de amigos de Veronika— podía aspirar a participar. Unos pocos elegidos, que nadaban en las altas esferas del poder local o de las fortunas del condado, podían jactarse de estar entre los invitados.

Todos, excepto uno.

Ese joven alocado, Tom Malone, no tenía el pedigrí del resto de los miembros del Círculo. De hecho, no formaba parte de él y solo

había sido admitido… como el novio de la hija Lake. Un título sin duda respetable, pero que no eliminaba la desconfianza que algunos miembros sentían hacia él. Admitido, sí, pero no integrado…

En cambio, cuando se trataba de cargar la Zodiac, Tom no escatimaba esfuerzos y se le dejaba gustosamente el trabajo. Después de todo, era el fortachón del grupo, el tipo de hombros anchos con pinta de leñador en potencia.

—¡Vamos, chicos, ayúdenme un poco! ¡No voy a cargar con todo esto yo solo! —protestó, mientras dejaba en la parte trasera del bote inflable una de las neveras llenas de botellas de alcohol.

—Mi Tommy —le respondió Veronika—, pensaba que te gustaba el esfuerzo físico, que era bueno para tu musculatura. Es el momento de demostrárnoslo.

La joven, acompañando sus palabras con un gesto, depositó en los brazos de su *chum* —como decían a unos kilómetros de allí, al cruzar la frontera canadiense— una caja llena de bandejas de salchichas, mientras le daba un beso en los labios.

—¿Y los otros vagos de Carlos, Alvin y Paul… qué están haciendo? — replicó Tom mientras dejaba la caja en el bote.

EN LA MEDIA HORA SIGUIENTE, el grupo estuvo listo para zarpar. Cada uno había encontrado su lugar en el *Zodiac Medline*, una bella embarcación de nueve metros con capacidad para hasta veinte personas. Dos asientos en el bolster detrás del volante, doble banco a proa y a popa, todo impulsado por dos motores de trescientos cincuenta caballos que encendió Tommy. Veronika, que había obtenido unos meses antes su licencia de navegación, se colocó al timón para alejar lentamente la lancha neumática del muelle de Greenville. Rumbo norte-noreste, bordeando la orilla derecha del lago Moosehead hasta Lily Bay, donde viraría rumbo noroeste hacia Sugar Island. Media hora era suficiente para llegar a la isla, deshabitada, propiedad privada de Mason y Janet Lake.

Las condiciones eran ideales para navegar. El lago estaba calmado, el viento no superaba los cinco nudos, el cielo era de un azul brillante y el sol resplandecía. La velocidad de la embarcación

proporcionaba a los jóvenes una sensación de frescor que faltaba en tierra firme, con las salpicaduras sobre sus cuerpos cubiertos solo con trajes de baño, mejor que cualquier aerosol de bruma de agua mineral. Solo por esa sensación tan agradable, Veronika habría dado con gusto tres vueltas al lago antes de desembarcar en Sugar Island.

Pero pronto, la costa salvaje de la isla apareció en la proa del barco, entre los vítores del pequeño grupo invitado a la fiesta del fin de semana. Tres parejas oficiales y dos solteros conformaban el grupo de ocho jóvenes, repartidos equitativamente entre cuatro chicas y cuatro chicos. Las seis habitaciones de la villa bastarían para alojarlos a todos, si es que dormir estaba en sus planes... En el peor de los casos, no les faltaba imaginación ni hormonas para aprovechar esos espacios dedicados al descanso…

Sugar Island se presentaba como una isla impenetrable, poblada por diversas variedades de coníferas y árboles de hoja caduca, que ofrecían a la vista una gama de verdes, pero brindaban pocas posibilidades para el desembarco, ya que las raíces de los árboles lamían las rocas que caían en vertical hacia el agua del lago. Veronika navegó sin dudar hacia un muelle oculto en el interior de una cala y redujo la velocidad lo suficiente para que Tommy y Alvin pudieran amarrar el Zodiac.

Esta vez, todos pusieron manos a la obra para descargar las provisiones, ansiosos por comenzar la fiesta lo antes posible. La villa estaba a unos cincuenta metros del muelle, en medio de un amplio claro acondicionado por el hombre. Dos o tres viajes de ida y vuelta bastaron para instalarse.

Y para celebrar el inicio de su fin de semana, cuando todo estuvo ordenado, los chicos se tomaron una cerveza fría en compañía de Cynthia.

Sentado al pie de la terraza de teca de la villa, Paul Tannent exclamó con un suspiro de satisfacción:

—¡Vaya, qué bien estamos aquí! ¿No es verdad, amigos?

Una ola de aprobación acogió sus palabras y alzaron sus latas.

—Veronika, tendrás que seguir agradeciendo a tu padre por prestarnos su mansión —agregó Alvin Brown. ¿Nos dan vía libre?

—Lo que pasa en Sugar Island se queda en Sugar Island —respondió simplemente la hija de los propietarios.

—¡Entonces va a ser una gran fiesta! —gritó Carlos Iglesias.

Los demás se unieron al pelirrojo en un mismo impulso alegre.



—¿Ve usted el panorama, Karen? —preguntó Tom Malone mientras tragaba el último bocado de su sándwich—. Nos íbamos a preparar para un fin de semana de locos, ¿no cree usted?

Noté el gesto contrariado del leñador y le pregunté:

—¿En qué momento cree usted que todo se volvió un drama? ¿Qué fue lo que convirtió este fin de semana de ensueño en una pesadilla?

Malone se tomó un momento para reflexionar antes de responder:

—No lo sé. Probablemente un montón de pequeñas cosas que sucedieron, se dijeron, se descubrieron o se revelaron durante esos dos días. El aislamiento, el cansancio, el alcohol, algunas drogas suaves y algunas historias de parejas, no sé... «*Lo que pasa en Sugar Island, se queda en Sugar Island*», como dijo Veronika aquel sábado... Esa frase me ha perseguido durante cinco años, Karen...

6

LA MUERTE EN EL FONDO

Mientras se levanta del banco de la mesa de picnic, no puedo concebir dejar a Tom Malone así, sin cerrar su relato del verano de 2017 en Sugar Island. Me ha dejado con la boca hecha agua, con la mosca detrás de la oreja, como se diga, en realidad, necesito saber para poder entender.

—¿Qué pasó de inexplicable ese fin de semana en la isla? Dígame lo que recuerda, Tom.

El empleado forestal hace una bola con su papel celofán y la lanza a la basura más cercana, al estilo de un jugador de baloncesto.

—Tengo que volver al trabajo, señora. Si sigo aquí sin hacer nada más tiempo, mi jefe me va a regañar. Lo siento. Tengo que irme —dice mientras mira su reloj.

—No puede dejarme así, abriendo paréntesis sin cerrarlos —le suplico.

—Sin embargo, eso es lo que voy a hacer.

—¿Podríamos continuar esta conversación más tarde? Después de su jornada laboral. Tomar una copa en Greenville; invito yo. Espere, le dejo mi número de teléfono.

Arranco rápidamente una hoja de la pequeña libreta que nunca me deja y garabateo una serie de números mientras le sigo a

grandes pasos hacia el borde de la zona forestal. Le tiendo el pedazo de papel.

—Por favor.

Se detiene, con los hombros caídos.

—Usted nunca se rinde. ¿Qué tiene que ganar con conocer el final de la historia? ¿Cree que va a hacer salir la verdad? Eso no hará que Veronika regrese...

A regañadientes, agarra la hoja del cuaderno y la mete en el bolsillo de su chaqueta de trabajo.

—¿Por qué dice eso? A veces los desaparecidos reaparecen...

—No cuando duermen a dos metros bajo tierra o están atrapados por una piedra enorme en el fondo de un lago...

El ex *boyfriend* de Veronika Lake me deja plantada en medio del claro del monte Big Spencer, con esa frase terrible que me deja sin palabras.



PASÉ el resto del día en Lily Bay. Sentía la necesidad de acercarme a Sugar Island.

Desde la pequeña playa de Lily Bay, se puede divisar, a apenas unas brazas de distancia, la costa de la isla ahora deshabitada, ese pedazo de tierra cubierto de vegetación donde Veronika Lake desapareció hace cinco años. Es a unos quinientos metros más allá del puerto donde me encuentro que se vio por última vez a la joven con vida…

Me estremezco al pensar que su cuerpo —como insinuó Tom Malone esta mañana— pueda estar atrapado en el fondo de estas aguas tranquilas que rodean Sugar Island. Aguas en las que nadan niños, donde flotan botes de pescadores, por donde navegan turistas, donde las familias practican esquí acuático, donde, en definitiva, hay vida.

La vida en la superficie, la muerte en el fondo.

¿Qué queda de un cuerpo sumergido desde hace cinco años y que nunca ha salido a flote?

¿Huesos esparcidos por el fondo, la carne devorada por la abundante fauna submarina de estas aguas ricas en peces?

—¿Qué queda de ti, Veronika? —digo en voz baja, contemplando la superficie del lago a mis pies.

Pienso en la joven desaparecida, pero no solo en ella. Un montón de rostros bailan en mi cabeza, todas esas almas que se desvanecieron, que a veces se pierden para siempre. Pienso en los cuatrocientos sesenta mil reportes de niños desaparecidos cada año en Estados Unidos. Una cifra colosal que conviene matizar. Afortunadamente, en la mayoría de los casos se trata solo de fugas, secuestros parentales o migraciones infantiles.

Entre estos cientos de miles de casos, solo el 0.5 % corresponde a secuestros de origen criminal. Una tasa que puede parecer insignificante, pero que, si pensamos en personas concretas, representa cada año a dos mil trescientas personas raptadas, encerradas, asesinadas, enterradas, quemadas…

—¿Todo bien, señora?

La voz me sorprende en medio de mis pensamientos lúgubres. Salgo de mi ensimismamiento y me doy cuenta de que, mientras cavilaba, me acerqué demasiado al lago. Mis zapatos ya están sumergidos en el agua, al igual que la parte baja de mis jeans.

Me doy la vuelta para descubrir a la dueña de la voz. Una mujer de cabelle blanco se mantiene prudentemente a dos metros de mí y repite:

—¿Señorita? ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí, gracias. Estaba soñando despierta.

—Tiene el pantalón completamente empapado.

—Se secará, no se preocupe. Solo trataba de distinguir la costa de Sugar Island.

—¿La isla maldita?

Abro los ojos con sorpresa.

—¿Perdón?

—Sí, así es como la llaman los de por aquí. Al menos los que conocen la historia.

—¿Qué historia? —pregunto con ingenuidad.

—Usted no es de aquí, ¿verdad? Me refiero a la desaparecida. ¿No está al tanto? La hija de los Lake, los dueños actuales de esa isla deshabitada. Bueno… deshabitada, no sé.

Desde que llegué, he notado que hablar de Veronika Lake de forma directa no es bien recibido, así que me alegra que esta anciana lo saque por su cuenta. Solo tengo que volver a lanzarle la pregunta:

—¿Hubo una desaparición en esa isla que dice deshabitada? ¿Cómo fue posible?

—Oh… aquí no nos gusta hablar mucho de eso, pero sí, hace cinco años, una joven desapareció durante un fin de semana que organizaron allá —señala la isla con un movimiento de la barbilla—, en la casa de sus padres. Ellos, claro, no estaban presentes. De verdad que hay gente irresponsable, ¿no cree? Dejar a un grupo de jóvenes completamente solos, haciendo quién sabe qué locuras en esa isla…

—¿Conoce a los padres?

—Claro, todo el mundo conoce a los Lake en la región. Y aún más desde la tragedia.

—¿Sabe dónde podría encontrarlos? ¿Dónde viven?

—Si toma un avión, tal vez tenga la suerte de encontrarlos.

—¿No viven en la región?

—No, señorita, dejaron el condado de Piscataquis desde la desaparición de su hija. Dicen que se fueron de regreso a Florida. Pero esa gente rica, que tiene casas por todas partes, nunca se sabe dónde están. Un mes aquí, otro allá. A veces en las Bahamas, otras en Europa. En fin, lo único que puedo decirle ahora es que abandonaron tanto Greenville como su isla privada. Demasiados recuerdos dolorosos por aquí, supongo.

Bueno, no sacaré mucha más información de esta buena señora, pero al menos sé que contactar a los padres Lake no será tan fácil como esperaba. Hago una última pregunta.

—Tengo curiosidad por visitar esa isla que parece estar tan cerca de tierra firme. ¿Hay algún ferry o servicio que haga ese tipo de travesía desde la costa?

La anciana esboza una sonrisa irónica y desdentada.

—¿Un ferry para ir a Sugar Island? Pero si no hay nada que hacer allá, nadie a quién visitar, ¿qué sentido tendría? No, señora, no hay ningún servicio que la lleve hasta allá —concluye con un movimiento de mentón.

—¿Quizá un pescador o un navegante?

—¡Ah, eso! Le reto a que encuentre a alguien que quiera acercarse a Sugar… A menos que no sea de por aquí. Nadie se acerca ya a menos de una milla náutica de esa isla maldita…

UNAS PALABRAS…

Ya no tengo fuerzas para seguir así.

Llevo tanto tiempo mintiéndome. Mentir a los demás, al mismo tiempo.

Sin duda, me ilusiono al querer que el pasado pueda borrarse en favor de un presente más sereno, y de un futuro en el que pueda, por fin, encontrar la paz del alma.

Para encontrar esa paz que he buscado sin cesar, pero que nunca he logrado alcanzar, no tengo otro camino que seguir adelante, una y otra vez.

Paso a paso, etapa tras etapa.

Pero debo hacer rápido porque el tiempo es el enemigo número uno.

El reto que me he propuesto es grande, pero debo buscar en lo más profundo de mí la fuerza para afrontarlo.

Levantarme de nuevo.

Para no hundirme. Dejar de perseguir quimeras y fantasmas.

Vivir mi vida plenamente, dejando atrás ese pasado demasiado pesado para llevar.

He tomado mi decisión, y será irrevocable.

7

CARTA BLANCA Y FULL CREDIT

EL SONIDO DE MI TELÉFONO ME SORPRENDE MIENTRAS TOMO NOTAS. DE inmediato reconozco el número de Myrtille, mi jefa algo peculiar de la revista *True Crimes Mysteries*. Instintivamente miro la hora en mi móvil: las diez de la noche. Me pregunto cuándo se toma un descanso.

Es naturalmente excéntrica e impaciente, y la escucho lanzarse a hablar con su voz chillona y apresurada, sin siquiera saludar:

—Entonces, princesa, ¿ya resolviste el enigma de Veronika Lake?

—Myrtille —suspiré—, apenas llevo poco más de veinticuatro horas en Greenville. ¿De verdad crees que soy capaz de resolver un misterio de cinco años en un abrir y cerrar de ojos?

—Sé que eres capaz de todo, Karen, ya lo sabes. Me paso la vida repitiéndotelo, mes tras mes, investigación tras investigación. Eres una hurgadora de primera, y por eso te contraté.

—Gracias por el cumplido, me emociona muchísimo. Y hola, por cierto. ¿Cómo estás tú? Ya que lo preguntas, yo estoy bien. Excepto por la bienvenida más bien gélida que me han dado en cuanto menciono el nombre de los Lake, aquí.

—¿Qué esperabas? ¿Que te pusieran la alfombra roja o que te entregaran la solución en bandeja de mariscos? Te mandé allí

porque conozco tu trayectoria. Ya has hecho milagros antes, acuérdate del caso Lacassagne de Boston.

—Me acuerdo perfectamente... Tres meses infiltrada en el encantador mundo de los *Teletubbies* de la industria farmacéutica. Creí que acabaría con sobredosis...

—¡Pues ya ves! ¿De qué te quejas, princesa? Hoy te estás regalando unas vacaciones con los pies en el agua pura de un lago en Maine, a cuenta de la princesa, yo, en este caso, — ¡mira la cara de la princesa, eh! — en medio de bosques tranquilos… Eso no es lo mismo que Boston, ¿verdad?

—Pero en pleno mes de octubre… —interrumpí mirando por la ventana de mi habitación, desde donde veía las copas de los árboles bailar bajo los golpes del viento del noreste que había levantado por la tarde, presagiando un día siguiente no tan tranquilo.

—¿Preferirías una ola de calor? Bueno, sonríe, Karen, y ánimo. ¿La bienvenida es fría como el lago? Confío en ti, vas a romper el hielo.

—Digamos que la mínima mención al drama no ayuda a que la gente hable. Ya me han dejado claro varias veces que sería mejor no remover el lodo.

—¿Te amenazaron? ¿Ya? Me sorprendes, Karen, ¿en menos de dos días ya sentiste enemistades?

—No, no amenazas. Solo advertencias. Aquí prefieren olvidar el incidente.

—¿El incidente? Bonito eufemismo. Estamos hablando de una joven de diecisiete años desaparecida en el fondo de un lago o vaya uno a saber dónde… La gente de Maine es graciosa, con su sentido común campestre… Mientras no haya sangre, no hay crimen. ¡Con esa filosofía no haríamos audiencia en *True Crimes*! Bueno, me tengo que ir. Cuento contigo para que me consigas algo jugoso, sensacional, fuerte. ¡Ah! Casi lo olvido. Por supuesto, te dejo carta blanca y *full credit*. *Ciao*, princesa.

Y cuelga como llamó, sin molestarse en saludarme. Pero la carta blanca y el crédito ilimitado no cayeron en oídos sordos, y pienso usarlos a mi antojo. Va a recibir unas facturas de gastos salados — no como el agua dulce del lago—, Señora Myrtille Fairbanks...

~

SIN EMBARGO, uno de los primeros gastos no tendrá factura.

A la mañana siguiente, después de mi desayuno, mientras el viento sigue soplando sobre el lago y forma pequeñas olas que rizan su superficie, me dirijo hacia el coqueto puerto deportivo de Greenville. En esta época del año, el lugar permanece bastante poco concurrido. Solo unos cuantos barcos de paseo siguen amarrados, a la espera de ser guardados para el invierno en los depósitos. Frente a mí, distingo unas barcas de pescadores. En algunas de ellas noto movimiento, y me acerco con actitud de turista, la mirada alzada, entrecerrando los ojos hacia el horizonte, al tiempo que subo el cuello de mi abrigo para protegerme de los golpes de frío en el cuello.

Localizo a mi presa en modo sigiloso.

Y elijo a la que me parece la más amable. Un hombre de barba tupida, con un gorro de lana gris encajado sobre unas cejas espesas, que enmarcan unos ojos claros, casi gris perla, en los que leo benevolencia.

Me acerco a él apretando mis brazos alrededor de mi abrigo y, una vez junto a la embarcación preparada para la pesca, digo:

—Hola. Es valiente de su parte salir con este clima.

—Buen día, señora. ¡Oh! Cuestión de costumbre. Yo, llueva, haga viento o nieve, salgo igual. La pesca es mi pequeño placer. Una vez en medio del lago, lanzo mis cañas y escucho el silencio. Es hermoso, el sonido del silencio, ¿sabe? ¿Y usted, qué hace por aquí con este clima?

Convoco mis argumentos para ordenarlos y recito el párrafo que preparé durante el desayuno, sin caer esta vez en la trampa de mencionar el tema tabú:

—Estudio la fauna y la flora de los lagos de Maine, que comparo con los lagos vecinos de Canadá. Especialmente en lo que respecta a sus hábitats insulares.

—Oh vaya, parece apasionante lo suyo.

Me pregunto si el tono que utiliza no está teñido de cierta ironía, pero decido no ofenderme. Después de todo, tratándose de una piadosa mentira, no tengo por qué sentirme afectada.

—Lo es. De hecho, el lago Moosehead me parece un tema de estudio ideal. Escuché que hay variedades de coníferas bastante únicas en una de las islas. Sugar Island, si no me equivoco.

—Si usted lo dice, lo creo. Ya que prácticamente es una isla salvaje, hoy en día.

Aprovecho la ocasión:

—Precisamente, eso es lo que me interesa: su estado salvaje. Pero hay un pequeño problema... digamos, técnico. Tengo entendido que no hay ninguna conexión para llegar a Sugar Island salvo con una embarcación privada.

—Exactamente.

El silencio, que tanto aprecia, se instala tras su respuesta lacónica. Me toca a mí retomar la conversación. Esta vez, me lanzo de cabeza.

—Si se lo pidiera como un favor, ¿aceptaría usted llevarme allí en su barco?

El pescador sopesa mi petición en silencio sin dejar de preparar su embarcación para la salida del día. Por los movimientos de su espesa barba grisácea, diría uno que rumia la pregunta, que la digiere antes de regurgitar una respuesta.

—Claro que pienso indemnizarlo, por supuesto —añado para intentar convencerlo.

—No es eso el problema —murmura entre sus pelos.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema? Si no puede hoy, no hay problema. Podemos quedar para otro momento, cuando le convenga.

—Bah… hoy o mañana, es lo mismo. No me gusta mucho ir a navegar por allá.

—¿Por qué?

—No es mi zona, eso es todo. Hay corrientes que no me gustan.

Intento jugar mi mejor carta:

—¿No haría una pequeña excepción por cien dólares ida y vuelta?

El hombre del gorro gris, desgastado por el tiempo y las inclemencias, levanta la cabeza. Me escruta directamente a los ojos, como si intentara descubrir mis verdaderas intenciones. Finalmente, dice:

—No. Por cien dólares, solo la llevo…

—¿Y cómo regreso?

—Nadando —se ríe, mostrando una hilera de dientes amarillentos por décadas de tabaquismo.

—Ok. Doscientos.

—¿Doscientos? ¿Y el tiempo de espera, entonces? Trescientos y la llevo ahora mismo, y vuelvo a buscarla al final del día, después de mi pesca. Si la pesca es buena —añade con una sonrisa maliciosa que le queda como un tutú a un jugador de rugby.

Es duro para negociar, el pescador aficionado. Pienso en las facturas de gastos que tendré que enviarle a Myrtille, sabiendo perfectamente que ni siquiera cabe la posibilidad de que este tipo me dé un recibo. Tendrá que creerme sobre palabra. Para convencer al pescador del lago, meto la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta para mostrar un fajo de billetes y fingir contarlos. La vista del dinero en efectivo siempre es más convincente que los números abstractos.

—¿Doscientos cincuenta?

Me tiende una mano callosa como una roca desgastada.

—¡Suba!

8

LAS PROFUNDIDADES BAJO NUESTROS PIES

APENAS HABÍAN PASADO DIEZ MINUTOS DESDE QUE SALIMOS DE LA MARINA de Greenville, y ya me estaba arrepintiendo de haber convencido a Herman —pues así me dijo llamarse el pescador— de llevarme a Sugar Island en su barca sin edad.

El viento no ha arreciado, pero sigue soplando con una brisa constante sobre el lago, cuya superficie ondula ligeramente, generando un vaivén de lo más incómodo para mi estómago. Algo que no se le escapa al viejo pescador:

—No tiene usted el alma marinera, Karen —bromea mientras contempla mi tez, sin duda verdosa—. No era el mejor día para navegar por el lago, pero usted insistió.

—¿Falta mucho? —le pregunto, tratando de distinguir la costa de la isla que me interesa.

—Habrá que contar unos treinta minutos más, mi dama —responde por encima del ronroneo del motor de hélice que también utiliza como timón.

Herman dirige su barca a motor con mano experta, simplemente con una larga palanca que él llama la *caña de timón*. Admiro la soltura con la que controla su embarcación. Intento entender el principio, pero me topo con un problema de lógica: lo veo empujar

la palanca hacia un lado mientras la barca gira en sentido contrario. ¿Es babor o es estribor? Siempre los confundo.

—Parece que ha hecho esto toda su vida. No parece nada fácil de manejar.

—Claro que sí. Es un juego de niños. ¿Quiere probar?

—No, gracias. No quisiera hacer que su barca se hunda.

Una ráfaga me sorprende y me envuelvo en una manta que Herman me tendió al partir.

—¿Ha tomado algo contra el mareo, Karen?

—Me temo que no fui previsora...

—Entonces, busque en la caja metálica debajo de su asiento. Debe de haber un paquete de caramelos de limón. Chupe uno, debería aliviarla un poco.

Sigo su consejo, aunque me repugna meter la mano en esa bolsa, que parece de la época de Matusalén. El papel está pegado al caramelo, pero *pongo buena cara al mal tiempo* y me lo llevo a la boca. Muy pronto siento su efecto beneficioso: mi estómago se relaja, y yo también.

Me dejo mecer unos minutos sin decir palabra al pescador. Solo busco Sugar Island con la mirada. Estoy deseando poner pie en el lugar de la tragedia del verano de 2017.

De pronto, el motor se detiene en seco, sacándome de mis pensamientos.

—¿Hay algún problema?

—¡Shhh! —me hace Herman, con un dedo artrítico delante de los labios, o más bien delante de la espesa barba que los rodea—. Escuche este silencio, Karen. El sonido del silencio del que le hablé antes. ¿Escucha ese silencio ensordecedor? Eso es lo que me gusta cuando dejo que mi barca se deje llevar por las corrientes, en medio de este gran lago, lejos de toda tierra. Dejarse llevar, Karen. Disfrute.

Cierro los ojos. La barca se balancea suavemente. Mis pensamientos se deslizan. Imagino, por debajo de este silencio apacible, el otro, más inquietante, de las profundidades bajo nuestros pies. ¿Cuántos metros de profundidad habrá?, pienso sin atreverme a romper ese momento de paz. ¿Cinco, diez, cincuenta

metros? ¿Cuántos millones de metros cúbicos de agua pueden engullir el cuerpo sin vida de una joven de diecisiete años? ¿Terminó Veronika Lake sus días en algún lugar bajo esta inmensidad líquida?

Un escalofrío me recorre, y Herman se da cuenta. Sin decir nada, tira del arrancador del motor y pone rumbo nuevamente a Sugar Island. Veinte minutos más tarde, corta el motor al acercarse a un embarcadero que se adivina en el hueco de una cala, tal como me lo describió Tom Malone la víspera.

—Señora, ha llegado —bromea Herman—. ¿A qué hora desea que venga su taxi de regreso?

Acordamos que pasará a recogerme a más tardar a las tres de la tarde, para no dejarnos sorprender por la noche, que cae bastante temprano en esta época del año. Le doy las gracias y le hago prometer que no se olvidará de mí, de lo contrario correría el riesgo de tener que hacer de Robinson. Y no estoy preparada para eso. Ni en lo logístico ni en lo psicológico.

Pongo el pie sobre el embarcadero de madera, cuyas tablas carcomidas conviven con clavos oxidados.

Herman me saluda con la mano, y le respondo levantando el pulgar, aunque no sin cierta aprensión. De pronto tomo conciencia de que estoy sola en una isla deshabitada, sin ningún medio para regresar al continente, aunque éste no parezca tan lejano, con la costa de Lily Bay que apenas distingo a lo lejos.

~

CON PASOS PRUDENTES, avanzo por el embarcadero y luego me adentro por un camino de tierra partido por una franja de hierbas salvajes. A todas luces no ha sido mantenido desde hace meses, quizás años. Poco a poco, la naturaleza recupera lo que el paciente trabajo del hombre había domado. Aquí, no parece haber habido vida desde… ¿hace cinco años y la desaparición de Veronika Lake?

El viento sigue soplando, colándose bajo el ramaje. Una especie de bruma flota entre las ramas más altas. El cielo gris se adivina entre los claros del follaje que, en este mes de octubre, ya se reduce

a unas pocas hojas anaranjadas. De pronto, tengo la impresión de estar dentro de una de esas novelas de suspenso que leía en mi adolescencia. *¿Qué me espera al final del camino?* podría ser el título, pienso mientras avanzo paso a paso hasta salir a un claro.

Allí, a unas decenas de metros, se alza lo que debió de ser, en sus tiempos de esplendor, la famosa villa de la familia Lake. No sé por qué me había imaginado una especie de casa colonial, con piedras blanqueadas con cal, columnas rectas rodeando una gran terraza, todo coronado por un balcón que diera la vuelta completa a la construcción. En lugar de eso, lo que aparece ante mis ojos es un inmenso chalet de madera.

Un majestuoso chalet de dos pisos, hecho con troncos enteros. Cierto, tiene una terraza que bordea la casa, pero sin columnas, y el balcón solo da a la fachada principal. A pesar del abandono evidente del lugar, no deja de emanar una cierta majestuosidad intimidante. Me pregunto cuántas manos y cuánto tiempo habrán sido necesarios para construir este chalet en una isla. Sin embargo, ya nada me sorprende tratándose de los caprichos de los nuevos ricos de este país, entre los cuales los Lake, sin duda, son un buen ejemplo.

Con cuidado de dónde pongo los pies y contorsionándome para evitar arañarme con las zarzas que han invadido los alrededores de la villa, decido rodearla por completo. Quiero empaparme del lugar, sentir sus volúmenes, sus olores, sus ruidos. Las contraventanas han sido cerradas, sin duda tras la tragedia, por los propietarios. Me resulta imposible echar un vistazo al interior, así que continúo mi inspección, hasta llegar a la parte trasera del edificio, donde se encuentra la piscina que me describió Tom Malone.

Aunque, ¿se puede seguir hablando de piscina cuando lo que uno tiene ante los ojos es un agujero rectangular lleno de agua estancada, casi negra y cubierta de hojas muertas y algas? Al acercarme, un olor a podredumbre me ataca las narinas. Bien podría ser que algún animal viniera a morir aquí y se esté descomponiendo en el fondo…

Me aparto frunciendo la nariz y me vuelvo hacia la casa de madera. La terraza trasera es amplia, hecha de tablones de una madera exótica, sin duda imputrescible. ¡Qué agradable debía de ser,

en pleno verano, lanzarse al agua y luego caminar descalzo sobre esos tablones antes de tumbarse en una tumbona! ¡Cuánta libertad debieron gozar los Lake, disfrutando de este paraíso privado donde nadie más que ellos –y sus invitados– pisaban el suelo!

¿Vivieron Veronika y sus amigos momentos inolvidables aquel fin de semana de finales de agosto de 2017?

¿O fue el lugar simplemente el escenario del drama que aquí se desencadenó?

Eso es lo que me ronda por la cabeza mientras avanzo por la propiedad.

Ahora me gustaría poder entrar a la villa. Soy consciente de que legalmente no tengo derecho. Invasión de propiedad privada, podría costarme caro. Dicho esto, ya estoy pisando terreno privado, ya que la isla entera pertenece a los Lake. Pero hay sin duda una gran diferencia entre pisar suelo ajeno y entrar en una casa. Intentar penetrar en cuatro paredes, más aún si la villa está cerrada con llave, constituye un delito. *Breaking and entering*, como dice la fórmula consagrada por la justicia estadounidense. *Entrar por la fuerza*…

Pero no hice el viaje en vano, me dije a mí misma. Tengo una investigación que llevar a cabo, debo darme los medios para averiguar todo lo posible sobre los Lake. Si hay que recurrir a vías poco legales y eso implica correr riesgos, los asumiré. Ya me he encontrado antes en situaciones similares, no será la primera vez.

Para quedarme tranquila, me digo que al menos aquí no corro el riesgo de atraer la atención del vecindario. ¿No estoy acaso sola en el mundo?

Comienzo de la manera más natural posible, intentando accionar la manija de la puerta principal. Por experiencia, he aprendido que, a menudo, la forma más simple y directa resulta ser la mejor. Sin embargo, ese no es el caso aquí, pues la manija se mueve en mi mano sin que la puerta ceda.

Intento abrir las contraventanas corridas, pero ninguna me da acceso al interior. Empezando a desanimarme, doy la vuelta alrededor de la casa de madera y logro llegar, a la altura de la terraza trasera, a la puerta de lo que debía ser una cocina de

verano. Una mosquitera bloquea el acceso, pero se abre sin dificultad. Justo detrás, una puerta de madera que parece poco gruesa. La sacudo y esta se tambalea débilmente. Pienso que si fuerzo un poco debería ceder.

De manera automática, echo un vistazo a mi alrededor antes de empujar con el hombro la puerta.

La puerta crujió al abrirse.

Entro por la fuerza en la vivienda de los Lake y, al mismo tiempo, en una parcela de su vida privada.

Lo que descubriré en unos minutos cambiará el curso de mi investigación...

9

LAS PAREDES TIENEN OÍDOS

Reina en la habitación un ambiente de final de temporada estival, pero se siente que el tiempo se ha detenido, no este verano, sino hace ya muchos años. Las contraventanas cerradas solo dejan pasar un velo blanquecino a través de las rendijas de las lamas, bañando el interior de la villa de los Lake con una luz tenue.

Los muebles y el suelo están cubiertos por una capa de polvo que demuestra, si aún hiciera falta, que el lugar no ha sido mantenido desde hace mucho tiempo. Sin embargo, algunas huellas persisten, como si alguien hubiera pisado las lamas del parqué recientemente.

Avanzo con precaución en la sala principal, un espacio abierto y central que debió de funcionar como salón y comedor. También como fumadero, si me fío de los dos sillones de cuero colocados a ambos lados de un cenicero de pie, en el que descansa una colilla de puro medio consumida.

Si el conjunto da una impresión de aparente paz, no deja de haber rastros de una actividad pasada intensa. Noto, de hecho, alrededor de los sillones, botellas de vidrio tiradas en el suelo. Me agacho para recoger una con la punta de los dedos. Un hermoso ejemplar de whisky Chivas Regal de dieciocho años, abierta, con un fondo que no se ha derramado, a diferencia del resto, que ha

terminado como una mancha oscura sobre la alfombra. Aquí hubo fiesta... y negligencia.

¿Nadie se tomó la molestia de limpiar el lugar después del drama de 2017?

¿Simplemente cerraron las contraventanas y la puerta y dieron vuelta a la página?

¿Dejando la casa y los recuerdos tal como estaban?

Coloco la botella sobre la mesita entre los dos sillones, como ese viejo reflejo de alguien que aprecia el orden y la limpieza. Lo cual está muy lejos de ser el caso en esta villa. Si lo que me contaron es cierto, los últimos en ocupar estas habitaciones fueron un grupo de chicos y chicas apenas salidos de la adolescencia y completamente abandonados a su suerte. Hijos de ricos o de gente poderosa que disfrutaban de un chalet de lujo con todas las comodidades para pasar momentos excelentes. ¿*Sexo, droga y rock and roll*, como cantaba Ian Dury? ¿*Cigarrillos, whisky y chicas guapas*, según Eddie Constantine? En todo caso, no debieron aburrirse aquí durante el último fin de semana de agosto de 2017.

Prosigo con la inspección de la planta baja y descubro, aquí y allá, otros vestigios que datan, tal vez, de hace cinco años. Como ese preservativo reseco que cuelga, como un viejo calcetín, del borde de la bañera de esquina del baño. Repugnante. Ni con guantes querría tocarlo. Un olor rancio y a cañería flota en la habitación, como sucede cuando el agua no ha corrido por allí en mucho tiempo. Efluvios de agua estancada suben por las tuberías y lo impregnan todo. Observo los productos de aseo dispuestos junto al lavabo, bajo el espejo: un tubo de dentífrico abierto, un par de cepillos de dientes, botes de maquillaje, un cepillo con mechones de cabello atrapados entre sus cerdas.

Como si los ocupantes se hubieran desvanecido de repente, sin tomarse el tiempo de recoger sus cosas.

¿Apresurados por qué? ¿La búsqueda de su amiga desaparecida? ¿El miedo a algo que los hizo huir?

Intento imaginar qué ocurrió en esos dos días entre esas paredes, en compañía de ese grupo de amigos. Oscilo entre una

escena tranquila, alegre, feliz. Otras, en cambio, muestran desenfreno, alboroto, disputas y quizás un drama final...

"¿Puedes contarme qué pasó aquí? —pregunto en voz alta, dirigiéndome a las paredes de la casa—. ¡Vamos, habla, por el amor de Dios!"

Dicen que las paredes oyen... ¿Pero tienen también ojos para ver lo que sucedió y boca para contarlo? ¿Puede una casa conservar los recuerdos de los acontecimientos que se desarrollaron en su interior, sobre todo si fueron trágicos? Quiero creer que sí. Quiero hablar con la casa, interpretar las huellas que aún conserva.

Sigo buscando. Vago de habitación en habitación, subiendo por la escalera de madera sin contrahuellas ni barandilla que conduce al piso superior. Allí descubro cinco dormitorios y otro cuarto de baño, en el mismo estado que el anterior, con los mismos artículos de aseo para un pequeño grupo de personas.

Las camas están deshechas, las sábanas arrugadas, húmedas, con moho. También aquí hay latas vacías por el suelo: cervezas, refrescos, cócteles. Está más oscuro que abajo, así que decido encender las lámparas, pero no responden a mis repetidos intentos con los interruptores. O bien se cayó el disyuntor durante una tormenta, o simplemente se dio de baja la electricidad.

Podría abrir las contraventanas para dejar pasar la luz, pero no sé por qué siento una incomodidad irracional, causada por lo ilegal de mi entrada y el miedo a que me atrapen, aunque sé que estoy sola en la isla.

¿Lo sé o solo quiero convencerme de ello? ¿Quién me asegura que estoy sola?

Enciendo la linterna del teléfono y dirijo el haz de luz por todas partes, incluso bajo las camas. Nunca se sabe lo que puede haber allí. Los niños con mucha imaginación siempre parecen intuir algo...

Pero aquí no hay nada fuera de lo común: pelusas, pañuelos de papel arrugados, un capuchón de bolígrafo, ligas para el cabello y unas braguitas con encaje.

Inspecciono las habitaciones una por una. Afuera, el viento arrecia, escucho las ramas de los árboles agitarse, y me parece que la puerta de la cocina de verano, por donde entré forzando la

cerradura, empieza a golpearse contra los goznes. Seguro que no la cerré bien. Un silbido lúgubre se cuela por la planta baja. En una casa vacía y a oscuras, todos los ruidos resultan más inquietantes.

De pronto, doy un brinco. Un ruido seco acaba de sonar abajo. Me incorporo de un salto, con el corazón desbocado. Me pareció oír crujir el parqué o los peldaños de la escalera de madera. Me siento ridícula, como atrapada. El cerebro me va a mil por hora y el pulso debe estar cerca de los doscientos por minuto.

¿Me habrán seguido?

No sé qué hacer. ¿Esconderme? ¿Bajar a ver? Intento calmar mi miedo convenciéndome de que nadie sabe que estoy aquí, salvo Herman, el pescador inofensivo…

Así que, armándome de valor, decido bajar. No puedo quedarme eternamente acurrucada en esta habitación. Con pasos cautelosos, procurando no hacer crujir las tablas del suelo, salgo al pasillo, avanzo pegada a la pared y asomo la cabeza por la esquina de las escaleras antes de comenzar a bajar.

El espacio abierto de la planta baja parece desierto. Apoyo un pie en el primer peldaño, que cruje. Me quedo petrificada un momento, respiro con calma y luego reanudo el descenso, escalón tras escalón.

Por fin creo identificar qué provocó el ruido seco que escuché desde la habitación, al darme cuenta de que la botella de Chivas que había dejado sobre la mesita ya no está allí. Está tirada en el suelo, a los pies de uno de los sillones. Sin duda estaba mal colocada y la ráfaga de viento, al colarse, la hizo caer.

Por tranquilidad, hago con valentía un recorrido por la planta baja, sin olvidar volver a empujar la puerta trasera, que en efecto había sido abierta de nuevo por el viento.

Dudo en salir de la villa cuando recuerdo que, distraída por la interrupción, aún me queda una habitación por visitar en el piso de arriba. Subo de nuevo y me dirijo al fondo del pasillo, donde una de las puertas permanece cerrada, a diferencia de las de las otras habitaciones que ya he explorado.

Giro la manija y empujo la puerta.

LO QUE descubro dentro de esa habitación me hace pensar que hice bien en no irme sin haberla visto.

Sin embargo, me arrepiento en cuanto cruzo la entrada…

10

IMÁGENES DE DESENFRENO

LA CURIOSIDAD, ME DIGO, PUEDE A VECES RESULTAR UNA EXCELENTE cualidad. Especialmente cuando uno se presenta como investigadora privada o periodista de investigación, como es mi caso.

Al entrar en la última habitación por visitar de la villa de los Lake, me invade una sensación extraña. Ciertamente, no me esperaba encontrar aquí una habitación infantil.

De un niño muy pequeño, sin lugar a duda, a juzgar por la cuna instalada en una esquina del cuarto, no lejos de la ventana por la que la luz se filtra sobre el mueble a través de las contraventanas entreabiertas.

Todo, en la disposición del mobiliario, en su propia naturaleza, así como en la decoración, sugiere que aquí vivió un niño de corta edad. A juzgar por los colores y los motivos de la ropa de cama —especialmente el protector de cuna—, de las cortinas y de algunos juguetes, el niño que ocupaba el lugar debía ser un varón.

Sin embargo, pese a mis investigaciones previas sobre el caso de la desaparición de Veronika, jamás tuve noticia de un hijo varón en la familia Lake. Claro está, la documentación reunida al respecto —artículos de la prensa local, esquelas— se centraba exclusivamente en el drama relacionado con la joven desaparecida.

Así que, en mi mente, Veronika era la hija única de Mason y Janet Lake. La pérdida perturbadora de su hija marcaba el fin de una época, de una vida pasada en Maine, ya fuera en Greenville o en Sugar Island. Y certificaba *de facto* su marcha hacia Florida, colocando entre la isla de la desgracia y la península floridana unos tres mil kilómetros de distancia, un colchón suficiente para olvidar el pasado...

Al menos, esa era la idea que me había hecho hasta ahora. Pero aquí, frente a la entrada de esta habitación de un niño pequeño, mis suposiciones se vienen abajo. ¡Hay otro Lake en la familia!

Me adentro suavemente en el interior, perturbada por pensamientos confusos. Me siento incómoda en esta habitación y no sé muy bien por qué. Escenas contradictorias se atropellan en mi cabeza. A las imágenes de libertinaje con jóvenes ebrios se superponen otras, apacibles, de un niño dormido en esa cuna. Escenas de desorden se mezclan con estampas de postal de una familia acomodada y tranquila, de vacaciones en su chalet de lujo en una isla privada. Dos padres, dos hijos, un niño y una niña.

La elección del rey.

La habitación, a diferencia de las demás, no parece estar desordenada. Como si hubiera sido preservada de las bacanales que tuvieron lugar en el resto de la casa. Conservada como un santuario prohibido.

Entonces me pregunto sobre la ocupación real del lugar. ¿Cuánto tiempo pasaban los Lake en su isla? Pienso que, si el chalet estaba destinado solo a un uso esporádico —un fin de semana, o tal vez una semana en verano—, ¿por qué acondicionar de forma permanente una habitación infantil? ¿No habría bastado con llevar una cama plegable?

Sin embargo, la opción más sencilla era prever todo el confort en el lugar, sin necesidad de transportar el equipo de puericultura necesario para un niño pequeño. Más que una residencia secundaria, la villa de Sugar Island se asemejaba entonces a una segunda residencia principal.

Tomo nota de investigar ese punto y continúo con mi inspección.

Un detalle llama mi atención: algo desentona con el resto del decorado.

Un cartel que, en mi opinión, no tiene lugar en una habitación infantil.

En la pared opuesta a la cuna, hay colgado un póster de unos cincuenta centímetros de alto por cuarenta de ancho. La imagen me resulta vagamente familiar, pero desde donde estoy no puedo estar segura. Me acerco para ver mejor los detalles.

Es entonces cuando la memoria vuelve a mí, como un destello. Al ver ese póster, una música y una letra se asocian de golpe en mi cabeza.

DON'T CRY, don't raise your eye
*It's only teenage wasteland**

¡LO TENGO! The Who. Su álbum *Who's Next*. Salió a principios de los años setenta, me parece.

Ahora me doy cuenta de que el póster representa la carátula del álbum. Mis padres tenían el vinilo, que a veces escuchaba. Una imagen que transmite soledad, donde los cuatro miembros del grupo británico rodean una especie de monolito de cemento gris, en medio de un terreno árido, de un gris antracita como de fin del mundo. Como un suelo volcánico estéril, después del paso de una lava destructora.

Encima del monolito, el título del álbum: *Who's next*, sin signo de interrogación, impreso muy pequeño, casi ilegible desde lejos. Una portada minimalista y perturbadora.

¿Qué hace aquí este póster de uno de los álbumes emblemáticos del rock alternativo? ¿No resulta fuera de lugar en una habitación infantil?

Pero lo más extraño no es solo su presencia en la pared, sino lo que se ha añadido al póster...

En realidad, el título *Who's next*, escrito en la parte superior del cartel, sobre el monolito gris, ha sido modificado. O más bien,

completado. Alguien ha añadido, con rotulador rojo probablemente indeleble, el signo de interrogación que originalmente faltaba.

Who's next ?
¿Quién será el siguiente?

Luego, debajo, con una escritura manuscrita temblorosa o apresurada, había una frase —seguramente no original de la carátula del álbum de The Who— que se había añadido.

Una frase terrible que leo con un nudo de amargura en la garganta.

WHO KILLED BRANDON ?
¿Quién mató a Brandon?

---

* No llores, no levantes la mirada,
Son solo las tierras desoladas de la adolescencia.

11

EN UN LODAZAL

¿QUIÉN MATÓ A BRANDON?

La primera pregunta que me viene a la mente es la siguiente: ¿quién es —o más bien, quién era, si efectivamente fue asesinado— el tal Brandon?

¿Era el niño al que estaba destinada esta habitación?

¿Brandon Lake?

¿El hijo de Mason y Janet Lake, y por lo tanto hermano de Veronika?

Una sensación de malestar se apodera de mí. Una mezcla de repulsión y miedo primitivo ante la simple idea de lo que implica esta terrible frase garabateada con rotulador.

La horrenda idea de un infanticidio me conmociona. El mero hecho de querer hacerle daño a un niño me revuelve el estómago. Atentar contra la vida de un ser inocente... eso rebasa todo lo que puedo comprender.

De pronto, el lugar cobra una dimensión totalmente distinta. Esta villa abandonada, construida en una isla aislada y deshabitada, situada en medio de un gran lago rodeado de vastos y densos bosques... Todo este escenario me impresiona y me oprime. Siento como una especie de descenso ineluctable, un torbellino infernal cuyo epicentro es esta habitación infantil congelada en el tiempo,

empapada en naftalina, con esa advertencia espantosa en un cartel absurdo en ese lugar.

Sí, una advertencia: *Who's next? ¿Quién será el siguiente?*

Trago saliva con dificultad, tengo la garganta seca. ¿De qué lista se trata? ¿Una lista de víctimas, de la cual el primero — ¿o tal vez no?— habría sido el mencionado Brandon?

Muy pronto, una evidencia se impone en mi razonamiento. Si Brandon —llamémosle Lake— fue asesinado, como sugiere la frase escrita con rotulador indeleble, ¿no está designada ya la próxima víctima? ¿Su hermana, Veronika Lake?

Si ella no ha vuelto a ser vista desde el domingo 27 de agosto de 2017 y el cartel rayado anuncia una siguiente víctima, ¿puedo deducir que la joven también fue asesinada?

¿O quizás me estoy adelantando demasiado?

Sin duda, ese es uno de mis defectos: imaginar primero lo peor. Porque lo peor suele ser el camino más directo hacia la verdad. Por experiencia profesional –pero no únicamente– he comprobado, lamentablemente, de lo que es capaz la naturaleza humana. A veces lo mejor, pero a menudo lo peor.

Antes de salir de la habitación, donde el ambiente ahora me parece irrespirable, tomo algunas fotos, entre ellas una del cartel grafiteado, de la cuna con barrotes y de la persiana medio entreabierta. Por tranquilidad de conciencia, me acerco a la ventana y compruebo que no está cerrada con llave, sino simplemente la empujaron…

Numerosas preguntas se agolpan en mi cabeza mientras bajo de dos en dos las escaleras del piso superior y literalmente huyo del chalet. Me parece haber visto suficiente por hoy. Ahora necesito encontrar respuestas a tantas interrogantes.

¿Quién es Brandon? ¿Quién lo mató? ¿Quién será la siguiente víctima de la lista? ¿Quién garabateó el cartel con el rotulador? ¿Y cuándo lo hizo? ¿Durante el fin de semana de agosto de 2017? ¿Antes o después de la desaparición oficial de Veronika Lake?

Una mirada a mi teléfono me indica que son casi las dos de la tarde, lo cual mi estómago confirma con un gruñido. Ni siquiera tuve la precaución de llevar algo para calmar el hambre, ni una sola gota

de agua. Una verdadera chica de ciudad jugando a ser una falsa Robinson. No vi pasar el tiempo y me doy cuenta de que solo me queda una hora antes de presentarme de nuevo en el embarcadero, donde se supone que Herman, mi taxista-pescador, vendrá a recogerme. Rezo mentalmente para que no tenga la brillante idea de olvidarse de mí aquí, en esta isla, escenario de dramas cuyos contornos apenas empiezo a distinguir.

Cuando desembarqué en Greenville, sabía que me estaba metiendo en un lodazal, pero no imaginaba qué tan profundo sería. Ni la oscuridad de sus aguas estancadas.

Aprovecho el poco tiempo que me queda para hacer una inspección más minuciosa de la propiedad, intentando recorrer los alrededores inmediatos del chalet. Me doy cuenta muy rápido de que los límites de la finca de la familia Lake son difusos. No hay rastro alguno de una cerca que marque los bordes. En realidad, ¿para qué habrían necesitado instalar una si toda la isla les pertenecía legalmente? Debo admitir entonces que los únicos límites del terreno son las costas de la isla.

A cierta distancia del chalet, distingo un punto de agua: un pequeño estanque donde yace una barca medio hundida, atada con una cuerda cubierta de musgo a un tocón de árbol muerto. La escena continúa en este estanque, en el corazón de la isla. Nenúfares negros flotan sobre su superficie, impenetrable a la vista. ¿Qué profundidad tendrá? ¿Qué podría haber depositado en el fondo, sobre la capa de lodo? Supongo que los equipos de búsqueda lo habrán sondeado en vano en 2017...

Ahora me hago una idea más precisa del lugar donde Veronika desapareció, donde nunca volvió a dar señales de vida, a pesar de las investigaciones emprendidas.

Cuando me acerco al embarcadero, hago un balance de mi excursión. Llegué a Sugar Island con toneladas de preguntas... y me voy con muchas más…

Dejo atrás el chalet y cruzo el borde del bosquecillo que lleva al embarcadero. Allí descubro, aliviada, al viejo Herman. Está sentado al fondo de su embarcación, fumando en una pipa de marfil finamente tallada, con la mirada dirigida hacia el continente, hacia

Lily Bay. No se da vuelta, pero dice con su voz ronca y su acento arrastrado:

—Casi me toca esperar, señora Karen.

— En efecto, llegué quince minutos tarde a la cita.

—Gracias por no haberme dejado aquí, Herman —me disculpo, bajando con cuidado a su cascarón flotante.

—El viento va a arreciar, no hay que tardarse en el paso. Es hora de irnos.

Tira de la cuerda del motor, que comienza a ronronear suavemente.

Cuando dejamos atrás Sugar Island, Herman vuelve la cabeza hacia mí y me sorprende con estas palabras:

—¿Vio un fantasma o qué?

—¿Perdón?

—Pues está más blanca que un papel. Peor que esta mañana, con el mareo. ¿Quiere un caramelo de limón? Todavía me quedan.

—La verdad, no he comido nada desde esta mañana —confieso, avergonzada.

—¡Ah! Pues había que decirlo. Mire en el cofre debajo del banco: encontrará un trozo de pan, un salchichón seco y algunas sardinas. Sírvase sin problema. No quiero que se me desmaye en el barco. Y entonces, ¿cómo estuvo su pequeña excursión? ¿Vio muchas plantas bonitas?

Dudo un instante y finalmente decido no mentirle más sobre el motivo de mi visita. Iré directo al grano. Nunca se sabe, tal vez pueda sacar alguna información útil.

—¿Conoció a la familia Lake?

El pescador me mira con desconfianza antes de soltarme una indirecta.

—Usted no es investigadora de fauna y flora. O si lo es, se interesa por una fauna muy particular: las familias adineradas con destinos trágicos. Ya me parecía a mí que una dama como usted no tenía gran cosa que hacer en Sugar Island, salvo acercarse a la villa maldita...

—Perdón por haberle mentido. Es cierto, soy periodista para una revista especializada en sucesos y estoy investigando la desaparición

de Veronika Lake. Si se lo hubiera dicho esta mañana, ¿me habría dejado subir igualmente a su barco? Porque, hasta ahora, he notado que el tema no gusta mucho a los habitantes de Greenville...

—Y con razón... —murmura Herman.

—¿A qué se refiere?

—Digamos que no dejaron precisamente buenos recuerdos en el pueblo. Y eso sin hablar del trauma que provocó la desaparición de su hija mayor.

Una chispa se enciende en mi mente.

—¿Mayor, dice? ¿Tenían más hijos?

—Eso creo. No trataba mucho con esa gente, pero me parece recordar que también tenían un pequeño. Pero no debió de vivir mucho, el pobre. De un día para otro, ya solo se les veía con la niña, paseando por Greenville. Nunca se supo —al menos yo— qué pasó con el niño.

—¿Una primera tragedia antes de la desaparición de la hija?

—Pues ya ve, como dicen, *el dinero no da la felicidad*... y tampoco compensa la desgracia.

—No conocía esa versión del dicho.

—Es normal, acabo de inventarlo —se ríe el pescador mientras mastica la boquilla de su pipa.

Me abstengo de profundizar en el tema, pues no quiero revelar lo que descubrí en el cuarto infantil del chalet. Unos minutos más tarde, Herman me deja en la marina de Greenville y me despido de él agradeciéndole de nuevo por su valiosa ayuda.

Sé a quién podría acudir para obtener detalles sobre Brandon Lake. Tom Malone, el leñador y novio de Veronika en 2017, seguramente tuvo que hablar con ella en algún momento de su relación. El único problema es que no me pareció muy dispuesto a colaborar conmigo sobre el tema. Le dejé mi número de teléfono; sin embargo, espero que lo use, porque si no, me veré obligada a molestarlo de nuevo en su lugar de trabajo.

Mientras tanto, decido investigar más sobre Brandon Lake, el niño desaparecido también demasiado pronto… ¿Desaparecido? ¿Asesinado?

Empiezo a buscar documentos oficiales.

No voy a decepcionarme…

12

EL CEMENTERIO DE GREENVILLE

EL PEDAZO DE PAN Y LAS SARDINAS DEL VIEJO HERMAN APENAS ME quitaron el vacío en el estómago, ya que solo probé con la punta de los labios. A pesar del hambre que me retorcía cuando me subí a la barca del pescador, el olor a pescado no me inspiraba confianza. Y ni hablar de tocar una rodaja de su salchichón que, años atrás, sí me habría apetecido.

Por eso, a pesar de que ya no es hora de comer y todavía no es hora de cenar, me acomodo en una mesa de la *Dockside Tavern*, elegida *por unanimidad de mi única voz* como mi cuartel general. Allí me encuentro con Charlène, la camarera que me recibió cuando llegué a Greenville.

—¡Vaya! —exclama, con su eterno chicle en la boca—. ¿Karen, verdad? ¿Qué tal van sus investigaciones?

—Altibajos —confieso, mirando la superficie del lago Moosehead, agitada por el viento—. ¡Como esas olas que empiezan a moverse por el viento!

—Sí, cambió el viento. No me extrañaría que lloviera en cualquier momento. ¿Qué le sirvo?

—Ya sé que no es la mejor hora, pero tengo un hueco en el estómago. ¿Tienen algo como tentempié?

—Claro, aquí servimos a cualquier hora. Puedo pedir a cocina que le preparen un cono de *onion rings*, ¿le parece?

—Trato hecho. Y con una taza de café, por favor, Charlène.

—Cuente con ello.

Cuando regresa unos minutos después con mi pedido, le suelto:

—¿Brandon Lake le suena de algo?

Charlène frunce el ceño.

—¿Debería? Aparte de que tiene el mismo apellido que Veronika, no me dice nada. ¿Es familia de ella?

—Parece que es su hermano...

—Qué raro.

—¿Por qué?

—Porque nunca escuché que tuviera un hermano. Igual, como le dije, Veronika y yo no éramos cercanas. Nos conocíamos de vista, y punto. Podía tener un hermano y yo ni enterarme. ¿Ya le preguntó a Tom Malone?

—Todavía no. Hablando de eso, el exnovio no es muy colaborador. Espero que se digne a contactarme, porque aún tengo un montón de cosas que preguntarle.

—Si quiere encontrarlo, dese una vuelta al final del día por el *Stress Free Moose Pub*, donde nos vimos la otra noche. Él y sus compañeros de trabajo suelen ir a tomar una cerveza después del turno. A menudo veo ahí los camiones de la *Haymond Lumber Company*.

—Lo tendré en cuenta —respondo sonriendo—. Gracias, Charlène.

—¡De nada! Que aproveche.

La mesera se aleja, dejándome comer en paz. La taberna está casi vacía a esta hora. Suena música ambiental; huele a fritura y café, a productos de limpieza y a cebolla; en resumen, una típica cena americana.

Aprovecho la comida para buscar en internet desde mi teléfono. Escribo el nombre de Brandon Lake, pero solo aparecen resultados sin relación. Agrego *Greenville, Sugar Island, Moosehead Lake* y otras palabras clave similares, pero no da mejores frutos. No hay ningún dato oficial, administrativo ni periodístico que sea relevante.

Parecería que ese hombrecito nunca existió oficialmente. Pero si ha muerto —quizás incluso lo mataron—, es porque estuvo vivo alguna vez. Una obviedad total. Sin embargo, no encuentro nada sobre él. Definitivamente, en la familia Lake saben cómo desaparecerse; se esfuman mejor que los Houdini…

El tiempo pasa y, con el estómago lleno, me siento lista para volver a salir, a pesar de la llovizna que cae sobre las calles de Greenville. El viento hace bailar las gotitas casi en horizontal, y tengo que subirme el cuello del abrigo para no tiritar.

Se me ocurrió una idea: en lugar de romperme la cabeza buscando rastro de Brandon Lake en la red, voy a ir a donde generalmente reposan los muertos.

Al cementerio de Greenville.

UBICADO al sur del pequeño pueblo, completamente bordeado por la vía del tren de un lado y por el bosque en los otros tres, se accede al cementerio al final de un callejón sin salida. No se podría soñar con un lugar mejor para descansar eternamente. Cuatro senderos dividen con precisión el césped del lugar, sobre el cual están dispuestas tumbas blancas bien espaciadas. No debería resultarme muy difícil encontrar la que busco. Intento imaginar en qué tipo de sepultura pudo haber sido enterrado el pequeño Brandon. Dudo. Está en una tumba del espacio reservado a los pequeños ángeles que partieron demasiado pronto, o más bien en un panteón familiar a la altura de la fortuna de los Lake.

El cementerio está desierto. Solo una loca como yo recorrería sus senderos con estas ráfagas de viento y llovizna, el cuello del abrigo abotonado hasta el mentón, pegado al pecho, y las manos bien metidas en los bolsillos. Recorro cuidadosamente con la vista los nombres en las placas o en la madera de las cruces, buscando el apellido Lake.

Ninguna mención de Brandon en el rincón de los ángeles.

Finalmente doy con él, en la esquina más alejada de la entrada, justo antes de la vía del tren: el panteón familiar donde parecen reposar tres generaciones de los Lake.

Benjamin M. Lake
Melina B. Lake, de soltera Horton
Georges T. Lake
Suzanne V. Lake, de soltera Martineau
John C. Lake
Patricia D. Lake, de soltera King

TRES GENERACIONES que, según las fechas, deben corresponder a los padres, abuelos y bisabuelos de Mason Lake, el padre de Veronika, el exiliado en Florida.

Pero no hay ni rastro de un Brandon Lake.

¿Podría ser que haya muerto después de que la familia se mudara a Florida? Y, en ese caso, ¿enterrado allá, a la sombra de las palmas, bajo el sol de Miami?

Sin embargo, si he de creer en el cartel de los Who grafiteado y clavado con chinchetas en la pared del cuarto infantil de la villa de Sugar Island, todo indica que el niño habría muerto a la edad en la que uno todavía duerme en una cuna con barrotes…

Pero, después de todo, nada me permite fechar con certeza el momento en que fue grafiteado el póster…

Empapada hasta los huesos y entumecida por el frío, con la mente nublada por tantos misterios, salgo del cementerio con paso frustrado.

Es hora de regresar al *Greenville Inn*, cuya amplia techumbre de pizarra distingo desde el cementerio, en la ladera de la colina. Una buena ducha caliente me vendrá de maravilla tras este día de descubrimientos intrigantes.

Esta mañana, me puse en marcha en busca de Veronika Lake.

Esta noche, me enfrento a la desaparición de Brandon Lake, su presunto hermano.

¡Dos Lake desaparecidos por el precio de uno! ¡Myrtille estará encantada!

… PARA AYUDAR…

Cambiar de ambiente.

Alejarme físicamente para acercarme mejor a mi sueño. Aunque la palabra sea fuerte, quizá no del todo adecuada.

¿Un sueño? Sin duda, ya que la realidad es cruel, implacable.

Eso es lo que debo hacer, lo que hemos decidido mi conciencia y yo. A eso debo atenerme, cueste lo que cueste.

Me va a costar, es cierto. Mi decisión implica ciertas renuncias, pero al final del túnel, tal vez me espere la luz.

Nunca debo arrepentirme de una decisión así. Si se pierde por un lado, se gana por otro; así es la vida.

He perdido mucho, antes...

Espero salir ganando, ahora...

13

EL OLOR DE LA SANGRE A KILÓMETROS

—¡PERO ESO ES GENIAL, PRINCESA!

Apenas tuve tiempo de secarme el cabello antes de la llamada de Myrtille Fairbanks, como siempre, tardía.

Esa exclamación fue su reacción tras revelarle la historia de vida y muerte de Brandon Lake. Mi *boss*, en cuanto hay un nuevo misterio, salta de alegría e imagina de inmediato cuántas columnas o páginas podrá dedicarle al tema. A la par, ya visualiza el aumento del número de lectores del próximo número de *True Crimes Mysteries* y, como consecuencia, los dólares que caerán en la caja.

En resumen: un muero más, más ingresos.

Y por eso hago este trabajo, sobre el terreno. No me quejo, para nada. Le dejo a ella la gestión y los asuntos de dinero, mientras yo me concentro en la investigación *in situ*.

—Si tú lo dices. Para mí, significa un rompecabezas más.

—Pero te encanta, Karen, admítelo. Te excita. Como un tiburón que huele sangre a kilómetros de distancia.

—Lo admito. Aunque no al punto de excitarme, claro. Intrigada, sí… Mañana intentaré acercarme a las autoridades municipales sobre el tema. Ya veremos. Y… por cierto… esta mañana tuve algunos gastos imprevistos…

Le cuento del soborno que le di a Herman y de mi visita a la villa abandonada de Sugar Island. Sin olvidar el póster con la pintada *Who's next…* del que le envío la foto que tomé antes.

—Esto promete, ¡me encanta! —exclama Myrtille—. Estoy segura de que hay algo fuerte detrás de esta historia de los Lake. Anda, ve y sigue ese buen rastro, mi pequeño cocker de trufa húmeda.

Como de costumbre, cuelga justo después de lo que ella considera un rasgo de humor o camaradería y que a mí siempre me deja pensativa. Adoro a mi jefa, no hay duda, pero a veces su estilo me saca de quicio tanto como me divierte. Lo sé, soy contradictoria. Como todo el mundo, ¿no?



DESPUÉS DE TOMAR mis pastillas favoritas y haber dormido profundamente durante la noche, me siento con fuerzas desde el desayuno que tomo en el *Greenville Inn*. Las tiras de tocino me hacen ojitos junto a los huevos revueltos, pero no me dejo tentar. ¡Se acabó eso! Huevos, un yogur y fruta componen la mayor parte de mi primera comida del día. Miro por la ventana del largo comedor decorado con un estilo rústico y constato con alivio que la llovizna ha cesado, al igual que el viento. Las ramas de los árboles cercanos se han deshojado desde ayer y solo conservan algunos ejemplares naranjas y rojos de gran belleza. Maine en octubre es un deleite para los ojos. Un espectáculo del que incluso los lugareños no se cansan.

Me abrigo bien antes de salir de la posada, decidida a ir caminando al centro de Greenville, más precisamente a la alcaldía. Apenas son las ocho y la ciudad se despierta lentamente. Antes de salir, verifiqué los horarios de apertura del edificio municipal. De siete a dieciséis horas, como el amanecer y el atardecer en esta temporada.

Entro en las instalaciones y me dirijo al mostrador de recepción. Una joven empleada llamada Jocelyne me pregunta en qué puede ayudarme.

—Quisiera consultar los registros del estado civil de Greenville. ¿Sería posible?

—¿Tiene cita?

—Eh... Es decir, no, no sabía que había que...

—¿Quiere consultar los registros originales o las copias?

—La verdad, no importa. Solo necesito acceder al registro de defunciones.

—En ese caso, puede simplemente consultar los datos digitalizados en línea. Solo abarcan desde principios del siglo XX, porque, ya sabe, lleva mucho tiempo para nuestros voluntarios...

—Eso será más que suficiente —la interrumpí—. No necesito remontarme a más de los últimos veinte años, como mucho.

—Muy bien. Un segundo, le voy a dar el enlace.

Le dejo tiempo para consultar su computadora y, dos minutos más tarde:

—Aquí está. ¿Quiere que se lo envíe por correo? Así se ahorra tener que escribirlo. El enlace no es fácil de recordar.

Le doy mi dirección de correo electrónico y decido instalarme con mi computadora portátil en mi cuartel general de campaña, la *Dockside Tavern*, donde esta mañana Charlène no está trabajando. En su lugar, me recibe Nancy, que parece un clon de Charlène. Mismo cabello rubio recogido en una coleta, mismo delantal, mismo chicle masticado de forma automática… espero que no sea exactamente el mismo y que no se lo pasen de turno en turno... Y, tristemente, el mismo aire de hastío...

Pido una jarra de café y un vaso de agua y me conecto a la base de datos de los registros civiles del condado de Piscataquis.

EL SISTEMA no es nada intuitivo, no tiene un motor de búsqueda por palabras clave, lo que me habría ahorrado mucho tiempo. Estoy obligada a revisar los certificados de defunción año por año. Por supuesto, para complicar aún más las cosas, no están escaneados en orden alfabético por el apellido del difunto, eso habría sido demasiado simple. No, fueron *cargados* por fecha.

Empiezo a dejarme los ojos frente a la pantalla, sobre todo porque no sé realmente desde qué año comenzar. ¿Debería considerar 2017 como el más cercano? Sabiendo que en la fecha de la desaparición de Veronika, su supuesto hermano probablemente ya había muerto, ya que nadie se acuerda de su existencia en esa época.

2017, *nada*.

2016, *rien*.

2015, *nothing*.

2014, *niente*.

Reclamo una segunda taza de café.

2013, *nichts*.

2012, *nič*.

2011, nada de nada.

2010, ni el menor rastro.

Estoy cansada. Por suerte, ¡descubro una tabla decenal en el sitio! Allí están registrados, por año, los nombres de las personas fallecidas. ¡Formidable, recupero la esperanza!

Excepto que…

Excepto que, por más que retrocedo en el tiempo, no encuentro rastro alguno de un tal Brandon Lake, fallecido en Greenville, Maine, condado de Piscataquis.

A juzgar por la creciente afluencia en el restaurante, se acerca la hora del almuerzo. Y yo todavía no he encontrado nada. Estoy en el año 2000, fecha en la que sitúo el nacimiento de Veronika, ya que tenía diecisiete años cuando desapareció. ¿Había muerto ya su supuesto hermano cuando ella nació? No lo creo, aunque no sabría decir por qué.

¿Qué diferencia de edad había entre ellos? Si supiera la respuesta a esa pregunta, podría avanzar en mis investigaciones.

Pero como no tengo esa información, me veo obligada a continuar con la búsqueda.

Pido algo de comer, una ensalada vegetariana acompañada de un té helado, mientras sigo investigando.

Cuando empiezo el postre, un brownie con trozos de nuez de pecán, voy ya por el año 1990 y Brandon Lake sigue sin aparecer en los registros…

Parece como si nunca hubiera muerto…

14

COSAS BIEN ASQUEROSAS

¿O TAL VEZ NUNCA NACIÓ?

Aparte del cuarto infantil en la villa de Sugar Island, ¿qué prueba tengo hasta hoy de la existencia de Brandon Lake?

¿No será una fantasía? ¿Un fantasma? Estas dos palabras, de la misma familia, revolotean al mismo tiempo en mi cabeza como un leitmotiv diabólico mientras regreso a los edificios de la oficina municipal. Necesito confirmaciones.

La misma Jocelyne me recibe en el mostrador.

—¿Encontró la felicidad que buscaba? —me pregunta al reconocerme.

—*Felicidad* no es la palabra que usaría. Lo que encontré más bien fue un rompecabezas, pero tal vez usted podría ayudarme.

—Con gusto. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quisiera saber si conoce, o conocía, a la familia Lake.

Una leve reacción de sorpresa aparece en el rostro de Jocelyne mientras me responde:

—Por supuesto, aquí todos conocen a los Lake. Es una de las familias históricas de Greenville, desde hace muchas generaciones.

—Eso entendí, sí, en el cementerio. Pero no me interesa tanto la genealogía de los Lake como los miembros actuales. Mason y Janet, los padres. Luego Veronika y Brandon, sus hijos.

—Dios mío, sí, los pobres niños —lamenta la empleada municipal —. ¡Qué historia!

—Justamente es esa historia la que me interesa. La desaparición de la joven en 2017 y la muerte del chico...

—¿La muerte del chico? ¿Cómo es eso? Qué horror. ¿También habrían perdido a su hijo?

—¿No lo sabía? Ese es precisamente el problema. Algunas cosas me hacen pensar que así fue, pero... no encuentro ningún registro oficial de su muerte. Ni siquiera en la base de datos de nacimientos, en realidad.

—Eso podría significar que no nació en Maine —sugiere Jocelyne —. Los registros no son los mismos. Quizás podría hacer una solicitud a nivel federal… También podría haber nacido en el extranjero, ¿quién sabe? Los Lake viajaban mucho.

—Gracias, intentaré averiguar. Mientras tanto, ¿podría decirme dónde vivía la familia Lake, en Greenville?

—Se lo voy a decir, un momento. Me parece que la casa familiar estaba por la zona de West Cove Point. Sí, eso es, la última casa de la calle con ese nombre, al final de la punta.

Pero, según el sistema, ya no son propietarios de esa residencia. Sin embargo, no sé si lo sabe, pero todavía poseen la isla de Sugar Island. Fue Mason Lake quien adquirió la propiedad. Eso causó mucho revuelo en su momento, en todo el condado. Imagínese, un particular que se compra una isla para privatizarla.

—Estaba deshabitada, ¿no?

—Claro, de lo contrario no podría haber sido comprada. Pero la gente hablaba en el pueblo, porque parecía un poco de *ya me viste*...

—¿Y los Lake no eran bien vistos?

—Tenían influencia, digamos. Lo que no siempre agrada a todos. Eran el tipo de personas a las que se teme más de lo que se admira… El dinero, ya sabe, corrompe todo.

—Por casualidad, ¿tendría su dirección actual? He oído que se fueron a Florida…

—Lo siento mucho —se lamentó sinceramente Jocelyne—. No tengo esa información. Pero tal vez podría preguntar a nuestro

alcalde, el señor Martineau. Creo que los conocía bien.

—¿Dónde y cuándo podría localizarlo?

—Está de viaje en Bangor desde ayer, pero si quiere, puedo encontrarle un pequeño espacio en su agenda para mañana.

—Se lo agradecería mucho, gracias.

Hecho esto, agradezco a la empleada, muy servicial, y salgo del edificio municipal. ¿Y si me doy una vuelta por West Cove Point? Ver cómo es la antigua residencia de los Lake en Greenville. Seguramente no me aportará nada, pero, ya que está a un paso, vale la pena intentarlo.



Una vez fuera del centro de Greenville, bordeé el lago a mi derecha y luego giré hacia lo que parece una península. Un camino estrecho serpentea entre abetos, abetos balsámicos y alerces, que componen un espectro de colores variados. El suelo, cubierto de agujas y hojas muertas, bordea la carretera de asfalto envejecido. El clima más benigno me permite pasear mientras admiro el paisaje. Las casas están cada vez más separadas a medida que avanzo hacia la punta. Debe ser un buen lugar para vivir aquí, rodeado por ambos lados por el lago Moosehead, en medio del bosque. Me imagino a la familia Lake disfrutando de este lugar apacible. Después de un buen kilómetro, diviso lo que parece ser la última residencia.

Una casa bien construida, con techo de pizarra gris y muros encalados, ocupa un amplio espacio despejado en la punta de la península. A simple vista, la construcción debe tener más de ciento cincuenta metros cuadrados en planta y consta de dos niveles. El terreno llano, perfectamente cortado en todo un lado de la propiedad, me da la impresión de que está rodeado por el lago por todos lados. No me sorprendería encontrar un embarcadero privado en la parte trasera. Tampoco hay cercas aquí, como ocurre en la gran mayoría de las propiedades de la tranquila pequeña ciudad de Greenville.

¿Tranquila desde que los Lake —de reputación ambigua— ya no se alojan allí?

Eché un vistazo al buzón que me indica que estoy en casa de los Kissinger. Maggie y Liam Kissinger. Desde la parte trasera de la residencia llega un ruido de motor que identifico inmediatamente como el de una cortadora eléctrica. De hecho, al acercarme al límite del terreno privado, veo aparecer a un hombre bastante corpulento y casi calvo, agarrado a la máquina. No sé si es él quien empuja la cortadora o si es la cortadora la que lo arrastra. En todo caso, juntos hacen un buen trabajo. El tipo me ve y le saludo con la mano, indicándole que me gustaría hablar con él. Muy despacio, sigue la línea que se había marcado y se acerca, antes de apagar el motor.

—¿Puedo ayudarla, señora? ¿Se perdió en el extremo de la punta?

—Buenos días, señor. No, no, todo está bien, gracias. Me llamo Karen Blackstone, soy agente inmobiliaria. De hecho, estoy prospectando en el condado en busca de una villa al estilo de la suya, con acceso directo al lago. Muy bonita propiedad. Y bien cuidada, además.

—Bueno. Hacemos lo que podemos. Siempre es más agradable vivir en un entorno cuidado, ¿no es así? Solo espero que esta sea la última siega de la temporada. Pero sobre su búsqueda, no sabría decirle si hay propiedades a la venta. Al menos no en West Cove Point. Por lo menos que yo sepa. ¿Ha preguntado en el ayuntamiento? Supongo que deben tener actualizada una lista de propiedades vacantes.

—Sí, pasé por allí, pero no tienen ese tipo de información, salvo por conocimiento personal. ¿Hace mucho que vive aquí?

—Cinco años, diría. Sí, nos mudamos en noviembre de 2017, recuerdo que hacía un tiempo horrible esa semana.

—Qué mala suerte —le dije, comprensiva—. Pero dígame, conociendo un poco la zona, me preguntaba si los anteriores propietarios no serían, por casualidad, los Lake. Creo recordar que tenían una casa en la punta...

La mirada del cortador calvo se nubla y surgen arrugas en su amplia frente, como los surcos que deja en el césped.

—No me hables de esos desgraciados —dice con tono molesto.

—Disculpe, ¿qué pasó con ellos, si no es demasiado indiscreto?

—Hay que ver en qué estado dejaron la casa. Parece que eran gente muy correcta, en público. Con dinero y todo. Pero en su casa, créame, era otra historia. No sé qué tipo de vida rara llevaban entre esas paredes pero, bueno… ya no es asunto mío.

—Imagino que pasaron por una inmobiliaria, ¿verdad?

—Exacto. Y de hecho, logramos que bajaran el precio, se lo aseguro. Por suerte para ellos no me crucé con esos desgraciados, si no, les habría dicho unas cuantas verdades en la cara, créamelo.

—No los tiene usted en alta estima, eso es evidente. Le entiendo, ¿sabe? Siempre es una pena descubrir daños en una casa recién comprada…

—¡Oh! No se trataba tanto de daños. Lo material se arregla, al fin y al cabo. Fue más bien lo que encontramos al hacer algunas remodelaciones en dos o tres habitaciones.

Empiezo a presentir que hay algo jugoso detrás de lo que insinúa el propietario. Así que insisto:

—¿Qué clase de cosas?

Liam Kissinger echa una ojeada a su alrededor, como si quisiera asegurarse de que nadie nos escucha.

—Cuando quisimos cambiar el suelo de una de las habitaciones de arriba —la que debía de ser su despacho, diría yo—, esa con balcón que ve allí, que da al lago, tuvimos que mover un armario pesado que los Lake no se habían llevado. Encontramos una memoria USB que debía de haberse deslizado bajo el mueble y luego colado entre dos tablones del suelo.

—Imagino que intentaron averiguar qué contenía esa memoria, ¿no?

—Por supuesto, si no, no estaría aquí contándole lo que me volvió loco aquella vez. Dudé un momento antes de insertar la memoria en mi computadora y hacer clic en los archivos que contenía. Nunca se sabe, con los virus y otros troyanos, ese tipo de mierdas informáticas. Y, que Dios me perdone, maldita sea, encontré unas fotos que nos helaron la sangre y nos provocaron náuseas, a mi esposa y a mí…

—¿Qué había en esas fotos?
—Cosas verdaderamente asquerosas…

15

MÉTODOS POCO... ORTODOXOS

LAS PALABRAS DEL NUEVO PROPIETARIO DE LA ANTIGUA RESIDENCIA DE LOS Lake en West Cove Point huelen a azufre. Y eso me gusta. Me siento emocionada ante el anuncio de una gran revelación que —lo intuyo — podría incluso entusiasmar a Myrtille Fairbanks, mi jefa. No sé si es mi cara amable lo que incita a la confidencia, o simplemente la rabia que motiva al tipo a hablarme. En cualquier caso, no pienso soltar el hilo:

—¿Qué quiere decir con "asquerosas"?

—No sé por qué le estoy contando esto —titubea el hombre—, si ni siquiera la conozco… Pero solo de hablarlo de nuevo, se me revuelve el estómago, se lo juro. Mire, yo soy alguien limpio, que no tiene nada que ocultar. Soy miembro veterano del Club de Leones, voy a misa todos los domingos, enseño a mis hijos valores como el respeto, la bondad, todo eso. Así que cuando vi esas fotos, literalmente estallé.

—¿Por qué?

—Porque eran fotos que no se le deberían mostrar jamás a un niño, si me entiende…

No, no lo entendía del todo, pero me hacía una idea bastante clara del tipo de asquerosidad al que se refería. Insistí:

—¿Aparecían niños en esas imágenes?

Liam asiente con expresión consternada, un gesto que basta como respuesta. Continúo, intentando evitarle el malestar de esta confesión a una desconocida de paso que sabe —me enorgullece decirlo— hacer hablar hasta a los más callados. ¡Es todo un arte!

—¿También había adultos? —añado con temor a su respuesta.

—Sí. También.

—¿Pudieron identificar a las personas que aparecían en las fotos? ¿Eran miembros de la familia Lake?

—En absoluto. Mi esposa y yo no somos de aquí. Venimos de Oregón. No conocíamos a nadie por esta zona.

—¿Nunca llegaron a conocer a los Lake?

—Jamás. Ya se lo dije, la transacción se hizo a través de una agencia inmobiliaria de Greenville.

—Si le mostrara fotos de ellos, ¿podría decirme si aparecían en las imágenes de la memoria USB?

—No sabría decirle. Ya le digo, eso fue cuando nos mudamos, o sea, hace casi cinco años.

Aun así, quiero intentarlo. Saco mi teléfono para buscar en Internet fotos de Veronika y de sus padres, Mason y Janet Lake.

Mientras reviso los resultados, Liam frunce el ceño y me dice con tono desconfiado:

—Usted no es agente inmobiliaria ni de broma, ¿verdad...?

—¿Perdón? —me atraganto, atrapada por mi descarada mentira.

—No nací ayer, señora. Al principio parecía que estaba en su papel, pero ahora cada vez me da más la impresión de que me está sonsacando sobre un tema que le interesa más que las casas en venta… Se nota que le interesa mucho esa familia, los Lake. ¿Me equivoco?

Ante mi gesto avergonzado, continúa:

—Le voy a pedir que se largue, o llamo a la policía. Ya me ha hecho perder bastante tiempo. Va a llover otra vez y no he terminado de cortar el césped.

Se dispone a arrancar su podadora cuando lo interrumpo:

—¡Espere! Se lo ruego. Está bien, lo admito, no soy agente inmobiliaria. Sí, me interesa la familia Lake. Soy periodista de la

revista *True Crimes Mysteries*. ¿Sabe lo que ocurrió en Greenville hace cinco años, poco antes de su llegada?

—He oído hablar, sí. Pero eso no es asunto mío.

—Sin embargo, parece que encontró algo relacionado con ellos en la casa… Eso lo vincula, aunque sea de forma indirecta, con el caso.

—¿Qué caso? ¿La desaparición de la chica? No, no, yo no tengo nada que ver con eso. Deje de decir tonterías y lárguese. Nunca debería haberle contado eso. No sé qué se me cruzó por la cabeza.

Levanto las manos en señal de rendición.

—Está bien, está bien, lamento haberlo molestado, pero por favor, entiéndame. Es posible que lo que usted descubrió pueda ayudar a avanzar en mi investigación, de una forma u otra.

—¿Y encontrar a la niña?

—Quizás… Pero no solo eso.

—¿Cómo que no solo eso?

—Digamos que hay otros hechos inquietantes alrededor de los Lake.

—¿Como cuáles? —se interesa.

Entonces, sin revelar todos los detalles, le resumo lo que ya empiezo a llamar el caso Brandon Lake. Concluyo mi resumen preguntándole:

—¿En esas fotos de la memoria USB, recuerda haber visto niños muy pequeños?

Kissinger cierra los ojos intentando concentrarse, luego concluye:

—No lo tengo muy claro, pero no lo creo, no.

Suspiro por dentro, aliviada.

—¿Puedo mostrarle ahora los retratos de los Lake?

—Adelante. Pero después de eso, olvídese de mí. ¿Entendido?

—*Cruz de madera, cruz de hierro, si miento, voy al infierno.*

—No me hable del infierno...

Le muestro la pantalla de mi móvil, donde aparece una foto de la pareja Lake tomada durante una gala benéfica en Greenville en 2016.

—¿Estas personas estaban en las fotos de la memoria?

Le doy tiempo para que las observe.

—La verdad, no lo sé. Podría decirle que sí o que no. Es difícil reconocer a alguien en distintas fotos, cuando a veces están bien vestidos y otras veces… desnudos.

—Lo entiendo… ¿Qué hizo con la memoria USB, señor Kissinger?

—¿Qué quería que hiciera? No podía quedármela. Se trataba de niños, después de todo… Mi conciencia católica no me permitía quedarme callado. Se la entregué a la policía de Greenville.

—¿Y qué hicieron con ella?

—Ni idea. Pregúnteles a ellos, ya que tanto le interesa el tema. Bueno, tengo cosas que hacer. Me voy.

—Nuevamente, disculpe la molestia y gracias por su colaboración. Y perdone también por los métodos poco… ortodoxos que utilicé.

—Sin rencores. Si eso puede ayudar a sanear las costumbres y resolver un enigma.

Luego, pulsa el botón de arranque eléctrico de su podadora y vuelve a su tarea.

Por mi parte, tomo nota de hacer en cuanto sea posible una visita de cortesía a la policía de Greenville.

16

REMEMORAR COSAS DEL PASADO

MIENTRAS LA NOCHE EMPIEZA A CAER SOBRE GREENVILLE, RECUERDO LO que me dijo un poco antes Charlène, mi amiga camarera del Dockside: que tenía posibilidades de cruzarme con Tom Malone en el *Stress Free* después de su jornada laboral.

Me dirijo entonces al pub que ya conozco y constato, en efecto, que una de las camionetas con el logotipo de *Haymond Lumber Company* está en el estacionamiento.

Empujo la puerta del local y me deslizo en la densa atmósfera de un bar de hombres. Olores de grasa, cerveza de barril, cebolla frita y sudor rancio de un día de leñadores y pescadores me golpean justo cuando localizo al grupo de leñadores sentados en un rincón del pub, entre los cuales reconozco el rostro cuadrado de Tom Malone. La entrada de una mujer no pasa desapercibida a esa hora, y casi todas las cabezas se giran hacia mí. El exnovio de Veronika Lake me reconoce. Lo veo con la mueca que pone... se ve que no le entusiasma volver a verme. Simplemente resignado.

Me siento en una mesa redonda no muy lejos del grupo y, con un gesto de la barbilla dirigido a Malone, le hago saber que es bienvenido en mi mesa. Se gira hacia sus compañeros, les dice unas palabras que los hacen reír –alguna fanfarronada machista, sin

duda– y se acerca, no sin antes tomar su jarra de cerveza. Una vez frente a mí, deja claras sus intenciones:

—¿Ha decidido seguirme como una sombra? En ese caso, ruego que el sol se esconda.

—Encantada de volver a verlo también —ironizo—. Tome asiento, por favor.

—No pienso quedarme mucho, está casi vacía —dice sentándose a pesar de todo y señalando su cerveza casi terminada—. ¿Qué quiere de mí ahora? Ya le dije que no tengo ganas de estar recordando viejas historias.

—Aprecio su ayuda, Tom. Por ahora, es usted el único que puede testimoniar sobre aquel 2017. Estuvo en primera fila, por así decirlo. Desde nuestra entrevista, no he estado precisamente desocupada y tengo algunas preguntas más a las que, estoy segura, podrá darme respuesta.

—*Sip*, ya veremos. Diga lo que tenga que decir.

—Fui a la villa de Sugar Island —confesé sin rodeos.

—No pierde el tiempo usted. ¡Una mujer decidida, eso parece! ¿Sabe que es una propiedad privada…?

—Soy consciente. Y aun así me di el lujo de entrar en la casa. Pero queda entre nosotros, ¿verdad?

—Está loca, Karen —sonrió el leñador, negando con la cabeza—. Pero me cae bien. ¡Salud!

Brindamos: él con su cerveza, yo con una Coca Light.

—Veronika no era hija única, ¿verdad?

—Más o menos —matizó él—. ¿Por qué lo dice?

Le conté lo que había descubierto en la villa: una habitación infantil, decorada como para un niño. Por ahora, omití mencionar el póster con grafiti.

—¿Lo confirma? Un tal Brandon… Usted también debió ver esa habitación, ¿no?

—Sí, la vi. Pero nunca vi a ningún hermano.

—¿Nunca? Pero supongo que hablaron del tema, ¿no? Es difícil estar en pareja varios meses sin hablar alguna vez de hermanos. Es lo que hacen los enamorados cuando se conocen.

—Es verdad, quise saber. Se lo pregunté al principio de nuestra relación, pero por su respuesta entendí que no quería tocar el tema.

—¿A qué se refiere?

— Pues no sé bien. Se notaba que evitaba hablar de eso. Solo me dijo que sí, que había tenido un hermano mayor, pero que nunca lo conoció. Que murió antes de que ella naciera.

Por dentro, pensé en el cementerio de Greenville, que debería confirmar la muerte de Brandon.

—Entonces murió siendo muy pequeño.

—No lo sé, supongo que sí. Porque los padres de Veronika no eran tan viejos, así que imagino que ella y su hermano no debían tener mucha diferencia de edad. Calculo dos o tres años, no más.

—Sí, eso creo también, viendo la habitación infantil y la cuna… ¿También conoció la residencia de West Cove Point?

—Claro. Pasé una o dos noches y bastantes cenas allí, ¿por qué?

—¿Había una habitación destinada a Brandon allá?

—Ni idea. Solo conocía la cocina, la sala y el cuarto de Veronika. Cuando iba, siempre estaban sus padres. Pero noté que una de las habitaciones siempre estaba cerrada con llave — la curiosidad me llevó a intentar abrir la manija. Como si fuera una habitación prohibida… Pensé que podía ser también el antiguo cuarto del niño que había muerto.

—¿Como una especie de santuario prohibido e impenetrable?

—No entiendo muy bien lo que quiere decir, pero si usted lo dice…

—Me refiero a una habitación prohibida, íntima, que guarda secretos que no se quieren revelar a extraños fuera del núcleo familiar.

—Entonces sí, podría ser de ese tipo.

Por asociación de ideas, pienso en las fotos que encontró Kissinger, el dueño actual, en la memoria USB. ¿Y si esa habitación guardara otros secretos, más allá de lo que podríamos imaginar? Por ahora no quiero hablar de eso con Tom. Mejor vuelvo a la villa de Sugar Island:

—¿Recuerda haber visto en la habitación infantil de Sugar un póster un poco extraño, clavado en la pared? ¿Un póster que no encajaría realmente en ese tipo de habitación?

—¿Puede ser más precisa? No he estado ahí ayer…

—Un póster de la portada de un álbum famoso de The Who, *Who's Next*.

—¡Ah! ¿Ese? ¿Con el bloque de granito en medio? Sí, ahora que lo dice, lo recuerdo. Aunque… La portada es tan conocida que no sabría decir si la vi ahí o en otro lugar, en la tele o en alguna tienda, por ejemplo.

—¿Podría intentar hacer un esfuerzo para recordar? Por ejemplo, la noche de agosto de 2017.

Tom Malone se toma un momento para pensar mientras termina su cerveza.

—Sí, puede que sí. Recuerdo ese póster. Pero estoy seguro de que no estaba en la habitación infantil, como usted dice.

—Ah, ¿no? ¿En qué habitación lo vio usted?

—No recuerdo exactamente, pero le puedo asegurar que no fue en la habitación del niño muerto. Por la sencilla y buena razón de que no pusimos un pie allí ese fin de semana...

—¿Está seguro?

—Seguro, señora. Ahora que lo pienso, como me lo pidió, recuerdo muy bien que esa habitación estaba cerrada con llave ese fin de semana a finales de agosto. De hecho, fue una de las razones por las que tuvimos una discusión esa noche, Veronika y yo...

17

ESTA HABITACIÓN PROHIBIDA

ME SORPRENDE LO QUE ACABA DE CONFESARME TOM MALONE Y reformulo:

—¿Se pelearon esa noche?

—Sí… —suspira—. Es bastante estúpido, ¿no? Que una de las últimas cosas que Veronika y yo compartimos antes de que desapareciera para siempre haya sido una maldita pelea...



VERANO 2017, *Sugar Island*.

AL BORDE DE LA PISCINA, las brasas chisporroteaban en el fondo del asador de piedra, que Paul se encargaba de mantener, asegurando que sabía del tema. Las salchichas pronto estarían en su punto, "asadas, pero no quemadas", había prometido el apuesto joven de melena rubia recogida en una coleta y el torso desnudo. Cada vez que organizaban una estancia en Sugar Island —a la que llamaban el *Plan Sugar*—, él era quien se encargaba de todo. A los demás, eso les venía de maravilla: así podían bajarse unas cervezas o unos cócteles, o besuquearse en la piscina o sobre el césped que

la rodeaba. A Paul, eso no le importaba; no tenía novia. Lo cual no le impedía echarle un ojo al generoso escote de Cynthia entre dos *vueltas* de merguez. Con un poco de suerte, quizá algún malentendido acabaría por acercarlos…

En ese momento, Cynthia se dejaba llevar sobre un colchón inflable en pleno centro de la piscina. La noche envolvía el lugar, pero los focos apuntaban hacia el agua en la misma dirección que los ojos de Paul: el escote del bañador de la joven. Para él, era un deleite contemplar a aquella náyade a la deriva sobre su balsa de recreo. Por un momento, estuvo tentado de dejar las salchichas para lanzarse al agua y cubrir el cuerpo de Cynthia con el suyo. Se quitó la idea de la cabeza, diciéndose con razón que lo más probable sería hacerla volcar.

Sin embargo, Paul no le quitaba el ojo a la parrilla ni a los pechos de Cynthia, mientras sonaba *Kungs, Don't You Know*, en los altavoces.

— *"Your beating, breathing heart is keeping me from dying…*

I'm gonna rock your body"

Cynthia mantenía los ojos cerrados, Paul daba vuelta a sus salchichas preguntándose dónde diablos se habrían metido los demás.

¡Ah, sí! Alcanzaba a ver a Carlos y Dorothy tumbados en la hierba, con la mano de ella metida en el bañador de él… y había visto a Becky y Alvin hacía unos minutos en la cocina exterior de la villa, cortando tomates.

¿Pero qué demonios estaban haciendo Veronika y Tom? Si no aparecían en diez minutos para comer, no se hacía responsable del estado de las merguez.

.



—¡ANDA, Veronika, ven aquí! —susurró Tom al oído de su novia, tomándola del codo—. Estamos tranquilos, los demás están afuera.

¿No percibes lo bien que huelen las salchichas que está asando Paul?

—No, Tom, para. No tengo ganas —respondió la joven con cansancio—. ¿Es que no piensas en otra cosa?

—¿Pero no vinimos aquí a pasarla bien? ¡Estamos solos en el mundo, *ouah*!

El chico intentaba llevarla a la habitación que habían elegido al llegar a Sugar.

—Déjame en paz, Tommy. Mejor bajamos, van a empezar a preguntarse qué estamos haciendo. Y además hueles a cerveza, me da asco.

—¿Qué dices? ¡A nadie le importa lo que hagamos! Mira —dijo, asomándose por una ventana del pasillo—: tu mejor amiga está flotando a la deriva en su colchón inflable, Paul está asando merguez, los otros dos manoseándose en el pasto… ¿Y nosotros? ¿No tenemos derecho a divertirnos un poco? Todo el mundo sabe que lo que pasa en Sugar Island, se queda en Sugar Island. ¡No vinimos aquí a perder el tiempo!

Tom intentó robarle un beso a Veronika, con la esperanza de que luego se dejara llevar. Pero ella giró la cabeza y se soltó del abrazo del joven.

—¡Mierda, no te vayas así! —se empezó a reír mientras la perseguía por los pasillos.

Se inició una carrera entre los dos enamorados. Veronika tomó ventaja sobre Tom, quien la perdió de vista por un momento. En una vuelta del pasillo, debió de haberse escondido en una habitación o en uno de los armarios. El joven abrió una a una las puertas, inspeccionando cada habitación después de encender la luz, llamando a su amada, prometiéndole momentos maravillosos si se dejaba atrapar.

Luego llegó frente a la última puerta, la única que no había intentado abrir.

La única, además, que parecía cerrada con llave, a diferencia de las anteriores. Tom recordó que en cada una de sus estancias en Sugar, había notado que esa habitación siempre permanecía inaccesible.

—*Hey*, ¿estás ahí dentro? —gritó, sacudiendo con fuerza la manija varias veces.

No hubo respuesta.

—Si no me contestas, ¡reviento esta maldita puerta, Veronika!

Con sus hombros de leñador —profesión que, por cierto, aspiraba a ejercer—, Tom Malone tenía la fuerza necesaria para cumplir su amenaza.

—Voy a contar hasta tres. Uno… dos…

Aún sin respuesta del otro lado de la puerta, si es que Veronika estaba realmente allí.

—¡Tres!

Tom embistió la puerta con su hombro izquierdo. La madera tembló sobre sus bisagras, pero no cedió. Iba a repetir la maniobra cuando escuchó un grito detrás de él:

— ¡Para eso ahora mismo, maldita sea!

Las notas estridentes de la voz colérica de Veronika lo detuvieron en seco. Se dio la vuelta y descubrió a su novia, el rostro enrojecido y los ojos abiertos de par en par por una furia que jamás le había visto.

—¿Qué te pasa?

—Nunca vuelvas a intentar abrir esa puerta, Tom. ¿Me has entendido?

Él se acercó a ella lentamente.

—¿Por qué? ¿Acaso tú me lo impedirías? ¿Con esos bracitos de pollo? ¿Eh? ¿Y qué hay, por cierto, en esa habitación prohibida? ¿Un cadáver escondido?

Veronika ahora tenía la mirada fija en la puerta del cuarto, los labios apretados hasta tornarse azulados, y las arterias del cuello latiendo con fuerza. Lágrimas comenzaron a asomarse en el borde de sus ojos.

— Veronika, ¿estás bien? —dijo—. Cuéntame qué pasa. ¿Cuál es la historia? Te aviso, si no hablas, voy a romper la puerta. Así sabré de una vez por todas. Cada vez que venimos aquí, esta puerta está cerrada. ¿Qué hay detrás?

Un silencio interminable se instaló entre ellos mientras la música les llegaba desde afuera en un murmullo. Luego, la joven pronunció

con voz apagada:

—Mi hermano…

18

¡VUELA, WINNIE!

HAGO UNA SEÑA A LA MESERA DEL PUB Y PIDO OTRA CERVEZA Y UN SEGUNDO refresco.

—Invito yo —le aclaro a Tom Malone, sentado frente a mí—. ¿De verdad te dijo eso? ¿Que su hermano estaba detrás de la puerta de esa habitación prohibida en la villa de Sugar Island?

El leñador asiente con un movimiento de cabeza.

—Sí, eso fue exactamente lo que dijo, y créame que se me salieron los ojos del asombro. Le pedí que me explicara a qué se refería y me respondió...



VERANO 2017, *Sugar Island*.

… con los ojos llenos de lágrimas:

—No es realmente mi hermano el que está ahí —dijo Veronika, entre sollozos—. Es su recuerdo.

—¿Murió, no es así?

—Sí. Pero nunca llegué a conocerlo, ya lo sabes. Lo hemos hablado antes.

—Es verdad, lo recuerdo. Pero aún así, ¿por qué tener una habitación cerrada con el *recuerdo* de tu hermano muerto? ¿No es un poco siniestro, como en *El secreto de la momia*? Maldita sea, Vero, ¿no me digas que la momia de tu hermano está ahí?

—Eres un idiota, Tom. No entiendes nada. No respetas nada. ¿Sabes qué? Olvídalo, no quiero hablar más de esto contigo, ¿entendido?

Veronika dio la vuelta y bajó por la escalera de madera para unirse al grupo, secándose las lágrimas.

—Sí, vete —refunfuñó Tom, sin quitar la mirada de la puerta cerrada.

Lejos de rendirse, intentó de nuevo accionar la manija, sin tener éxito. Luego, a modo de un Arsène Lupin de pacotilla, sacó la navaja que llevaba en el bolsillo del pantalón e intentó forzar la cerradura, maniobrando con dificultad la fina hoja dentro del ojo de la cerradura. No había forma, no conseguiría abrirla de ese modo. Movido por la curiosidad, se agachó para mirar a través del ojo de la puerta.

Lo que vio lo dejó petrificado.

Distinguió sin duda una cuna con barrotes, perfectamente tendida. Encima, justo en el centro del colchón, habían colocado un osito de peluche, sentado con cuidado, sus ojos redondos y vidriosos, como esperando el regreso del niño muerto. Le recordó a Winnie the Pooh.

Pero Winnie podía esperar mucho tiempo: el pequeño Brandon ya no lo abrazaría jamás con sus bracitos regordetes.

Sin embargo, con la mente ya algo nublada por el alcohol, Tom Malone no se dio por vencido. Un destello de ingenio lo atravesó de repente y corrió hacia una de las otras puertas del piso.

Volvió con una llave estándar, que introdujo en la cerradura del cuarto del niño fallecido.

Giró.

El mecanismo cedió.

La puerta se abrió.

Tom entró.

A veces, las soluciones más simples son las menos evidentes, pensó mientras cruzaba el umbral de aquella habitación santuario.

Se detuvo unos minutos contemplando esa habitación tan fuera de lugar, congelada en el tiempo, como si el niño fuera a acostarse allí en cualquier momento. Una cómoda con una pila de pijamas perfectamente doblados, una lámpara de noche con forma de hongo, un juego de sábanas nuevas y, en el suelo, una alfombra con Mickey Mouse y sus amigos. En las paredes, pósteres de dibujos animados del universo Disney de finales de los años noventa: *Tarzán, Toy Story 2, Las Aventuras de Tigger.*

Fue entonces cuando cometió su primer error de la noche.

Se inclinó sobre la cama y tomó el osito de peluche.

Luego salió de la habitación y bajó lentamente hacia la parte trasera de la casa, donde estaban la piscina y los demás invitados, ahora reunidos.

Llegado al borde de la piscina, gritó como un loco delirante:

—¡Vuela, Winnie! ¡Y nada!

Con un gran gesto circular, lanzó el peluche hacia la piscina.

A su alrededor, los demás se paralizaron, en la más absoluta incomprensión. Paul se detuvo con el brazo en alto, sosteniendo una salchicha con un tenedor para asar, con la boca abierta.

Veronika, por su parte, se quedó petrificada, con los ojos fijos en la superficie del agua donde flotaba el osito de Brandon Lake, ese hermano que nunca había conocido, muerto antes de que ella naciera.

Alvin, comprendiendo que se avecinaba un mal momento, se lanzó al agua para recuperar el osito. Cuando volvió a poner el pie sobre las losetas al borde de la piscina, un silencio pesado flotaba sobre el grupo de jóvenes.

Excepto por la música que salía de las bocinas, uno podría haber pensado que el tiempo se había detenido. Todos comprendían que acababa de ocurrir algo fuera de lo común, sin entender del todo su significado ni su alcance. El instante de desconcierto fue interrumpido por la voz de Veronika, dirigida a Malone:

—Eres un maldito imbécil, Tommy.

Los demás asintieron en silencio, sin entender del todo por qué ella soltaba semejante bomba verbal.

Entonces la joven corrió por el césped, hacia el estanque con lirios de agua.

—¡Espera! —gritó Tom, corriendo tras ella.

La alcanzó en el muelle del estanque, justo cuando ella se disponía a lanzarse imprudentemente al agua negra.

El joven la rodeó con sus fuertes brazos, impidiéndole cometer esa locura que tenía en mente.

—Tienes razón, Veronika. Soy un imbécil. Perdóname. No sé qué me pasó por la cabeza para hacer eso.

Se dejaron caer al suelo, abrazados, llorando ambos lágrimas calientes y salobres.

Cuando sus sollozos se calmaron, ella articuló:

—No, soy yo la que tiene un problema con eso. Pero no es mi culpa... Todo esto es por mis padres. Desde que soy muy pequeña, siempre he escuchado el mismo discurso de su boca. He crecido con eso en la conciencia. Es pesado, ¿sabes...?

—¿Qué discurso? —quiso saber Tom.

Veronika se limpió la nariz con el antebrazo, inspiró hondo y contó, con la voz llena de emoción y un toque de resentimiento:

—Desde el día en que entendí que había habido otro niño en la familia —cuando vi yo misma la habitación infantil—, todo cambió. Mis padres me dejaron muy claro que jamás, jamás debía volver a hablar de ese tema. Ni en casa, ni fuera. Ni en la escuela, ni con mis amigos. Jamás. El tema era tabú. Aun así, insistí; ya sabes cómo son los niños. Mientras tengan una idea en la cabeza y no obtengan la respuesta que quieren, siguen. Así que insistí. Quería saber. Me dijeron que había habido un niño antes que yo, que se llamaba Brandon y que había muerto. ¿De qué murió? —les pregunté. Murió. Punto. Me obstiné. Y no importaban los bofetones que a veces me ganaba por insistir. Hasta que un día, mi madre se vino abajo y dejó entrever que se había tratado de un terrible accidente. Sin dar más detalles, salvo que ocurrió cuando ella estaba embarazada de mí, añadió. Desde entonces, ¿sabes?, en mi cabeza de niña, me hice la idea de que era culpa mía. Así de simple. Y crecí con esa muerte en

mi conciencia de niña. Por eso, Tommy, te lo ruego, no vuelvas a hablarme nunca más de ese hermano muerto, de esa cuna con barrotes, de esa habitación prohibida. Vamos a cerrarla con llave y no volver a poner un pie ahí… ¿Lo prometes?

—Lo prometo —la tranquilizó él, besando una última lágrima en su mejilla—. Vamos, vamos a olvidarnos de eso y a disfrutar con los amigos.

—No sé si me va a ser fácil olvidarlo. Sabes, Tommy, hay momentos en los que yo también desearía desaparecer…

19

SIN DEJAR RASTRO

—Siento, en la voz de Tom Malone, lo mucho que lo ha conmovido el episodio que acaba de contar. Me lo narró reviviéndolo, y yo misma estoy emocionada. De hecho, una palabra acaba de parpadear en mi cabeza, que le pido que confirme:

—¿Veronika le dijo expresamente que quería *desaparecer*?

—Eso fue lo que dijo, lo recuerdo claramente. Pero no sé qué quería decir realmente. Desaparecer en el sentido de escaparse, o en el sentido de quitarse la vida, ¿sabe?

—Sí, lo entiendo perfectamente. Y a la luz de lo que sabemos hoy, empiezo a preguntarme cuáles eran sus verdaderas intenciones.

—Igual yo. Pero, ¡maldita sea! ¿cómo es posible desaparecer así, sin dejar rastro? Eso sólo pasa en las novelas o en las películas. Esas cosas no pasan en la vida real.

—Por desgracia, sí. Yo estoy en una buena posición para saberlo… —dije pensativa. Es mi trabajo, ¿sabe? Todos los días intento reconstruir las pistas borradas de personas que, de una u otra forma, decidieron acabar con la vida, o con *su* vida.

—¿Cuál es la diferencia?

—No es sólo una cuestión de lenguaje, Tom. Acabar con la vida, eso sí, es quitarse la vida, suicidarse, incluso buscar que alguien te mate… Pero acabar con *su* vida, es ya no aceptar ser quien uno es,

querer ser otra persona, o vivir de otra manera, diferente. Aunque eso implique rechazar todo el pasado. Borrar la propia identidad, inventarse otra. En otro lugar. No es un mito. De hecho, en nuestro país hay servicios federales oficialmente encargados de crear nuevas vidas, nuevas identidades para proteger testigos en casos muy delicados.

—Mierda entonces… ¿De verdad?

—De verdad.

—¿Cree usted que podría ser el caso de Veronika? ¿Que haya sido testigo de algo atroz y que la hayan sacado de su vida para protegerla de algo o de alguien?

Levanté las manos en señal de impotencia.

—A estas alturas, no tengo ni la más mínima idea. Pero estoy trabajando, con toda la ayuda que se me quiera brindar, para ver más claro en este asunto, Tom.

Mientras conversamos, Tom y yo decidimos picar unas tapas locales para acompañar su cerveza y mi infusión, después de tantos refrescos. La mesera acaba de traernos un plato de *onion rings*, de *cheddar balls*, de *fish and chips* con un cuenco de salsa tártara y algunos chiles encurtidos. Mientras picoteamos, continúo investigando desde la raíz, soltando algunas pistas.

—Fui al cementerio de Greenville —digo—. ¿Y sabe qué? No hay ninguna tumba con el nombre de Brandon Lake. Si es cierto que el niño murió cuando Janet estaba embarazada de Veronika, deduzco que falleció en 2000. ¿Lo confirma, Tom?

—Sí, en 2000 o tal vez en el 99, ya que Veronika nació en febrero de 2000. Pero quizá simplemente murió en otro lugar, fuera del condado de Piscataquis… Los Lake viajaban mucho. Tenían propiedades por todas partes. Aquí, en Sugar Island, en Florida, en California, en Texas también, me parece. Y probablemente un apartamento en Nueva York, en París o en Londres… Si murió allá, ¿no estará enterrado allá también? ¿No lo cree?

Sopeso mentalmente la cuestión. En el fondo, es posible.

—Sin embargo, los Lake llevan generaciones siendo enterrados aquí. ¿Por qué no habrían traído el cuerpo de regreso al panteón familiar?

—Porque… no hay cuerpo —sugiere Tom, masticando una de las *meatballs* (a las que yo no pienso acercarme, que quede claro).

Reflexiono un instante sobre su observación, la cual viene a corroborar lo que descubrí en los archivos: sin cuerpo, no hay fallecimiento.

Y, sin embargo, hubo un bebé, hubo un cuarto, se afirmó que hubo una muerte… ¡Qué rompecabezas! ¡Y qué fastidio de familia los Lake, por decirlo con elegancia! ¿No pueden hacer las cosas como todo el mundo? ¿Nacer, vivir y morir normalmente?

No, ellos tienen que desaparecer, uno tras otro. Dejando solo malos recuerdos, amargura, manchas y rencor. Eso es lo que le respondo a Tom.

Un momento de silencio se instala mientras terminamos nuestras tapas y bebidas. El leñador mira su reloj y declara:

—No es por nada, pero ya tengo que regresar. Mis compañeros se están impacientando. Ya es tarde y mañana entramos muy temprano.

Me doy cuenta, también, de que las horas han pasado volando y que esta mañana bajé caminando al centro. Ahora ya es de noche y no tengo vehículo para volver a la posada.

—¿No tendrá oportunidad de llevarme a la *Greenville Inn*?

—Si no le molesta subir a una camioneta no muy *clean*, apretada entre dos leñadores con ropa de trabajo, para nosotros no hay problema —bromea Tom.

—No tengo inconveniente, muchas gracias.

Nos levantamos. Mientras caminamos hacia el estacionamiento, le pregunto a Tom Malone:

—¿Conservó el contacto con los demás? Me gustaría poder localizarlos.

—Como le decía, no estaba del todo integrado al grupo. Apenas me aceptaban. Eran los amigos de Veronika, no tanto los míos. Así que no mantuve el contacto con ellos y creo que todos se fueron de Greenville. Si no estás en el negocio de la madera o la pesca, este no es precisamente *un lugar soñado*. Pero de todos modos puedo decirle dónde podría estar Alvin Brown, que en esa época salía con Becky. Según supe, cuando nos encontramos por casualidad este

verano en la marina, me dijo que trabajaba en Boston. Es abogado allá. Debería poder encontrar su despacho fácilmente con su nombre. Eso es todo lo que puedo decirle, lo siento.

—No hay problema. Ya me ha ayudado bastante, Tom. Si se acuerda de algo, aunque le parezca insignificante o tonto, tiene mi número…

—No lo dudaré, Karen —dijo, sacando mi tarjeta de su bolsillo en el pecho—. Mire, todavía la llevo conmigo.

Tom y sus compañeros me hacen un lugar en su camioneta y me dejan frente a la *Greenville Inn*. Les agradezco con sinceridad y entro en el edificio, luego en mi habitación, y me desplomo sobre la cama.

Hago un rápido balance mental del día —dos desaparecidos, fotos turbias, secretos familiares— y me quedo dormida después de tomar mi tratamiento de todos los días.

Indispensable.

Estoy impaciente por conocer mañana al alcalde de Greenville, ese pequeño pueblo de gente reservada sobre el que se ciernen secretos que muero por descubrir.

20

UPPER LIST

ME CONCEDÍ UNA PEQUEÑA MAÑANA DE DESCANSO. DESPUÉS DE TODO, Veronika Lake desapareció hace cinco años, no estamos a unas horas de diferencia.

Durante el desayuno en la posada —huevos revueltos y trucha ahumada—, poco antes del límite de las diez, consulto la sección de abogados de Boston, en Massachusetts. La lista es tan larga como un día sin pan, y varios Brown ejercen esta honorable profesión. Parece que pronto habrá más abogados que delincuentes en nuestro país. Finalmente, doy con los datos del bufete *Neyman & Bernstein & Brown*. Al hacer clic en el enlace del sitio web, descubro el rostro del tal Alvin Brown, abogado junior especializado en derecho de familia —divorcios, custodia de menores, protección infantil, pensiones alimenticias, adopciones… Un hombre atractivo, de piel ébano, cabello muy corto, sonrisa encantadora, dientes blancos y bien alineados, mirada viva. Un abogado que inspira confianza, sin duda alguna. Si sus honorarios están a la altura de su físico, ¡sus clientes deben formar parte de la *upper list*!

Guardo su número directamente en mi agenda. Llamaré al abogado Brown durante el día. Por ahora, tengo cita en el ayuntamiento con el alcalde de Greenville.

Esta vez me adelanto y, aunque no está lejos, voy al centro en coche, por si acaso me pasa lo mismo que la víspera y me quedo sin transporte una vez caiga la noche. Además, el clima de hoy está gris, como mi estado de ánimo: niebla, llovizna y una temperatura que, una vez más, ha caído.

EN LA RECEPCIÓN, Jocelyne me reconoce y me dedica una sonrisa.

—El señor Martineau la espera en su despacho. La acompañaré.

La recepcionista me escolta por la escalera que lleva a la oficina del alcalde de Greenville. Llama a su puerta y me abre paso después de que su *boss* lanza con voz firme:

—Hágala pasar, Jocelyne. Gracias.

Victor Martineau es un hombre de unos sesenta años, con el cabello encanecido pero aún abundante y peinado al cepillo. Bajo ese corte casi militar, un rostro adornado con grandes mejillas enrojecidas que engullen una boca perdida en medio de una perilla cuidadosamente recortada. Es un hombre con barriga grande que se acerca a mí con la mano extendida.

—¿Señora Blackstone, cierto?

—Así es. Gracias por tomarse el tiempo de recibirme a pesar de su agenda tan ocupada, señor Martineau.

—Tome asiento, por favor. Entonces, ¿en qué puedo serle útil? Jocelyne me comentó que le interesa la genealogía y el registro civil.

—Entre otras cosas...

—Pero también este triste asunto que sacudió a nuestra pequeña ciudad tranquila hace cinco años...

—Exactamente. Para serle completamente sincera, señor Martineau, soy periodista especializada en casos de desapariciones no resueltas.

Al oír esto, la boca del alcalde se tuerce en medio de su barba. Parece que rumia palabras que no quiere o no puede pronunciar.

—*Ajá*, ya veo. Como le decía, este triste asunto ya tiene cinco años y no estoy convencido de que hoy en día usted pueda arrojar alguna luz sobre él. Además, no estoy seguro de poder ayudarla en nada.

—Nunca se sabe —respondí con tono conciliador—. Por experiencia sé que el más mínimo detalle puede ser importante. A veces la gente no se da cuenta de que guarda en su memoria una pista leve que puede hacer avanzar una investigación. Y además, como alcalde, usted está en primera fila para entender lo que ocurre en su ciudad, ¿no le parece?

—Ya sabe, a menudo se exagera el alcance de los poderes de los alcaldes. En realidad, no somos más que funcionarios del ministerio público. Todo lo que concierne al ámbito privado, como es el caso de la desaparición de la pobre Veronika Lake, no entra realmente en nuestras competencias…

Muevo la cabeza afirmativamente para mostrar que entiendo, aunque no me creo nada de su discurso lleno de palabras vacías.

—Déjeme juzgar por mí misma, si no le molesta. ¿Está usted dispuesto a responder algunas de mis preguntas, señor Martineau?

—Pues, en la medida de lo posible, sí. La escucho. ¿Qué desea saber exactamente?

—Una pregunta muy sencilla, para empezar. ¿Desde cuándo ocupa el cargo de alcalde?

Observo que mi pregunta lo halaga, al ver cómo se endereza con orgullo al responder:

—Comencé mi tercer mandato hace dos años, lo que suma un total de diez años al frente de Greenville. Tiendo a pensar que no lo hago tan mal, ya que los electores me siguen reeligiendo.

El hombre deja escapar una pequeña risa nerviosa que hace temblar su abultado vientre.

—No lo dudo ni por un segundo—le digo en tono conciliador—. Sobre todo porque imagino que este puesto no debe ser precisamente un camino de rosas. Tantas responsabilidades…

—¡Ah, eso sí! ¡A quién se lo dice! Son más problemas que ventajas, perdone el lenguaje. Cualquier mínima cosa en el municipio y me llaman. Una tubería de agua que revienta, las llaves de la cancha de tenis que se pierden, el disyuntor del salón de fiestas que se dispara... En fin, ya entendió la idea.

—Justamente. Parece que Greenville es una ciudad bastante tranquila si los únicos problemas son los que acaba de mencionar.

Así que, cuando ocurre un caso como la desaparición de Veronika Lake, debe de haber sido algo fuera de lo común, ¿no? Un gran impacto. Además, usted ya estaba en el cargo en 2017.

—Por supuesto que impactó. Fue un verdadero terremoto. Un trauma para muchos habitantes de Greenville. Yo el primero, se lo aseguro. Puedo garantizarle que, con la ayuda de Bob Patterson, nuestro jefe de policía, desplegamos todos los medios posibles e imaginables para tratar de encontrar a la chiquilla. Pero fue como si se la hubiera tragado la tierra. Un día estaba aquí, y al siguiente, había desaparecido. Sin dejar rastro. Perdí el sueño durante varias noches seguidas, créame. Me sentía un poco responsable, ¿entiende? Algo así ocurriendo en mi ciudad.

—No precisamente *en su ciudad*, señor Martineau —maticé—. Por lo que tengo entendido, la desaparición tuvo lugar en Sugar Island. Al menos, fue ahí donde se la vio por última vez. Y Sugar Island es una isla privada que pertenece a la familia Lake, si no me equivoco…

—Tiene usted razón. Pero los Lake eran habitantes de Greenville. Residían en West Cove Point.

—Lo sé —dije, recordando mi conversación con Kissinger la noche anterior y preguntándome si era prudente mencionar al alcalde el hallazgo de la llave USB por el nuevo propietario.

Decido omitir ese punto por ahora.

—¿Era usted cercano a los Lake?

Martineau se revuelve, incómodo por su abdomen prominente y su trasero que se encaja entre los brazos del sillón. Busco con la mirada un calzador; tal vez use uno para acomodarse… Me hace sonreír mientras responde:

—Cercano no es la palabra. Digamos que frecuentábamos a menudo los mismos círculos. Los Lake eran personas muy agradables en sociedad. Participaban en diversas asociaciones de la ciudad: a veces para apoyar a las escuelas, a los bomberos, a la biblioteca. Siempre presentes en las causas benéficas, los primeros en donar su tiempo y su dinero. Asistían a los oficios religiosos los domingos, colaboraban en la renovación del estadio municipal. Sí, realmente, eran muy buenas personas y muy apreciadas.

Vaya —pensé—, este testimonio no coincide con el tono de los anteriores que he escuchado sobre ellos… Aunque, claro, soy consciente de que un alcalde tiene todo el interés en pintar públicamente la mejor imagen posible de sus conciudadanos y de su ciudad en general. Victor Martineau continúa:

—Comprenderá, señora Blackstone, que la tragedia que los golpeó de lleno también nos afectó a nosotros, a todos en Greenville, tanto funcionarios como habitantes.

—Puedo imaginarlo, sí —concedí.

Y también puedo imaginar —pensé— que un alcalde tiene todo el interés en no divulgar este tipo de sucesos, que dan mala fama a su ciudad. Un pequeño pueblo perdido entre lagos y bosques donde, en teoría, se debería vivir bien… y no desaparecer. Una ciudad que busca atraer turistas, navegantes y hacer que ingresen en sus arcas buenos y jugosos impuestos locales y diversas tasas…

Añado, aprovechando que el hierro aún está caliente:

—Sobre todo porque los Lake ya habían sufrido una desgracia en el pasado, me parece —aludiendo a la muerte del hermano de Veronika.

Martineau se endereza en su asiento y suspira.

—Ya ve… uno puede ser una familia completamente respetable y aun así verse duramente golpeado por la voluntad del Señor en varias ocasiones...

—¿Se sabe qué pasó exactamente con el joven Brandon Lake?

—Eso ya es historia muy antigua. Hace más de veinte años de eso y yo no era alcalde en esa época, así que le presté menos atención.

—Sin embargo, el niño no está enterrado en el cementerio de Greenville...

—Será porque falleció en otro lugar… ¿Ha revisado los archivos?

—Sí, sin éxito.

—Tendrá que buscar a nivel federal, entonces. Bien, me temo que debo acortar nuestra entrevista, señora Blackstone, ya que tengo una cita con un despacho de arquitectos para un proyecto de una nueva sala polivalente. Espero haber respondido a todas sus preguntas.

Se pone de pie, me invita a hacer lo mismo y me acompaña hacia la puerta de su oficina.

—Una última pregunta. ¿Tendría usted la dirección actual de los Lake?

—Lamento responderle nuevamente con una negativa. Solo sé que prefirieron el sol de la frenética Florida a las brumas de nuestro tan apacible Maine. Cada quien toma sus decisiones en la vida...

21

ELÉCTRICAS Y NERVIOSAS

AL SALIR DEL AYUNTAMIENTO, DECIDO LLAMAR AL DESPACHO DE abogados en Boston donde trabaja Alvin Brown. La recepcionista me informa que el abogado se encuentra actualmente en una reunión, y añade:

—¿Es usted una de sus clientas? ¿Quiere que le deje un mensaje?

Esta vez, no me escondo detrás de ninguna máscara. Juego con las cartas sobre la mesa. Sé que siempre es mejor ser honesta con los abogados. Son ellos, después, quienes se encargan de separar los argumentos válidos frente al tribunal. Mi llamada no es, estrictamente hablando, profesional, pero opto de todos modos por la franqueza.

—No, no soy clienta. Me llamo Karen Blackstone, soy periodista de la revista *True Crimes Mysteries*, especialista en casos de desapariciones no resueltas. ¿Podría decirle simplemente que me encuentro ahora mismo en Greenville, Maine, y que estoy investigando el caso de Veronika Lake? Él sabrá de qué se trata. Dígale que realmente necesito su ayuda…

—Se lo comunicaré sin falta. ¿Puede devolverle la llamada al número que aparece?

—Sí. Lo antes posible, es muy importante. Le agradezco de antemano.

DENTRO DE LA HORA SIGUIENTE, probablemente durante su pausa del mediodía, Alvin Brown me devuelve la llamada.

—¿Señora Blackstone? Habla Alvin Brown, desde Boston. ¿Necesita un abogado? ¿Ya se ganó la enemistad de las autoridades de Greenville por andar husmeando en sus asuntos?

—Gracias por devolverme la llamada, abogado Brown. Veo que estamos en la misma sintonía… Dicho esto, no buscaba tanto al abogado Brown de Boston como al joven Alvin del verano de 2017 en Greenville. ¿Un verano en Sugar Island, le suena?

Un silencio se extiende en la línea.

—Vaya, hacía mucho que nadie me hablaba de aquel verano maldito. ¿Qué hace que ese tema le interese de repente a una periodista de una revista sensacionalista?

—No *sensacionalista*, yo diría más bien de *emociones fuertes*. Todo lo que publicamos está auténticamente verificado y comprobado. Es lo que intento hacer con el caso Veronika Lake. Ya que ha tenido la amabilidad de devolverme la llamada, deduzco que no se niega a hablar del tema conmigo. ¿Estuvo usted en Sugar Island los días 26 y 27 de agosto de 2017, cuando Veronika desapareció?

—Parece estar muy bien informada. ¿Cómo lo supo?

—Un tal Tom Malone…

—Hmm… ya veo… Tommy. Ese sí que tiene la lengua suelta.

—No tanto como parece. O al menos no lo suficiente para mi gusto. Por eso me gustaría recoger también su testimonio sobre aquel fin de semana dramático. ¿Tendría un momento para mí, señor Brown?

—¿Qué podría tener yo que decir al respecto? Está tan lejos… es tan confuso…

—Todo lo que recuerde, incluso los detalles más insignificantes. Y no se preocupe, tengo montones de preguntas para guiarlo.

Un nuevo silencio revela una intensa reflexión por parte del exmiembro del Círculo, como lo llamaba Tom Malone, ese grupo reducido de niños ricos que orbitaban alrededor de Veronika Lake.

—¿Sigue ahí? —pregunto con inquietud.

—Sí… Bueno… escuche, señora Blackstone. No sé quién es usted, ni de dónde ha salido realmente, ni cuáles son sus verdaderas motivaciones, pero… está bien. Acepto. Pero no por teléfono.

—No hay problema. ¿Cómo quiere proceder, entonces?

—Está usted en Greenville en este momento, ¿verdad?

—Absolutamente. Tras las huellas de un pasado sin explicación.

—Entonces está a solo cuatro horas en coche de Boston. Si puede salir ahora, la espero a las seis de la tarde en Fenway Park. ¿Le gusta el béisbol?

Miro mi reloj y hago un cálculo rápido.

—Allí estaré. ¿Por qué me habla de béisbol?

—Vamos, señora Blackstone, ¿no conoce a los Red Sox de Boston? Uno de los equipos de las Grandes Ligas más míticos de Estados Unidos. Fenway Park es el estadio donde juegan. Tengo entradas en la tribuna VIP, le ofrezco una. Uno de mis amigos tuvo que cancelar. Como no me lo perdería por nada del mundo, podremos charlar mientras seguimos este primer partido de los Playoffs. La esperaré frente a la puerta A, en Brookline Avenue.

—Tomo nota. Gracias, señor Brown.

APENAS CUELGO, salto a mi Ford Ranchero que, aunque ya no es nueva, no le teme a los largos trayectos. Vehículos como ese, disfrutan tomarse su tiempo en viajes de larga distancia. Cuatro horas separan Greenville de Boston, tomando la autopista interestatal 95 que recorre la costa este pasando por Augusta, Portland y Portsmouth. Es una buena ocasión para despejarme un poco en medio de mi investigación.

El sol, poco a poco, se desliza hacia el ocaso, mientras que a mi izquierda, de vez en cuando, veo los destellos brillantes del Atlántico. El tráfico es fluido, me tomo algunas pausas, una de ellas para comprar una ensalada de verduras crudas y una dona. Aprovecho

para conseguir un CD que inserto en mi viejo estéreo. Las notas eléctricas y nerviosas de The Who me acompañan y me hacen mover la cabeza al ritmo. Son ideales para escuchar al volante, y también me sumergen en mis reflexiones sobre el caso Lake. Digo bien el caso Lake y no ya Veronika Lake, porque en mi cabeza también danzan los nombres de Brandon, Mason y Janet; luego las confidencias de Kissinger sobre la memoria USB; el panteón familiar del cementerio de Greenville; la oficina del alcalde Martineau. Pienso en Sugar Island, West Cove Point, Florida… Cuando llego a los suburbios de Boston, las luces de la ciudad me dan la bienvenida. Ha caído la noche en Massachusetts mientras aparco en el estacionamiento de Fenway Park, iluminado para una noche de partido.

HAY MUCHA GENTE frente a la entrada A y tengo que estirarme para localizar al sujeto de mi cita. Sé cómo luce Alvin porque vi su foto en el directorio de abogados de Boston, pero él, ¿me conoce a mí? Hago sonar su teléfono.

—Estoy en el lugar, señor Brown.

—¡Yo también! Estoy justo debajo de la bandera del título de 1914, la azul, fácil de ubicar.

Efectivamente, al girar la cabeza hacia el lugar indicado, distingo al hombre que me hace una señal con la mano. Ha cambiado su traje de abogado por unos jeans y una cazadora de cuero marrón. Nos reunimos y nos damos la mano.

—Gracias por aceptar verme.

—Encantado de recibirla en Fenway Park. ¿Es su primer partido en el estadio?

—Así es.

—Para ser el primero, lo va a disfrutar muchísimo. Vamos a integrarnos en la fila.

Media hora más tarde, nos instalamos en los palcos de la zona VIP, justo detrás del ángulo del bateador, mientras los jugadores se calientan bajo la luz de los reflectores que iluminan el césped y la tierra del inmenso terreno de juego.

En los pasillos, huele a frituras, cerveza y churros. El ambiente es muy agradable y, para mí que nunca había puesto un pie en un estadio de béisbol, me siento de inmediato cómoda en este ambiente familiar.

—Así que su periódico está interesado en el caso Veronika Lake… —comienza Alvin Brown—. Vaya locura, ¿no cree? ¿Está avanzando?

—Más bien tengo la impresión de estar estancada. Con cada nueva revelación, me topo con un misterio más por resolver. Es como un milhojas de secretos enterrados. Cada capa que se corta con el cuchillo revela otra más. Cuento con usted para ayudarme a ver más claro. Usted formaba parte del Círculo, ¿verdad?

Alvin Brown sonríe.

—El Círculo, sí… un nombre que nos habíamos dado nosotros mismos. Una tontería de adolescentes sin mayores pretensiones.

—Del que Tom Malone se sentía excluido, según él.

—Lo cual no es falso. Tommy no era del mismo mundo que nosotros. Era de Greenville como nosotros, claro, pero no de la misma categoría socioeconómica, como se dice de forma políticamente correcta. Para nosotros era un palurdo, un tipo de manos callosas.

—¿No lo querían?

—No siempre era muy… amable. Algo así como un bocazas que hablaba demasiado. A veces se hacía el chulo delante de su novia, Veronika, ya sabes. Para impresionarla, supongo.

La megafonía del estadio anuncia el inicio del partido. Alvin me explica brevemente las reglas. Incorporo sin entender del todo los términos *bateador, receptor, montículo, diamante, primera base, jardín interior, exterior*… Lo que más recuerdo es el nombre del *Green Monster*, el mítico muro de 37 pies que cierra el campo.

—¿A usted también le impresionaba, Malone?

—Ni un poco, aunque a él le gustaba pensarlo. Recuerdo que esa noche, en cambio, estaba especialmente nervioso. Más que de costumbre. Hay que decir que habíamos bebido bastante y, algunos, habían fumado un poco de hierba…

—Un grupo de jóvenes dejados a su suerte en una isla privada desierta, me habría sorprendido lo contrario.

—*Sea, sex and sun*… Sexo, drogas y rock'n roll…

—Bonito cóctel.

—Lo confirmo. La entrega total. *La fiesta loca*, como se dice ahora.

—¿Recuerda algún detalle que explique por qué Tom Malone estaba tan nervioso, como decía?

Alvin Brown sigue con la mirada la acción en el campo, especialmente los impresionantes movimientos del lanzador en su montículo, antes de responder:

—Los detalles ya no los recuerdo bien. Está tan lejos en mi memoria. Solo recuerdo una escena que me marcó y que, quizás, pueda explicar la agitación, el estado de nervios de Tommy esa noche. Suponiendo que él haya visto lo mismo que yo…

—¿Qué vio usted, señor Brown?

El joven abogado se muerde el labio y suspira. Duda en soltar su bomba, pero finalmente se confía.

—Debía ser alrededor de la una o dos de la madrugada, creo. En cualquier caso, en pleno corazón de la noche. En un momento, mientras algunos estábamos reunidos junto a la piscina, subí a nuestra habitación, la de Becky y la mía, para atender una urgencia. En el pasillo, al pasar junto a las otras habitaciones, oí gemidos y el roce de sábanas en una de las otras habitaciones. Admito que eso me excitó un poco y despertó mi curiosidad. La puerta estaba entreabierta y, por el espacio abierto, asomé la cabeza. Allí encontré a Veronika con un atuendo muy, muy ligero, en una posición más que sugestiva, acompañada de un compañero que, estoy seguro porque estaba abajo conmigo, no era Tom Malone…

22

EN PLENA FLAGRANCIA

Mientras el bateador de los Red Sox golpea la pelota más allá del *Green Monster*, logrando un *home run* que el público aclama con fervor, debo esperar a que Alvin se vuelva a sentar después de haber silbado ruidosamente en señal de admiración con los dedos, para reformular:

—¿Me está diciendo que vio a Veronika acostándose con alguien que no fuera Tom, esa noche, en la villa de Sugar Island?

—Sí. Eso es exactamente lo que quiero decir.

—¿Está seguro? ¿Fue realmente ella? ¿No pudo haber sido, por ejemplo, víctima de alucinaciones causadas por la droga o el alcohol?

—Sí, confieso que había tomado unas cervezas y fumado uno o dos porros. Pero tengo buen ojo para esas cosas —se ríe Alvin Brown—. Y Veronika estaba bastante bien, si se me permite decirlo así. Además, me di un buen vistazo, lo reconozco. El espectáculo valía la pena…

VERANO 2017, *Sugar Island*.

LAS BRASAS en el fondo de la parrilla empezaban a convertirse en cenizas grises. Con los estómagos bien llenos de salchichas a la parrilla y tiras de tocino fundiéndose, había llegado la hora para que los jóvenes pasaran a lo serio: el alcohol y los porros, todo al borde de la piscina, con las almas bañadas por el sonido de los altavoces ocultos en macetas con plantas suculentas. No había riesgo de molestar a los vecinos en Sugar Island. Se podía subir el volumen sin miedo a que se escuchara hasta Lily Bay, la costa habitada más cercana a la isla. La villa era el paraíso en la tierra para Veronika, Tom y los demás.

A esas horas de la noche, que ya no era la velada pero aún no el amanecer, las botellas de cerveza se abrían con un característico y agradable *pschitt*, y los porros circulaban de mano en mano. Después de dar una larga calada, Alvin sintió de repente una necesidad urgente e irresistible, que expresó con estas palabras:

—Chicos, no es por nada, pero tengo que ir a hacer llorar al calvito de cuello alto.

El grandullón *black* se incorporó con dificultad del camastro donde estaba tirado y se fue tambaleando hacia la entrada de la villa, pasando por la cocina exterior. Desde ahí, buscó el baño de la planta baja, pero ya no recordaba dónde estaba. Como su vejiga le exigía encontrar otra solución con urgencia, subió las escaleras de dos en dos, recordando que había un baño en su habitación.

Al llegar al pasillo del piso de arriba, dudó sobre qué puerta abrir. ¿Cuál era su cuarto? ¿La segunda o la tercera? Ah no, eso fue el verano pasado. Esta vez Becky y él habían conseguido la cuarta… a menos que fuera la primera.

—Mierda, me va a explotar la vejiga, no voy a orinarme en el pasillo. Rápido, Alvin, espabílate —se dijo apretándose la entrepierna.

Fue entonces cuando escuchó unos gemidos intensos y el sonido inconfundible de sábanas revueltas. Gemidos de mujer, hubiera apostado la mano. En cuestión de segundos, su hipotálamo envió señales primarias que lo pusieron en alerta. En pocas palabras: esos jadeos femeninos le provocaron una erección respetable que deformó su traje de baño y lo atrajo hacia la puerta entreabierta.

Por un efecto de palanca, su excitación le quitó de golpe las ganas de orinar y, cuando asomó la cabeza dentro de la habitación apenas iluminada por una lámpara de noche con pantalla, la escena que vio le dejó sin aliento.

No se lo esperaba para nada en este mundo.

Aun con el estado avanzado de embriaguez que llevaba, Alvin reconoció sin dudar la hermosa silueta de Veronika Lake, vestida únicamente con la parte inferior de su bikini. La joven estaba tendida sobre otro cuerpo cuyo rostro no lograba distinguir, oculto por la melena en cascada de Veronika. Pero la actitud de la pareja no dejaba lugar a dudas sobre lo que ocurría: estaban fundidos en un beso profundo, sus pieles desnudas rozándose intensamente.

Alvin entrecerró los ojos para intentar reconocer a la segunda persona mientras trataba de hacer un inventario mental de quienes estaban al borde de la piscina cuando él se había marchado. Recordaba haber recibido el porro de manos de Tom y luego habérselo pasado a Becky. Veía en su mente a Carlos y Dorothy abrazados al borde de la piscina, con los pies en el agua. Sin embargo, no recordaba la presencia de Paul Tannent. ¿Sería eso posible?

—Mierda, ¿en serio? ¿Paulo con Veronika?

La sorpresa lo dejó tan trastornado que se tambaleó contra la puerta. Esta crujió con el contacto, y el ruido lo hizo salir corriendo, por miedo a ser tachado de mirón. Su erección desapareció al instante y las ganas de orinar regresaron con fuerza. Encontró el camino al baño de su habitación y se alivió durante largos segundos, quizás dos o tres minutos, de tanto que había bebido durante la noche.

Una vez terminó de orinar, volvió sobre sus pasos y pasó de nuevo frente a la puerta que antes estaba entreabierta y que ahora estaba cerrada.

Debían haberse dado cuenta de su indiscreción. Alvin no se atrevió a ir más allá ni a llamar a la puerta.

Bajó las escaleras como un ladrón atrapado en flagrante delito. Afuera, se reunió con el resto del grupo; Paul y Veronika seguían ausentes.

—¿Dónde estabas, amigo? —le preguntó Tom Malone, tendiéndole una cerveza recién abierta.

—Fui a mear —se limitó a responder Alvin.

El joven *black* se debatía entre dos deseos contrarios: contarle a Tom lo que acababa de presenciar o simplemente hacer como si nada. Finalmente decidió que no era su papel meter cizaña en su relación. Los líos de faldas siempre traían problemas. Y además... *lo que pasaba en Sugar Island*... era el lema tácito de todos, se dijo a sí mismo al tomar la bebida.

—¿No has visto a Veronika? —le preguntó Tom, chocando su lata con la suya.

—Eh, no... —dudó Alvin—. ¿Por qué?

—Me jode que siempre desaparezca así. Bah, a la mierda, me da igual. Podemos pasarlo bien sin ella.

En su fuero interno, Alvin Brown pensó que Veronika también podía pasarlo bien sin ellos…

23

¿QUIÉN ES EL NOVENO?

ME CUESTA MUCHO CONCENTRARME EN LO QUE SUCEDE EN EL TERRENO DEL Fenway Park. El destino de los Red Sox en esta mitad de entrada me importa bastante menos que el de Veronika Lake en el verano de 2017. Un nuevo elemento acaba de surgir en el relato del joven abogado, y lo anoto mentalmente en mi pequeño cuaderno invisible, ese que nunca me abandona y que no puedo perder, a diferencia de mis antiguas técnicas, cuando extraviaba papeles sueltos y libretas con espiral a diestra y siniestra. ¡No hay nada como entrenar la memoria!

—¿Cree que la infidelidad de Veronika hacia Tom podría estar relacionada con su desaparición?

Alvin Brown asiente pensativo, con los labios fruncidos hacia adelante.

—No digo que no haya influido, pero no estoy seguro. Después de todo, yo no dije nada, así que quedó en secreto. Al menos, eso supongo...

—¿Tom no pudo haberse dado cuenta? ¿O alguien más, en otro momento de la noche, que lo haya delatado?

—Francamente, no tengo ni idea —lamentó Brown.

—¿Y está seguro de que era Paul, el que estaba en la cama con Veronika?

Los ojos del abogado se abrieron con sorpresa.

—¿Cómo dice? Claro que sí...

—Sin embargo —lo interrogué—, en su relato, no dijo haber reconocido a la persona que estaba con Veronika. Dijo que su cabello le impedía ver la identidad de quien estaba debajo...

—No es falso. Además, la iluminación no era buena. Aparte de la silueta de Veronika, el resto era borroso. Probablemente también tenía la vista nublada por el alcohol y la marihuana. Así que tiene razón, Karen, no puedo afirmar que fuera Paul Tannent el que estaba acostado debajo de Veronika. Lo deduje en ese momento por descarte, así de simple.

—Entonces, por suposición.

Alvin parece más absorto en el caso Lake que en los Red Sox, que empatan el marcador tras una base por bolas que hace avanzar a los tres bateadores ya en base.

—Lo reconozco. Ahora que lo dice, siempre me imaginé cosas que quizás no eran ciertas. Y como dice el adagio en mi profesión, todo acusado debe ser considerado inocente mientras no se demuestre su culpabilidad... Pues bien, no puedo, es cierto, señalar categóricamente a Paul Tannent como culpable de haberse acostado con Veronika esa noche. No tengo pruebas. Es una simple convicción basada en el hecho de que él no estaba cerca de la piscina cuando entré a la villa para aliviarme.

—En efecto. Si no estaba alrededor de la piscina, necesariamente era él quien se encontraba en la habitación con Veronika. Es su propia deducción. ¿Y si hubiera estado en otro lugar, ni en la habitación ni cerca de la piscina?

—En ese caso... ¿con quién estaba Veronika? Cuando lo pienso, de hecho, era extraño que fuera Paul.

—¿Y por qué?

—Porque Paul, aunque soltero ese verano, tenía más bien interés en Cynthia.

—Lo cual no excluye, en este tipo de fiestas alocadas, cambiar de caballo, ¿no? —bromeé.

Una papa frita asomando entre sus labios, Alvin dejó de masticar de repente y lanzó:

—¡Espere! Ya me acordé. Acabo de darme cuenta de otra cosa, que había olvidado todo este tiempo, probablemente porque le prestaba poca atención. Creo que no me equivoco al afirmar que en ese momento Cynthia tampoco estaba con nosotros en la piscina. ¡Eso es!

—¿Eso qué?

—No era Paul quien estaba con Veronika en la habitación. Por la sencilla razón de que se había ido con Cynthia un poco antes. Eso es lo que debió pasar realmente. Paulo finalmente concretó con Cynthia y se aislaron para besarse al fondo del parque...

Pienso a mil por hora. Hago bailar en mi cabeza los nombres y las imágenes de los distintos protagonistas.

—¿Y si, en su estado, digamos, no del todo normal, confundió a Veronika con Cynthia? Al final, ¿y si eran ellos, la pareja en la habitación? Cynthia acostada sobre Paul...

Alvin niega con la cabeza.

—No, no. De eso estoy casi seguro que no. Cynthia tenía el pelo corto, un poco estilo de niño. Imposible confundirla con Veronika y su melena larga que le llegaba hasta la cintura. Era tan sexy, por cierto… ¡*Wow*!

Le doy tiempo para rememorar ese recuerdo, visiblemente agradable, y decido hacer una síntesis para ver más claro.

—Alvin, ¿puede hacer el recuento de quién estaba dónde y con quién, en el momento en que usted se alejó de la piscina?

El hombre cierra los ojos y enumera, contando con los dedos.

—De acuerdo. Éramos ocho esa noche en Sugar Island: Becky y yo, Carlos y Dorothy, y Tom cerca de la piscina; Paul y Cynthia besándose en otro lugar; y Veronika dentro de la casa. Todo hace ocho, según mi recuento…

—Salvo que Veronika no estaba sola en la habitación, por lo visto… ¡Eso hace nueve! ¿Quién era el noveno, Alvin?

24

MANTENER LOS HILOS FIRMES

A PESAR DEL FRÍO QUE REINA EN FENWAY PARK, EL AMBIENTE EN EL estadio es cálido. Alvin Brown y yo estamos rodeados de fanáticos ruidosos, pero que no nos impiden concentrarnos en el caso que nos ocupa esa noche.

—Espere, Karen, debí cometer un error al contar. No puede ser de otra manera.

El joven abogado retoma su razonamiento anterior y llega a la misma conclusión. Sin embargo, matiza después de unos segundos de reflexión:

—O tal vez sí era Paul quien estaba en la habitación con Veronika… Pero ya no lo creo tanto. No encaja con la lógica de los sentimientos y las atracciones… Paul fantaseaba con Cynthia, de verdad. Quería ligársela ese verano, ahora recuerdo haberlo oído decirlo.

—Entonces volvemos al espinoso problema del noveno invitado. ¿Quién era? ¿Está seguro de que eran solo ocho los que llegaron a Sugar?

—¡Categóricamente, señora! Todavía puedo vernos en la Zodiac saliendo de Greenville. Ocho, ni uno más.

—En ese caso, alguien pudo haberse infiltrado entre ustedes durante la noche. O al menos pudo haberse unido a Veronika en la

habitación sin que los demás se dieran cuenta…

—Si nuestro razonamiento es correcto, efectivamente, ya no podemos descartar esa posibilidad —reconoce Brown—. Pero eso implica muchas otras preguntas. Como: ¿cómo llegó a la villa sin que ninguno de nosotros se diera cuenta? ¿Nadie oyó el motor de una lancha?

—Con la música a todo volumen…

—Cierto. Pero aun así, no éramos un centenar en la fiesta, no era el tipo de velada en la que cualquiera puede colarse entre los invitados, servirse una copa de champán o unos canapés sin que nadie lo note, donde ni siquiera los organizadores conocen a todos. ¡Francamente, era imposible que se nos pasara un intruso por alto!

—A menos que Veronika estuviera al tanto, que fuera organizadora o cómplice del desconocido que fue a verla a Sugar...

—Arriesgado... Es un poco como meterse en la boca del lobo o tender la vara para que te golpeen, ¿no le parece? Si Veronika y él querían verse, bien podían hacerlo con discreción en otro lugar, en Greenville o quién sabe dónde. Pero no en la villa de Sugar, en plena fiesta privada y con poca gente. A menos que les gustara el riesgo.

—¿El deseo de ser sorprendidos en pleno engaño? ¿Como una forma de reventar un absceso que llevaba semanas supurando? ¿Un malestar profundo en Veronika? A propósito, Alvin, ¿cómo la vio ese fin de semana? Quiero decir, ¿notó en ella alguna falta de entusiasmo, un malestar interno, un deseo... de acabar con todo?

—¿Acabar con todo? —se sobresalta Alvin—. ¿Quiere decir… quitarse la vida? ¿Suicidarse? ¿Está preguntando si su desaparición fue voluntaria y definitiva? Para serle sincero, Karen, creo que efectivamente, ese fin de semana de finales de agosto, Veronika me pareció deprimida. Ella, que por lo general era una chica alegre, aunque de carácter más bien reservado. No era del tipo exuberante, ya me entiende. Ahora que lo menciona, me parece que había cambiado desde hacía unos meses, sí. Se la notaba más pensativa, con la mirada perdida a menudo, como atrapada en profundas reflexiones.

—¿Reflexiones que podrían haberla llevado a lo irreparable esa noche? Primero, ese engaño evidente con su "amante" y, a partir de

ahí, su desaparición junto a él... gracias a él… —reflexiono.

Home run para el equipo contrario, que empata el marcador: cinco a cinco. La multitud queda petrificada en un silencio sepulcral que nos permite, a Alvin y a mí, ponderar esa posibilidad. Veronika no habría desaparecido sola…

Después de unos segundos de silencio, mientras la animación comienza poco a poco a reanudarse a nuestro alrededor, Alvin Brown plantea una hipótesis completamente distinta.

—Existe otra posibilidad —comienza con voz apagada—. ¿Y si el desconocido de Sugar Island —llamémosle así— fue el autor del secuestro? ¿O peor aún, del asesinato de Veronika Lake? ¿Y si la hubiera matado —por un motivo que aún ignoramos— y arrojado al lago? ¿O enterrado en algún lugar de la isla?

—Creí que ya se había dragado el lago Moosehead y peinado toda la isla…

—Muy someramente, porque era materialmente imposible. El lago es inmenso y muy profundo en algunos lugares. A menos que el cuerpo hubiera subido solo a la superficie gracias a los gases de fermentación, nunca podría haber sido recuperado. En cuanto a Sugar Island, es una isla de casi veinte kilómetros cuadrados, salvaje, cubierta de un bosque denso, de pantanos inhóspitos y rodeada por una costa rocosa salpicada de calas inaccesibles. No es difícil hacer desaparecer un cadáver…

Aunque he escuchado y usado esta palabra muchas veces a lo largo de mi larga carrera, la palabra *cadáver* siempre me deja un sabor amargo en el fondo de la garganta. Sin embargo, es una eventualidad más que probable en un caso de desaparición como este. Durante mucho tiempo, la familia espera. Horas, semanas, meses, años. Y luego, un día, hay que aceptar la realidad: la persona desaparecida no aparecerá. Entonces, en la mente de los allegados y de los investigadores, es momento de hacer el duelo, aunque no haya cuerpo. Un duelo, al menos psicológico…

En el caso de Veronika Lake —como en muchos otros—, mi trabajo consiste en tensar de nuevo el hilo distendido de la investigación: por un lado, la desaparición fatal; por otro, la esperanza tenue, apenas más gruesa que un hilo de nylon, de

encontrar a la persona desaparecida voluntariamente o… su esqueleto…

Toda mi vida he trabajado intensamente para mantener los hilos firmes.

Y COMPRENDIENDO, por fin, el hilo firme de mi propia vida…

25
TODO TIPO DE FANTASÍAS

EL PARTIDO TERMINA FINALMENTE CON UNA VICTORIA DE BOSTON, desatando el júbilo de las decenas de miles de espectadores cuando el *pitcher** de los Red Sox logra eliminar a un tercer y último bateador del equipo contrario.

Salgo del estadio acompañado de Alvin Brown. Mezclados entre la multitud, no somos más que dos anónimos en medio del flujo de fanáticos y sus comentarios sobre el encuentro.

—¿Ha mantenido contacto con los miembros del Círculo?

—De vez en cuando. Creo que, salvo Tommy, todos nos fuimos de Greenville en busca de horizontes un poco más ambiciosos. Greenville es un pueblito ideal para pasar una tranquila jubilación o unos días de vacaciones. Pero para trabajar… a menos que te guste la madera o la pesca, no es precisamente *the place to be*. Bucólico, sí, pero nada dinámico.

—¿Y Becky, su novia de aquella época?

—Cortamos el verano siguiente. Yo vine a estudiar aquí, a la facultad de Derecho, y ella se fue a Nueva York. Recuerdo que quería estudiar medicina. No sé si logró cumplir ese sueño. Desde entonces, perdimos todo contacto.

—¿A quién podría dirigirme, en ese caso?

—Puedo darle el perfil de Facebook de Paul Tannent, con quien tengo contacto virtual de vez en cuando. Paul se volvió *gamer*.

—¿Jugador de qué?

—*Gamer*, *video-gamer*, ¡eso! Su trabajo es jugar videojuegos. Los prueba para las empresas que los crean. También desarrolla guiones para juegos. En pocas palabras, su *taf* es bastante más *fun* que el mío, ¡ni modo!

Saco mi teléfono y abro la aplicación de la red social en la que tengo el perfil de Alvin, y desde ahí accedo al de Paul Tannent, a quien le envío una solicitud de amistad.

—Me tomaré un momento, dentro de un rato, para dejarle un mensaje privado explicando mi solicitud —le precisé a Brown—. Si de su parte pudiera presentarme con él, sería ideal.

—Lo haré —promete el abogado bostoniano.

Finalmente salimos del recinto deportivo. En el estacionamiento, Alvin me escolta hasta mi vehículo.

—¡*Hey*! Qué antigüedad tan bonita —dice al descubrir mi Ranchero—. No la imaginaba a usted en algo así.

—Estereotipo de género, maestro Brown —lo provoqué—. ¿En qué pensaba que yo conducía? ¿Una Suzuki para señorita?

—No pensaba nada. Es solo que vería más bien a un criador texano al volante de esa magnífica Ford que usted tiene, Karen. No lo tome a mal.

Me río con gusto mientras me justifico:

—Heredé este vehículo de mi padre. Aunque él tampoco era criador, por cierto. Un último punto, si me lo permite, Alvin —añadí al abrir la puerta.

—Adelante, por favor.

—Me cuestiono bastante otro aspecto de este turbio asunto de la familia Lake. Una familia que, por lo que parece, arrastra muchos secretos escandalosos. Cuando usted frecuentaba a Veronika y a los suyos, ¿oyó hablar de un hermano mayor llamado Brandon, que habría muerto antes del nacimiento de su hermanita?

De repente, tengo la sensación de haber roto el ambiente relajado que reinaba hasta ahora. La mandíbula de Alvin Brown se tensa imperceptiblemente. Lo veo dudar antes de ir al grano:

—¿Tommy le habló de la habitación infantil de la villa en Sugar Island?

Asiento y lo dejo continuar.

—Un verdadero misterio, ¿verdad? ¿Y lo del osito que lanzó al agua?

—También.

—Cuando le decía que esa noche no estaba muy claro y más bien alterado… Ya no sabría decir si ese gesto tan absurdo le vino después de descubrir la infidelidad de Veronika, o si fue antes. O incluso si realmente lo supo. En fin, como sea, era un maldito misterio esa habitación prohibida, ese santuario que a mí me parecía morboso. No tiene sentido conservar un mausoleo así después de la muerte de un niño, por muy duro que sea el duelo. Además, ¿cómo puede uno hacer su duelo dejando una huella material empapada en el ambiente de esa época?

—¿Sabe de qué murió ese niño?

—Creo que nunca se supo. Era un tema tabú en los Lake. Veronika evitaba cualquier pregunta relacionada con esa habitación y su hermano fallecido.

Entonces saco una de mis cartas maestras.

—Descubrí un póster colgado en esa habitación…

—¿Usted fue a Sugar? —me interrumpe Alvin, sorprendido.

Le cuento mi excursión en solitario a la isla, mi intrusión en la propiedad y la habitación que ya no estaba cerrada con llave, donde el póster del álbum de los *Who* estaba clavado y…

—…con una pregunta escalofriante pintada: *¿Quién mató a Brandon?*

Poniéndose la mano en la boca para ahogar un grito o una palabrota de sorpresa, Alvin se asombra:

—¿Mierda, Karen, de verdad vio eso?

Como justificación, le muestro la foto tomada en el lugar.

A nuestro alrededor, los espectadores van abandonando poco a poco sus asientos, hasta que pronto el estacionamiento queda desierto, y el abogado y yo nos encontramos aislados.

En silencio.

Pensativos.

—No tengo ni idea de quién pudo haber escrito eso —me confiesa Alvin—. Pero, diablos, esto podría confirmar las sospechas que algunos de nosotros teníamos al respecto…

—¿A qué se refiere? ¿Suponían que Brandon no había muerto de una causa natural?

—Si no fuera así, ¿por qué tanto misterio en torno a su muerte? —deja en el aire el abogado.

Entonces le relato mis otros descubrimientos recientes: la ausencia de tumba, la ambigüedad administrativa sobre su nacimiento y fallecimiento, todas esas zonas oscuras en torno a la existencia de ese niño de destino maldito.

—Razón de más —confirma el abogado—. Debería indagar en el asunto, Karen. ¿Y si le contara lo que se decía en *off* en aquella época, cuando éramos niños, luego adolescentes?

Un interés creciente se agolpa en mi mente.

—¿Sobre Brandon Lake?

—Sí. Ya sabe, ese tipo de misterio inevitablemente genera toda clase de fantasías. Chismes, susurros y rumores. Leyendas y conjeturas. La imaginación de los chicos no tiene límites y, a veces, aunque parezca contradictorio, no está tan alejada de la verdad.

—Me ha dicho demasiado… o no lo suficiente, Alvin. Suéltelo ya —lo apuré.

—Veo que, hasta ahora, nadie le ha hablado del cementerio de Sugar Island…

---

* *Pitcher*: El lanzador, en el béisbol, es quien se encuentra en el montículo en el centro del campo y lanza las pelotas hacia el receptor del equipo contrario.

… POR CICATRIZAR…

¿Qué puede ser más doloroso que la pérdida de un ser querido?

Y más aún cuando ese ser no es más que un niño, un bebé… Un pedacito de hombre, diminuto, que ni siquiera ha tenido tiempo de saborear las delicias de la vida.

Era todavía tan joven e inocente cuando me vi obligada a hacer mi duelo.

Lloré tanto.

Me arrepentí tanto.

Sufrí tanto por él… y a causa de él.

¿Dónde está ahora?

¿Acaso sigue con vida?

Tomé una decisión de la que ya no me apartaré: voy a buscarlo, dondequiera que esté.

¡Donde sea que esté!

Ya voy, te lo prometo.

Querido ángel, voy a encontrarte…

26

COMO UN PERRO CALLEJERO CUALQUIERA

ME MUEVO INQUIETA Y DOY VUELTAS SOBRE LA CAMA DE LA HABITACIÓN DE hotel donde encontré disponibilidad en los suburbios de Boston, después de mi paseo por el Fenway Park.

La conversación con Alvin Brown me deja un sabor a asunto inconcluso y el cerebro lleno de nudos.

El joven abogado, exmiembro del Círculo de los de Greenville, lanzó una piedra en el estanque tan grande como el misterio que rodea el turbio pasado de los Lake. Una piedra arrojada a las aguas del lago Moosehead, cuyos remolinos formarían círculos concéntricos cada vez más amplios, como los secretos que se expanden una y otra vez alrededor de la familia Lake…

Esa historia del cementerio de Sugar Island me persigue, y con los ojos abiertos, fijos en las aspas del ventilador del techo, la conversación que tuvimos al salir del estadio da vueltas una y otra vez en mi cabeza.



—¿EL CEMENTERIO de Sugar Island? —repetí tras Alvin, con la mano apoyada en la portezuela de mi Ford Ranchero, aún estacionada en el aparcamiento del estadio—. ¿Hay tumbas allí?

—No exactamente, no —matizó Brown—. En realidad, como le digo, se trata más bien de una fantasía de niños a los que les gusta asustarse. Es ese tipo de cosas que se susurran al caer la noche, alrededor de una fogata, mientras se tuestan malvaviscos. ¿Se da una idea? Como esas historias de tumbas mal selladas o de fuegos fatuos que bailan entre los pasillos del camposanto por la noche.

—Lo entiendo perfectamente —asentí, recordando momentos así compartidos con amigos, hace ya casi un cuarto de siglo en mi caso —. Soy todo oídos.

—Ante el misterio de Brandon Lake, ese niño del que nadie parece acordarse y del que ni siquiera se puede afirmar si está muerto o vivo, cuya habitación prohibida sigue celosamente sellada y, como usted ha podido comprobar, del que no hay ni rastro en el cementerio de Greenville, la gente se hace todo tipo de preguntas, es inevitable. Si el niño está muerto, su cuerpo tiene que estar en algún lugar, ¿no?

—¿En el fondo del lago, como su hermana años después? —dije con voz quebrada.

—No es eso lo que dice la leyenda. Se cuenta que Brandon Lake habría muerto durante una estancia de los Lake en Sugar Island. No se conoce la causa, hay todo tipo de conjeturas, se inventa, se exagera cada vez más, y siempre hacia lo sensacionalista, lo sórdido, lo macabro. Hasta el punto de insinuar que los propios padres, Janet y Mason, habrían enterrado clandestinamente el cuerpo de su hijo mayor en lo profundo del bosque de la isla…

—De ahí su desaparición inexplicable de los registros oficiales. Es horrible lo que está insinuando, Alvin. ¿En qué pruebas se basa ese rumor?

El abogado sacude la cabeza; la palabra *pruebas* resuena en su mente de hombre de leyes.

—Ninguna. Se lo digo, simples habladurías que salieron de la boca de críos tontos. Aun así, eso no nos impidió llevar nuestro razonamiento un poco más allá, con la intención de descubrir la verdad sobre el caso Brandon Lake.

—¿Y en qué se tradujo eso?

—Era una idea fija que nos rondaba la cabeza desde hacía meses, cada vez que íbamos de fiesta a Sugar. Cada vez que nos topábamos con esa maldita puerta de la habitación infantil cerrada con doble llave. Y luego, esa noche del 26 al 27 de agosto de 2017, después de que Tommy se pasara de la raya entrando en la habitación y lanzando el osito de peluche a la piscina gritando "¡Vuela, Winnie!", Paul y yo decidimos que ya era hora de saber la verdad, de una vez por todas.

—¿Qué hicieron?

—Como le decía, habíamos estado bebiendo, todos estábamos algo descontrolados. Así que, con Paulo, nos empeñamos en encontrar la legendaria tumba de Brandon Lake, esa misma noche en Sugar. Encendimos las linternas de nuestros celulares y nos adentramos en el bosque, por detrás de la casa…



VERANO 2017, *Sugar Island*.

EN LA PANTALLA de sus teléfonos, el reloj marcaba pasada la medianoche. El sábado acababa de terminar, dando paso al domingo 27 de agosto, fecha que más tarde resultaría fatídica.

Paul Tannent y Alvin Brown, ambos en traje de baño y sandalias, avanzaban con cautela hacia la oscuridad del bosque que rodeaba la villa. Llevaban una lata de cerveza en la mano libre para darse valor. Se habían decidido en cuestión de segundos, tras el escándalo provocado por Tommy Malone, quien se había ido a disculpar con Veronika, furiosa con su novio.

—Diablos —murmuró Paul, al arañarse el muslo con una zarza—, ¿a quién se le ocurrió esta estúpida idea?

—A ti, colega —replicó Alvin—. Solo a un tarado como tú se le pueden ocurrir ideas tan retorcidas. ¿Dónde crees que vas a encontrar esa maldita tumba, amigo? Esta isla maldita es al menos

tan grande como todo Greenville, diablos. Es como buscar una aguja en un pajar.

—Oh, Alvin, no empieces, tú también crees que existe. Es demasiado grande como para no ser cierto, eso digo yo. La vamos a encontrar.

—Ni siquiera sabemos dónde buscar. Podría estar en cualquier parte. Y sin contar que esto pasó hace años, porque al parecer Veronika nunca conoció a su hermano. ¿Te imaginas? Casi veinte años, tal vez. Vamos, estamos haciendo esto para nada, Paul. Vámonos. Fue una mala idea.

Paul se detuvo en seco, terco:

—No, no nos vamos, vamos a pensar.

—¿Y tú crees que estás en condiciones de pensar con la borrachera que llevas? ¿Cuántas cervezas te has bebido esta noche?

—Unas cuantas; cuando estás en el asador hay que empapar un poco. Da igual, escúchame bien. Si tienes que enterrar a tu hijo —maldita sea, ya es fuerte decir eso—, ¿vas a cavar una tumba en cualquier parte de un bosque salvaje en medio de una isla? ¿Como si fuera un perro callejero? Esa es la versión mitológica, la que da miedo. ¿O más bien le haces una sepultura digna en el jardín de la villa?

Alvin reflexionó sobre la pregunta y matizó:

—Todo depende del objetivo que se busque. Es decir, si quieres ocultar su muerte o rendirle un homenaje digno. No sé, imagina que haya sido uno de los padres quien mató a su hijo… Ya ha pasado, madres que metían a sus bebés en congeladores.

—Mierda, hay que estar loco para hacer algo así.

—Quizá los Lake lo estén… Sobre todo el padre, Mason, siempre me pareció inquietante ese tipo.

—¿Por qué?

—No lo sé con certeza. Su mirada de depredador, algo así, ¿sabes? Una mirada que te incomoda cuando te clava los ojos. En fin, dejemos eso. Supongamos que no son culpables de nada y que enterraron dignamente a su hijo en el parque de la villa, ¿de acuerdo? Entonces volvamos allí y revisemos con más cuidado.

Los dos amigos dieron media vuelta en dirección a la villa y comenzaron a inspeccionar, todavía con la luz de sus teléfonos, cuyas baterías caían rápidamente, los alrededores del dominio propiamente dicho. Allí, al borde del bosque, entre matorrales y césped, rebuscaron durante largos minutos, sin noción del tiempo, como perros truferos en busca de una pepita negra o blanca.

Entonces, al doblar un sendero pedregoso que conducía a una cala donde el agua del lago chapoteaba contra las rocas, se quedaron paralizados de terror.

Lo que habían imaginado estaba allí, ante sus ojos, y ahora lo temían.

Hasta esa noche, habían fantaseado con esa historia. Habían creído en ella como se cree en el Ratón Pérez, en Santa Claus o en el Coco.

Ahora, sus intuiciones macabras se confirmaban frente a sus ojos.

Se materializaban en esa cruz de madera, torcida, clavada en la tierra.

Alvin Brown y Paul Tannent se arrodillaron al pie de la tumba…

27

UN LOBO GRANDE

Nos refugiamos dentro de mi Ranchero, Alvin y yo, para continuar nuestra conversación al resguardo del frío de Boston. En este punto del relato del abogado, doy un respingo, con las manos apoyadas sobre el volante de mi coche detenido:

—¿Entonces no es una leyenda? ¿Realmente hay una tumba en Sugar Island… la tumba privada y secreta de Brandon Lake? ¿Y la descubrieron esa noche?

Alvin se rasca la cabeza y tuerce la boca, visiblemente perturbado por aquel hallazgo que data de hace más de cinco años.

—Sí —responde—. Había una cruz, en el extremo de la propiedad, en la costa este de la isla que da hacia el lago, del lado de Lily Bay. Una cruz de madera vieja, carcomida por los años y cubierta de musgo por la humedad constante.

—¿Qué hicieron?

—Nos inclinamos sobre la tumba salvaje. Bueno, digo tumba, pero sin garantía, porque no había lápida, ni mármol, ni nada por el estilo. Tampoco el suelo presentaba un montículo de tierra. No había ninguna diferencia en el terreno alrededor de la cruz que permitiera afirmar que se había removido la tierra en ese lugar.

—Si había pasado veinte años desde entonces, no sería raro —precisé—. La naturaleza habría tenido tiempo de recuperar el

terreno. ¿Y la madera tenía alguna inscripción grabada?

—Sí —afirma Alvin Brown—. Pero… esa inscripción se había vuelto prácticamente ilegible con el tiempo, por desgracia.

—¿Prácticamente? ¿Eso quiere decir que aún se podía leer algo?

—Todavía se distinguían algunas letras: una *R*, una *O* y una *N*. En ese orden. Además, había dos fechas que dejaban entrever algo como "19-7" y luego "-000".

—¿1997 – 2000? Tres años… Alvin, no puedo creer que le esté haciendo esta pregunta, aquí, en el estacionamiento de un estadio de béisbol en plena noche, pero… ¿usted cavó esa sepultura para estar completamente seguro?

El afroamericano se toma la cabeza entre las manos y se balancea hacia el tablero varias veces, como dudando en confesarse.

—¡Mierda! Estábamos borrachos, sí, pero no éramos profanadores de tumbas. No, Karen, no nos atrevimos a hacer eso. Estaba fuera de nuestras fuerzas. Una cosa era jugar a los exploradores, a los cazafantasmas, pero, cuando llegó el momento, simplemente no pudimos seguir. Si realmente ahí descansaba el hermano mayor de Veronika, no teníamos derecho a profanar su tumba. No importaban las condiciones en las que había sido hecha. Además, ¿qué? No teníamos ni pala ni pico, no íbamos a cavar con las uñas.

Comprendo sus reticencias psicológicas, por supuesto, pero lamento su falta de deseo de descubrir el secreto. Aun así, ¿qué habría hecho yo en lugar de Paul y Alvin?, me pregunto.

—¿Volvieron a la villa después de eso? ¿Avisaron a los demás? ¿O a las autoridades?

El hombre sentado en el asiento del copiloto de mi Ford niega con la cabeza.

—Quedó como un secreto entre Paul y yo. La noche ya había sido bastante loca y no quisimos echar más leña al fuego. Al fin y al cabo, no era asunto nuestro, ¿verdad? Era una historia vieja, que se remontaba al inicio del siglo, un asunto privado de los Lake.

Me altero de repente, perdiendo el control de mis emociones:

—¿Un asunto privado? ¿No era asunto de ustedes? ¿Y la pintada en el cartel de los Who? *¿Quién mató a Brandon?* ¿No les parece

suficiente para iniciar una investigación, un proceso, una pesquisa? Usted que es abogado, Alvin, ¿no cree que había algo muy turbio detrás de todo esto?

—¡Éramos unos mocosos grandes! No queríamos problemas. Lo dejamos pasar.

—No estoy de acuerdo. Yo quiero saber, para entender. Alvin, ¿recuerda con precisión dónde estaba esa cruz?

—Con dificultad. Era de noche, dimos vueltas, fuimos y regresamos. Solo recuerdo que estaba frente a una cala de la costa este, como le dije hace un rato. ¿Por qué quiere saber eso?

—¡Porque yo sí voy a ir! —declaro con tono categórico—. Y si la encuentro, voy a cavar. ¿Y si le pidiera que me acompañara?

—Me negaría, Karen —se disculpa el joven levantando los brazos y sacudiendo las manos—. Primero, porque no tengo tiempo. Tengo demasiado que hacer aquí en los próximos días. Y luego, porque no tengo ningún deseo de volver a poner un pie en Sugar Island. No quiero regresar allí nunca más.

Mira su reloj y continúa:

—Tengo que irme, Karen, lamento no poder ayudarla más.

—No hay ningún problema, Alvin, ya me ha ayudado muchísimo, se lo aseguro. Tan solo con haber aceptado reunirse conmigo. Le estoy muy agradecida por el tiempo que me ha dedicado y por la confianza que me ha otorgado.

Abre la puerta del coche y añade:

—De todos modos, quedo a su disposición si tiene alguna pregunta o duda. Puede llamarme.

—Gracias de antemano, abogado Brown —digo, mientras él cierra suavemente la puerta.

Enciendo el motor y salgo del estacionamiento ya desierto de Fenway Park.

~

ESA NOCHE, con los ojos clavados en el techo de la habitación de mi hotel, no logro conciliar el sueño. La desaparición de Veronika, la

muerte de Brandon, la tumba de Sugar Island, la habitación prohibida, el cartel de los Who con el grafiti… y todo lo demás, todas esas piezas del rompecabezas de los Lake bailan ante mis ojos y me agotan sin lograr que me duerma.

28
EL HILO CONDUCTOR

SON LOS RUIDOS COMBINADOS DE LOS MOTORES DE LOS COCHES, DE UN martillo neumático en una obra cercana y de la voz fuerte de un hombre en la habitación contigua los que, por la mañana, me sacan del limbo del sueño en el que finalmente me había sumido.

El motel de las afueras de Boston dista mucho de tener el encanto de la *Greenville Inn*, que ya empiezo a extrañar. Por ahora, no tengo nada más que hacer en Massachusetts, así que decido, sin siquiera desayunar, regresar a Maine. Mi primera intención es volver a Sugar Island para registrar la propiedad a la luz de la información más reciente que me proporcionó Alvin Brown.

Antes de retomar el camino, me conecto a Facebook Messenger y envío un mensaje detallado a Paul Tannent para acompañar mi solicitud de contacto, por recomendación de Alvin. Paso a paso, testimonio tras testimonio, espero así acercarme a la verdad —*a las* verdades— sobre la familia Lake. Sin embargo, cuanto más creo avanzar, más me desvían las pistas en mil direcciones distintas. Necesito descubrir el hilo conductor.

EL MOTOR de mi Ranchero ronronea a velocidad de crucero a lo largo del Atlántico. En el asiento del pasajero, unas papas con vinagre y unos pequeños sándwiches de salmón comparten espacio

con una botella de agua mineral, que compondrán mi almuerzo en el camino. Al volante, mis pensamientos divagan entre esos hilos que debo conectar entre sí. Hilos que se entrelazan, sin que yo pueda hacer nada al respecto, con otros enigmas anteriormente resueltos… o no. Esos nudos forman mi día a día, mi razón para seguir adelante en esta profesión que, lo sé, no fue elegida al azar. Como si desenredar todos esos hilos me permitiera remontar el hilo de Ariadna de mi propio pasado, de mis heridas más íntimas, de esa ausencia lejana que ronda mi vida y mis noches…

Me sacudo mentalmente al notar que mi coche se desviaba ligeramente del carril. Un claxon furioso de un coche deportivo que intenta adelantarme me saca de mi letargo.

TRES HORAS MÁS TARDE, entro en Greenville, que me parece aún más otoñal que antes de mi partida, aunque solo me haya ausentado veinticuatro horas. Sin duda no había prestado atención al paisaje dorado del lugar. Si fuera turista, sin dudarlo, dejaría mis maletas por unos días en este pueblo de apariencia tan tranquila, bañado por las aguas claras y serenas del lago Moosehead. Pero no estoy de turismo y sé cuánto esa imagen de postal es solo un engaño. Que detrás de ese hermoso escaparate se esconden terribles secretos, silenciados, ahogados.

Mientras subo por la calle principal, las luces de un vehículo que se aproxima por detrás llaman mi atención. Distingo claramente los destellos de una sirena.

Diablos, las autoridades locales, supongo.

El vehículo me adelanta. Puedo leer en la carrocería: *Town of Greenville Police*. El hombre al volante me indica, con un gesto autoritario de la mano, que me detuviera a un lado del camino.

Sin discutir, obedezco, sabiendo que mi conducción ha sido completamente correcta. Con mi vieja Ford no corro el riesgo de exceder el límite de velocidad y no recuerdo haberme pasado un alto ni un semáforo en rojo.

Entonces, ¿qué querrá este policía?

Con el motor apagado, observo al agente de la ley estacionar frente a mí. Baja de su patrulla, una camioneta blanca que impone por su tamaño. El hombre, vestido con uniforme azul marino, se

desliza lentamente fuera del asiento, cargando con su corpulencia y su elevada estatura sobre un vientre que empieza a tensar la tela de su chaqueta. Más joven, seguramente fue atlético, pero ahora, que le calculo unos cuarenta y cinco años, parece haberse dejado llevar. Cabello rapado que alguna vez fue rubio y una barbilla enmarcada por una perilla, impone respeto.

Bajo la ventana.

—Buen día, oficial —digo con un tono que intenta parecer relajado—. ¿He cometido alguna infracción?

—Buen día, señora. Eso está por verse… ¿Usted es Karen Blackstone? La periodista…

Ahí sí que me deja sin palabras, el agente.

—Ella misma. ¿Por qué? ¿Con quién tengo el gusto?

—¡Espere, señora! Si me lo permite, soy yo quien hace las preguntas. Soy el jefe Patterson, responsable de la seguridad de Greenville. Y sé muy bien quién es usted y por qué anda merodeando por la ciudad.

—No ando merodeando, estoy alojada aquí —intenté defenderme, herida en mi orgullo.

Una sonrisa irónica se dibuja en el rostro del jefe de la policía local.

—No me importa cómo califiquen su presencia y sus actos, señora Blackstone. Es mi deber advertirle que Greenville es un pueblo tranquilo y sin problemas, ¿entiende? Como garante de la seguridad y la tranquilidad de los habitantes, debo estar vigilante.

—Pero, jefe, ¿en qué podría mi presencia perjudicar la tranquilidad de los vecinos de su pueblo? Sólo hago mi trabajo, eso es todo. Me encuentro con gente, charlo con ellos, les hago algunas preguntas, nada reprochable en realidad. O acaso las leyes del condado de Piscataquis no son las mismas que en cualquier otro lugar de nuestro gran país de las libertades…

—Escuche, no se haga la lista conmigo, ¿entendido? Me han dicho que usted causa molestias.

Abrí los ojos como platos.

—¿Yo? ¿Molesto? Pero por favor…

—Señora Blackstone, no puedo impedir que ejerza su profesión de periodista, aunque no tenga mucha simpatía por la gente de su gremio. Sin embargo, en cuanto se altere el orden público, no dudaré en intervenir. ¿Me entiende?

Asentí con la cabeza, pero sin perder la compostura ni mis objetivos. Sin vacilar, sorprendí al oficial con una petición que seguramente no esperaba:

—Ya que este encuentro me da el placer de conocerlo, jefe Patterson, tengo algunas preguntas para usted sobre el asunto que me ocupa en su bonito pueblo. Y no me dirijo al residente, sino al profesional del orden público... Como ciudadana, deseo ejercer mi derecho a la información. ¿Podríamos acordar una cita? En la comisaría, si usted quiere.

El hombre uniformado suspira profundamente mientras sacude la cabeza y finalmente dice:

—Usted realmente no tiene vergüenza, señora. Le estoy advirtiendo sobre su curiosidad excesiva y usted ya intenta sacarme información... Una verdadera periodista, sin filtros y sin pudor. Bueno, ¡está bien! pase mañana por la mañana a la comisaría, le concederé media hora. A las diez en punto. Pongamos las cosas claras de una vez por todas y que no se hable más del tema, ¿le parece bien?

Dado cómo comenzó mi relación con el oficial Patterson, me siento con el derecho de provocarlo un poco:

—¡Perfectamente bien! Gracias. ¿Puedo retirarme ahora? No estoy bajo arresto, ¿verdad? —bromeo para molestarlo gentilmente.

—Circule —gruñe él para concluir—. Y… no cause problemas, ¿entendido?

—Como ordene, jefe —digo divertida al poner el motor en marcha.

Lo saludo con un leve movimiento de cabeza y me alejo mientras él realiza un pequeño gesto militar, juntando el índice y el dedo medio contra la sien, para luego separarlos frente a sus ojos, en señal de que piensa vigilarme muy de cerca. Ese tipo, que no es más que un modesto jefe de la policía local, ya se cree todo un sheriff de condado…

Así que continúo mi camino.

Con la firme intención en mente de volver a Sugar, en busca de la tumba de Brandon Lake.

29

LISTA PARA ABATIRLO

UNA VEZ MÁS, me dirijo a la marina de Greenville en busca de un conductor que me lleve a Sugar Island. Espero encontrar de nuevo a mi pescador de barba florida. Por suerte, Herman está amarrado en el muelle, arreglando su barco después de su jornada en alta mar.

—Vaya, vaya —dice al reconocerme—. ¿Todavía por aquí, eh? ¿Cómo va todo? Parece que ha recuperado el color.

—Hola, Herman. Estoy muy bien, ¿y usted?

—¡Bueno! Como un viejo lobo de mar. Cada día que pasa es un día menos, ya sabe. ¿Avanza en su investigación?

—Más o menos —admito vagamente—. Justamente me preguntaba si…

—¿Si podría llevarla otra vez allá? —me interrumpe, señalando el horizonte con un gesto del mentón.

—Lee en mí como en un libro abierto, Herman —concedo—. ¿Le parezco predecible?

—Predecible, no lo sé. Curiosa y terca, sin duda —añade, soltando una carcajada entre dientes, una risa ronca y cargada de nicotina que deja ver una hilera de dientes amarillos por el tabaco.

—Con pago, como la vez pasada, por supuesto.

El viejo barbudo de piel curtida parece reflexionar unos segundos y finalmente sentencia:

—No puedo decir que no me moleste un poco sacarle dinero así, pero también debo admitir que ayuda a *llegar a fin de mes*… Está bien para mí. ¿Cuándo quiere ir?

—Ahora.

Mi respuesta lo desconcierta.

—¡Vaya! ¿Ha visto la hora? El sol se pone en menos de dos horas, señorita.

Reconozco que tenía bien presente ese detalle, pero eso no me impide mantener firme mi intención. En realidad, estoy decidida a empaparme lo mejor posible del ambiente que debieron vivir los jóvenes del Círculo en agosto de 2017: pasar una noche en Sugar Island...

Le cuento a Herman, quien alza una ceja.

—Además de curiosa y terca, ¿también está un poco loca? Con todo respeto. ¿Quiere que la lleve ahora y pasar a recogerla mañana? ¿Eso es lo que tiene en mente?

—Sin la menor duda. Solo necesito un momento para comprar algunas provisiones y tomar mi bolsa de dormir, que siempre llevo en el maletero, y podemos zarpar si le parece bien.

Herman me hace un gesto con los dedos, frotando el pulgar contra el índice. Le entrego, con una sonrisa cómplice, los billetes que habíamos acordado.

Poco después, regreso a la marina tras haber vaciado los estantes de galletas y otros productos no perecederos para campistas ocasionales, en la farmacia de la calle principal de Greenville.

Herman hace rugir el motor de su barco justo cuando el sol comienza a jugar al escondite detrás de las colinas que bordean la costa occidental del lago.

Al mirar por última vez hacia Greenville desde la popa del barco, me parece distinguir, a lo largo de la orilla, la camioneta blanca de cierto oficial de policía, que está de pie con la mano a modo de visera, mirando en nuestra dirección...

Tomamos la misma ruta lacustre que la vez anterior; reconozco Lily Bay al pasar y llegamos al muelle de desembarco de Sugar Island. Un último saludo a mi barquero, que me lanza un "buena

suerte esta noche" antes de acelerar el motor de su embarcación y desaparecer, en pocos minutos, detrás del cabo sur de la isla.

Estoy de nuevo sola en Sugar.

La sombra comienza ya a posarse, poco a poco, sobre las copas de los pinos que rodean la villa de los Lake.

¿Qué idea tan loca se me ha ocurrido ahora? *No es precisamente el mejor momento para hacerme este tipo de preguntas, señorita Karen Blackstone* —me reprocho internamente sin dejar por ello de avanzar hacia la residencia secundaria de la familia de Veronika—. ¿De verdad tuve esa idea tan estúpida de venir a dormir en una de las habitaciones del chalet abandonado? Me parece que sí —murmura mi subconsciente, ese pequeño diablo que a veces me susurra al oído.

Entro a la casa por la cocina de verano, como en mi primera visita. Esta vez el lugar me resulta más familiar, pero, teniendo en cuenta lo que sé que podría encontrar ahí, todo se impregna de antemano de una atmósfera lúgubre que me provoca de inmediato la piel de gallina. ¿En qué habitación me voy a instalar para pasar la noche? En cualquiera, excepto en la habitación prohibida del niño muerto, por supuesto. Pero por ahora, eso no es mi prioridad.

Primero quiero, antes de que caiga la noche, ir al lugar que Alvin Brown me describió como el sitio donde habría clavada una cruz de madera, marcando la tumba improvisada de Brandon Lake.

Dejo mis cosas sobre la alfombra del salón, entre los sillones de cuero, y salgo de nuevo llevando solo mi teléfono para iluminarme si hace falta. Al lado de la terraza que da a la cocina de verano, veo un cobertizo. Me dirijo hacia ahí con la esperanza de encontrar lo que estoy buscando. He acertado, es un cobertizo que alberga herramientas de jardinería, entre las cuales elijo una piqueta que podría serme útil, aunque está algo oxidada.

A mi alrededor reina el silencio, apenas interrumpido por el susurro de las ramas agitadas por la ligera brisa que sopla sobre el lago. En cambio, una niebla de lo más inhóspita empieza a levantarse sobre Sugar. Me oriento como puedo siguiendo la costa oriental del islote y bordeando las calas. Busco la que Alvin Brown me describió, sin perder la esperanza. El único problema es que

todas me parecen iguales. Avanzo con dificultad entre los matorrales porque no he logrado encontrar ni un solo sendero. Aunque, claro, tampoco debería haberme hecho ilusiones de encontrar una carretera asfaltada en esta isla deshabitada… ingenua que soy. Pierdo la esperanza mientras la noche se acerca, y me maldigo interiormente por mi estupidez y mis falsas expectativas. ¿Y si Alvin simplemente me hubiera contado un cuento y no hubiera ninguna cruz plantada allí? ¿Qué interés habría tenido en mentirme sobre eso? ¡Qué importa! Sigo con mi búsqueda, convencida de la veracidad de sus palabras.

Finalmente, al doblar una grieta en las rocas, sobre un pequeño talud cubierto de hierba, veo lo que podría parecer una cruz de madera.

Acelero el paso hacia el lugar señalado, tropezando con raíces y casi cayendo al suelo. Al llegar al pie de las dos ramas de madera clavadas en ángulo recto, me agacho.

Se trata sin duda de una cruz con fines funerarios, tal como me la describió Brown, tal como él mismo la descubrió hace cinco años en ese sitio, aunque ahora probablemente está aún más carcomida y cubierta de musgo que entonces. Las inscripciones que había grabadas son ahora casi ilegibles.

¿Está el pequeño Brandon descansando ahí, bajo mis pies, bajo esta tierra que piso?

Estoy dividida entre el deseo de saber y el miedo a lo que tendría que hacer para confirmarlo.

¿Tengo derecho a profanar una tumba en un terreno privado?

O en cualquier terreno, de hecho.

Me dan ganas de agarrar la piqueta que traje conmigo y que tiré sobre la hierba, junto a la cruz.

Entonces, como guiada por un instinto y una voluntad que ya no me pertenecen, me pongo de pie, tomo la herramienta con ambas manos y la levanto por encima de mi cabeza.

Lista para golpearla.

30

OTRA VEZ ESCALOFRÍOS

Y LA GOLPEO CON RABIA CONTRA EL SUELO.

La punta de la piqueta se hunde unos diez centímetros en la tierra apenas suelta del pinar.

Luego me quedo petrificada, paralizada. Como una ola que me invade de golpe, siento de pronto un terrible sentimiento de culpa.

Casi como si estuviera cometiendo una violación.

Tomo conciencia de que estoy a punto de profanar una tumba. En medio de una propiedad privada.

La vergüenza por mi gesto y el miedo a las represalias policiales y judiciales paralizan mi voluntad de descubrir la verdad.

¿Pero qué verdad?

¿La relacionada con la desaparición de Veronika Lake o la relativa a la muerte de su hermano Brandon? ¿Y si ambas cosas estuvieran relacionadas? ¿O completamente separadas?

Por supuesto, muero de ganas de tener respuestas claras a todas esas preguntas, pero no tengo derecho a violar la ley ni la tierra.

Entonces vuelvo a pensar en mi salida de Greenville, cuando vi desde el barco de Herman la camioneta del jefe Patterson en el muelle de la marina, con su mirada fija en mí. Unas horas antes, ya me había advertido suficientemente contra mi malsana curiosidad de periodista investigadora, y no quiero darle la razón ni ofrecerle

argumentos para que se sienta con derecho de echarme de su ciudad.

Lo mejor, lo tengo claro, será hablarle de esa tumba mañana, en la cita que ha accedido a concederme. Ese tema y muchos otros que yacen en el fondo de mi saco de preguntas.

MIS MANOS se sueltan del mango de la herramienta, que se ladea y cae al suelo, junto a la cruz.

No me había dado cuenta, pero la noche ha caído sobre Sugar Island y el frío se intensifica. Saco la linterna que había metido en el bolsillo de mi chaqueta y regreso a la casa.

A resguardo del viento, aunque no del todo del frío, ya que el chalet no tiene calefacción, me acurruco en el sillón del salón y me envuelvo en una cobija que encontré en una de las habitaciones. Miro con anhelo la chimenea que tengo frente a mí, pero no tengo energía para encender un fuego. *Será una noche estilo campamento, como en tu juventud, Karen*, me animo a mí misma.

Por suerte, logré localizar la caja de fusibles y restablecer la corriente.

Aislada del mundo, aunque no lo estoy del todo, ya que constato con gusto que la red de telecomunicaciones funciona en la isla, mi teléfono ha encontrado señal 3G. Por cierto, mientras me concedo unos minutos para cenar los pocos víveres comprados antes de partir, descubro una notificación de la aplicación de Facebook.

Paul Tannent ha aceptado tu solicitud.

Pocos minutos después, recibo un mensaje privado por Messenger del mismo Paul, que me pregunta:

> Hola Karen. Alvin me avisó de su invitación. Así que usted también busca conocer la verdad sobre la desaparición de Veronika, ¿verdad?

Me alegra constatar que Tannent va directo al grano. Eso me conviene; prefiero eso a las vueltas innecesarias.

Gracias por aceptar mi solicitud, Paul. En efecto, soy periodista especializada en casos sin resolver y me interesa mucho el destino tan extraño de esa joven que usted conoció. Espero que pueda contarme algunas cosas. Me interesa, en especial, lo que ocurrió la noche del 26 al 27 de agosto de 2017.

Puedo intentar hacer memoria. ¿Qué desea saber exactamente? ¿Le molestaría que habláramos por teléfono? Sería más sencillo.

Ningún problema, estoy disponible.

Le comunico mi número y este suena en menos de tres minutos.

—¿Karen? Paul Tannent al teléfono.

—Gracias por su llamada, Paul. Tengo bastantes preguntas que hacerle. ¿Podemos empezar?

—Adelante, por favor.

—Antes que nada, sepa que ya he podido charlar con Tom Malone y Alvin Brown, pero también con Victor Martineau, el alcalde de Greenville, y muy brevemente con el jefe Patterson...

—¿Está usted en Greenville? —me interrumpe.

—Casi. Para ser completamente honesta, estoy ahora mismo en la casa de Sugar Island...

—¡Mierda! —se sorprende Paul—. Vaya, usted sí que es una periodista de terreno, ¿eh? No está nada mal la casita, ¿verdad?

—Desde un punto de vista arquitectónico, sí. Pero, como se imaginará, el ambiente es algo frío, considerando lo ocurrido. Por cierto, usted sabía de la existencia de la habitación prohibida, ¿no? ¿Qué opina de eso y de la existencia—y la muerte—de Brandon Lake?

—¿Quiere la verdad, Karen? Aun cinco años después, se me pone la piel de gallina al recordarlo. Alvin debió de hablarle de nuestra expedición para encontrar la tumba del niño, ¿verdad?

Recuerdo la inquietud que sentí yo misma, antes, entre el pinar y la cala.

—Por supuesto. Paul, ¿usted cree sinceramente que el hijo de los Lake pudo ser enterrado aquí, en Sugar Island?

Lo oigo suspirar al otro lado de la línea.

—Estoy dispuesto a creer cualquier cosa cuando se trata de los Lake, Karen —responde—. Esa familia era tan… extraña. A veces me pregunto cómo pude estar tan cerca de ellos en aquella época.

—Usted formaba parte del Círculo.

—Así lo llamábamos entre nosotros, es cierto. Era nuestro grupo de jóvenes.

—¿Y cómo se entraba al Círculo, Paul?

—Oh, no había, como algunos creen, un rito de iniciación ni nada por el estilo. Era simplemente cuestión de afinidad entre nosotros, hijos de ciertas familias acomodadas o influyentes de Greenville. Íbamos a la misma escuela, nos reuníamos en fiestas organizadas en casa de unos y otros, o incluso en cenas de gala o eventos benéficos de la ciudad o del condado. Mis padres tenían una empresa próspera de venta y mantenimiento de barcos de pesca y recreo, el padre de Alvin era diputado del condado, el de Cynthia era promotor inmobiliario, y el de Becky—que salía con Alvin en aquella época—no era otro que el alcalde de Greenville...

—¿Qué? ¿Becky es la hija del actual alcalde, Victor Martineau?

—¡El inamovible Martineau, quiere decir! Tengo la impresión de que nunca he conocido a otro al frente de Greenville —bromea Paul Tannent.

Reflexiono sobre esta información, que es nueva para mí. Martineau estaba mucho más cerca de los Lake de lo que me quiso hacer creer. Tal vez no se pueda sacar nada de eso, pero de todas formas tendré que no olvidarlo. Mentalmente, hago una lista de los jóvenes del Círculo y pregunto:

—También he oído hablar de otra pareja, Carlos y Dorothy. ¿Quiénes eran?

—Carlos era hijo de una escritora famosa, que en su época había publicado varios best-sellers. Vendía miles de ejemplares por todo el país y había escogido la tranquilidad de los lagos de Maine para gastar tranquilamente sus millones. En cuanto a Dorothy, bueno, era una Patterson.

Una vez más, me sobresalto:

—¿Patterson, como el jefe de policía local?

—Sí, como él, porque es su hija.

Definitivamente, tengo la sensación de que el círculo se estrecha alrededor de un puñado de personajes. La generación joven y la de sus influyentes padres. Los unos frecuentando a los otros.

¿Los unos influyendo en los otros?

31

GRIETAS EN LA ARMADURA

EL VIENTO SOPLA EN LARGOS SILBIDOS AGUDOS POR ENCIMA DE LA VILLA DE los Lake, mientras por teléfono intento captar el testimonio de Tannent.

—Paul, ¿cuál es su impresión sobre la desaparición de Veronika? ¿Qué cree que le pasó? ¿Cuál es su teoría personal?

Se hace un largo silencio en la línea, tanto que temo que se haya cortado la llamada. Pero no es más que el fruto de la reflexión de Paul, que finalmente me dice, con voz vacilante:

—¿Sabe, Karen? Creo que ya se ha dicho todo, se ha imaginado todo, se ha contemplado todo al respecto. Las teorías más locas y los fantasmas más delirantes. La única certeza que tenemos es que el sábado Veronika estaba con nosotros, y que el domingo por la mañana, ninguno de nosotros era capaz de decir dónde podía estar. Esos son los hechos. Blanco o negro. Sí o no. Presente o ausente. Viva o... muerta. Pero más allá de los hechos, están las intuiciones de cada uno. No soy psicólogo —para eso habría que preguntarle a Carlos Iglesias, que quería estudiar psicología en la universidad, no sé si al final lo consiguió—, pero a veces, igual reflexiono un poco.

—¿Y cuál es el fruto de esa reflexión?

—Siempre he pensado que Veronika, tarde o temprano, podría hacerse daño —suelta por fin.

Esa frase hace aparecer en mi mente una especie de lista con las distintas maneras de *desaparecer*:

Un secuestro.

Una fuga.

Un asesinato.

Un accidente.

Un suicidio...

Esta última hipótesis no me había cruzado realmente por la cabeza hasta ahora.

—¿Hasta el punto de querer acabar con la vida?

—Es posible. En todo caso, de querer acabar con la vida que llevaba en aquella época.

—¿Por qué habría deseado eso? ¿No tenía acaso todo lo que una joven de esa edad puede esperar? Belleza, riqueza, amor, un futuro brillante...

—Las apariencias, Karen, las apariencias. Eso pasa con todos nosotros, sólo mostramos lo que queremos dejar ver. Lo demás lo enterramos muy dentro de nosotros. Pero a veces hay grietas, fisuras en la armadura que dejan filtrar esos secretos. En algunas ocasiones, la armadura de Veronika se agrietaba. Dejaba entrever sus fallas, sus miedos, sus temores.

—¿De qué tenía miedo? ¿De quién?

—De sí misma, supongo.

—Es curioso lo que dice. ¿Es posible tener miedo de uno mismo?

Paul reflexiona un momento y reformula:

—Quizá no un miedo verdadero, sino un rechazo hacia sí misma.

—¿Cómo puede usted afirmar eso? ¿Ella se lo confesó o lo dejó entrever con medias palabras? ¿Era usted su confidente? ¿Tenía alguno, por cierto? ¿O alguna?

—No, no estaba en su confianza. Más bien era Cynthia, su oído atento. Eran muy unidas, las mejores amigas del mundo. No, sólo recuerdo un episodio que ocurrió precisamente durante aquella noche de verano en Sugar Island. Creo recordar que fue hacia el final de la cena, cuando íbamos a tostar malvaviscos sobre las brasas de la barbacoa. Sí, eso es, empezamos un juego. Ese tipo de

juego siempre un poco tonto que gustaba mucho a los adolescentes mayores que éramos, bueno, jóvenes adultos, casi...

Tannent me intriga. Lo presiono mientras deja la frase colgada como si no fuera a terminarla.

—¿Qué juego?

—Seguramente lo conoce. Usted también habrá jugado alguna vez, en una noche entre amigos. Aquella noche, junto a la piscina de la villa Lake, jugamos a *Verdad o reto*.

32

EN LAS LLAMAS DEL INFIERNO

VERANO 2017, *SUGAR ISLAND*.

Una especie de letargo se había apoderado del grupo de jóvenes fiesteros. De repente, se alzó una voz entusiasta:

—¡*Hey*, amigos! ¿Qué tal si jugamos una partidita de verdad o reto?

La propuesta vino de Carlos, quien nunca era el último para animar las fiestas que empezaban a decaer.

Se escucharon algunos murmullos de disgusto, pero la mayoría aceptó la idea.

Los ocho invitados se colocaron rápidamente en círculo alrededor de una mesa baja junto a la piscina, sobre la cual reposaban latas y copas de cóctel medio vacías.

—Acordemos las reglas —sugirió Carlos, como maestro de ceremonias autoproclamado—. Propongo que dejemos que la suerte decida con esta moneda. Cara será verdad y cruz será reto. ¿Todos de acuerdo?

Por unanimidad, asintieron.

—Y para saber quién responderá a los desafíos y quién hará las preguntas, haremos girar esta botella de cerveza vacía sobre la

mesa, como la aguja de un reloj. Donde se detenga el cuello, serán designados los jugadores. ¡Empezamos!

Carlos le dio un giro a la botella, que comenzó a dar vueltas en círculos cada vez más lentos, deteniéndose apuntando a Becky con su dedo imaginario.

—Becky, tienes el honor. Veamos a quién vas a lanzar un desafío.

La botella giró de nuevo y se detuvo frente a Paul.

—Ahora, la moneda.

Esta cayó en cara: verdad.

La joven puso su dedo índice frente a los labios, fingiendo pensar intensamente, todo ello acompañado de una mirada pícara dirigida hacia Paul. Tosió ligeramente y preguntó:

—Paul, dinos la verdad. De entre las personas presentes, ¿con quién te gustaría salir?

El joven empezó a sonrojarse, pero su nerviosismo quedó oculto por la oscuridad de la noche.

—Muy fácil —intervino Alvin con burla—. Todos saben la respuesta a esa pregunta…

—Quizá los sorprenda —replicó Paul—. ¿Y si te dijera que eres tú, Becky?

—Nada de trampas, Paulo, estás obligado a decir la Verdad con mayúscula. Si no, arderás en las llamas del infierno —se defendió Becky—. Anda, suéltalo.

—Maldita sea, cómo molestan ustedes, se quejó el interrogado.

—Es el juego, querida Lucette.

—Sí, anda, di el nombre.

Paul Tannent bajó la mirada, observó sus dedos nerviosos y murmuró:

—Está bien, de acuerdo. Si de verdad tuviera que elegir… sería Cynthia. ¿Contentos?

Silbidos, gritos de "¡wouhhh!" y risas escandalosas estallaron a su alrededor.

—¿Y si pasamos a la acción correspondiente? —propuso Dorothy —. Paul, tienes que ir a besar a la elegida de tu corazón…

—No, no —intervino Carlos—. Eso va contra las reglas. Decide la botella, y solo se permite una pregunta o una acción por turno. Por

cierto, siguiente lanzamiento, vamos.

La botella y la moneda señalaron una verdad solicitada por Alvin.

—Dorothy. ¿Puedes revelarnos una verdad que no quisieras contar o una acción que no harías por nada del mundo?

La pregunta, retorcida, despertó la admiración de los demás.

—Muy retorcida tu pregunta, Alvin. No me gustaría estar en tu cabeza a veces. Debe de ser un desastre ahí dentro. Pero bueno, déjame pensar… Ya está, lo tengo. Algo que de verdad no podría hacer sería quedarme en pelotas frente a ustedes. Eso es todo.

—¡Qué lástima! Pero es bueno saberlo…

—Cállate, Alvin —le pidió Carlos, el *boyfriend* de Dorothy, que esperaba conservar el monopolio de los encantos íntimos de su chica —. Vamos, el siguiente.

—*Hey*, viejo, tienes mucha prisa.

—Ella respondió la pregunta, ¿no? Es legal. Así que, siguiente.

—Está bien, está bien, relájate —se divirtió Alvin antes de lanzar de nuevo la botella—. Carlos pide una acción para Alvin.

—¡Ah! Nos vamos a reír —predijo Alvin—. Alvin, estás obligado a… a besar con lengua… el ombligo de alguien… Soy amable, te dejo elegir, ¿ves? No soy rencoroso.

—¿Puedo lamer el ombligo de tu chica, entonces?

—Puedes. Pero terminarás con mi puño en la cara como opción gratuita.

—¿Con tus puños pequeños? —provocó Alvin—. Me gustaría ver eso, a ver.

—Bueno, valientes —intervino Veronika—. Esto no es un ring.

Alvin se inclinó hacia Becky, su novia *habitual*.

—Cariño, ¿me permites?

—¡Qué asco! —protestó ella sin mucha convicción, pero al final accedió, mostrando su vientre.

—¡Vaya! —bromeó Carlos—. ¡Qué pequeño! Elegir a tu propia chica no es juego limpio.

Alvin, sin hacer caso a ese comentario, se inclinó hacia el ombligo de Becky y pasó la punta de su lengua por él.

—¡Me da cosquillas! —se quejó la joven alejándose rápidamente.

Todos estallaron en risas y bebieron un trago de su cerveza o cóctel antes de continuar con las preguntas.

Luego siguió una verdad exigida por Tom Malone para Dorothy.

—Do, ¿cuál ha sido el orgasmo más intenso que hayas tenido?

Carlos ya comenzaba a moverse inquieto anticipando la respuesta de su novia, pero ella sorprendió a todos respondiendo:

—¿Un qué? ¿Un… or…gas…mo? ¡No sé qué es!

El joven abrió los ojos como platos, desconcertado y sobre todo molesto por la respuesta divertida de Dorothy. La respuesta de la joven provocó risas generalizadas entre los presentes.

—Bien jugado, Do —la felicitó Tom—. Con eso, Carlos seguro que va a cerrar la boca ahora.

Carlos levantó el dedo medio hacia Malone, quien alzó su cerveza en señal de respuesta diplomática.

Precisamente, el siguiente lanzamiento señaló a Tom. Carlos le ordenó una acción que él no podía —su honor estaba en juego— rechazar.

—Tommy, cuidado con el efecto boomerang —proclamó Carlos con arrogancia—. Ya que tienes una gran bocota, vamos a ver si tienes los cojones para cumplir este reto. Tienes que saltar desde el trampolín de tres metros.

—Pan comido —se rió Tommy mientras ya se dirigía al borde de la piscina.

—Espera, hay una condición adicional, si no, no tendría gracia. Tienes que saltar… ¡desnudo!

—Pero eres un verdadero pervertido, se quejó Malone. En realidad, solo quieres ver cómo es un buen miembro, ¿verdad? Porque ya entendimos que con el tuyo, Dotty no podía estar satisfecha.

—Sí, sí, ríete todo lo que quieras, pero bájate los pantalones.

—¡Desnudo! ¡Desnudo! ¡Desnudo! —gritaron los demás al unísono, excepto Veronika, que miraba hacia otro lado.

Tom asintió, valorando los pros y los contras, con los pulgares metidos en la cintura de su short de baño. Luego, como para demostrar su valentía, dejó caer la prenda y, con las nalgas al aire, subió sin prisa la escalerilla del trampolín. Avanzó lentamente por la

tabla, atributos al frente, alzó los brazos sobre la cabeza y se lanzó, de manera torpe, rozando un chapuzón torpe que su cuerpo habría lamentado.

Se escucharon silbidos de admiración; había tenido el valor de cumplir el reto.

Cuando Tom salió de la piscina y se volvió a vestir, fue el turno de Veronika de decir toda la verdad, como lo exigía Paul Tannent.

—Vero, ¿de qué parte de tu cuerpo te sientes más orgullosa?

La joven pareció salir de sus pensamientos, como si hubiera estado desconectada del juego durante unos minutos.

—¿Eh?

—Te preguntaba qué parte de tu cuerpo prefieres. ¿Cuál es la que más te gusta de ti?

Un silencio se cernió sobre el grupo reunido junto a la piscina. En la noche, un búho ululó lúgubremente. Finalmente, Veronika confesó:

—Ninguna.

Fue todo. Una sola palabra que resumía el escaso aprecio que la joven tenía por sí misma.

—Pero ya basta, *sweetheart* —suplicó Tom por ella—. Eres la más hermosa de todas.

—¡Oh, no exageres! —lo interrumpió Dorothy—. ¡Tampoco hay que pasarse!

—Pero sí, Tommy tiene razón —añadió Cynthia—. Claro que eres la más guapa. Deja de decir tonterías y hacerte daño.

—No —cortó Veronika—. Todo me da asco de mí, por fuera y por dentro. Y tú lo sabes perfectamente, Cynthia. Tú me entiendes, estoy segura.

La voz de Veronika, palabra tras palabra, fue subiendo de tono hasta estallar:

—¡Y ya me tienen harta con su estúpido juego! ¡Todos me tienen harta, no me entienden!

Un sollozo violento escapó de su garganta, acompañado de lágrimas calientes y gruesas que le empaparon las mejillas. Las perlas de tristeza brillaron bajo el resplandor de la luna fría en el cenit de Sugar Island.

Veronika se levantó de un salto y corrió al interior de la villa, a esconder su vergüenza y su rabia.

33

EL COMÚN DE LOS MORTALES

Escucho con atención el final del relato de Paul Tannent, al teléfono. Me cuenta hechos que ocurrieron aquí mismo, en la villa de los Lake, en Sugar Island. Aunque pasaron hace cinco años, casi puedo oír las risas y voces del grupo de jóvenes reunidos junto a la piscina.

—Un juego que terminó mal —resumo.

—Es un juego que suele ser muy arriesgado —responde Paul—. Cumplir retos o decir verdades es complicado. De una forma u otra, siempre se va de las manos. Eso fue lo que pasó aquella noche con Veronika. Ya la notaba mal, y el juego terminó de afectarla. Solo agravó el malestar que venía cargando desde hacía meses. Aquella noche lo expresó claramente, yo digo.

—¿Desde hacía meses...? —repito—. ¿Qué lo hacía pensar eso, Paul?

El *gamer* hace una pausa antes de disculparse:

—No soy la persona más indicada para hablar de Veronika, lo siento. Tal vez, si se acerca a Tom Malone o a Cynthia Favor, que era su mejor amiga y seguramente su confidente, podría obtener más información. Lo único que puedo afirmar es que Veronika era muy inestable.

—¿A qué se refiere?

—No sabría cómo explicarlo… Me parecía que pasaba rápidamente de una fase de euforia a momentos de estrés, incluso de depresión, aunque tal vez el término sea demasiado fuerte. Podía invitar a alguien a su casa un día y al día siguiente cancelar todo sin motivo aparente. También desaparecía durante algunos días, sin avisar…

—¿Desaparecer? —me sobresalto—. ¿Quiere decir que se fugaba?

—No sé si eran fugas como tal, pero sí, se ausentaba de la escuela durante varios días y luego regresaba. No tengo idea de qué justificaciones daba. Pero, insisto: si puede hablar con Tom o con Cynthia, quizás ellos puedan darle respuestas más claras.

Miro la hora que aparece en mi teléfono y, al darme cuenta de que ya es tarde, estoy a punto de agradecerle a Paul Tannent por nuestra conversación cuando un detalle me viene a la mente.

—¡Ah! Estuve a punto de olvidarlo. Lamento tener que hacerle esta pregunta, Paul, pero necesito entender. Supe que, en la noche del sábado al domingo, sorprendieron a Veronika en una postura comprometedora, muy bien acompañada, en una de las habitaciones de la villa. Usted entiende a qué me refiero...

—*Uhhh*, entiendo. Continúe, por favor.

—Pues bien, resulta que la persona en cuestión no era, como lógicamente se esperaría, su novio, Tom Malone. Sin embargo, su nombre fue mencionado. Es delicado, Paul, pero... ¿estaba usted, esa noche, en la cama con Veronika Lake?

—¿Cómo dice? —casi se atragantó Tannent—. Espero que no se haya creído ni una sola palabra de esa historia. Está bien, estaba soltero en ese momento y debo confesar que Veronika era una mujer bastante guapa. Pero estaba en pareja con un amigo, jamás me habría atrevido a hacerles algo así. Además, ese año yo tenía interés en Cynthia, que también estaba soltera... ¡Mi objetivo era más que claro! Incluso lo confesé en Verdad o Reto... Estoy limpio. Lo juro.

—No dudo de sus palabras, Paul. Tenía que preguntarle, ya está hecho. Según usted, ¿de quién podría haberse tratado? ¿Tiene alguna idea?

—*Nope*. Lo siento.

—¿Y qué piensa sobre la posibilidad de que hubiera una novena persona en Sugar ese fin de semana? ¿Que hubiera llegado sin que ustedes lo supieran, tal vez con la complicidad de la misma Veronika?

—¿Sinceramente? Me cuesta creerlo. No habría podido pasar desapercibida...

Después de preguntarle si sabía dónde encontrar a Cynthia, cuelgo con nuevas preguntas dando vueltas en mi cabeza.

¿QUÉ SIGNIFICABAN ESAS DESAPARICIONES REPETIDAS? ¿Fueron una especie de ensayo antes de la desaparición definitiva de agosto de 2017? ¿Y ese malestar, esos ciclos de euforia y depresión que me hacían pensar en un estado de ánimo ciclotímico, por no decir bipolar? ¿De dónde venía? ¿Qué significaban?

¿Y luego ese asco hacia sí misma, esa manera de menospreciarse?

Tengo que encontrar la forma de contactar a Cynthia Favor; lo anoto en lo alto de mi *to do list*. También debo hablar con Tom sobre eso.

Dejo escapar un bostezo y me froto los ojos. Me invadió un cansancio físico y mental. Desde hace varios días, no dejo de darle vueltas a los enigmas de la familia Lake desde todos los ángulos, sin avanzar gran cosa en su resolución.

Extiendo mi bolsa de dormir y me acomodo para pasar la noche, con esa sensación persistente de estar violando la propiedad privada de los Lake. Sin embargo, siento esta necesidad de inmersión total. Por suerte para mi mente, me duermo como un bebé.

AL AMANECER, antes de encontrarme con Herman en el embarcadero, como lo habíamos acordado, y luego acudir a la cita que aceptó el jefe Patterson, decido conservar pruebas de mi paso por Sugar Island. Con la aplicación de fotos de mi teléfono, grabo en su memoria algunas imágenes que me parecen esenciales.

La habitación infantil.

El cartel de los Who cubierto de grafitis.

La tumba con la cruz caída en el suelo.

¿Todo un conjunto de elementos que podrían eventualmente permitir la reapertura de una investigación?

Al menos, eso es lo que me impulsa y lo que podría —¿quién sabe?— llevar a resolver algunos de los enigmas pendientes.

Estoy impaciente por encontrarme con Patterson en su oficina de la policía de Greenville.



LA BIENVENIDA del jefe de policía no es precisamente cordial. Está claro que no empezamos nuestra relación con el pie derecho. Poco me importa, tengo claros mis objetivos, aunque eso signifique incomodar el orden que él pretende imponer en Greenville.

—Entonces, señora Blackstone, ¿le gusta la navegación de recreo? —me lanza el oficial a modo de saludo.

¡Ajá! Así que sí era él, ayer, en el muelle de la marina mientras me alejaba en la barca del viejo Herman.

—¿No es acaso una de las actividades favoritas tanto de los habitantes de Greenville como de los turistas?

—No se haga la lista, se lo ruego. ¿A dónde se dirigía, así, sin más? ¿A Sugar Island? ¿Qué iba a husmear por allá?

Después de todo —pensé—, si quiere ir por ese camino, mejor aprovecho la oportunidad.

—No se le escapa nada, jefe. Es usted un policía increíblemente perspicaz. Sí, fui a la isla y, justamente, tengo algunas preguntas al respecto y me pregunto si usted tiene las respuestas. Como oficial, imagino que cuenta con un montón de información a la que los simples mortales no tenemos acceso.

Patterson se acomoda en su silla y carraspea ligeramente.

—En primer lugar, señora Blackstone, sepa usted que su estatus de periodista —por cierto, ¿tiene credencial de prensa?— no le otorga más derechos que a cualquier otra persona para entrar en una propiedad privada sin el consentimiento del propietario. Y como

usted bien sabe, Sugar Island pertenece a la familia Lake. ¿Recibió su autorización para ir allá y pasar la noche?

Niego con la cabeza y acompaño mi respuesta con una mueca de niña traviesa.

—En segundo lugar, aunque efectivamente tengo acceso a información confidencial, nada me obliga a compartirla con usted. Así que le ruego no abusar de mi paciencia ni salirse del marco policía-prensa. Hasta ahora he tolerado su presencia en la ciudad, pero si comete la más mínima falta que perturbe el orden, la echo de aquí. ¿Quedó claro?

—Está más que claro, jefe. Entonces, para ceñirnos al tema, me gustaría saber cuáles fueron las conclusiones de la investigación de sus servicios sobre la desaparición de Veronika Lake, hace cinco años.

El policía abre las manos en señal de obviedad.

—La investigación concluyó en una desaparición, como usted ha dicho.

—Eso es solo el desenlace del hecho, no su explicación. Ni siquiera su proceso. ¿Qué se hizo para entender y explicar esa desaparición?

—Señora Blackstone, ¿insinúa usted que nuestros servicios fueron incompetentes o insuficientes? ¿Cree que descuidamos la investigación? Parece que tiene una opinión muy pobre de la policía, dígame. Por supuesto que usamos todos los medios a nuestro alcance para intentar, primero, encontrar a Veronika, viva o muerta. Nuestros equipos, acompañados por bomberos y numerosos voluntarios, peinaron toda la isla, sobrevolaron el lago y las costas en helicópteros, realizaron batidas en los bosques con nuestro perro K9*, Clever, rastrearon muchas zonas de Moosehead Lake y todos los estanques de Sugar Island. Se colocaron retenes en las carreteras del condado con la máxima rapidez tras la denuncia de desaparición. Emitimos y pegamos avisos de búsqueda. En resumen, lo intentamos todo, sin éxito. Interrogamos a todos los jóvenes presentes en la fiesta de agosto de 2017, así como al entorno cercano y lejano de Veronika: su familia, amigos, compañeros de clase, vecinos, profesores y más. Para finalmente chocar contra

muros de incomprensión. Y sin lograr jamás localizar rastro alguno de la joven o de su cadáver. Así que, si usted es más lista que la policía, está bien, compártame sus hallazgos y avancemos juntos, me parece perfecto. Pero, por favor, no venga a darme lecciones sobre lo que hicimos mal o insuficientemente.

El discurso de Patterson casi me genera empatía. Sin embargo, ciertos detalles me inquietan y me hacen pensar que la investigación podría haberse llevado más a fondo. En mi mente, el misterio de Veronika Lake está inseparablemente ligado al de la muerte de su hermano Brandon, algo que el policía no menciona aquí. Por eso saco mi teléfono y no dudo en mostrarle al jefe la foto del cartel de los Who, tomada temprano ese día.

—¿Puesto que registraron toda Sugar Island, así como la villa, supongo que no pudieron pasar por alto este detalle bastante inquietante, señor Patterson? Le doy tiempo para que observe el cartel pintado con grafiti que dice: *¿Quién mató a Brandon?*

Creo que he dado en el clavo. Veo cómo los ojos de Patterson se agrandan y su frente se frunce. ¿Señal de sorpresa o la sensación de haber sido sorprendido mintiendo por omisión?

Su respuesta me deja sin palabras:

—Conozco ese cartel, que estaba clavado en la habitación infantil de la villa, sí. Sin embargo, puedo asegurarle que en agosto de 2017, durante la investigación, estaba limpio de cualquier anotación manuscrita como la que ahora leo aquí...

---

* En inglés, *ca-nine* se refiere a perros policía.

34

TODA LA LUZ

PATTERSON Y YO NOS MIRAMOS FIJAMENTE SIN PRONUNCIAR PALABRA durante largos segundos, sumidos ambos en un abismo de reflexión. Él porque descubre un elemento nuevo; yo, porque saber que el cartel fue pintado con grafiti después de la desaparición de Veronika Lake, me enfrenta a toneladas de preguntas. ¿Cuándo fue grafiteado? ¿Por quién? ¿Con qué fin?

—Señor Patterson, ¿está seguro?

—Más que nunca. Se tomaron fotos en aquel entonces, en el lugar de la desaparición. Podríamos fácilmente encontrar las de la habitación y estoy seguro de que corroborarían lo que le digo. Ese cartel estaba colgado en la pared, pero no tenía grafiti.

Hace una pausa antes de continuar:

—Señora Blackstone, ¿no se habrá divertido profanando ese cartel para crear una prueba que encaje con sus hipótesis descabelladas?

Casi me atraganto.

—¿Está bromeando? ¿Qué interés tendría en hacer eso? Su imagen del periodismo deja mucho que desear, sin duda…

—Al igual que la opinión que tiene de los cuerpos policiales… Empate. Volvamos al tema. Por cierto, ¿sabe que podría causarle problemas por esa foto tomada en la villa privada de los Lake?

—Lo entiendo bien. Pero eso no me impedirá buscar a toda costa la verdad sobre este caso y el relacionado con Brandon Lake, su hermano.

—¿Qué caso Brandon Lake? No hay caso Brandon Lake. Solo existe en su mente.

—¿Porque la muerte de ese chico y la ausencia de tumba o acta oficial de estado civil no le preocupan, a usted, oficial Patterson?

El policía echa la cabeza hacia atrás, mirando al cielo.

—¡Maldita sea! —jura él—. De lo que habla usted data de hace más de veinte años. Un niño murió siendo muy pequeño, no hubo ninguna denuncia, ningún aviso, nada. ¡No hay caso!

—Eso probablemente era cierto antes del descubrimiento de este cartel con grafiti… Pero a la luz de este nuevo elemento, no puede descartar la idea de que las dos desapariciones, la del hermano y luego la de la hermana Lake, estén relacionadas de alguna manera. Además, hay otro elemento que se suma a la larga lista de misterios. Este.

De nuevo, saco la pantalla de mi teléfono ante los ojos del policía.

—¿Qué hace este pico en esta foto, señora Blackstone? —gruñe Patterson.

Vaya, no había quitado la herramienta antes de tomar la foto.

—No puede haber pasado por alto esta tumba durante las búsquedas en Sugar Island —replico para darle la vuelta a la situación.

—No me diga que profanó una sepultura… Si es así, está en un gran problema, se lo aseguro…

—No lo hice —confieso—. Sin embargo, a la vista de lo que se sabe hasta hoy, me gustaría que sus servicios se interesaran de cerca en esta tumba. Estoy convencida de que los restos de Brandon Lake están ahí debajo.

Toco con el dedo la pantalla, señalando el montículo cubierto de hierba donde yace la cruz de madera carcomida. Insisto:

—Según un testigo, en aquel entonces se podían leer las letras R, O y N, así como las fechas 1997-2000. No hay lugar a dudas…

—Dios mío—exclama Patterson, golpeando la mesa con la palma de la mano—. En 2000 ni siquiera estaba destinado en Greenville, no sabía nada de eso.

—¿Cree que sería posible ordenar la excavación de esa tumba, señor Patterson? ¿Podría eso ser motivo para reabrir la investigación?

—¿Qué investigación? ¿La de Brandon o la de Veronika? La primera nunca existió y data de hace más de veinte años, la segunda es un caso cerrado sin seguimiento.

—Las dos, jefe. Sigo convencida de que están vinculadas e inseparables. No sé todavía cómo ni por qué, pero rara vez me equivoco en mis presentimientos.

—La investigación podría eventualmente reabrirse a nivel del Estado de Maine o a escala federal… —suspira Patterson.

—¿Podrían ordenar que se excave?

—Podríamos...

—Entonces, ¿qué estamos esperando? Y, ya que estamos, me hago preguntas sobre la ausencia de los padres Lake en Greenville desde la desaparición de su hija. Tengo entendido que se mudaron a Florida. Supongo que puede confirmarlo, ya que, si mis fuentes son correctas, los Lake y usted eran bastante cercanos... Sus hijas eran buenas amigas, ¿no es cierto?

La mirada de reojo de Patterson me divierte. No se esperaba esa.

—Nos veíamos, en efecto, de vez en cuando.

—No tan de vez en cuando, me parece. De hecho, su hija Dorothy estaba en Sugar Island la noche del 26 al 27 de agosto de 2017, cuando su amiga Veronika desapareció... Sabiendo eso, me sorprende que no tenga usted el deseo profundo de esclarecer este asunto. A menos que...

—¿A menos que qué? —gruñó el policía, acercando su rostro al mío por encima del escritorio—. ¿Que yo habría tenido interés en no llegar a una resolución porque mi hija formaba parte de los protagonistas de esa trágica noche? Está cruzando la línea, señora Blackstone, tenga mucho cuidado.

—No insinuaba nada, no hay problema. Simplemente me sorprendía. Si estuviera yo tan involucrada personalmente, habría

movido cielo y tierra para descubrir la verdad. ¿Quién interrogó a su hija, al respecto? No fue usted, supongo.

—Se encargó mi adjunta, la teniente Shana Davidoff. Yo no transijo con el procedimiento, ¿lo ve?

—Error mío, no pretendía acusarlo de negligencia profesional.

—Olvidémoslo. Bueno, se acaba el tiempo y por ahora no puedo dedicarle más tiempo, lo lamento.

Asiento con la cabeza, comprensiva. Tengo la sensación de haber movido un poco las cosas. Sin embargo, un detalle vuelve a mi mente y me muero por abordarlo antes de salir de la oficina.

—Una última pregunta, si me lo permite. Tuve la suerte de conocer al hombre que compró la casa de los Lake en West Cove, el señor Kissinger. Pues bien, él me aseguró que, al hacer trabajos en una de las habitaciones, encontró una memoria USB con un contenido muy particular. Supongo que sabe a qué me refiero, ¿verdad?

—¿Una memoria USB, dice usted? —murmura Patterson con aire sorprendido.

—Es lo que me aseguró, efectivamente. Añadió que la había entregado a sus servicios porque consideraba que era su deber darla a conocer, dado su contenido… digamos, sensible. ¿Aun así no lo recuerda? Sin embargo, una vez más, tiene que ver con los Lake, aparentemente…

Robert Patterson se toma su tiempo para responder, de forma evasiva:

—Espere… ¡Ah! Sí, es posible, en efecto. Ya lo recuerdo.

—¿Qué había en esa memoria? Sin duda la inspeccionaron. ¿Podría acceder a su contenido?

—Sí, fue inspeccionada, pero nada prueba que perteneciera a los Lake. Ahora está archivada y no puede ser comunicada al público.

—¿Ni siquiera a la prensa?

—Mucho menos —replicó el jefe Patterson con una sonrisa irónica—. Y ahora, si me lo permite… —concluyó levantándose, indicándome así que la entrevista había terminado.

Me escolta hasta la puerta de su despacho donde, antes de marcharme, le pido que me comunique los datos de contacto de su

hija, con quien me encantaría poder hablar. Para mi sorpresa, no se opone y me proporciona su número de teléfono.

Al salir, veo a la teniente Davidoff, una atractiva mujer morena a quien el uniforme le da una presencia no exenta de encanto.

—Tenga cuidado —me susurra, haciendo un leve gesto con el mentón en dirección a Patterson.

… MI CULPA…

He pasado tantos años persiguiendo tu fantasma, mi ángel.

¿Cuántos? ¿Quince, veinte, o más aún? Ya he perdido la cuenta.

Encontrarte de nuevo se asemeja a un verdadero calvario. El propio Jesús, en su inmenso sacrificio, no debió de sufrir más que yo.

Cada día que pasa desde tu desaparición es una estación más que debo atravesar, una etapa dolorosa que me pone a prueba.

Pero resistiré y no me rendiré, aunque me cueste la vida seguir buscando.

Mi juventud murió contigo. También desapareció. El dolor de no haber sabido, querido o decidido conservarte a mi lado me atormenta desde aquel día maldito.

¿Qué hicieron contigo?

¿Qué hiciste para merecer esto?

Tú no le pediste nada a nadie.

Yo tampoco, por cierto…

Entonces, ¿tú y yo estamos en igualdad de condiciones, no?

A menos que deba cargar con toda la responsabilidad de esta tragedia humana…

Sí, eso es, todo es culpa mía; así lo siento ahora.

Me odio, ya no me soporto…

Y debo expiar esta culpa, castigarme por haberte abandonado, a ti, pequeño ser indefenso.

35

A CONTRACORRIENTE

VUELVO A DEJAR MI TAZA DE CAFÉ AL MISMO TIEMPO QUE MI CUADERNO de notas.

El decorado familiar de la *Dockside Tavern* me arrulla con su sopor de principio de tarde.

Los obreros y empleados ya han terminado de comer, mientras que las abuelitas aún no se han sentado con sus tazas de infusión.

De pronto siento una especie de abatimiento, de fatiga mental.

Llevo varios días corriendo contra el reloj, sin dedicar ni un minuto a otra cosa que no sean los asuntos Lake —sí, uso el plural ahora. Me encantaría dedicar un momento a ocuparme de mis propios problemas. Pero el trabajo es la prioridad, por ahora. De hecho, devuelvo la llamada a mi *boss*, que me dejó un mensaje justo cuando me encontraba con el jefe Patterson.

—¡Ah! Mi camarón de Moosehead —dice señora Fairbanks al contestar—. Bueno, guapa, las noticias escasean. ¿Nadas a contracorriente? ¿Estás perdiendo el rumbo? ¿Te estás ahogando en misterios?

—Hola, Myrtille. ¿Podrías dejar las metáforas de marinera de agua dulce y hablar en serio?

—Has perdido todo el sentido del humor, Karen. Muy bien, hablemos de trabajo. Le escucho, señorita Blackstone —continúa

con tono falsamente severo—, ¿puede informarme de los últimos avances de su investigación… en inmersión?

—¿En inmersión…? Sigues con eso…

—Vamos, lánzate al agua, ¡zambúllete! Ponme al tanto, ¡aviéntate de una vez!

—Deberías escribir un almanaque, seguro sería un éxito. ¿Por qué no una columna en el *TCM*, ya que estás? ¿Puedo hablar ahora? Acabo de salir de una entrevista con el jefe de policía de Greenville. Ese oficial no me inspira mucha confianza. Imagínate que su hija formaba parte del grupo de jóvenes aislados en Sugar la noche del drama. Además, tengo la impresión de que está ocultando información crucial tanto sobre la investigación de 2017 como sobre una cierta prueba —una memoria USB con fotos… comprometedoras — que probablemente vienen de los Lake. Esto huele a complicidad por todos lados, te lo digo. También descubrí una tumba no oficial que podría pertenecer al hermano mayor fallecido de Veronika. Voy a hacer todo lo posible para que se autorice su apertura, lo cual desencadenaría automáticamente una nueva investigación…

—Veo con gusto que no solo hablas por hablar. Más bien te noto en modo estilo libre —me interrumpe riendo—. ¿Y bien? ¿Sigue sin haber rastro de Veronika?

—Ninguno. Pero cada vez comprendo mejor al personaje y las circunstancias de su desaparición. Sin embargo, no puedo afirmar nada respecto a la causa de dicha desaparición: ¿asesinato, accidente, fuga, suicidio? Todo sigue siendo posible. ¿Un vínculo con la muerte de su hermano? Tampoco puedo asegurarlo. Estoy trabajando en ello. Pero ahora el jefe Patterson me tiene en la mira, ya no tengo libertad de acción.

—Tu forma de trabajar me da igual, Karen. Sabes que lo que me importa son los hechos y los resultados. A propósito, quiero que me escribas cuanto antes un primer artículo sobre el tema. Lo quiero por correo para mañana en la noche.

—¿Y qué quieres que cuente? Estoy completamente perdida.

—¿Ves? Tú también te dejas llevar por las metáforas. ¿Hace falta tener certezas para fascinar y estremecer a nuestros lectores? Lo que ellos necesitan es sensacionalismo, misterio. Princesa mía,

confío en ti. Sé que sabes hacerlo, ya me lo has demostrado muchas veces. ¡Es tu turno, suerte!

Clic. Como siempre.

—¿Un poco más de café, Karen? —me propone Charlène, mi camarera favorita de *bubble-gum*.

—Con gusto, voy a necesitarlo —suspiro mientras tomo mi computadora para redactar el artículo que Myrtille me ha pedido. *Cuanto antes empieces, antes terminas*, como suele decirse.

Abro un nuevo archivo de texto y me dejo guiar por la inspiración, como suelo hacer al comenzar un primer borrador de artículo.

Primero, formular un título impactante, al que añadiré subtítulos en el desarrollo del texto. Siempre causa efecto en quienes no se toman la molestia de leerlo entero.

Unas cuantas palabras clave, asociadas a fotos incómodas, y asunto resuelto.

Después de unos breves instantes de duda, me lanzo. Será:

LOS FANTASMAS DEL LAGO MOOSEHEAD.

36

SED DE VERDAD

Los fantasmas del lago Moosehead.

GREENVILLE, Maine, octubre 2022.

DESDE HACE MÁS DE CINCO AÑOS, una sombra funesta se cierne sobre la apacible localidad de Greenville, un pueblo de poco más de mil habitantes, acurrucado en la punta sur del lago Moosehead. Una sombra llegada desde el lago, desde la cercana Sugar Island, un pedazo de tierra hoy desierto que los valientes habitantes de aquí ya solo llaman "la isla maldita"…

Hasta el verano de 2017, Greenville gozaba de una calma legendaria.

Puerto pesquero y de recreo, destino vacacional para jubilados felices y aficionados a los deportes y actividades acuáticas, la pequeña ciudad del condado de Piscataquis respiraba felicidad a pleno pulmón, como se respira su aire puro…

Una atmósfera hoy envenenada por la duda, el miedo, las preguntas y las miradas desconfiadas.

TODO CAMBIÓ en la noche del 26 al 27 de agosto de 2017, durante una fiesta privada que tuvo lugar en Sugar Island, la isla perteneciente a la inquietante familia Lake, una familia próspera e influyente de Greenville. Veronika, la hija menor de diecisiete años, había invitado aquel fin de semana a algunos de sus amigos más cercanos, los que se enorgullecían de formar parte del Círculo…

Aquella noche calurosa de agosto fue testigo de cómo el famoso Círculo estallaba en pedazos.

De esa implosión, hubo una víctima que lamentar. Veronika Lake desapareció… y jamás volvió a dar señales de vida.

¿POR QUÉ? ¿En qué circunstancias? El misterio sigue intacto.

PERO LA HISTORIA no termina ahí… o más bien, no comienza ahí.

LAS RAÍCES de este drama se hunden mucho más profundamente en el pasado de la familia Lake… así como en las oscuras profundidades del lago Moosehead.

Si se atreven a tomar una embarcación y poner un pie en Sugar Island, y creen que van a encontrar allí un remanso de paz, un paraíso terrenal, una villa idílica con piscina, cancha de tenis en medio del pinar, en resumen, un escenario de ensueño… están muy equivocados: el infierno se esconde en Sugar Island…

Si se atreven a entrar en la casa y tienen el valor de subir al piso de arriba, de empujar la puerta de la “habitación maldita”, una recámara

infantil con una tierna cuna donde duerme, presumiblemente en paz, un osito de peluche, descubrirán, clavado en la pared sobre la cuna, un póster —incongruente en semejante lugar— de un álbum de The Who, el famoso grupo británico. Y, si se acercan un poco más, verán que ese póster ha sido vandalizado con unas palabras funestas, escalofriantes: *¿Quién mató a Brandon?...*

Y si, por casualidad, se atreven a enfrentarse a la naturaleza salvaje de la isla, a internarse entre las calas rocosas, podrían encontrarse cara a cara con una sepultura maldita… Una tumba cavada directamente en la tierra, coronada por una cruz de madera carcomida, roída por el tiempo y las inclemencias del clima.

Y sin embargo, si se atreven a inclinarse sobre esa cruz caída al suelo, podrán descifrar —si tienen buen ojo y suficiente lucidez— unas letras y dos fechas.

¿Las fechas? 1997-2000.

¿Las letras? *R/O/N*. No, no dice Ron, porque faltan letras. Lo más probable es que diga *Brandon*.

¿Quién es Brandon? ¡El primer hijo maldito de los Lake!

El inocente angelito que no había cumplido aún los tres años cuando dejó este mundo…

¿POR QUÉ? ¿En qué condiciones? El misterio sigue sin resolverse.

QUE NUESTROS LECTORES se detengan un instante a reflexionar sobre el horrendo destino de la familia Lake.

Un angelito, muerto y enterrado clandestinamente en un rincón de una isla privada, desierta,

perdida en medio de un lago, enclavado a su vez entre oscuros bosques...

Su hija, desaparecida diecisiete años después en circunstancias indeterminadas, en ese mismo islote maldito donde descansa el cuerpo de su hermano mayor...

¿Establecerán los lectores un vínculo entre estas dos tragedias que afectan a una misma familia?

¿Son los Lake una familia maldita?

¿Acaso el dinero no tiene el poder de proteger de los horrores más terribles?

TOTALMENTE SUMERGIDA en el contexto de este doble drama, su dedicada Karen Blackstone no cesa de trabajar para resolver este doble misterio con el único objetivo de hacer surgir la Verdad, la única y auténtica, que —como bien saben nuestros lectores— impulsa cada página de su querido *True Crimes Mysteries*…

PD: Que nuestros lectores no duden en contactar con la redacción si desean aportar su ayuda en esta búsqueda de la verdad…

~

GUARDO MI DOCUMENTO y, después de una relectura minuciosa y algunas correcciones, se lo envío por correo directamente a Myrtille. ¡No podrá acusarme de andar… en las nubes!

A mi alrededor, noto que el comedor se ha llenado mientras yo me concentraba en mi artículo. Charlène arrastra las zapatillas entre los clientes, tan harta como siempre de su trabajo.

A unas mesas de la mía, vislumbro por el rabillo del ojo a un anciano cuyos ojos se desvían cada vez que se da cuenta de que los

míos lo observan. No siento hostilidad de su parte, apenas una forma de curiosidad hacia mí. ¿Acaso nunca ha visto aquí a una mujer trabajando en su computadora? ¿Es tan incongruente en un lugar más bien frecuentado por obreros con overol azul, empleados de comercios cercanos y jubilados que vienen a jugar a las cartas? El hombre, de unos sesenta años bien cumplidos, lleva una camisa a cuadros y un pequeño pañuelo al cuello. Sus rasgos son agradables; su cabello blanco, cortado al ras, resalta un rostro cuadrado.

Por cortesía, le hago una leve señal con la cabeza, a la que él responde brevemente antes de apartar la mirada, dejar unas monedas sobre la mesa y salir del lugar saludando a Charlène. Un cliente habitual, evidentemente.

Antes de irme yo también, le pregunto a la camarera:

—¿Quién es ese señor de cabello blanco que acaba de salir?

—Es el señor Fenton. Barry Fenton, el exjefe de policía de Greenville. Un cliente regular, muy educado, bien presentado y todo eso. Era muy apreciado en su época al frente de la brigada. No como ese tal Patterson que se cree un sheriff de serie B… —concluye sin dejar de mascar su chicle de fresa.

—¿Hace mucho que se jubiló?

—Pues no sé muy bien. A grandes rasgos, diría que unos buenos diez años.

Agradezco a Charlène, pago mi cuenta y salgo del *Dockside*.

Tengo muchas ganas de volver a mi habitación en el *Greenville Inn* y darme una buena ducha, porque la noche anterior, en la villa de Sugar, no tuve oportunidad de hacerlo. Además, como no pensé en llevarme mi tratamiento diario, me preocupan los efectos secundarios por haberlo olvidado. El médico me advirtió claramente que siempre llevara conmigo algunas tabletas… Me tomo mis tres comprimidos con un gran vaso de agua y, como ya ha caído la noche, decido no cenar hoy.

No tengo hambre… solo sed de verdad.

37

NO HAY TIEMPO PARA DESCANSAR

LA TEMPERATURA EXTERIOR HA VUELTO A BAJAR EN GREENVILLE. EL LAGO, de aguas cada vez más frías, se tiñe de reflejos otoñales, con un color más frío que tira hacia el azul metálico, incluso el gris. Los últimos campamentos cierran sus puertas mientras turistas y navegantes abandonan el lugar. Es el turno de los cazadores, que ahora recorrerán los bosques de los alrededores.

La ciudad cambia de rostro, un silencio inquietante cae sobre las calles. ¿Será señal de una tormenta inminente?

La tormenta, dentro de mi cabeza, ya retumba. Cuanto más avanzo, más siento que estoy estancada. El simple hecho de haber sintetizado mi investigación en curso en un artículo para la revista me ha demostrado lo inextricables que pueden resultar el caso —*los* casos— Lake. Sin embargo, terminaré por llegar a algo, como cada vez que me lanzo en busca de la verdad. Hasta ahora, nunca he fracasado… salvo una vez… ¡La peor, la más cruel!

DESCUBRO el correo de respuesta a mi artículo que acaba de enviarme Myrtille, fiel a sí misma.

Eres una crack, princesa. En menos tiempo del que necesita el señor conejo para hacer lo suyo con la señora coneja, me armas un artículo de

locura. Escalofríos sobre papel satinado. Una bomba de suspenso, misterio y emoción. Los lectores quedarán fascinados y pedirán más de inmediato. Así que nada de descansar, señorita Blackstone, quiero resultados (concretos, o si no, invéntate unos cuantos…) de aquí a la próxima semana. ¡Saludos!

Estoy feliz de leer estas palabras que le dan un *boost* a mi confianza. Esa confianza que a veces es tan difícil de mantener, tan frágil, como yo misma lo soy por dentro, a diferencia de esa imagen de *warrior* que me esfuerzo por mostrar en público.

DESPUÉS DE HABER DEVORADO un copioso desayuno en el *Greenville Inn*, ya que el hambre me había alcanzado, camino a paso ligero hasta el centro de la ciudad, donde se encuentra la biblioteca municipal. Allí espero poder consultar los archivos de los periódicos locales, especialmente los de los años 1997 a 2017, dos décadas que me parecen cruciales en lo que respecta a la familia Lake. A veces, al leer un artículo aparentemente inofensivo —de esos que suelen llamarse noticias de perros atropellados—, no es raro descubrir una pista que, aunque insignificante a primera vista, resulta muy reveladora a la luz de los acontecimientos que se conocen después. Siempre he preferido las noticias locales a los medios nacionales. La información de primera mano, cercana.

La Shaw Public Library se encuentra en Lily Bay Road. A primera vista, el pequeño edificio de un solo piso parece más bien una iglesia bautista que una biblioteca. Sin embargo, su encanto invita a cruzar la puerta. En el interior, me recibe una mujer de cierta edad, probablemente voluntaria, que me saluda con una sonrisa por encima de sus gafas, que se deslizan hasta la punta de su nariz mientras se sumerge en la lectura de una revista de moda.

Le pregunto si el establecimiento posee los archivos de los periódicos locales, en versión papel o digital, a lo que responde:

—En papel no, señorita, ¿ya vio lo poco que cabe aquí? Pero puede consultar los números antiguos digitalizados en esa computadora —me indica, señalando el fondo de la sala con el dedo —. Pero no creo que sea socia. Nunca la he visto, y creo conocer bien a todos nuestros abonados.

—Tiene toda la razón —admito—. Soy periodista y pensé que con mi credencial de prensa se me permitiría consultar ese tipo de documentos aquí. Pero si debo hacerme socia de la biblioteca, no tengo ningún problema, señora. Al contrario, será un placer contribuir a la economía de este lugar tan maravilloso. ¿Cuánto cuesta la membresía anual?

—Solo diez dólares al año. Incluso tenemos una suscripción de tres semanas que resulta bastante conveniente para nuestros queridos turistas ávidos de lectura, por apenas cinco dólares.

—Tomaré la suscripción completa —digo con una amplia sonrisa mientras saco mi cartera.

—Muy amable de su parte, le haré un recibo fiscal.

Después de completar los trámites, la voluntaria me acompaña hasta la computadora para la consulta de documentos en línea y me explica brevemente cómo funciona el sistema de búsqueda. Le agradezco y me sumerjo de inmediato en los antiguos números del *Moosehead Messenger*, del *Piscataquis Observer* y de *Newsbreak*. Algunos ya no se editan, pero aun así abarcan periodos que me interesan.

Empiezo mi revisión por el año 2000, que parece coincidir con el nacimiento de Veronika y quizás —según lo que he podido deducir de la cruz en la tumba de Sugar Island— con la muerte de Brandon Lake. Introduzco palabras clave en el buscador: *Lake, Veronika, Brandon, Mason, Janet, Sugar Island, Greenville*… pero los resultados no me aportan nada. Intento con otras sugerencias, para ampliar un poco el espectro. Los términos *crimen, muerte, accidente, fallecimiento* hacen aparecer montones de artículos que debo filtrar. Reviso algunos por encima sin encontrar la menor mención a la familia Lake. En cambio, se menciona en varias ocasiones las virtudes de la policía municipal de la ciudad bajo el

mando del jefe Fenton, ese jubilado elegante que crucé en el *Dockside*.

Pero nada me llama la atención, al menos de momento. Nada fuera de lo común en un pueblo de este tamaño. Por supuesto, como en muchas localidades donde está permitida la natación, ocurre algún accidente aquí y allá, algún joven turista que se ahoga por un breve descuido de los padres, pese a la rápida intervención de los socorristas. Pero en el año 2000, solo una pequeña niña de cinco años fue víctima de una muerte trágica en Greenville.

Justo cuando estoy a punto de cambiar de año, tras haber revisado los tres periódicos locales del año 2000, un último artículo llama mi atención.

Muy simple, por así decirlo.

Su título pone instantáneamente todos mis sentidos en alerta:

Un niño muere tras ser mordido por el perro de la familia.

38

LA LOCURA MÁS PURA

¿Qué es lo que me impulsa a leer este artículo en su totalidad, si no es más que una tragedia de la vida cotidiana? ¿Mi instinto periodístico?

La redactora de la época, una tal Flavie Cunningham, relata los hechos de una manera conmovedora.

GREENVILLE ESTÁ consternada tras el fallecimiento de uno de sus niños. Por respeto al anonimato solicitado por la familia durante una entrevista telefónica, los nombres de los protagonistas han sido modificados. No obstante, podemos afirmar que la tragedia golpea de lleno a una familia muy conocida de nuestra localidad. Según fuentes coincidentes, los hechos habrían ocurrido mientras el padre, Martin, se encontraba de viaje de negocios en Nueva York. En casa, la madre, Jacqueline, embarazada de su segundo hijo, se habría visto completamente sorprendida cuando el perro de la familia —al que llamaremos Goldie— basculó bruscamente hacia la más pura locura. El hermoso golden retriever —el perro familiar — se

transformó en una bestia feroz, sin razón aparente, y atacó violentamente al pequeño Brian, un niño tranquilo de poco más de dos años. Este último, mordido brutalmente en la carótida, sucumbió a sus heridas minutos después, sin que los servicios de emergencia pudieran salvarlo.

El animal, considerado desde entonces como un asesino en potencia —un perro que muerde, morderá de nuevo, dice el refrán— habría sido sacrificado.

Este tipo de tragedias no es tan raro en Estados Unidos, donde más de 4.7 millones de personas son víctimas cada año de mordeduras de perro —casi 500 por hora—, entre ellas los valientes carteros de nuestros pueblos, quienes suelen ser blanco frecuente de estos ataques. Afortunadamente, solo unas cuarenta terminan en tragedia. Pero lo más aterrador es que la mayoría de estos dramas tienen lugar en el seno de hogares americanos perfectamente tranquilos. Y los principales agresores no son necesariamente las razas llamadas "de ataque" —bulldogs, pitbulls, rottweilers, malinois, american staffordshires, entre otras—, sino mucho más a menudo las razas de compañía, aquellas en las que no se desconfía. Entre ellas, el golden retriever es la encarnación misma del perro de interior, del perrito cariñoso, del peluche lleno de suave pelaje que los niños aman acariciar, con el que les encanta jugar, revolcarse por el suelo e incluso montar como si fuera un caballito…

Los niños, principales víctimas de esos perros tan afectuosos… en apariencia.

Porque un arrebato, un momento de locura, un mordisco pueden ocurrir en un instante…

Una oreja tirada con demasiada fuerza, una cola pisada sin querer, una mano dentro de una boca babeante para recuperar una pelota de goma, un

plato de comida al que se acercan demasiado… y ocurre la tragedia, como la que golpea de lleno a esta familia de Greenville, a la que enviamos, en nombre de toda la redacción del Moosehead Messenger, nuestras más sinceras condolencias.

EL DIABLO se viste de Prada, decía Lauren Weisberger en su novela. Pienso, en este instante, que el demonio también puede esconderse bajo disfraces insólitos. Un payaso, una muñeca, un perro…

No sé por qué me viene la idea de que este accidente, ocurrido en el año 2000, podría tener que ver con la familia Lake. La fecha, para empezar, que coincidiría con la supuesta muerte de Brandon. *Una familia muy conocida de nuestra localidad*, afirma la periodista. ¿Por qué no los Lake? Los nombres disfrazados de Martin, Jacqueline y Brian, cuyas iniciales elegidas por la periodista bien podrían delatar sus verdaderas identidades: Mason, Janet y Brandon. La mujer embarazada en esa época de un hijo que habría cumplido diecisiete años en 2017, igual que Veronika Lake al momento de su desaparición…

Tantos indicios que coinciden y que voy a tener que verificar. Todo periodista que se precie sabe que una información solo puede considerarse casi cierta tras haber sido corroborada por al menos tres fuentes diferentes. Aquí tengo una. Me gustaría encontrar las otras.

Deslizando entre otras páginas de *news* locales archivadas, no encuentro nada más sobre ese tema. Así que decido pasar al año 2017, la segunda fecha clave relacionada con la familia Lake.

Siguiendo una lógica evidente, encuentro una decena de artículos que corroboran lo que ya había podido recabar de los diferentes testigos interrogados desde mi llegada a Greenville. Los redactores mencionan el excelente trabajo de los investigadores —tanto de la policía local como de las fuerzas del sheriff del condado de Piscataquis—. También se elogia la perseverancia de los habitantes en continuar, una y otra vez, con las batidas y los rastreos. Sin embargo, las conclusiones siguen siendo las mismas: Veronika Lake

nunca fue encontrada y jamás volvió a aparecer en Greenville ni en Sugar Island. Ni siquiera en otro lugar. Ninguna pista. Finalmente, con el paso de las semanas, los periódicos pasaron a otros temas.

La Tierra seguía girando alrededor del Sol, las aguas del lago Moosehead salpicaban a nuevos turistas y seguían ofreciendo su cuota de peces a los pescadores, los navegantes surcaban las pequeñas olas con sus embarcaciones. En resumen, la vida continuaba para los habitantes de Greenville.

La familia Lake vendió su propiedad en West Cove y se mudó definitivamente a Florida, aunque conservó la plena propiedad de Sugar Island. Entonces surge una pregunta en mi mente: ¿por qué no deshacerse también de la isla, al igual que hicieron con la casa vendida a los Kissinger? Un lugar que, además, sin duda debía representar un recuerdo doloroso para ellos... Alejarse definitivamente de Maine y vivir —¿felizmente?— bajo el sol de Florida. ¿Por qué querer conservar un pie en esta región del extremo norte de Estados Unidos? Sobre todo teniendo en cuenta que podrían haber obtenido un buen precio por la venta de Sugar Island, ya fuera a promotores inmobiliarios o a una entidad pública que la hubiera convertido en una isla muy turística.

Finalmente, me digo que tal vez este misterio no sea realmente un misterio, en comparación con los otros enigmas que salpican el caso Lake.

AGRADEZCO a la voluntaria de la recepción de la mediateca, quien me entrega mi tarjeta provisional de lectora, y abandono el lugar. Afuera, la lluvia ha regresado en forma de finas gotas que me hielan la espalda. Me subo el cuello de la chaqueta, agacho la cabeza y me dirijo rápidamente al *Dockside* para entrar en calor a fuerza de chocolate caliente.

ALLÍ, al resguardo del viento y la lluvia, me esperaba una sorpresa improbable.

A veces, cuando uno busca una aguja en un pajar, alguien aparece con un imán.

¡Y eso facilita mucho la búsqueda!

39

EL FIN JUSTIFICA LOS MEDIOS

APENAS EMPIEZO A ENTRAR EN CALOR CON MI SEGUNDO CHOCOLATE CALIENTE cuando percibo una presencia detrás de mí, por encima de mi hombro, como si la persona pretendiera leer lo que aparece en la pantalla de mi computadora.

Antes incluso de que tenga tiempo de girar la cabeza, escucho una voz grave:

—Entonces, ¿así que le interesa Veronika Lake?

Me giro rápidamente para descubrir el rostro amable del exjefe de la policía local.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Charlène me habló de usted y de sus proyectos. Sabe, esta historia ya no interesa a casi nadie hoy en día. Está más bien en el olvido de Greenville, o al menos eso es lo que esperan algunas personas, supongo. ¿Puedo sentarme?

Con un gesto de la mano, invito al hombre de barba blanca bien recortada a tomar asiento frente a mí.

—Charlène, ¿puede traernos una jarra de café, por favor? —dice con suavidad.

Luego me extiende la mano, precisando, aunque yo ya lo sabía:

—Barry Fenton, exjefe de policía de Greenville. Felizmente retirado desde 2010 y ahora pescador amateur en sus ratos libres.

Usted es Karen Blackstone, ¿verdad? Periodista-investigadora para *True Crimes Mysteries*…

—¿Qué más sabe de mí? —le desafío.

—Que ha elegido este lugar como su cuartel general, por decirlo de alguna forma, que reside en el *Greenville Inn*, y que conduce una vieja pero magnífica Ford Ranchero de 1967, si mis conocimientos sobre autos siguen siendo fiables.

—Espero que no sepa nada sobre el color de mi ropa interior… Debió ser un policía muy eficiente, señor Fenton.

—Llámeme Barry.

—A condición de que usted me llame Karen.

—Asunto concluido, Karen. Y no se preocupe, la lencería fina me es totalmente indiferente. Ya pasé la edad de interesarme por ese tipo de banalidades. Dicho esto, haría bien en reajustar el cinturón de su pantalón porque se le asoma encaje rosa por detrás…

Me revuelvo en mi silla, angustiada ante la idea de que se vea la mitad de mis glúteos. Barry se empieza a reír:

—Es broma —dice al recobrar la seriedad.

Le lanzo una mirada severa mientras me suavizo:

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por hacerme reír un poco. Eso hace un bien enorme, si supiera… Trabajar tanto en casos criminales termina por minar un poco el ánimo.

—¡A quién se lo dice usted! Yo también tuve que perseguir el crimen y resolver delitos. Por suerte, eso estaba lejos de ser la mayoría de nuestras tareas en Greenville, una villa más que tranquila. Usted, en cambio, si me creo el título de su revista, debe estar sumergida en ello todo el tiempo. ¿Qué la motiva, Karen?

No me gusta esa pregunta. Solo un ex policía puede hacérmela.

—Odio saber que hay casos sin resolver. Detesto la idea de que las víctimas sean olvidadas, que los culpables de crímenes puedan vivir su vida sin preocuparse por las fechorías que cometieron. Estoy siempre tras la verdad, todas las verdades, eso es lo que me mueve, Barry. ¿Igual que usted, supongo?

—Sí, eso era igual para mí cuando estaba en servicio activo. Hoy, solo persigo las mojarras.

Charlène nos trae una taza de café humeante y vuelve a mascar su chicle detrás de la barra mientras limpia vasos mecánicamente. Barry Fenton continúa:

—¿Por qué no me cuenta lo que ya sabe sobre la desaparición de Veronika Lake? Luego, quizá pueda complementar con lo que sé.

—¿Por qué hace esto? Quiero decir, ¿por qué viene a mí así? No está obligado...

—Lo sé, y por eso mismo lo hago. Me gusta ser libre de mis actos. Y además, me alegra ver que alguien, finalmente, vuelve a interesarse en este caso, este *cold case*. Porque si esperamos a que Patterson reabra la investigación, vamos apañados...

Vaya, pensé para mí misma: esto no me conviene en absoluto.

—No parece tenerle mucho aprecio a su sucesor, Barry. ¿Por qué?

—Ya llegaré a eso. Pero antes, cuénteme lo que sabe.

Durante casi un cuarto de hora, Barry escucha el relato de mis descubrimientos desde que llegué a Greenville hace unos días. Sigue mis explicaciones con los ojos entrecerrados, muy concentrado. Me lo imagino perfectamente así cuando estaba en activo, escuchando a un testigo o a un acusado. No le oculto nada, decidida desde el principio a confiar en él y convencida de que podrá completar, refutar o esclarecer mis sospechas. Cuando termino, silba con admiración.

—Nada mal —aprueba—. Ya ha hecho un buen trabajo. Aunque no siempre dentro de la legalidad, ¿verdad? Sin embargo, *el fin justifica los medios*, como dicen. Pero todavía quedan muchos hilos por resolver, ¿cierto? Y no podrá contar con la colaboración de todos. Al contrario, creo que algunas personas verían con buenos ojos que se marchara de Greenville antes de sacar a la luz lo que pudo haber pasado aquí entre 2000 y 2017.

—¿A quién se refiere?

—A los mismos que usted, Karen. A los mismos que usted.

—Victor Martineau y Bob Patterson… El alcalde y el jefe de policía… Ciertamente, no me recibieron con los brazos abiertos, esos

dos. A pesar de que no busco otra cosa que la verdad, para que Veronika no caiga en el olvido absoluto.

Barry Fenton sonríe, revelando una dentadura perfectamente blanca.

—No estoy seguro, en efecto, de que la verdad que usted podría descubrir esté en el interés de esos dos…

40

OREJAS INDISCRETAS

LA LLUVIA RESBALA PEREZOSAMENTE POR LOS CRISTALES DE LA *Dockside Tavern*, formando lágrimas que fluyen lentamente y brillan como perlas tristes.

—¿Insinúa que el jefe de policía y el alcalde de Greenville tendrían interés en que la verdad no salga a la luz? ¿Cree que están implicados de alguna manera? ¿Culpables de algo en el caso de la desaparición de Veronika?

Barry Fenton torce la boca, como masticando las palabras que va a pronunciar, ponderando su peso.

—Directamente culpables, no lo creo —dice finalmente—. ¿Culpables de ocultar pruebas? ¿Por qué no...? ¿Culpables de negligencia en la investigación? No me parecería absurdo, si fuera cierto...

Abro los ojos, sorprendida por lo que afirma el ex policía.

—Eso es grave, lo que dice. Estamos hablando de dos de las personas oficiales y más influyentes de Greenville.

—Soy consciente de ello.

—¿Tiene pruebas de lo que afirma?

—¿Pruebas? Probablemente nada material, pero fuertes sospechas personales. Esos dos personajes son inseparables, se lo aseguro. Igual que sus hijos, sus respectivas hijas Rebecca y

Dorothy, que siempre andaban con los Lake. Y los padres, Mason y Janet, también eran muy cercanos a Patterson y Martineau. Todo ese círculo social se frecuentaba constantemente y se apoyaban mutuamente.

Me imagino perfectamente el cuadro, un grupo de notables que se creen por encima de la ley, protegiéndose unos a otros. ¿Cubriéndose en asuntos más o menos legales?

—Usted mismo, Barry, ¿qué opinión tiene de los miembros de la familia Lake? Los conoció personalmente; usted era el jefe de policía durante el trágico accidente de Brandon en 2000… ¿Tuvo que abrir una investigación al respecto?

—Veo a qué se refiere y constato que sus intuiciones son acertadas. Usted ha descubierto esta historia del niño fallecido tras el ataque del perro de la familia y ha concluido que se trata de la familia Lake… Pero, para no decepcionarla, Karen, yo no he llevado a cabo ninguna investigación sobre la muerte del hijo mayor de Mason y Janet.

—¿Por qué? —exclamé sobresaltada.

—Primero, porque no hay ni la menor duda de que la muerte está vinculada al ataque del perro, y segundo, porque el drama no ocurrió en Greenville, ni siquiera en el condado de Piscataquis.

—¿Dónde sucedió?

—Me parece que en su residencia de Florida.

Reflexiono sobre las distintas piezas del rompecabezas Lake y concluyo:

—¿Lo que explicaría por qué aquí faltan los registros civiles? ¿Y que no haya tumba en el cementerio de Greenville? ¿Barry, ha oído hablar de la sepultura en Sugar Island?

Mi interlocutor abre los ojos con sorpresa.

—¿Qué sepultura?

En pocas frases no dudo en contarle algunos de mis hallazgos, entre ellos el cartel de Who etiquetado con *¿Quién mató a Brandon?* y la leyenda relativa a la tumba del niño, escondida en una cala de la isla Lake.

—Leyenda que parece ya no serlo —termino, mostrándole las fotos que tomé un poco antes.

Barry Fenton sacude la cabeza, incrédulo.

—¡Maldita sea! ¿Qué es este lío? —gruñe entre dientes—. Es la primera vez que veo algo así.

Luego, tras mover la cabeza varias veces, comienza a asentir en silencio. Observo ese mismo momento de reflexión y me pregunto en voz alta:

—¿La respuesta a ese *¿Quién mató a Brandon?* no es otra cosa que su perro? ¿No le parece un poco rocambolesco? ¿Para qué serviría insinuar que alguien mató a Brandon cuando la causa de su muerte está prácticamente confirmada?

—Estoy de acuerdo —reconoce Barry—. Hay algo que no encaja. Algo turbio que no me disgustaría esclarecer.

—Entre los dos debería ser más fácil: deberíamos poder unir nuestras mentes y nuestras habilidades, le desafío. ¿Se podría reabrir y analizar esa tumba en Sugar?

—Casi imposible, veintidós años después de los hechos, sin un nuevo elemento tangible e indiscutible — lamenta Fenton.

—¿El simple hecho de que no haya tumba de Brandon en ningún otro lugar, ni rastro de un acta de defunción, no podría ser ese nuevo elemento?

—Karen, seamos precisos. Que usted no haya *encontrado* ese tipo de documento no significa que *no exista*… Es parecido al principio jurídico que establece que toda persona es considerada inocente hasta que se demuestre su culpabilidad. Veamos qué podríamos encontrar en Florida…

—¿Querría usted ir allá?

—¿Y por qué no? Antes de eso, podría contactar a antiguos colegas en Miami. Algunos aún trabajan y pueden tener acceso a datos como la última residencia conocida de los Lake.

—A propósito, Barry, ¿ha mantenido relación con ellos?

—Nunca fui muy cercano a ellos, a diferencia de Patterson… Nos veíamos en ocasiones oficiales, nada más. ¡Nunca compartimos el pavo de *Thanksgiving*! Mis hijos, por su parte, no frecuentaban a los del Círculo. Siempre preferí mantener distancia con los habitantes de Greenville cuando estaba en servicio. Es mejor evitar mezclar trabajo

—hacer cumplir el orden público— con vínculos personales o afectivos.

—Un hombre recto y serio, sonrío.

—Siempre traté de hacer lo mejor posible, en todo caso. De lo contrario, ya sabe cómo es, es muy fácil caer en las trampas habituales…

—¿Como cuáles?

La sala del *Dockside* comienza a llenarse. Barry gira la cabeza hacia las mesas vecinas que ahora están ocupadas y sonríe de manera extraña antes de responder en voz baja:

—Salgamos, si quiere. La lluvia ha cesado. Hay cosas que no deben contarse cerca de oídos indiscretos…

41

UN PEQUEÑO PERRO CON UNA GRAN BOCA

Caminando lado a lado por la ribera sur del lago Moosehead, desierta de bañistas y pescadores, Barry y yo estamos a salvo de cualquier persona demasiado curiosa. El antiguo jefe de la policía local puede, por tanto, confesarse conmigo con total libertad sobre lo que llamó, hace un rato, los *habituales defectos*.

—Se lo dije, creo: yo estaba en funciones en el año 2000 cuando los Lake perdieron a su primer hijo y cuando Janet dio a luz a Veronika. En aquella época, los Lake aún eran gente respetable, por así decirlo. Fue después cuando todo se complicó. Sin duda a causa del drama que los sacudió más de lo que querían mostrar. Cuando se pierde un hijo en circunstancias así, se puede entender. Después de eso, fui reelecto dos veces: en 2004 y en 2008. No me presenté para mi sucesión en el mandato de 2012. Ya había hecho suficiente, visto bastante. Debí sentir que había llegado el momento de pasar página. Tenía los años suficientes para solicitar mi jubilación y pasar un buen rato con mi familia o dedicarme a mí mismo. Pero mi edad y mi derecho a retirarme no lo eran todo; algo más me llevó a tomar la decisión.

—¿Qué fue? —pregunto, mientras Barry parece de repente perdido en sus pensamientos, como si estuviera reviviendo el momento.

—Desde hace algunos meses, el ambiente en el departamento de policía de Greenville se había vuelto extraño. Como si se formaran clanes. Unos años antes, Robert Patterson había asumido sus funciones, primero como *patrolman*, y luego fue rápidamente nombrado adjunto en sustitución de un colega que había solicitado su traslado a Arkansas. Así, Patterson se convirtió en el número dos de la policía, justo por debajo de mí. Pero, entre él y yo, no puedo decir que nos lleváramos bien. Para ser franco, desde su llegada, ese tipo me cayó mal de inmediato.

—¿Por qué?

—Para no hacerlo tan largo, era un pequeño perro ladrador con una gran boca y unos dientes tan largos que hasta temía que terminara rayando el parquet de nuestras oficinas. Era un tipo que ya había andado bastante, de estado en estado, había cambiado de destino muchas veces. Decía que había pasado por Nevada, California, Florida, Idaho, Texas. Se jactaba de haber recorrido mucho camino, pero, personalmente, un tipo que es transferido de ciudad en ciudad no me parece muy sano... Aquí, en Greenville, cuando aún era *patrolman*, se permitió rápido cosas que no le correspondían.

—¿Quiere decir que excedía sus derechos?

—No, no con la población, o al menos a mis espaldas y yo nunca supe nada. Quiero decir que ya se creía adjunto o jefe. Actuaba como tal, cuestionando órdenes, intentando esquivar algunas misiones o apropiarse de otras que correspondían a sus superiores. En resumen, armaba lío y creaba un ambiente de mierda en el departamento, a pesar de varios regaños de mi parte e incluso algunos informes al alcalde, nuestro responsable a todos...

—Martineau.

—¡*Él mismo*! Como ya habrá entendido, a ese último no le importaba en lo más mínimo y lo apoyaba abiertamente, sin dudar en cubrirlo de elogios durante discursos oficiales.

—¿Se volvió el consentido del alcalde?

—Sí. Como le decía, eran amigos inseparables. Así que en 2012, al momento de hacer las maletas y entregar mi placa, la puerta estaba abierta para él. Por mi parte, antes de irme, había propuesto

la candidatura de la teniente Shana Davidoff, una mujer muy competente que merecía, por así decirlo, la estrella de sheriff. ¿Conoce usted cómo funciona el nombramiento de los jefes de policía locales?

—Creo que varía según los estados o incluso las ciudades, pero más o menos entiendo. ¿Es una decisión que corresponde al consejo municipal?

—Exactamente, con un voto preponderante y la última palabra para el alcalde... Ya lo ha entendido.

—Victor Martineau nombró a Bob Patterson jefe de la policía local en lugar de la teniente Davidoff, la mujer que usted había sugerido para sucederle.

El exoficial de policía suspira profundamente.

—Ahí tienes uno de los vicios que mencionaba. Un delito de amiguismo. Favoritismo agravado, llámelo como usted quiera.

—Es feo, pero supongo que eso pasa en todas partes.

—Me parece casi inevitable. Pero que Greenville, una ciudad que amo, donde siempre he vivido, esté desde entonces controlada por un cabrón como Patterson me revuelve el estómago. Tanto que me pregunto sinceramente sobre su integridad al llevar la investigación sobre la desaparición de Veronika…

Estoy inquieta desde hace varios minutos. Barry Fenton tiene cosas que revelar, eso es evidente, pero parece que se deleita manteniendo el suspenso. Lo presiono:

—¿Qué insinúa, Barry? ¿Que la investigación fue descuidada, o incluso saboteada, por Patterson, con la protección de Martineau? Sin embargo, usted me decía que ambos eran grandes amigos de los Lake. En ese caso, me los imagino más bien inclinados a redoblar esfuerzos para que saliera a la luz la verdad y se encontrara a Veronika, la hija de sus amigos.

—A menos que tuvieran algún interés en que Veronika no apareciera nunca más… —deja caer el exagente de policía.

—Dios mío —reacciono, horrorizada—. ¿Qué interés puede haber en que no se encuentre a una persona desaparecida?

—Una desaparecida —sobre todo si no vuelve jamás— ya no tiene forma de hablar ni de testificar…

—¿Testificar sobre qué?

—Sobre algo que haya visto o en lo que pudiera haber estado involucrada, y que afectaría, directa o indirectamente, a Martineau y/o Patterson…

42

CÓMPLICES

Las últimas palabras de Barry Fenton me dejan perpleja. ¿Acaso Veronika Lake constituía un testigo incómodo en un caso que el alcalde de Greenville y el jefe de la policía local no deseaban que se esclareciera? Confieso que nunca había imaginado esa opción como causa de la desaparición de la joven.

—Barry, ¿me está diciendo que Patterson y Martineau serían responsables de la desaparición de Veronika Lake?

—No, no digo precisamente eso, solo que tenían los medios para sabotear la investigación. Lo que no los hace culpables, pero al menos cómplices en este asunto. Cómplices por omisión de auxilio a persona en peligro.

—¿Y culpables, tal vez, de manipulación de pruebas? ¿De coacción a testigos? ¿De ocultación de la verdad? ¿De sabotaje a la investigación...? El espectro es amplio. ¿Cree usted que las hijas del alcalde y del jefe, Becky Martineau y Dorothy Patterson, puedan saber algo al respecto? Peor aún, ¿que ellas también puedan ser cómplices o responsables de la desaparición de quien fue su amiga?

Me doy cuenta, al formular la pregunta, de que aún no he tenido la oportunidad de hablar con las dos jóvenes ni de interrogarlas sobre el fin de semana de agosto de 2017... ni sobre muchos otros

elementos que han salido a la luz tras la hipótesis planteada por Barry Fenton.

La noche empieza a caer, las farolas de Greenville se encienden calle por calle mientras subimos a paso tranquilo hacia el centro. El frío se intensifica a medida que crece la oscuridad.

Me doy cuenta de que hay un punto que no he mencionado con Barry y sobre el cual me interesa conocer su opinión. En pocas palabras, le resumo mi visita, hace unos días, a Liam Kissinger, el nuevo propietario de la residencia de West Cove Point, y la historia del USB descubierto durante unas obras en la antigua casa de los Lake. A la luz del poco halagador retrato del jefe Patterson que acaba de hacerme Fenton, me parece aún más curioso que el oficial de policía se mostrara tan evasivo —o incluso huidizo— cuando le hablé de ello.

—Usted dice que esta llave fue entregada en mano propia a Patterson en 2017, ¿verdad? —quiere asegurarse Barry.

—Sí, después de que los Lake se mudaron a Florida.

—¿Y cree que esta llave podría tener algún vínculo con la desaparición de Veronika unos meses antes?

—No afirmo nada, solo me cuestiono. ¿Y si Patterson hubiera intentado, una vez más, ocultar una prueba relacionada con la investigación previa? Por lo que me cuenta de él, eso ya no me sorprendería.

Barry Fenton se pasa la mano por el cabello, como rascándose, y resume sus pensamientos:

—Patterson es capaz de todo. De lo peor como... ¡de lo peor aún! Mire, me viene a la memoria una anécdota que data de poco antes de que yo dejara la brigada y que ilustra perfectamente lo que digo. Era un caso muy sencillo, sin embargo. Pero las maneras de Patterson revelan de qué es capaz cuando se trata de proteger a sus amigos.

Greenville, invierno 2010.

Un viento violento se había levantado sobre el condado de Piscataquis en aquel mes de enero de 2010. El invierno prometía ser duro en Greenville. El viento frío proveniente del Gran Norte lamía el lago con su lengua helada, y las salpicaduras de agua que levantaba golpeaban las ventanas del departamento de policía municipal. En la oficina del jefe Barry Fenton, el ambiente era tan frío como afuera. El oficial al mando había reunido a sus adjuntos, así como a los *patrolmen* y a la teniente Shana Davidoff. En ese entonces, el equipo contaba con ocho miembros, sin incluir al K-9 Malika, una hermosa hembra pastor alemán que además demostraba ser eficaz y obediente.

—¡Maldita sea, muchachos, ¿a qué juegan?! ¿Qué impresión vamos a dar ante la población? —se indignó Barry.

Los demás bajaban la mirada o adoptaban un gesto contrito o contrariado, según el caso. Solo el adjunto Bob Patterson se atrevía a sostener la mirada de su superior, con una expresión irónica grabada en el rostro.

—Se los voy a decir —prosiguió el jefe Fenton—, vamos a parecer una banda de inútiles, unos *Pieds Nickelés*, una brigada de pacotilla incapaz de llevar a cabo una investigación como es debido.

La perra, afectada por el tono inusualmente rudo de Barry, se tendía de todo su largo a sus pies, bajo el escritorio, con las orejas bajas, el hocico pegado al suelo, emitiendo breves gemidos.

—Lo siento, Barry —se defendió la teniente Davidoff—. Con todo respeto, no puedo aceptar que me sueltes semejante reprimenda cuando personalmente no tengo nada que ver en este asunto. Por mi parte, he hecho mi trabajo… hasta que…

La joven teniente interrumpió su frase con un movimiento de mentón en dirección a Patterson, quien se irguió y replicó:

—Alguien con experiencia tenía que supervisar la investigación…

—No necesito niñera, Bob, que quede claro y fuerte. Por mucho que seas adjunto y yo teniente, eso no te da derecho a sabotear mi

investigación. Me la confiaron a mí y no tienes por qué meter tu cuchara.

—Shana tiene razón, Bob —aprobó el jefe Fenton—. Cada quien en lo suyo y la brigada funcionará mejor. ¿En algún momento te di la impresión de que te autorizaba a meter las narices en el caso Jansen? ¿Quién te crees que eres? ¿Quieres mi puesto, es eso?

Patterson no respondió a esta última pregunta, limitándose a una sonrisa que decía mucho sobre sus intenciones a corto o mediano plazo. En cambio, reaccionó:

—Me pareció que mis competencias y mis contactos podrían hacer avanzar las cosas en la dirección correcta.

—Porque soy incompetente, ¿es eso? —se enfureció Shana Davidoff—. ¿Es lo que insinúas? ¡Carajo, Barry, ¿hablamos en serio?! ¿Vas a dejar que este trepador de mierda insinúe que soy inútil? ¿O tal vez que una mujer policía no sería capaz de llevar una investigación sola de principio a fin? Viniendo de un tipo como tú —dijo, señalando con el dedo de forma mordaz a Patterson—, ya nada me sorprende.

Patterson levantó las manos por encima de la cabeza, con un aire falsamente inocente:

—Lo que digo —se defendió—, es que no costaba nada aportar mi ayuda… Si eso podía hacer que las cosas avanzaran en la buena dirección…

—¿De verdad crees que estamos avanzando en la buena dirección? —señaló Fenton—. Nos estamos ridiculizando delante de nuestros administrados, mierda. Así que, dado que aquí el jefe sigo siendo yo…

—No por mucho tiempo —lo interrumpió Patterson en voz baja.

—¿Qué quieres decir con eso, Bob? ¿Que ambicionas mi puesto? Eso es lo que estás esperando, ¿no?

—No he dicho eso, Barry, relájate, amigo. Solo digo que, pronto, tendrás derecho a pedir tu jubilación… Y entonces, habrá que pasarle la antorcha a alguien… Yo solo digo eso…

—Ya lo hemos entendido, Bob, no te preocupes. Pero, por ahora, sigo siendo yo el jefe aquí, y pienso hacer que se respeten mis

órdenes. Así que, la investigación Jensen la llevará Shana hasta el final, ¿está claro?

—Como quieras —gruñó Patterson—. Pero luego no se quejen si no llegan a nada…

—Claro —intervino Shana—. Si el señor se empeña en ponernos trabas solo porque es buen amigo de los Jensen…

—¡Vaya, qué malpensada! —se ofendió el adjunto—. Definitivamente estás muy chismosa hoy, Shana.

—Por favor, Bob —intervino Barry—, no seas irónico. Lo cierto es que, por ahora, sigo siendo el jefe en esta casa. Lo repito claramente, delante de todos ustedes, el caso Jensen está dirigido por la teniente Davidoff y nadie más. Sin embargo, cada uno puede y debe prestarle su ayuda si es necesario. Pero no debe adelantarse a ella, por ninguna razón. Aún menos si eso pudiera hacernos parecer que estamos descuidando la investigación debido a favoritismos…

—Si ya no se puede tener amigos… —murmuró el adjunto Patterson retirándose sin pedir permiso.



—Así era como podía ser el ambiente en esa época, Karen —lamenta Barry para concluir el relato de este episodio interno del departamento de policía de Greenville—. Todo está dicho. No es más que un ejemplo perfectamente representativo del carácter y de los métodos de Patterson. ¡Ya se veía califa en lugar del califa, el visir!

—¿Debo entender que el caso Jensen no fue más que un ensayo antes del caso Lake?

—Hoy estoy íntimamente convencido de que Patterson no pudo cambiar de la noche a la mañana. Además, sabiendo que es muy cercano a los Lake, estoy dispuesto a apostar mi mano a que de alguna manera hizo desaparecer esa maldita memoria USB encontrada en casa de los Lake, en West Cove Point… ¿Por qué razón? ¿Qué contenía?

—Fotos escabrosas con niños, según Kissinger.

—¿Poniendo en escena… a quién?

—¿A los Lake? ¿Al propio Patterson? No lo sé.

—¿A quién quiere proteger? Pagaría caro por saberlo.

—¿Habría manera de recuperar esa memoria USB?

—Puedo pedirle a Shana que busque… Ya entendió que Robert Patterson no le cae nada bien…

43

EN LAS NOVELAS DE TERROR

Después de dejar a Barry Fenton con la promesa de mantenernos mutuamente informados de los más mínimos avances, compro algo para comer en un *Takeaway* de la calle principal. Mientras picoteo en mi habitación del *Greenville Inn*, escribo unas líneas de síntesis sobre todo lo que sé hasta ahora y lo que aún me queda por aclarar.

Dividiendo mi archivo de procesamiento de texto en dos columnas —a la izquierda lo que sé, o creo saber— y a la derecha lo que aún ignoro, me doy cuenta con gran desesperación que la columna derecha es siempre más larga que la izquierda.

Encuentro en mi libreta el número telefónico de Dorothy Patterson, que su padre tuvo la cortesía de facilitarme, y marco. Ya es hora de escuchar el testimonio de esta persona, y por dos motivos: tanto en su calidad de amiga de Veronika —y miembro del Círculo— como por su parentesco con el jefe actual de policía, ese Patterson de comportamiento muy polémico.

Mi llamada no tiene éxito. No dejo mensaje como me sugirieron, prefiriendo llamar más tarde y hablarle directamente. A veces, los interlocutores no se sienten obligados a responder un mensaje, mientras que, si los contactas en el momento, suelen cooperar más fácilmente.

Algo que me ocurre bastante rara vez, enciendo el televisor mural de mi habitación de hotel y lo dejo en silencio en un canal de noticias en continuo. Las imágenes y los titulares que pasan en la franja inferior satisfacen mi curiosidad. Mientras tanto, puedo seguir organizando mis diversas notas, preguntas y pistas por explorar, mientras termino de cenar.

Es hasta en mi tercer intento que mi interlocutora responde:

—Si es para venderme un seguro o un aire acondicionado, sepa que estoy bien equipada, gracias —me recibe abruptamente Dorothy Patterson, con ese tono áspero que imagino heredado de su simpático padre…

—Para nada, señorita Patterson. Me llamo Karen Blackstone, soy periodista de una revista de investigación, y fue su padre quien amablemente me proporcionó su número. Estoy investigando la desaparición de su amiga de la infancia, Veronika Lake.

Se produce un silencio incómodo al otro lado de la línea, hasta el punto que me pregunto fugazmente si no habrá colgado al escuchar el nombre Lake.

—Pfff, ¿a quién puede interesarle aún esa vieja historia? —suspira Dorothy—. No hay nada más que decir, ya pasaron más de cinco años. ¿Qué podría contarle que no haya dicho y repetido cien veces?

—Perdón, ¿pero a quién le ha contado y repetido tantas cosas?

—Bueno, primero a esa agente que trabajaba con mi padre, Shauna, Fiona... o algo así.

—Shana. La teniente Shana Davidoff, corrijo—. ¿La han interrogado otras personas desde entonces?

—Sí. Mi padre. Varias veces. No sé qué esperaba saber exactamente, pero no creo tener nada crucial sobre este asunto. Le dije todo lo que sabía, punto. Así que no veo cómo podría serle útil. Pero bueno, si mi padre le dio mi número, quiero ayudarla. Pero no tengo dos horas... Le escucho. ¿Qué quiere saber, exactamente?

La actitud de Dorothy Patterson me toma un poco por sorpresa y me deja perpleja. Puedo entender que, cinco años después del drama en el que estuvo involucrada, no esté para nada entusiasmada de que esto se vuelva a sacar a la luz. Por eso, me

tomo el tiempo de disculparme por la molestia y me esfuerzo en elegir las preguntas y palabras adecuadas para evitar que se me escape.

En lugar de intentar sacarle confesiones, opto por contarle lo que ya he aprendido y pedirle que confirme o desmienta esa información y, de ser posible, que aporte cualquier dato que matice mis hipótesis.

Así, coincide casi con todo lo que otros miembros del Círculo ya me han contado: la noche de copas, el arrebato de Tom al entrar en la habitación prohibida, donde toma el osito y lo lanza a la piscina gritando "¡Vuela, Winnie, y nada!". La pelea que siguió entre Tommy y Veronika. También recuerda el juego de "Verdad o Reto" y las preguntas que se hicieron —después de que se las formule al releer mis notas.

En cambio, ella nunca supo nada del cartel pintado de los Who y admite no estar enterada de nada respecto a la muerte de Brandon, que ocurrió antes de su propio nacimiento.

—Pero es cierto que Veronika siempre se negó a cualquier diálogo sobre su hermano —confirma—. Siempre fue un tema tabú. Nunca quise insistir.

Cuando le pregunto si le parece posible que la tumba de Sugar Island pueda albergar los restos de Brandon Lake, un grito de horror atraviesa el teléfono.

—Sería horrible —gime—, realmente atroz. No, no puedo creerlo. Maldición, ese tipo de cosas solo se ven en novelas de terror, como Los cuentos de la cripta. No, no, para mí es impensable.

De fondo, percibo el sonido característico de llantos de niños, confirmado por Dorothy.

—Lo siento, señora Blackstone. Tengo que colgar, mi hijo se despertó y es hora de la lactancia.

—¡Oh! Lo entiendo, lamento haberla molestado a esta hora, no sabía que tenía un bebé. Felicidades. Le envidio…

—Sí, usted no tiene hijos, de lo contrario no diría eso —bromea la joven mamá.

—Aún tengo algunas preguntas. ¿Sería tan amable de devolverme la llamada cuando esté disponible, aunque sea tarde?

Colgamos. Escuchar esos llantos de bebé de fondo me conmovió. Nada fuera de lo común en llantos o arrullos de niños, debo admitir. Sin embargo, cuando en momentos de intensa emoción me enfrento a ellos, a veces no puedo controlar mis lágrimas.

Me gustaría tanto poder mecer a un niño para calmar su llanto…

44

MUDA COMO UNA TUMBA

Dorothy Patterson me llama una hora más tarde. El reloj colgado en una de las paredes de mi habitación en el *Greenville Inn* marca pasadas las diez de la noche.

—Es amable de su parte llamar —digo—. ¿Su pequeño se volvió a dormir? ¿Es niño?

—Sí, un pequeñín. Nolan. Mi tesoro. Su padre se largó cuando apareció por primera vez, así que tengo que arreglármelas sola. No siempre es fácil, ya sabe.

—Lo entiendo —digo, pensando "malditos hombres".

—¿Quería saber qué más, Karen?

—Bueno, me gustaría tener su opinión sobre la causa de la desaparición de Veronika. Me parece que todo es posible: fuga, accidente, suicidio, asesinato… ¿Cuál es su teoría, Dorothy? Usted que la conoció durante todos sus años de infancia y adolescencia, que compartió sus últimas horas, ¿hay algún detalle que recuerde de ese fin de semana de finales de agosto de 2017, en Sugar Island, que pueda explicar su desaparición? ¿O recuerda su estado de ánimo en ese entonces? ¿Era tan cercana a ella como para que le confiara algo?

—No, no tanto. Su mejor amiga, su confidente, era Cynthia. Eran inseparables, esas dos. Por cierto, ahora que lo dice, recuerdo que la

noche de su desaparición estuvieron desaparecidas un rato, las dos. Creo que alguien sugirió la idea de un baño a medianoche. No recuerdo exactamente la hora, pero diría que la noche ya estaba avanzada. ¡Eso habría sido un baño de tres horas, seguro! Hay que decir que todos habíamos bebido y fumado mucho. Estábamos bastante idos. Éramos jóvenes… y un poco locos. En fin, no estaban presentes. Así que nos metimos al agua sin ellas, desnudos. Bueno, no todos… Los chicos, sobre todo, a ellos no les importa mostrar sus "cositas" a todo el mundo. Nosotras, las chicas —Becky y yo, en realidad— nos reíamos viéndolos saltar del trampolín con sus ridiculeces al aire libre. Creo que después de eso, solo Cynthia reapareció. O más bien, fue Tommy quien la encontró en un tramo de playa, al sur de la isla. Ella estaba sola, mirando hacia el mar, un poco ausente, según nos contó Tom.

—Si entiendo bien, Dorothy, ¿me está diciendo que la última persona que vio a Veronika fue Cynthia?

—No sé si se puede concluir eso. Todo lo que digo es que Cynthia y Veronika estuvieron desaparecidas al mismo tiempo y que después de eso, solo Cynthia regresó. Eso no significa que necesariamente se hayan ido juntas, aunque creo que sí, ya que sé que estaban muy unidas la una a la otra…

—¿Podría Cynthia haberle hecho daño a su mejor amiga?

Dorothy Patterson duda unos instantes antes de responder con voz lenta:

—La naturaleza humana a veces es sorprendente, ¿no? ¿Quién puede decir que conoce perfectamente a las personas que nos rodean? ¿Un esposo que mata a su esposa, una madre que congela a su hijo, un padre que viola a su hija, usted cree que eso es lógico? Una mejor amiga que elimina y hace desaparecer a su *best friend forever*, hoy en día no me sorprende tanto… ¡Se ve de todo!

No pude más que estar de acuerdo con ella, ya que en mi trabajo descubría cosas aparentemente imposibles y sin embargo comprobadas. Quiero saber:

—Entendí que Veronika tuvo un comportamiento un poco raro los últimos meses antes de su desaparición. Cambios de humor, cierta melancolía, ausencias, enojos. ¿Usted también lo notó?

—Ahora que lo dice, es verdad, la encontraba particularmente triste últimamente. Muy preocupada. ¿Por qué? No lo sé. Es verdad que se ausentaba cada vez más seguido, a menudo faltaba a la escuela un día. A veces dos o tres días. Cuando nos preocupábamos por sus ausencias, ella respondía evasivamente. Decía "no es nada, no se preocupen", "les explicaré más tarde" o incluso "déjenme en paz" o "no es asunto suyo". Luego, un día, se sinceró. Me confesó que sus ausencias eran por citas médicas, en Portland.

—¿Estaba enferma? —exclamé.

—Bueno, supongo que sí. Rara vez se va al médico para contarle la última película que vimos en el cine o comentar los resultados de las últimas elecciones.

—No es falso. Quería decir: ¿se quejaba de algo? ¿Su estado de salud empeoraba de forma visible? ¿Le dijo de qué padecía? ¿Un cáncer? ¿Una enfermedad incurable, degenerativa?

—No, al respecto, ella permanecía muda como una tumba. Iba a ver a un médico cada vez con más frecuencia. A veces acudía al hospital de Portland, pero no sabíamos más. Quizá Cynthia lo supiera...

De repente surgió una idea inquietante, un pensamiento mórbido que formulo así en mi cabeza: *¿Se puede abreviar el sufrimiento de alguien incluso cuando lo llevas en tu corazón?*

¿Habría osado Cynthia, por insistencia de su mejor amiga, aquejada de una enfermedad incurable, ayudarla a poner fin a su existencia?

Una nueva hipótesis se suma a las anteriores sobre la causa de la desaparición de Veronika.

¿Cynthia cómplice y culpable de eutanasia?

… ESTA PORQUERÍA QUE ME CARCOME…

¿Podré seguir mucho tiempo así, con esta espada de Damocles sobre mi cabeza?

Esta porquería que me carcome por dentro desde hace años, que me esfuerzo en combatir a diario, ¿desaparecerá algún día?

Los médicos son optimistas, al menos quieren hacerme creer eso. Dicen que los tratamientos son cada vez más efectivos y menos pesados. Aseguran que los efectos secundarios están cada vez mejor controlados.

¿Y qué saben ellos, Dios mío? ¿Están dentro de mi cuerpo para entender?

¿Pueden ponerse en mi lugar, entrar en mi cabeza y en mis pensamientos para comprenderme?

¿Qué saben de mis pensamientos oscuros, de mis momentos de debilidad en los que temo caer para siempre del lado oscuro? ¿Más allá de lo que quiero admitirles?

Hay dos tipos de médicos que me acompañan. Primero, los médicos del cuerpo. Aquellos que solo te hablan de células, sangre, órganos, remisión. Luego, los doctores del alma, quienes escuchan tus palabras, te guían hacia una mejor versión de ti mismo, te ayudan a entenderte para que te valores más. Prefiero a estos últimos antes que a los primeros. Al menos con ellos tengo todo el tiempo para desahogarme, para liberar mis penas y esos nudos que

me retuercen el cerebro. Son mis únicos confidentes; no tengo a nadie más a quien confiar mis verdaderos secretos.

A pesar de eso, hay días de gran duda como hay días de gran viento. Cuando la tormenta sopla bajo mi cráneo, cuando se me hace penoso sobrevivir con esta mierda dentro de mí, a veces deseo abandonar la partida, dejar todos los tratamientos, dejarme hundir hasta desaparecer…

45

LA CONTINUACIÓN DE LOS ACONTECIMIENTOS

Un nuevo día amanece en Maine con colores otoñales. Las hojas rojo vivo de los árboles que bordean el *Greenville Inn* reciben mis primeras miradas a través de los cristales de mi habitación.

Anoche, velé hasta tarde después de mi llamada telefónica con Dorothy Patterson. Las últimas revelaciones de la joven madre soltera me dejaron en un marasmo de pensamientos sin precedentes.

¿Veronika Lake albergaba deseos de suicidio para escapar de la enfermedad que la consumía?

¿De qué enfermedad se trataba?

¿Pudo ella, entonces, haber solicitado la ayuda —la complicidad, en términos judiciales— de Cynthia, su mejor amiga, para llevar a cabo su funesto proyecto? Esta hipótesis supera mi entendimiento, y sin embargo, es una posibilidad que no puedo descartar.

¿No escribió Arthur Conan Doyle: "Cuando eliminas lo imposible, lo que queda, por improbable que sea, debe ser la verdad.?"

Así que, para eliminar lo imposible, lo inaudible, lo indescriptible, debo continuar con mis investigaciones.

Contactar finalmente a Cynthia, sin duda una de las personas mejor posicionadas para iluminarme sobre los últimos instantes y las últimas voluntades de Veronika. Ella y… los padres Lake, por

supuesto, de quienes no he podido encontrar rastros hasta ahora, a pesar de búsquedas y tentativas en cada uno de mis encuentros. Nadie ha sido capaz de proporcionarme sus datos en Florida. Ni Liam Kissinger, que compró su casa en West Cove Point, ni el alcalde Victor Martineau, ni el jefe Patterson, ambos cercanos a los Lake durante años.

Pero no pierdo la esperanza. Quizás Barry Fenton o Shana Davidoff encuentren la manera de contactarlos. Mientras tanto, renuevo la búsqueda en las redes sociales. La última vez, escribí sus nombres completos pero sin resultados concluyentes. La explicación más plausible es que probablemente no usan estas redes. Muchas personas de su generación no tienen cuenta en Facebook, Twitter o Instagram. Otra posibilidad es que hayan disfrazado su identidad con artificios como eliminar las vocales de sus nombres, como a veces se hace. Así que probé con *Jnt Lk y Msn Lk*, sin éxito. También pueden haber elegido seudónimos o nombres de perfil fantasiosos, como *JanouLakou, MisterMason, Janet110972* o algo por el estilo. En ese caso, la probabilidad de encontrar el perfil correcto es prácticamente nula.

Me rindo.

Volveré, de otra manera.

Por ahora, solo tengo un deseo: darme una pausa necesaria. No siempre se comprende la carga emocional que implica llevar a cabo una investigación con múltiples ramificaciones, tensiones, horrores, como es el caso del asunto Veronika Lake. Y todo esto durante varios días sin descanso. Siento que, tras el telón, se esconden verdades tan pesadas de levantar —como grandes piedras de granito — que el riesgo de romperse la espalda es enorme. Por eso, necesito respirar un poco antes de continuar mi búsqueda.

Claro que podría alejarme de Greenville por unos días y volver a casa, que está a pocas horas en coche. Pero, ¿para qué, en realidad? Nada ni nadie me espera, salvo mi jefa, Myrtille Fairbanks, pero no solemos pasar los fines de semana juntas. Mis padres están lejos, retirados en Colorado. Realmente nadie. No he formado

amistades lo suficientemente fuertes como para compartir unos días. Ni siquiera tengo una mascota, gato, perro o conejillo de indias a quien llenar el comedero.

Tampoco he sido capaz de apegarme a un hombre. Cada vez que una relación se volvía realmente seria, mi pasado me alcanzaba con su maraña de demonios. Entonces huía de la felicidad, tal vez por miedo a que ella me huyera primero. Siempre tomar la iniciativa, pensaba cada vez, estar un paso adelante.

Al final, siempre he estado un paso atrás.

Soy una mujer soltera de cuarenta y tantos años que apenas tiene otra ocupación que su trabajo y su búsqueda personal e íntima, que nunca la abandona.

Entonces, de vez en cuando, esta necesidad de respirar se vuelve vital para mí, como es el caso ahora.

Sin embargo, no dejo Greenville. Más bien decido recorrer la pequeña ciudad como turista.

Sin duda, el pueblo está más animado en temporada alta, sus calles llenas de navegantes y campistas repartidos en las distintas cabañas, campings y otros alojamientos temporales que bordean todo el lago Moosehead. La ventaja de finales de octubre es poder deambular por aceras poco concurridas. Y eso es decir poco, pues me siento muy sola en esta fresca mañana, en la calle principal, conocida por ser la más transitada.

Sin duda, en plena temporada, perdida entre la multitud, no habría notado ese coche que circulaba despacio justo detrás de mí y que parecía seguirme.

Sin duda, no habría prestado atención al hombre que lo conducía, con una mano en el volante y el otro brazo descansando descuidadamente sobre la puerta cuya ventana estaba abierta a pesar del frío. No habría oído el ronroneo del motor. Era una berlina con matrícula provisional, un detalle que en otras circunstancias habría pasado inadvertido. No lo habría sentido adelantarme lentamente mientras yo apuraba un poco el paso sobre la acera húmeda por la llovizna.

Sin duda, no habría girado la cabeza hacia él, ni cruzado la mirada penetrante del hombre al volante ni me habría intrigado su aire inquisidor y su media sonrisa.

Sin duda, si me hubiera permitido un descanso en otro lugar que no fuera Greenville, aunque fuera en Lily Bay —o en una cala aislada de Sugar Island, que ya conozco bastante—, no me habría refugiado en el *Stress Free Moose Pub* para calentarme.

Entonces, media hora después, seguramente no habría notado a ese mismo hombre, sentado en la otra punta de la sala, con la mirada fija en mí.

Esa misma mirada que había vislumbrado un poco antes en la calle, la del hombre al volante de la berlina.

Sin duda, con tantos *si* y *pero*, la continuación de los acontecimientos habría sido totalmente diferente…

46

LO MÁS OSCURO DEL ALMA HUMANA

Desvío la mirada de ese desconocido que, él —quizás me estoy haciendo ilusiones— no deja de observarme. ¿Qué quiere de mí? ¿Por qué me sigue a todas partes?

Me regaño por dentro. *Espera, Karen, baja a la realidad. Ese tipo tiene todo el derecho de estar en los mismos lugares que tú al mismo tiempo, no es un delito. No es como si la ciudad fuera enorme; no estamos en Nueva York ni en Los Ángeles. Esto es solo Greenville, Maine, donde las distracciones en esta época del año no son muchas. Que tenga ganas de tomar una cerveza negra fuerte en el mismo pub que elegiste para tomar una infusión no es nada chocante ni anormal. Relájate, hija mía. Ves problemas por todas partes cada vez que tu trabajo te enloquece. Al estar siempre tras crímenes y enfrentarte tan seguido a lo más oscuro del alma humana, terminas sin distinguir bien entre el bien y el mal. Como si tu mente estuviera confundida, sin saber dónde situarse.*

Bueno, intento alejar esas ideas ridículas, muy ayudada por la llamada telefónica que acabo de recibir.

—Karen? Aquí Barry Fenton. ¿Tienes unos minutos?

—Claro, Barry, ¿en qué puedo ayudarle?

—Tú nada, yo sí. Acabo de tener una entrevista muy interesante con la teniente Shana Davidoff. Sobre ese asunto de la USB que Patterson habría recibido a principios de 2018 de manos de Liam Kissinger, el tipo que compró la casa de los Lake en West Cove Point.

—¿Y? —me emocioné.

—Y ella recuerda muy claramente el día en que Kissinger se presentó en la brigada para hacer su declaración. Ella misma fue quien lo recibió primero. Esto es lo que me contó…



Departamento de Policía de Greenville,* enero de 2018*.

Shana Davidoff se calentaba las manos sobre el radiador que estaba detrás del puesto de recepción cuando un hombre entró sacudiendo su abrigo cubierto de una capa de nieve. El invierno acababa de instalarse en Greenville por unas semanas, como cada año en la misma época. Las copas de los abetos que bordeaban el lago se vestían de una blancura inmaculada que daba al paisaje un aire apacible.

—Qué tiempo tan horrible, murmuró el hombre acercándose al teniente. Buenos días, señora, quisiera hacer una declaración, o una denuncia, no sé muy bien cómo lo llaman ustedes en la jerga policial.

—Buenos días, señor. Explíqueme.

—Mire, estoy haciendo trabajos en una habitación de la casa que compramos hace unos meses porque quiero renovarla y sentirme realmente en casa y, al mover un mueble, encontré esto —explicó mostrando una memoria USB amarilla—. Debió deslizarse por debajo sin que los antiguos propietarios se dieran cuenta y quedó atrapada entre las tablas del parquet… Perdóneme, pero confieso que tuve curiosidad y miré lo que contenía…

—Es legítimo, ¿señor…?

—Kissinger. Liam Kissinger. Nos mudamos a Greenville en noviembre pasado. Mi esposa, nuestras dos hijas y yo.

—Perfecto. Sean bienvenidos a nuestra ciudad, señor Kissinger. Espero que les guste. Entonces, usted descubrió esta memoria y la consultó. ¿Qué encontró en ella?

—Cosas feas, se lo aseguro. De las que hasta me da pena contarle a usted, a una dama, tal vez madre.

—¿Qué tipo de cosas feas? —insistió la teniente Davidoff—. Aunque soy mujer, sigo siendo oficial de policía y, en ese carácter, estoy totalmente autorizada para recibir su testimonio, por difícil que sea de expresar, señor.

—Lo más sencillo será que se lo muestre…

—Por supuesto, pero dígame, esta memoria probablemente pertenecía a los antiguos dueños de su casa. ¿Quiénes eran, por favor?

—Compré la última casa en la punta de West Cove y, según los papeles, pertenecía a cierta familia Lake, precisó Kissinger mientras le entregaba la llave al teniente.

En ese momento, al oír mencionar el nombre de los Lake, el jefe Patterson irrumpió en su oficina e intervino en la conversación:

—Espere un minuto, teniente. Me encargaré de este señor. Por favor, acompáñeme a mi oficina; allí estaremos más tranquilos.

Con una mano autoritaria sobre el hombro de Kissinger —que aún sostenía la llave USB entre los dedos— lo guió hacia la puerta de su despacho y lo hizo entrar, cerrando bruscamente detrás de ellos.

Cuando el nuevo habitante de Greenville salió de la oficina del jefe unos minutos después, ya no tenía la llave. Saludó al teniente al pasar y se internó en el frío invernal.



—Otro ejemplo más del control de Patterson sobre todo lo que se relaciona, directa o indirectamente, con los Lake, resumí mientras

Barry terminaba de relatarme su conversación con Shana.

—Otra manera autoritaria de desviar pruebas de algo sospechoso… —añadió el exjefe.

—Necesitamos absolutamente encontrar esa llave.

—Shana me prometió encargarse de ello lo antes posible, sin despertar las sospechas de Patterson.

—Dudo que tal prueba se haya conservado cinco años después de los hechos —lamenté. Si resultaba comprometedora, seguramente la habrá destruido, tirado o borrado su contenido.

—No estoy seguro —matizó Barry. —Sabiendo que la teniente Davidoff fue testigo de la entrega de esta llave, Patterson ya no podía esconderla, bajo riesgo de ser acusado de ocultar pruebas. De hecho, se vio obligado a abrir un acta tras la visita de Kissinger, firmada por el depositario y el depositante. Por lo tanto, existe un registro oficial que no se puede negar. En cambio, probablemente habrá puesto la llave en un lugar seguro para que nadie pudiera acceder fácilmente a ella.

—¿Y creen que podrán ponerle las manos encima, es eso? ¿Cómo?

—Esta noche, Shana estará de guardia en la brigada. Se encargará de registrar la oficina de Patterson…

47

MIS PROPIOS DEMONIOS

Colgamos, Barry y yo, con la débil esperanza latiendo en el pecho de conseguir la llave USB, sin duda escondida en la oficina del jefe de policía, ya que era inaccesible entre las piezas de evidencia almacenadas en el lugar correspondiente.

Cuando salgo del *Stress Free*, lanzo una mirada furtiva hacia la mesa donde está sentado el hombre de barba castaña bien cuidada. Tengo la sensación de que no me quita los ojos de encima mientras cruzo la puerta del pub. ¿Qué tendrá de especial para interesarse tanto en mí?

¿Quién soy yo para atraer la atención de un hombre?

Afuera, la brisa se ha intensificado, pero eso no me desalienta y avanzo, con la cabeza baja y las manos metidas en los bolsillos de mi chaqueta de temporada. En el estacionamiento del establecimiento, localizo el sedán de alquiler que parecía seguirme hace un momento. Discretamente, me acerco mientras mantengo un ojo en la fachada del pub. Rodeo el vehículo para examinar su interior. En el suelo del asiento trasero había un par de botas y un impermeable amarillo extendido. Al pie del asiento del pasajero, latas de refresco vacías conviven con envoltorios de sándwiches y, me parece, incluso una botella de J&B vacía. Nada particularmente original en el coche de un hombre, pienso mientras me alejo.

Olvido rápidamente al hombre, su coche y sus botas de lluvia mientras recorro la calle rumbo a la *Greenville Inn*, donde planeo volver a ponerme a salvo y seco. El paso lento que imprimo me hace bien, bajo los golpes de la fina lluvia que resbala por mi frente.

Me tomo mi tiempo. Tiempo para mí. Para olvidar a Veronika Lake durante unos instantes, así como todo lo que gira a su alrededor, todas esas cosas que presiento terribles.

Tiempo para reflexionar sobre mis propios demonios. Para recopilar, una y otra vez, información que pueda ser útil en mi eterna búsqueda.

Con la mente ocupada repasando la información que había recopilado previamente, mis pasos me guiaron casi automáticamente hasta la entrada de mi alojamiento. La recepcionista de la *Greenville Inn* me saludó y me preguntó si me apetecería una infusión para entrar en calor. Acepté, pidiéndole que me la llevara a mi habitación, si no le causaba ninguna molestia.

—Con mucho gusto, señora Blackstone.

Me refugié en mi habitación, me quité lo más rápido posible la ropa empapada y me precipité a la ducha. ¡Qué idiota fui al andar bajo la lluvia en esta temporada! El agua caliente penetró en mis poros, suspiré de alivio, lavé mi largo cabello castaño largamente, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Durante un momento hice vacío en mi mente, limpiándome de mis pensamientos oscuros.

Mientras secaba mi cabello torciéndolo en una toalla, alguien llamó a la puerta.

—Su infusión —murmuró una de las empleadas del establecimiento.

La agradecí calurosamente, dejé la bandeja sobre la mesita de noche junto a mi cama King Size y me acomodé sobre la colcha, sentada en postura de loto frente a mi computadora abierta.

Se reanudaba la caza. Karen Blackstone en acción. Me conecté a diversos sitios oficiales, recorrí montones de páginas web, salté de una pestaña a otra, contrasté información, cotejé calificaciones, números de expediente, compilé direcciones de correo electrónico y URLs. Ya había visitado varias veces algunos de estos sitios con la

esperanza de encontrar finalmente la información correcta. Pero era como buscar una aguja en un pajar.

A veces me pregunto cómo puedo ser capaz de mostrarme tan eficiente cuando se trata de rastrear completos desconocidos en el marco de mi trabajo y, al mismo tiempo, tan incapaz de desenredar el ovillo de mi propio pasado…

Hay que decir que la administración estadounidense no es de las más transparentes ni centralizadas. Cada estado, cada condado, cada ciudad posee sus propias bases de datos, y pronto uno se encuentra frente a una masa de información contradictoria o, peor aún, ante un vacío absoluto.

Y además, los hechos ocurrieron hace tanto tiempo… ¡casi veinticinco años ya! Apenas tenía dieciocho años, prácticamente la edad de Veronika cuando desapareció, cuando mi vida se rompió de golpe, cuando mi cuerpo y mi corazón fueron partidos en dos por el destino. *En el lugar equivocado en el momento equivocado*, eso me repito una y otra vez. Sí, apenas dieciocho años cuando mi vida pasó de la inocencia a la cruel realidad de la existencia. Nunca he olvidado la fecha fatídica: 19 de febrero de 1998. Entonces era estudiante en Filadelfia. Vivía sola en un apartamento no muy caro que mis padres me pagaban a pesar de sus modestos recursos. ¿Qué no habrían hecho por su hija única? Se sacrificaron para que yo pudiera estudiar, tener un techo, calor, comida. Existir, en suma.

Pero existir, dejé de hacerlo el 19 de febrero de 1998. A partir de esa fecha, solo he sobrevivido.

Algunos dirán que fue por *mala suerte*… otros dirán que me lo busqué. Pueden decir lo que quieran, ya no me afecta. He superado ese momento.

Esa noche, me crucé con esos tipos que me dejaron dos "regalos"… envenenados. Uno de ellos, desearía poder deshacerme de él. El otro, llevo años ardiendo por encontrarlo.

Así que busco.

De repente, mi corazón da un salto en el pecho. ¿Cómo pude pasar por alto este sitio, después de todas esas noches buscando en todas partes? Escribo una fecha en su buscador, febril mientras el

reloj de arena aparece y va desgranando los segundos en los que el servidor procesa todos sus datos antes de dar su veredicto.

¡Dios mío! Me cuesta creer lo que leo.

Mis ojos se empañan, la pantalla de mi computadora se difumina tras un velo de lágrimas. Un gemido se eleva en mi garganta y rompo a sollozar.

En la cama, con las piernas cruzadas, me da hipo y tiemblos. Años he vagado así de sitios en formularios, de correos electrónicos a llamadas telefónicas, de decepción en desaliento.

Finalmente, hoy, aparece una chispa de esperanza.

Completo un formulario y luego cierro la computadora.

Me siento vacía.

Me duermo, envuelta en mi toalla, directamente sobre la colcha.

48

ESAS IMÁGENES REPUGNANTES

No me despierto sino hasta la mañana siguiente, sacada de un sueño profundo por la luz del día. Debí haber roncado más de doce horas seguidas. Ni siquiera me molesté, ayer, en bajar la persiana. También constato que no toqué mi infusión. Tengo el estómago vacío por no haber cenado y me lo hace saber con gruñidos sordos y fuertes tirones. Me dirijo corriendo a la sala donde se sirve el desayuno y devoro huevos revueltos y algunas verduras en conserva para acompañar mi café matutino.

Me siento lista para devorar el mundo esta mañana.

Más aún cuando recibo un mensaje de texto de parte de Barry Fenton.

Karen, ¡hemos ganado el gran premio! Reúnete con nosotros, Shana y yo, en mi casa. Estaremos tranquilos para hacer el informe…

Después de eso, me comunica su dirección en Mayhem Manor Road.

Me apresuro a terminar mi desayuno y a prepararme.

Al salir del *Greenville Inn* para subirme a mi coche –hoy voy a evitar caminar bajo la lluvia–, mi corazón da un vuelco.

Me quedo paralizada. Aparcado junto al mío, el vehículo con la matrícula provisional me hiela la sangre. No hay duda, el par de botas y el impermeable siguen abandonados en la parte trasera del vehículo.

¿Es simple casualidad que el hombre haya elegido el *Greenville Inn* como alojamiento? ¿No había lugar en otro sitio? ¿Tiene por costumbre hospedarse en este establecimiento?

¿Por qué se cruzan nuestros caminos con tanta frecuencia?

Alejo esos pensamientos molestos, me acomodo al volante de mi Ranchero, enciendo el coche y me dejo llevar hacia Mayhem Manor Road.

Tuve buen instinto al ir en coche hasta la casa de Barry Fenton. Cuando me estaciono frente a su casa, unas ráfagas empujan con fuerza la puerta de mi Ford mientras intento salir de ella. Nubes negras, cargadas de electricidad, se ciernen sobre Greenville.

—Entre, entre, Karen —me invita Barry al recibirme en la escalinata—. Apúrese, se acerca la tormenta, estaremos mejor bajo techo. Shana ya ha llegado. Vamos a instalarnos en la veranda, está calefaccionada y es luminosa; en las demás habitaciones, con este tiempo, parecería que velamos a los muertos.

Me sacudo mientras cuelgo mi abrigo en uno de los percheros de la entrada. Al final del pasillo, aparece una mujer.

—Madeline, mi esposa —precisa Barry—. Gracias por el café —añade, dirigiéndose a ella mientras toma la bandeja cargada que le tiende, antes de dar media vuelta hacia la cocina.

Barry me acompaña por la casa hasta una veranda situada en la parte trasera. La teniente Davidoff, de civil, se pone de pie al verme llegar y me saluda.

El exjefe coloca la bandeja sobre una mesita auxiliar junto a la mesa principal de PVC, sobre la cual destaca un ordenador portátil abierto con la pantalla en modo de espera. Al lado del aparato, no puedo pasar por alto la memoria USB amarilla de la que tanto he oído hablar.

—Usted pudo encontrarla…

—Sí —asiente Shana Davidoff—. Tal como me indicó Barry, solo tuve que registrar el despacho de Patterson. Esperé a que ese desgraciado se marchara y a quedarme sola, cuando mi compañero de turno nocturno se fue a dormir a la habitación de guardia, para ponerme a buscar la memoria…



Durante la noche, *departamento de policía de Greenville.*

El puesto de policía estaba sumido en un silencio absoluto desde que la teniente Davidoff se había convertido en la única guardiana durante la noche, mientras el *patrolman* Aaron Ziegler se había ido a dormir. La mujer policía esperó unos minutos antes de decidirse a entrar en la oficina del jefe Patterson. Al abrir la puerta, tuvo la sensación de violar un santuario prohibido. Sin embargo, avanzó y cerró la puerta tras de sí, dirigiéndose directamente hacia el escritorio con cajones. Tal como le había indicado Barry, uno de ellos estaba cerrado con llave. Ambos estaban convencidos de que allí se encontraba el escondite. Solo faltaba encontrar la llave preciada.

Shana hizo un recorrido visual por la habitación, intentando adivinar dónde podía el jefe esconder una llave de cajón. Pasó la mano por debajo del escritorio, levantó el escritorio de cuero que había sobre él, hurgó en la caja de bolígrafos, examinó el contenido de los demás cajones. Sin éxito. Una chaqueta estaba colgada en el respaldo del sillón de cuero donde Patterson apoyaba sus grandes traseros; inspeccionó los bolsillos interiores y exteriores. Nada allí tampoco.

Unas estanterías cubrían la pared detrás del sillón. Pasó la mano entre los archivos, abrió las cajas de archivadores, levantó los libros, deslizó los dedos detrás de algunas pilas de revistas. Ninguna llave allí tampoco. Por accidente, derribó una pila de cajas de archivos, que se esparcieron ruidosamente por el suelo.

—¡Mier…! —gruñó mientras recogía las hojas dispersas y volvía a colocar los archivos en las cajas, que regresó a su lugar original en

la tercera estantería.

Una chaqueta colgaba del perchero en un rincón de la oficina. Shana sintió un destello de esperanza al verla y se dirigió directamente hacia ella, pero se detuvo de repente. Se oía el acercamiento de pasos.

—¿Shana? —oyó.

¡Mierda, la voz de Aaron! ¿Qué quería ese imbécil? Se suponía que debía estar dormido. Rápidamente, abandonó la oficina, pero se topó cara a cara con él.

—¡Ah! ¿Estás aquí? Escuché ruido. ¿Todo bien?

—Sí, sí, no hay problema, Aaron. Puedes volver a dormir, todo está bien aquí. Me tropecé con mi bolso y tiré algunas cajas de archivos.

—Está bien. Entonces regreso.

—¡Descansa, yo me encargo de todo!

Unos instantes más tarde, ella volvió a la caza en la oficina del jefe Patterson, y se dirigió directamente al perchero. Hundió las manos en los bolsillos de la chaqueta y no encontró más que un paquete de cigarrillos empezado, una caja de fósforos y algunos caramelos.

—Ahí está el secreto de su gran trasero —susurró—. Cuando uno come golosinas a escondidas…

Pero los caramelos no abrían ningún cajón.

Comenzaba a desesperarse, temiendo que el jefe fuera lo suficientemente astuto como para llevar la llave de su cajón consigo, tal vez como colgante. Estaba a punto de rendirse cuando vio el cuadro ingenuo que ocultaba la pequeña caja fuerte donde Patterson guardaba su arma de servicio. Quizás…

Pero la teniente Davidoff no conocía la combinación. Solo los jefes del departamento la sabían.

—Mierda…

Una idea le vino de repente y envió un breve mensaje de texto, temiendo que a esa hora no obtuviera respuesta. Sin embargo, llegó en pocos minutos.

Si el código no ha cambiado desde mi tiempo, sigue siendo 0-7-0-4-1-7-7-6… El 4 de julio de 1776… Buena suerte. Barry

Shana sonrió. ¡Por supuesto! La fecha de la ratificación de la Declaración de Independencia de Estados Unidos, el 4 de julio de 1776. Todo un símbolo.

La teniente giró la rueda de la caja fuerte para marcar el código. La puerta se abrió con un leve clic. Dentro, una caja de municiones estaba junto a un arma de servicio y un montón de otros objetos, entre ellos una revista pornográfica que Shana apartó con asco, imaginando lo que el jefe haría con ella durante sus noches de guardia… luego, al fondo de la caja, una caja de fósforos que ella sacudió. El característico sonido del metal contra el cartón la hizo jubilarse. Abrió la caja y descubrió una llave.

La tomó, corrió hacia el cajón del escritorio y la introdujo. Giró fácilmente en la cerradura, que cedió.

En el cajón, al fondo, detrás de un revoltijo de hojas sueltas, yacía una memoria USB amarilla…



—¿Ya han inspeccionado el contenido? —pregunté a Barry y Shana.

—Preferimos esperarla, Karen —murmuró el exjefe, tomando el dispositivo de almacenamiento para insertarlo en uno de los puertos USB de la computadora.

De inmediato, una ventana se abrió en la pantalla, revelando una serie de archivos de imagen, sin vistas en miniatura.

Barry los seleccionó todos de un solo movimiento del ratón y activó el modo de diapositivas.

En mi vida, no podré olvidar esas imágenes repugnantes.

49

SIN QUE NADIE LO NOTARA

He visto, leído y escuchado horrores en casi veinte años de carrera.

Pero lo que la teniente Shana Davidoff, el exjefe Barry Fenton y yo vemos desfilar ante nuestros ojos nos provoca arcadas. Leo, en la mirada de Barry, una cólera pura y, detrás de la mano que Shana se lleva a la boca para no gritar, una náusea visceral.

En cuanto a mí, permanezco petrificada.

—Mierda, ¿cómo se puede hacer eso a unos niños? —estalla Shana.

—Ya no son tan jóvenes —matiza Barry.

—Ellas… —lo corrijo—. Solo veo niñas pequeñas, si no me equivoco.

—Sí, todas apenas púberes… Cabello largo, caderas todavía apenas desarrolladas, tórax fino, pecho apenas naciente.

En la mayoría de las fotos reunidas en la memoria USB, las protagonistas son, efectivamente, niñas muy jóvenes, cuyos rostros, a menudo, están cubiertos por su cabello. Aparecen solas, en pareja o incluso tres juntas en una misma imagen. Pero, invariablemente, todas están con ropa ligera: una simple braguita de algodón blanco cubre su pequeño trasero. Sin lugar a duda, se les pidió que posaran así, casi desnudas, en posturas demasiado sugerentes para ser naturales en niñas de… ¿qué edad? ¿Doce o trece años?

En otras imágenes, se distingue una mano acariciando su cabello o sujetando una coleta con un puño viril. Una mano de hombre, con vello castaño en los nudillos.

En otra, aún más abyecta, el objetivo ha inmortalizado una postura degradante. La niña está arrodillada entre dos piernas —también velludas— abiertas. La han obligado a inclinarse bajo el yugo de una mano firme que le agarra el cabello entre esos dos muslos gruesos. La cabeza de la niña oculta el objeto del delito…

—¡Maldita sea, esto es repugnante! —articula Shana—. ¿Quién es este cerdo? ¿Quién?

—Pagaría caro por saberlo —gruñe Barry—. Pero le juro que si pongo la mano sobre ese cabrón, voy a hacer que se trague su acta de nacimiento, al desgraciado.

—A esos desgraciados —corrige la teniente—. Mire, en esta otra foto, ya no son las mismas piernas ni la misma mano. Hay varios implicados…

—Sin contar al que tomó las fotos, que evidentemente no es el mismo que aparece en las imágenes. Mire, por ejemplo, esta no pudo haber sido tomada en POV.

—¿POV?

—*Point of View* —explico—. Es una manera de filmar o tomar fotos como si el objetivo estuviera en el ojo mismo del fotógrafo. Una forma de inmersión fotográfica. Como en la foto anterior, donde solo se ven los muslos del tipo, como si se observara la escena desde sus propios ojos… En cambio, en esta última imagen, una tercera persona toma la foto, pues se ve, de espaldas, a la niña arrodillada frente a ese cabrón barrigón.

Enfurecemos ante este espectáculo indignante y, sin duda, delictivo e incluso criminal.

Sancionable.

—Sancionable, siempre y cuando logremos identificar a los autores y cómplices de esta ignominia —fulmina Shana—. Y aquí, sería muy listo quien pudiera reconocer a uno de esos tipos…

En efecto, las pocas veces que los hombres aparecen completos, se han cuidado de ocultar el rostro con un pasamontañas o una máscara de carnaval.

—¡Como en un desfile, esos desgraciados! —hierve Barry—. Mierda, creo que ya he visto suficiente. ¿Cómo se puede complacer uno en actos tan viles? ¿Qué placer encuentran en manosear adolescentes apenas formadas? ¿Qué satisfacción obtienen al hacerse prodigar tales actos por niñas? ¡Pervertidos! ¡Reprimidos! ¿Acaso no tienen una mujer a la mano, o una…?

—Con tal de que no sean sacerdotes —digo, esperando equivocarme.

Permanecemos en silencio, bajo la veranda de Barry, mientras la lluvia, mezclada ahora con granizo, redobla su fuerza contra los cristales de la habitación, produciendo un tamborileo ensordecedor.

—No podemos dejar esto impune —gime Shana Davidoff—. Hay que hablar con Patterson. Si hizo todo lo posible por ocultar una prueba así, es porque sabe algo, porque protege a alguien. ¿Uno de esos tipos?

—No hay duda —añado—. ¿De cuándo son estas fotos? ¿Tenemos manera de averiguarlo?

—Sí, esperen —dice Barry.

Hace clic derecho sobre una de ellas y, en el menú contextual, elige *propiedades*.

Además del nombre del archivo, su tipo y tamaño, aparecen también varias fechas, una debajo de otra. La que les interesa es la fecha de la toma: 28 de febrero de 2013.

—Casi diez años ya —calcula Shana—. Siempre que la fecha haya sido configurada correctamente en el dispositivo que tomó la foto.

—Lo cual parece ser el caso —preciso—, si creemos la fecha de registro en el soporte USB, que indica el 2 de marzo de 2013, unos días después.

Mis ojos recorren la lista de propiedades del archivo y se detienen en la fecha de última apertura: 19 de febrero de 2018.

—El día en que recibí a Liam Kissinger, que vino a entregar la llave a la brigada, y Patterson se interpuso y tomó la iniciativa para

recoger su declaración. No es sorpresa, pero está claro que Bob abrió estos archivos en presencia de Kissinger, en su oficina.

—Luego levantó un acta de declaración y escondió esa llave en el cajón cerrado de su escritorio —añade Barry—. Y listo, fin de la historia, se cierra el caso con un velo sobre él. *Sin que nadie lo notara*. Mientras tanto, había motivos para iniciar de inmediato una investigación por pedofilia. Es innegable, esas niñas sometidas al capricho de esos cerdos no eran mayores de edad sexualmente en aquel entonces.

De repente, una idea loca surge en mi mente. La expongo a mis compañeros:

—Si estas niñas tenían, digamos, trece años en el momento de los hechos, ¿qué edad tendrían ahora? ¿Veintidós, veintitrés?

—Exacto.

—Justamente la edad que tendría Veronika Lake hoy, si hubiera sobrevivido…

50

ROMPECABEZAS PARA ARMAR

La computadora de Barry Fenton está cerrada. La memoria USB amarilla, sustraída por la teniente Davidoff del cajón del escritorio de Patterson, yace inerte, y sin embargo tan poderosamente viva, pues resulta perturbadora, sobre la mesa junto a la laptop.

Sobre nuestras cabezas, el granizo se acompaña de truenos y relámpagos que desgarran el cielo negro. Una tormenta terrible se abate sobre la ciudad y sobre nuestros corazones heridos tras ver las abyectas fotos que datan de 2013.

Barry, Shana y yo permanecemos mudos, ensordecidos por la tempestad de afuera y aturdidos por nuestro hallazgo y la hipótesis que acabo de formular.

¿Es posible que Veronika Lake haya sido una de las adolescentes semidesnudas que se arrodillaban entre las piernas de hombres lujuriosos para su placer?

A partir de ahí, como toda buena periodista de investigación, extrapolo y elaboro en mi mente varios escenarios.

¿Y si, marcada para siempre por esa experiencia denigrante, Veronika no hubiera podido soportar semejante carga psicológica y se hubiera quitado la vida para huir de esos recuerdos atroces?

Peor aún —sumando el crimen al delito—, ¿pudo uno de los hombres fotografiados en compañía de las niñas haber querido

eliminar a una de ellas para evitar que testificara sobre esos actos culpables?

En 2017, al momento de su desaparición, ¿se disponía Veronika a hablar?

¿Y por lo tanto a amenazar a esos hombres?

¿La habría hecho callar uno de ellos?

Eso es, en esencia, lo que expongo a mis dos co-investigadores: Barry Fenton, exjefe de la policía, y Shana Davidoff, teniente en funciones en el departamento de policía de Greenville, bajo el mando de Bob Patterson. Dos aliados de peso en mi búsqueda de la verdad sobre el caso Lake. Un caso que, estoy convencida, los motiva tanto como a mí.

Somos, a partir de ahora, al menos tres los que deseamos hacer justicia a la joven desaparecida.

Nos repartimos las tareas por venir.

—Deberíamos encontrarnos con Patterson, ponerle la memoria USB delante de la nariz y pedirle cuentas —propuse—. Sacarle la verdad de una buena vez por todas.

—Creo que hay que ir más fuerte y más alto que eso —me corrigió Shana—. Estoy lista para recurrir al *State attorney** para que ordene la apertura de una investigación sobre estos hechos de 2013.

—¿Y ponerse a Patterson en contra? —preguntó Barry—. ¿Su propio jefe…?

—No me asusta —respondí—. Cuando miro esas imágenes —y sé que nunca las olvidaré— no me siento capaz de callar ni de quedarme inactiva. Que vengan las consecuencias. ¡No se tiene derecho a tocar a niños, Dios mío!

—Solo puedo aprobarlo, Shana —suspiré mientras los chubascos se desvanecían sobre nuestras cabezas—. En cuanto a mí, tengo muchas ganas de volver a contactar a Tom Malone, que creo que no me dijo todo sobre su novia. Me daría curiosidad saber qué piensa de nuestras suposiciones. ¿Y qué hay de las ausencias repetidas de Veronika? ¿Sus visitas al hospital, su posible enfermedad? No podía ignorarlo… ¿Por qué no me lo contó? Eso me intriga.

En ese instante, el melodioso timbre del teléfono de Barry Fenton resonó en la habitación.

—Disculpen, creo que es importante —dijo antes de descolgar—. ¿Hola? … Sí, soy yo… ¡Ah! Maravillosa noticia… Un momento, voy a tomar nota…

Pegando su móvil entre la oreja y el hombro, se levantó de golpe de la silla y rebuscó en un pequeño mueble en un rincón del porche, del que sacó una hoja suelta y un bolígrafo.

—Lo escucho… 351, Paloma Drive… Coconut Grove… Miami… ¡Perfecto, gracias! … ¿No tendría un número de teléfono? No importa, me las arreglaré. Muchísimas gracias, Lester, te debo una.

Lo entiendo, sin siquiera pedir confirmación a Barry, a medida que él repite las coordenadas y las anota en su pedazo de papel. Acaba de obtener la dirección del último domicilio conocido de la pareja Lake.

Él levantó orgullosamente la hoja frente a nuestros ojos, con una ligera sonrisa en los labios, y nos preguntó:

—¿Alguien aquí tendría un imperioso deseo de sol?

Levantamos la mirada hacia el cielo negro de Greenville.

—¡Reservo inmediatamente mi boleto de avión para Florida! —dije sin dudar, demasiado feliz de poder acercarme a los padres de Veronika, piezas esenciales del rompecabezas que había que reconstruir alrededor de la joven desaparecida hace cinco años y, curiosamente, ausentes —e incluso inalcanzables— del cuadro desde el inicio de mi investigación.

---

* En el sistema judicial estadounidense, se trata del fiscal responsable a nivel de un Estado.

51
EFECTO SORPRESA

Está fuera de cuestión para mí abandonar Greenville por un impulso sin haberme asegurado de que los Lake estuvieran efectivamente en su casa, en Miami. Por otro lado, espero sorprenderlos con mi visita y no pienso avisarles de mi llegada. Alimento la esperanza de jugar con el efecto sorpresa para evitar que se escabullan y… se me escapen de las manos.

Además, con el apoyo de Shana y Barry, pude lograr que una patrulla de policía verificara su presencia en su residencia de Florida antes de que yo volara hacia la península del sureste de Estados Unidos.

Con esto confirmado, reservo un asiento en un vuelo Bangor-Miami con escala en Filadelfia. Barry se ofrece a llevarme al aeropuerto en coche, propuesta que rechazo, no queriendo movilizarlo mientras mi Ford Ranchero, al igual que yo, solo desea estirar un poco las ruedas fuera de Greenville.

A primera hora de la tarde, tras una parada en la Greenville Inn, cargo mi equipaje, incluyendo mi tratamiento, en el maletero del coche. Protegiéndome bajo la capucha del impermeable, me instalo al volante maldiciendo este tiempo horrible mientras sueño con el sol que me espera al sur. Acciono los limpiaparabrisas en modo intensivo y enciendo los faros por la oscuridad, pongo el intermitente para

girar a la izquierda después del estacionamiento del hotel… y me quedo paralizada.

Al borde de la carretera que sube desde el centro, me cruzo con un hombre que camina a paso tranquilo bajo la lluvia, protegido de la humedad por un impermeable con amplia capucha. Al pasar junto a él, mientras me aparto para no salpicarlo, me dirige un saludo al estilo militar, la mano a la altura de la sien, con una sonrisa ambigua en los labios, perdidos entre su barba negra.

Reconozco a ese tipo extraño que, definitivamente, parece estar en todas partes donde yo me encuentro…

Aunque eso me perturba un poco, no tardo en serenarme al pensar en las horas de vuelo que me alejarán de Maine por algún tiempo.



¿Qué puede ser más diferente que una naranja y una calabaza?

Eso es lo que me viene a la mente durante la fase de aterrizaje sobre Miami. ¿Qué puede ser más diferente que Florida y Maine?

Esa es toda la magia de Estados Unidos, ese vasto país donde uno puede, en pocas horas de avión, pasar del otoño al verano, de la lluvia al sol.

Cuando aterrizo en Miami, el astro del día ya se ha ocultado, pero, al salir de la terminal, una ráfaga de suavidad me recibe. Llamo a un taxi y le doy la dirección de mi hotel, a unas pocas calles de la residencia donde viven ahora los Lake. Ellos también, como lo han hecho muchos jubilados, han establecido su domicilio en esta parte del país donde casi invariablemente hace buen tiempo. Dicen que es beneficioso para el reumatismo. ¿Será también propicio para olvidar los dramas del pasado?

En el avión, pasé el tiempo redactando un correo detallado para Myrtille, con el fin de informarle de mis últimos descubrimientos —en particular la memoria USB— y advertirle que no se sorprenda si próximamente recibe una factura de American Airlines, así como notas de gastos emitidas en Florida. Al detenerse el Boeing, apenas

autorizada la conexión a internet, el correo vuela hacia el norte. Unos minutos más tarde, antes de que recupere mi equipaje, recibo la respuesta de mi *boss*, fiel a sí misma:

¡Hola, cariño! Oye, lo que vas a sacar sobre el caso Lake ya no es un artículo ni siquiera una serie, sino un especial completo de *True Crimes Mysteries*… ¡Eso sí, no tengo nada en contra! Que disfrutes tu estancia al sol, suertuda. Pero cuidado: si pensabas tomarte unas vacaciones a costa de la princesa, estás muy equivocada… ¡o lo que quieras, cariño! Igual diviértete mucho…

Vaya princesa, pensé mientras el taxi avanzaba junto al océano. Las palmeras desfilan, iluminadas por farolas de formas modernas y depuradas. Detrás de ese telón de luces anaranjadas y de vegetación exótica, adivino las islas —casi islas, ya que están unidas por una carretera— de Virginia Key y de Key Biscayne. Después de Sugar Island, otro decorado, pero siempre islas, siempre agua. Desde la ventana de mi hotel, todavía las distingo a lo lejos.

Antes de dormirme, exhausta tras un nuevo día intenso en emociones, envío un último SMS a Tom Malone, a modo de lanzar un sedal al agua y ver si el pez pica el anzuelo.

> Tom, ¿por qué no me habló de los problemas de salud de Veronika? No podía ignorarlos… Gracias por llamarme tan pronto como pueda. Karen Blackstone.

Luego pongo mi teléfono en modo avión. Ya no es hora de hacer funcionar mis meninges.

Es solo al despertar, al reconectar el dispositivo al wifi del hotel, que la notificación aparece:

No lo ignoraba, es verdad. Veronika se sentía cada vez peor en su cuerpo y en su mente. Pero, para ser sincero, había terminado por acostumbrarme a la locura de los Lake. Le juro, Karen, todos tenían algo, en esa familia. Ninguno para compensar al otro… Creo que los peores eran los padres… Tom.

52

PERROS DE CAZA

Bueno, si me fío del mensaje de Tom, me estoy a punto de encontrar con una pareja de locos en su domicilio de Miami, a estas horas del mediodía.

El barrio residencial de Coconut Grove es uno de los más exclusivos de la metrópolis floridiana. ¿Por qué no me sorprende que los Lake se hayan instalado allí, ellos que parecen haber tenido siempre gusto por el lujo y el dinero para disfrutarlo?

Desde mi hotel, a pocos pasos de Paloma Drive, voy caminando hasta la propiedad de los padres de Veronika. Esta se encuentra, en realidad, en uno de las muchas islas que bordean la accidentada costa oriental de Miami. Isla Grande, pues así se llama el barrio, está conectada al continente por Coconut Road. Subiendo por la calle donde viven los Lake, paso frente a propiedades todas más suntuosas unas que otras: villas con muros encalados, la mayoría de dos niveles con torrecillas, columnas y balcones trabajados, rodeadas de palmeras, higueras banian, tejos o cocoteros. La mayoría carece de cercas; sus céspedes bien cuidados bordean caminos pavimentados con adoquines perfectamente colocados. En fin, tengo la sensación de moverme en un decorado de postal… o de Playmobil. Al llegar frente al número 351, constato con placer que los Lake tampoco se han atrincherado detrás de una cerca o un seto

impenetrable. Supongo que es menos peligroso vivir en Coconut Grove que en Liberty City, el barrio norte de Miami…

No sé por qué me siento nerviosa ante la idea de un encuentro con Mason y Janet Lake. Tengo la impresión de acercarme a personajes mitológicos de los que habría oído hablar muchas veces, dudando incluso de su existencia. Sin embargo, es su nombre el que puedo leer en el buzón con forma de casita de pájaros. La casa parece tranquila.

Avanzo por el camino, me acerco a las escaleras y timbro.

Los segundos que transcurren me parecen una eternidad antes de que la puerta se abra finalmente, revelando a un hombre de gran estatura, con la piel bronceada que contrasta con sus cabellos blancos perfectamente peinados. Viste un pantalón de franela sobre el que lleva un polo de golfista. Y sus ojos, Dios mío, me penetran con una intensidad impresionante. Ojos negros que me recorren de pies a cabeza.

—¿Qué desea? —lanza en un tono seco.

—¿Señor Lake? ¿Mason Lake?

—El mismo. ¿Y usted es?

—Karen Blackstone, periodista.

Le tiendo la mano para saludarlo pero él no se molesta en tomarla. En cambio, la palabra periodista provoca instantáneamente un ceño fruncido.

—¿Qué quiere de mí? —se extraña—. ¿Ha pasado algo en el barrio?

Como ya se coloca a la defensiva, opto por ir directa al grano.

—Señor Lake, no voy a andarme con rodeos. Trabajo para la revista *True Crimes Mysteries* y estoy investigando la desaparición inexplicada de su hija, Veronika, en agosto de 2017, en Greenville… Necesito hablar con usted y con su esposa Janet. Tengo muchas preguntas sobre su hija y su hijo… Brandon…

—Señora… Blackstone, ¿es correcto? Yo no necesito hablar con usted, así que le pido que se retire inmediatamente, de lo contrario me veré obligado a llamar a la policía…

—No hace falta llamarla, señor Lake, ya me encargué de eso.

—¿Perdón?

—Me ha entendido bien, señor. La policía de Miami está al tanto de mi visita a su domicilio y se aseguró de que estuviera usted en casa antes de que me desplazara. Hasta ahora no había tenido manera de comunicarme con usted y lo lamento profundamente, porque estoy convencida de que tiene mucho que contarme. Por eso le doy la elección: o me permite entrar y hablamos tranquilamente en su casa, o solicito a las autoridades que lo escuchen como testigo —como mínimo— en el caso de la desaparición de su hija. ¿Qué opción prefiere?

En ese momento, una voz nos llega desde el interior de la casa:

—¿Quién es, cariño? ¿Otro de esos vendedores puerta a puerta? Maldición, habrá que hacer algo contra esta plaga…

Mason Lake medita un instante mi propuesta; lo percibo por la manera en que tuerce la boca, como si intentara desalojar un trozo de carne atrapado entre dos dientes. Finalmente, responde directamente a su esposa.

—No te preocupes, cariño, no es nada. Yo me encargo.

Luego, dirigiéndose a mí:

—Vamos a conversar en el jardín…

—No. Me gustaría hablar con ambos.

—Ustedes son increíbles, los periodistas. Peores que perros de caza…

—A propósito, recuérdeme hablarle de cierto perro. ¿Puedo entrar?

Suspira ruidosamente y luego se hace a un lado para dejarme el paso.

Diez minutos más tarde, los tres estamos sentados detrás de la casa alrededor de una mesa redonda sobre la que se alzan vasos de naranjada. El jardín da directamente a un brazo de mar de la Bahía de Biscayne, una especie de canal que serpentea entre propiedades y bosques.

—No entiendo que se interesen en los dramas que hemos vivido, señora Blackstone —se lamenta Janet—. ¿Qué placer encuentran en

remover historias viejas y dolorosas? Además, venir hasta nuestra casa, en nuestro retiro pacífico, para acosarnos con esto… ¡Es cruel!

La madre de Veronika y Brandon es muy pequeña, todo lo contrario a su esposo. Una mujer tímida y discreta detrás de su hombre, un modelo de ama de casa de más de cincuenta años, reservada, con cabello gris permanentado, ojos azules un poco vacíos de emoción y una pequeña boca que articula apenas las palabras.

—Señora Lake —respondo con voz que intenta ser apaciguadora —, mi intención no es remover la herida. Solo deseo comprender y esclarecer por completo la desaparición de su hija. ¿No sienten ese mismo deseo? Aunque sea solo para hacerle justicia… A menos que… ¿ya conozcan la verdad?

—¿Qué verdad? —se enfurece Mason Lake—. ¿Acaso creen que no hemos deseado conocerla con todas nuestras fuerzas? Se llevó a cabo una investigación en 2017, que lamentablemente no llegó a ningún resultado. Hoy solo deseamos olvidar para no sucumbir nosotros también.

—¿Está seguro de que la investigación se llevó a cabo correctamente, señor Lake?

—¿Qué insinúa?

—Alimento algunas dudas sobre la implicación total del jefe Patterson en el caso de su hija… Ustedes eran muy cercanos, los Patterson y ustedes.

—¿Y eso? ¿En qué es incompatible con una investigación llevada a cabo seriamente?

—Precisamente, eso es lo que me gustaría saber. Verá, ya he podido entrevistarme con numerosas personas: amigos de su hija, gente influyente de Greenville como el alcalde y el jefe del departamento de policía. También me encontré con un tal Liam Kissinger, ¿le suena?

—¿Debería?

—Se trata de la persona a quien vendieron su residencia en West Cove Point…

—No lo sabía —corta Mason—. La transacción se realizó a través de un agente inmobiliario. La casa se vendió, el precio fue

debidamente abonado. Estamos a mano. ¿Por qué nos habla de este hombre?

Rebusco en mi bolso mientras digo:

—Resulta que este nuevo propietario, cuando quiso hacer algunas obras en su casa —bueno, antiguamente su casa—, descubrió un objeto bastante curioso que debió haberse deslizado debajo de un mueble. Este es el objeto. ¿Sabe usted qué es?

—No soy un ignorante prehistórico. Sé lo que es una memoria USB y, créalo o no, para qué sirve —ironiza Lake.

—¿Y sabe lo que contiene?

—¿Por qué demonios debería saber lo que hay en esta maldita memoria de la que desconocía hasta la existencia, señora Blackstone?

Vuelvo a meter la mano en mi bolso y saco dos fotos, impresas en casa de Barry la víspera, elegidas entre las más explícitas. Las coloco, con la cara visible, sobre la mesa, junto a los vasos de naranjada.

—¡Dios mío! —se espanta Janet—. ¿Podría guardar estas atrocidades? Es vergonzoso, señora.

La madre de Veronika aparta la cabeza, consternada.

—Eso me provocó la misma reacción. Sí, es horrible. Esta memoria proviene de su casa. Debería reconocerla…

Mason Lake se pone de pie, con aire indignado.

—Señora Blackstone, lo que usted afirma es odioso. Nunca vimos ese objeto en nuestra casa y desconocemos totalmente su contenido abyecto. ¿Cómo se atreve a lanzar semejantes insinuaciones?

—Perdóneme, no insinuaba nada. Simplemente hacía la pregunta. ¿Entonces no saben nada de eso?

—¡Absolutamente nada!—exclama Mason—. Y no veo qué relación podría haber entre eso y la desaparición de nuestra hija.

—En efecto, la relación aún no me resulta clara. Puede que no se trate más que de una enorme y desafortunada coincidencia. Me baso simplemente en un razonamiento muy sencillo.

—¿Cuál?

—Esa memoria fue descubierta *en su casa* después de su partida de Greenville y entregada a la policía. Pues bien, *el jefe Patterson* se

apoderó de ella por autoridad propia para luego ocultarla y cerrar el caso. Sucede que *Patterson y ustedes* mantienen más bien buenas relaciones. Concluyo, quizá ingenuamente, que al actuar de ese modo *deseaba protegerlos*…

—Está usted muy cerca de la difamación… Tenga cuidado con sus acusaciones. Podrían costarle un juicio.

—No se enfade, señor Lake. Solo me pregunto, nada más. Admitamos que ustedes ignoran totalmente de qué se trata y pasemos a otro asunto que también me intriga.

—Si insiste…—gruñe Janet—. Ya que parece que ha decidido torturarnos con esas viejas historias…

No sé cómo abordar el tema sin herirlos más de lo razonable. Soy muy consciente de causarles dolor al recordarles acontecimientos dolorosos de su pasado, pero sigo convencida de que poseen las llaves que pueden abrir algunos de los misterios que me perturban desde hace días.

—Lo que voy a decirles no es fácil de escuchar, lo imagino. Les ruego de antemano que me disculpen. Verán, fui a Sugar Island, una isla que poseen en plena propiedad, ¿verdad?

Mason Lake asiente simplemente con la cabeza, esperando la continuación.

—¿Por qué, en ese sentido, no la vendió también cuando dejó Maine, como hizo con su residencia en West Cove Point? ¿Qué interés le reporta esta tierra desierta en medio del lago Moosehead?

—Nuestros intereses no le conciernen —responde secamente Mason.

—¿Es porque esta tierra emergida alberga una tumba que desea preservar?

La pareja abre los ojos simultáneamente, sorprendida.

—Está completamente loca, sisea Janet. ¿Hasta dónde llegará en la abyección?

No me dejo intimidar.

—¿O es porque la villa es en realidad un santuario? ¿Porque allí existe una habitación infantil prohibida? ¿La habitación de su hijo, Brandon, fallecido a los dos años?

Al escuchar estas palabras, Janet deja escapar un pequeño grito que inmediatamente intenta sofocar con la mano sobre la boca. Su marido le acaricia el brazo para indicarle que se ocupa de mi caso.

—¿Ha decidido matarnos a fuego lento, Señora Blackstone? ¿Acaso no hemos sufrido lo suficiente durante más de veinte años? Perder un hijo tan pequeño, nuestro primero, y luego el segundo, diecisiete años más tarde, dejándonos solos frente a este doble duelo imposible de sobrellevar…

Me conmueve, debo admitirlo, esta madre herida. Sin embargo, no disminuyo en lo más mínimo la fuerza de mi argumento:

—¿Esta isla, esta villa, esta habitación no son más que un enorme mausoleo para su hijo? Por eso no querría desprenderse de ellos por nada del mundo… ¿Porque la tumba que le muestro en mi teléfono es la de Brandon?

Lágrimas comienzan a rodar por el rostro de Janet Lake. Me siento profundamente apenada, más aún cuando ella me responde entre dos sollozos ahogados:

—Nuestro hijo está enterrado en el cementerio de la ciudad de Miami, 1800 Northeast, 2nd Avenue. Sector IV, pasillo 23. Fuimos allí incluso ayer para colocar flores en su tumba.

53

SE ESCONDÍA UN MONSTRUO

Un silencio sepulcral nos envuelve, Janet, Mason Lake y yo. Me siento como una intrusa entre ellos, con mis preguntas tan difíciles de escuchar y las terribles confesiones que deben expresar. Pero ¿tengo otra opción? ¿Puedo irme de este lugar sin haber recabado su sentimiento sobre ciertos elementos que aún encajan de manera bastante irregular en mi cabeza? Insisto, con un sincero arrepentimiento:

—Lamento reavivar tales dolores, señora Lake, sinceramente, pero quedan algunas zonas oscuras que me inquietan…

—¿Qué más quiere saber que no le hayamos contado ya? ¿Qué flechas envenenadas va a lanzarnos todavía? —ironiza Janet—. En fin, el daño ya está hecho. ¡Adelante, terminemos de una vez!

—Usted ha visto, como yo, esas inscripciones —ciertamente poco legibles— en la cruz de madera carcomida de la tumba de Sugar Island… Esas fechas, 1997-2000, corresponden al nacimiento y la muerte de Brandon, ¿verdad?

—Exacto.

—Y esas letras que todavía se distinguen, a pesar de la pátina del tiempo. Una R, una O, una N… contenidas en el nombre de su hijo. ¿Quién reposa bajo esa cruz, si no él?

La madre de Veronika baja la cabeza con un suspiro y se cubre los ojos cerrados con ambas manos.

—Cuando Brandon nació, en 1997 —comienza—, también adoptamos un perro. Un maravilloso cachorro de raza golden retriever. Pensamos que nuestro hijo sería feliz creciendo al lado de un animal de compañía tan lindo y adorable. Un verdadero perrito de familia…

—En cuya piel se escondía un monstruo… —subrayo.

Janet Lake traga saliva, como si le molestara un nudo de esmeril en la garganta, y comienza a contar:

—Estaba embarazada de ocho meses cuando ocurrió la tragedia…



***Miami*, febrero de 2000**

A los Lake les gustaba pasar el invierno en Florida en lugar de en el frío y la nieve de Maine. Puestos a elegir, preferían la suavidad floridiana a las tormentas de nieve de Greenville, durante las cuales el termómetro descendía con frecuencia por debajo de los -10 grados. Con un niño de dos años en brazos y un feto de ocho meses en el vientre, Janet optaba por la comodidad de su residencia en Miami. De hecho, los Lake pensaban permanecer allí hasta la llegada de su segundo bebé.

Una niña, les había precisado el ecografista. ¡Qué felicidad para la pareja, *esa elección del rey* que se perfilaba en el horizonte!

El día prometía ser hermoso, como casi siempre bajo el sol invernal de Florida. Janet había oído cómo se cerraba suavemente la puerta de su villa detrás de Mason, que debía ausentarse toda la mañana para una cita en el Downtown de Miami, el distrito financiero. También había escuchado a su esposo dar un doble giro de llave en la cerradura, lo que la tranquilizó: Brandon no podría salir solo de la casa. Todavía estaba bajo las sábanas, una mano

acariciando su vientre abultado, con una sonrisa en los labios y los ojos cerrados de felicidad. Se había vuelto a dormir hasta que los pequeños pasos de su hijo resonaron sobre el parquet del dormitorio principal.

"Mamá, tengo hambre", había gimoteado el pequeño angelito moreno.

Abriendo mucho los ojos, todavía sepultada bajo las capas de sueño tras una noche agitada en la que había tenido dificultades para encontrar una posición cómoda a causa de su vientre abultado, Janet había articulado un "Ya voy, cariño".

Luego había invitado al niño a acostarse un instante a su lado, en el lugar que Mason no ocupaba. El niño obedeció dócilmente y se volvió a dormir durante una pequeña hora, al igual que su madre. Ambos fueron despertados por el salto autoritario del perro sobre la cama, que se deslizó entre Janet y Brandon mientras les lamía la cara.

"Creo que esta vez sí tenemos que levantarnos", había susurrado la mamá entre un bostezo.

Ella había preparado el desayuno para dos y llenado el recipiente del perro, luego, arrastrándose por el peso de su vientre, le pidió a Brandon que se entretuviera un momento solo en la sala de juegos, junto a la habitación de los padres.

Janet se había vuelto a dormir después de leer unas diez páginas de la novela que estaba leyendo. Durante este período de reposo forzado, podía dedicarse a su pasión por la lectura, aunque a veces le resultara pesado este programa rutinario.

Mientras caía en un sueño más bien ligero, el balbuceo de su hijo se mezclaba con los discretos ladridos del golden. A veces, una risa franca le indicaba a la mamá que el niño se divertía con el perro. Janet no se arrepentía de haber adoptado al animal para hacerle compañía a su hijo. Con el paso de los meses y el crecimiento de Brandon, el perro se había convertido en su mejor peluche, justo después del osito Winnie, que ocupaba la invariable primera posición en el corazón del niño y en su cama. Por la noche, el perro no tenía acceso a la habitación de su pequeño dueño, pero se compensaban durante el día, inseparables y cómplices.

Eran los gritos agudos los que la habían despertado.

Janet se sacudió en una fracción de segundo, alertada por el alboroto inusual. Gritos de niño, gruñidos, ladridos de rabia.

"Brandon" había gritado mientras intentaba incorporarse en la cama.

De repente, un terrible pinchazo la dobló por la mitad, las manos sobre el vientre. Janet hizo una mueca de dolor, pero, mientras los gritos aumentaban en la habitación contigua, tensó todos sus músculos para moverse, bajarse de la cama, dejándose deslizar más bien, de tanto que sufría.

Imágenes atroces desfilaron por su cabeza mientras se arrastraba por el parquet de la habitación, como un gusano seco sobre una carretera asfaltada en un día de calor extremo.

"Brandon" repetía sin cesar mientras avanzaba demasiado lento a su gusto, con la voz cada vez más quebrada de tanto gritar.

Pero los gruñidos del perro no cesaban, mientras que, por el contrario, los gritos del niño se volvían más apagados, casi inaudibles frente a la furia del animal.

Ella había reptado por el pasillo y había llegado, sin aliento, con el vientre tenso y dolorido, a la puerta del cuarto de juegos.

Pero ya no se trataba de jugar…

Una visión de horror había impactado su cerebro, que inicialmente se negó a creer en la realidad de la escena. Más aún porque su visión estaba empañada por un velo de lágrimas.

Lo primero que notó fue el charco de sangre que manchaba la alfombra con motivos de Disney bajo el cuerpo tendido de Brandon.

Luego, esa misma sangre que ensuciaba el hocico del perro, con los labios levantados y temblorosos, colmillos amarillos sobresaliendo entre las mandíbulas de la bestia enfurecida.

"Noooooo."

El grito de Janet desgarró el silencio que había caído sobre la habitación cuando el perro la vio aparecer en el umbral. Como si se diera cuenta de lo que acababa de hacer, el animal se sentó sobre

sus patas traseras primero y luego, estirando las delanteras, se acostó junto al cuerpo inerte de Brandon.

Janet reptó hasta ellos.

El perro gruñía, gimoteaba, chillaba ahora, con el hocico rojo pegado al rostro sin expresión del niño, lamiendo la sangre que brotaba de su garganta.

"¡Fuera de ahí! ¡Lárgate!"

La madre se acercó a ellos, el rostro enrojecido, los ojos desorbitados, arrastrándose mientras alejaba al perro con grandes movimientos de brazos al vacío.

El animal se retiró, todavía gimiendo, con la cola entre las piernas, probablemente comprendiendo el error que acababa de cometer.

¿Un error? ¡Un crimen!

Janet Lake se inclinó sobre el cuerpo de su hijo, su bebé de apenas más de dos años. Sus manos se perdieron, desordenadas, sobre la garganta ensangrentada de Brandon. Un rayo de esperanza la invadió cuando creyó percibir un leve pulso.

"Mi bebé, mi amor, mi tesoro, quédate conmigo, no te vayas…"

Se había desplomado unos instantes sobre el niño, su cuerpo sacudido por sollozos y espasmos, su vientre lleno de contracciones. Él daba patadas ahí dentro, como si el feto, a su vez, se hubiera invitado a la escena del drama.

Luego recuperó la compostura y logró deslizarse hasta su teléfono, que había quedado sobre la mesita de noche. Sus dedos temblaban sobre el teclado al marcar el 9-1-1.

Cuando los socorristas llegaron al 351 de Paloma Drive, no pudieron hacer nada por el infortunado Brandon Lake, un ángel que había desplegado sus alas demasiado pronto.

54

EL FANGO DEL PASADO

El relato de Janet Lake me deja sin palabras. Ha reconstruido esta escena de terror con tanta emoción, con la voz quebrada y los ojos enrojecidos, que me pareció vivirla en directo. Además, ¿acaso no ocurrió bajo este mismo techo, a escasos metros de donde nos encontramos ahora?

Mason Lake posa una mano reconfortante sobre el hombro de su esposa, encorvada por el doloroso recuerdo de aquel drama de más de veinte años, pero aún tan vívido en ella.

—Tuvimos que sacrificar a Brownie —interviene el marido—. Un perro que ha mordido, volverá a morder…

—Y no se limitó a morder, sino que… ¡mató! —añade Janet—. No existe pena de cárcel para los perros. Es la inyección inmediata. Todavía no puedo comprender cómo pudo ocurrir. Confiábamos tanto en Brownie. Eran tan cómplices, Brandon y él. Y luego, un arranque de furia. Nunca supimos qué lo provocó. Tal vez Brandon lo molestó, lo mordió o le pisó la cola, no sé… Lo cierto es que desde ese día cargo con la muerte de nuestro hijo sobre mi conciencia. Por mi estado, por ese final de embarazo que me pesaba tanto e incapacitaba, al tener que permanecer en cama días enteros. Ese adormecimiento general en el que me sumía, durmiendo a menudo, levantándome con esfuerzo del sueño. Y sentirme como una vaca a

punto de estallar, arrastrando mi vientre como un pesado fardo. Esos dolores abdominales que me impidieron llegar a tiempo para salvar a nuestro hijo. ¿Habría podido evitar lo peor si hubiera entrado unos segundos antes en la sala de juegos para separarlos? Esa pregunta me la hago desde hace más de veinte años. Esas imágenes nunca me abandonan, girando en cámara lenta en mi cabeza cada vez que cierro los ojos para intentar dormir. ¡Ah! Si no hubiera estado embarazada, Brandon no habría muerto…

—Lo siento mucho, señora Lake —comparto con sinceridad—. Había entendido, por un artículo de periódico, que un drama así había ocurrido. Usted me lo explica de manera tan viva y conmovedora. No puedo imaginar su dolor. El dolor de una madre. Una madre a punto de dar a luz…

—El nacimiento de un hijo nunca reemplazará la muerte del primero, señora Blackstone, si insinúa que recuperamos la sonrisa con la llegada de Veronika.

—No, perdón, no quería decir eso. Al contrario, imagino cuánto se multiplicó el dolor, ¡pues una mujer embarazada puede sentir todas las emociones de manera exagerada! Yo también soy mujer… Y esa simbología, Dios mío, del niño que crece en el vientre mientras el otro…

No termino mi frase, no vale la pena. Janet se derrumba de nuevo.

—Ahí lo tiene —lamenta Mason—, eso es lo que pasa cuando se remueve el fango del pasado. ¿No tiene corazón, señora Blackstone?

Yo también siento el corazón roto tras escuchar esa confesión. Humanamente, ¿cómo soportarlo? Profesionalmente, sin embargo, debía escucharlo, hacer que los Lake aclararan dudas y sospechas mediante su confesión. Eso es lo que les hago saber, mientras les pido nuevamente que me perdonen por este interrogatorio tan intrusivo. Les recuerdo que solo busco la verdad, nada más que la verdad, para, tal vez, encontrar la pista de Veronika, viva o muerta.

Pero de repente, un detalle me llama la atención.

—Señor Lake —digo dirigiéndome al que parece menos abatido —, me acaba de decir que hicieron sacrificar a Brownie.

—La ley nos obligaba, sí. ¿Por qué?

—Brownie. ¿Su perro se llamaba Brownie?

—¡Dios mío, sí! ¿Qué hay de incongruente en llamar así a un perro? Es un nombre típico de perro, ¿no? Para un golden retriever, y más aún si es chocolate, le quedaba como un guante.

—No lo dudo, señor. Lo que me llama la atención no es eso. Me dijo que lo adoptaron en 1997 y lo sacrificaron tras la muerte de su hijo, es decir, en el año 2000. Así que comparte, con Brandon, las mismas fechas de nacimiento y de muerte. Y ambos comparten, ahora me resulta imposible ignorarlo, tres letras de su nombre… Brandon y Brownie. Una R, una O, una N… Como esas tres letras que todavía se pueden distinguir en la cruz de la sepultura de Sugar Island…

—¡Evidentemente! Porque allí lo enterramos.

55

ZONA DE SOMBRA

—¿De verdad creyó por un instante, señora Blackstone —continúa Mason Lake— que habíamos enterrado a nuestro hijo como a un vulgar perro en una isla desierta en medio de un lago de Maine? ¿Cree que no tenemos corazón? Brandon merecía una sepultura digna de ese nombre; podrá comprobarlo usted misma si se traslada al cementerio de la ciudad de Miami. Sí, Brownie descansa en Sugar Island; lo repatriamos para que reposara allí.

—Estoy confundida… Me doy cuenta de que me dejé guiar por asociaciones de ideas un poco locas. Sin embargo, algunas aún me parecen extrañas. ¿Puedo hablarle de ellas?

—Ya no nos importa —prosigue Mason—, continúe con su obra de destrucción lenta. Janet, ¿puedes soportar más alegaciones de nuestra visitante sorpresa?

La esposa de Mason me sorprende con su respuesta:

—Si eso puede ayudar a entender la desaparición de nuestra hija…

Su estado de ánimo me anima a continuar:

—Decía que algunas cosas aún me intrigan. Por ejemplo, en la habitación de Brandon en Sugar Island, descubrí un póster colgado en la pared sobre su cama. El cartel de un álbum de The Who. ¿Le dice algo?

—Por supuesto —responde de inmediato Mason Lake—, *Who's Next*, un álbum que escuchaba a menudo y por el cual compré este póster en uno de sus conciertos en Portland. Lo que me sorprende, en cambio, es que usted lo haya encontrado en la habitación de nuestro hijo…

—¿Cómo es eso?

—¡Este póster lo había clavado yo sobre mi escritorio!

—Entonces alguien lo ha movido con un propósito específico. Para enviar un mensaje claro… Más aún, porque ha sido marcado de una manera escalofriante.

—No entiendo…

—Después del *Who's Next*, alguien añadió un signo de interrogación con un marcador rojo y, debajo, esta otra pregunta: *¿Quién mató a Brandon?*

Los padres del niño fallecido parecen quedarse boquiabiertos.

—Es atroz —suspira Janet.

—No lo entiendo —añade Mason—. Cuando nos fuimos definitivamente de Greenville tras la desaparición de nuestra hija, puedo asegurarles que este cartel todavía estaba sobre mi escritorio y estaba intacto, sin ningún añadido tan abyecto. Y, caramba, no hay duda posible: fue Brownie quien mató a Brandon…

—¿Cómo puede alguien ser tan malintencionado y pérfido? —se queja Janet. —¿Quién puede encontrar divertido difundir semejantes horrores? Infiltrándose en una propiedad privada para hacer tales cosas…

No me siento muy tranquila, sabiendo que eso es exactamente lo que les confesé haber hecho. Pero no parecen guardarme rencor.

—¿Tienen alguna idea de quién pudo haber hecho esto? —intento preguntar.

—Ni la más mínima —responde de inmediato Mason—. Un perturbado, sin duda. No hace falta estar en sus cabales para hacer eso. O bien sentir un odio feroz hacia nosotros.

—¿Por qué alguien les odiaría? ¿Qué hicieron ustedes que pudiera justificar tal acoso?

Mason y Janet no responden, limitándose a sacudir la cabeza con desaliento. Los siento aturdidos, conmovidos por mi visita y la

evocación de todo este doloroso pasado. Sin embargo, me queda una última zona oscura que aclarar con ellos antes de dejarlos en paz.

—No voy a molestarlos más tiempo —comienzo—. Pero me gustaría, antes de irme, conocer su sentir respecto a la desaparición de su hija. Creo que todo ha sido dicho o imaginado al respecto. Todas las hipótesis —secuestro, asesinato, fuga, suicidio—, perdonen el uso de palabras tan duras, tan frías, parecen posibles, pero ninguna ha sido probada hasta hoy. Nos enfrentamos a lo que familiarmente se llama un *cold case*, y esa es la razón por la que estoy trabajando en ello. Es mi especialidad, por así decirlo. Pero ustedes, sus padres, que la conocían probablemente mejor que nadie, ¿cuál es su íntima convicción? ¿Hubieran podido anticipar semejante tragedia? ¿Hubo señales de advertencia? Entendí que Veronika, en los meses previos a su desaparición, acudía con frecuencia al médico y al hospital. ¿Sufría de algún mal incurable?

Una ola de silencio se extiende entre nosotros. Me doy cuenta de que ninguno ha tocado su vaso de naranjada. Tras casi un minuto de reflexión, es Janet quien, la primera, se atreve a dar una explicación:

—Sin duda es tonto admitirlo —empieza—, pero durante mucho tiempo creí que podía ser posible. Verá, leí hace varios años, algún tiempo después de la muerte de Brandon y del nacimiento de Veronika —porque me interesaba el tema, lo comprenderá—, un libro que trataba de las emociones de los futuros bebés, *in utero*, pues. Los fetos sienten tanto lo que siente la madre como también emociones propias. Es un proceso casi químico, en todo caso, médicamente probado hoy en día. Imagine lo que pudo sentir mi hija el día de la muerte de Brandon… Los gritos que lancé, los gruñidos de Brownie, el miedo del propio Brandon y, quizá incluso, las feromonas que su cuerpo difundía al presentir la muerte inminente…

Las palabras de Janet Lake me perturban. Personalmente no soy muy sensible a este tipo de esoterismo, pero puedo comprender que ella lo haya creído, por haberlo vivido con tanta violencia. La dejo continuar:

—Creo que Veronika, por desgracia, nació con ese miedo incrustado en ella. Me digo que debió de crecer con él, como una segunda piel imposible de arrancar. Nuestra hija siempre tuvo en sí una especie de melancolía y —no es de extrañar— un miedo visceral a los perros… Usted entiende de dónde le venía… En fin, en la adolescencia, esa melancolía se agravó aún más. Una cuestión de hormonas, sin duda. Después, algunos meses antes de su desaparición, expresó el deseo de consultar a un psicólogo. Siguió una terapia con un especialista en Portland. Iba sola, al salir de la escuela.

—Veronika se sentía mal en su propia piel —añadió Mason—. Al principio creímos que era algo normal en una adolescente, pero el fenómeno no se disipó con el tiempo. Muy al contrario. Ya no sabíamos qué hacer por ella. Así que nuestro primer pensamiento, cuando desapareció, se orientó hacia una fuga que revelaba un malestar creciente, un malestar generalizado. No podíamos concebir otra explicación.

—¿Un malestar que la habría llevado hasta el suicidio?

—No sé… Probablemente habría dejado un mensaje. O bien la habríamos encontrado… Señora Blackstone, si usted quiere saber realmente de qué mal incurable sufría Veronika, yo diría que sufría del… mal de vivir…

Esa frase me parece la conclusión lógica de nuestra entrevista. Agradezco a los Lake por haberme concedido un poco de su tiempo y por disculpar mi atrevimiento al haber venido a acosarlos con preguntas de improviso.

—Le hemos dicho con toda sinceridad todo lo que sabíamos, señora Blackstone —parece disculparse ahora Mason Lake al acompañarme hacia la puerta de entrada de su villa en Florida.

Ya no parece a la defensiva, sino casi aliviado de saber que alguien se interesa por lo que fue de Veronika.

En las escaleras, me estrecha la mano. Un apretón de manos flojo.

En ese instante, algo me inquieta, pero no sabría decir qué. Una especie de malestar ligado a un recuerdo inaprensible en ese momento…

Una sensación de *déjà vu* que provoca un asco sin medida…

56
A GRITOS

ANTES DE DEJAR FLORIDA, DONDE YA NO TENGO NADA QUE HACER, ME importa asegurarme con mis propios ojos de una parte del relato de los Lake.

Llegada al noreste de la ciudad, bajo del taxi que tomé y me dirijo hacia la entrada principal del cementerio de Miami. En un cartel descubro el plano del lugar y localizo el sector IV y la avenida 23. El sol todavía está alto a esa hora y pega fuerte para un inicio de noviembre. Yo, que he vivido la mayor parte de mi existencia en los estados septentrionales del país, siempre me sorprenderé de este clima.

Avanzo lentamente, escudriñando los nombres en los mármoles o en las cruces. Dejo atrás decenas y decenas, de todos los estilos arquitectónicos. Los cementerios tienen de artístico que llegan a subyugarte al mismo nivel que un museo de arte o unos vestigios arqueológicos antiguos.

Empiezo a cuestionarme la veracidad de lo dicho por la pareja Lake cuando, por fin, distingo al final de la avenida 23 un letrero que anuncia el cuadro de los ángeles.

Por supuesto.

Y allí, entre una cincuentena de sepulturas en modelos reducidos, localizo la que estaba buscando.

Brandon Lake
1997-2000
R.I.P.

Ya no cabe la menor duda.

Sin embargo, aún no he llegado al final de mis sorpresas…



Encuentro un vuelo de regreso hacia Maine por la noche. Entre aterrizar en Bangor y conducir hasta Greenville, llego a mi hotel a primeras horas de la noche, donde me desplomo sobre la cama como una crepa.

A menudo se dice que los viajes *forman la juventud*; a veces pienso que la deforman.

En mi depósito de energía, apenas tengo fuerza para sacar lo necesario para ducharme, cepillarme los dientes y tomar mis medicamentos antes de hundirme en el sueño.

Este sueño es agitado por pesadillas o, al menos, por pensamientos penosos. Debería acostumbrarme, pues mis visiones nocturnas inconscientes resultan angustiantes cada vez que realizo una investigación, mis sueños alimentados por lo vivido el día anterior. En este, sin sorpresa, aparecen ante mis ojos desorbitados colmillos ensangrentados entre labios babeantes de rabia.

Por la mañana, me despierto tan exhausta como antes de acostarme, pero con aún más motivación para continuar mi investigación, aunque pierda energía y salud en el intento.

Me visto para bajar a desayunar en la sala común del *Greenville Inn*. No cené la noche anterior y mi estómago reclama su parte a gritos.

Al entrar en la sala, dada la hora bastante tardía, solo quedan unas pocas personas sentadas frente a sus cafés, tés, bollería, tocino, huevos revueltos, pancakes u otras delicias saladas y dulces.

Entre los huéspedes, distingo a un hombre de cabello castaño, de espaldas. Inclinado sobre su plato, sostiene el tenedor en una

mano y la taza de café en la otra; el periódico local está extendido sobre su mesa.

Me dirijo directamente al buffet, elijo lo que me conviene y luego me siento en una mesa al otro extremo de la sala. Me gusta desayunar tranquilamente, con mi ánimo aún en rodaje antes de haber tomado mi primer café.

Pero este ánimo, esta mañana, sufrirá una contrariedad inusual cuando, al levantar la cabeza y tomar un sorbo de la bebida caliente, mi mirada se encuentra atrapada en la del hombre castaño, sentado a pocos metros de mi mesa.

Por Dios, pienso frunciendo el ceño.

Me enfurece cuando me dirige, sin lugar a dudas, una sonrisa ladeada.

Me hierve la sangre cuando levanta su taza de café en mi dirección a modo de saludo.

Finalmente, me levanto cuando pronuncia un "Hola, Karen" que consigo descifrar en sus labios.

Esta vez, va a tener que explicarse.

Me acerco, decidida, a su mesa. Él se pone de pie al verme aproximarme.

—¿No se cansa de seguirme a todas partes? —le lanzo secamente—. ¿Qué quiere de mí? ¿Quién es usted? ¿Se supone que nos conocemos?

—Más o menos —responde con una voz suave que no imaginaba en la garganta de un hombre con barba castaña.

Es absurdo, ¿verdad? ¿Ese tipo de prejuicio? ¿Por qué un hombre de barba negra debería tener voz grave?

—No es lo que siento —replico—. Normalmente tengo buena memoria para los rostros y el suyo no me dice absolutamente nada. O tal vez fuimos estudiantes juntos y ha cambiado mucho.

—Me habría gustado mucho compartir los bancos de la facultad con usted, Miss Blackstone, pero temo que no seamos exactamente de la misma generación, sin querer ofenderla…

De hecho, este hombre no debe pasar de los veinticinco años. ¡Un bebé al lado mío!

—¿De dónde conoce mi nombre? —lo interrogo.

—No pasa desapercibida en esta zona. Se comenta, créame. Pero, por favor, siéntese —dice indicándome la silla frente a él.

Después de todo, me he acercado para aclarar las cosas; me siento, amenazante:

—No me gusta sentirme seguida o espiada, señor…

—¿Es esa la impresión que le doy?

—A donde voy, usted también está allí. Y me observa fijamente. Sabe, no soy de esas mujeres fáciles que se pueden seducir con una simple mirada ladeada. Podría incluso ser su madre…

Al decir eso, siento un terrible pinchazo en el corazón, casi como una puñalada. ¿Y si…?

¡No! No es posible… alejo ese pensamiento intruso de mi cabeza.

—Tranquilícese, no tengo ninguna intención de seducción. Soy un hombre fiel.

—Entonces, ¿qué quiere de mí? Todavía no me ha dicho su nombre. Lo mínimo, sobre todo teniendo en cuenta que sabe quién soy, sería presentarse. ¿Señor…?

En ese momento, se oye una vibración proveniente de su teléfono, apoyado junto al periódico que estaba leyendo antes de mi irrupción.

—Le ruego que me excuse —dice levantándose y acercando el aparato a su oído.

Se da la vuelta y abandona la sala del restaurante para no molestar a los pocos clientes que desayunan tranquilos. Al salir de la sala, mientras yo me quedo plantada allí como una tonta, lo oigo murmurar:

—¡Ah! ¡Por fin, Cynthia, eres tú! Esperaba tu llamada con impaciencia. He llegado bien. ¿Cuándo vienes a verme?

El resto se pierde al mismo tiempo que él, que desaparece por el pasillo de la posada.

¿He oído bien? ¿Cynthia?

Bueno, Karen, no empieces a hacer planes imposibles por un simple nombre, que no podría ser más común en nuestro país. Como se dice, no solo hay un burro llamado John Doe…

Me quedo unos minutos junto a la mesa de mi desconocido con la esperanza de verlo reaparecer, lo cual sería lo mínimo que podría

hacer. ¿Se termina así una conversación para atender una llamada y no volver? Sin embargo, eso parece estar ocurriendo. Así que abandono la mesa, furiosa. Incluso dejo la idea de terminar mi café y me dirijo directamente al mostrador de recepción, donde se encuentra actualmente la propietaria del lugar. Me dirijo a ella para preguntar:

—Perdone, señora Mayweather, no sé si ha visto hace un momento pasar a un hombre de barba castaña, con el teléfono pegado a la oreja, con quien estaba sentada en la sala del restaurante.

—Por supuesto, señora Blackstone, es un cliente del establecimiento, sí. ¿Por qué?

—Necesitaría conocer su nombre, le ruego.

—Señora Blackstone, es un poco delicado, no se supone que debo revelar ese tipo de información. Nuestro establecimiento es reconocido por su discreción.

—No lo dudo, y de hecho es precisamente lo que me hace sentirme perfectamente a gusto aquí. Su establecimiento es una pequeña joya en un marco espléndido. Pero, por favor, como sabe, soy periodista, investigo la desaparición de la hija de los Lake y no estoy lejos de pensar que cosas terribles ocurrieron en Greenville, que aún me queda por esclarecer. Algunos elementos me son indispensables. Sepa que trabajo en coordinación con la teniente Shana Davidoff, del departamento de policía, usted la conoce, sin duda… Si hace falta, puedo pedirle que la llame directamente para obtener esta información, que en sí misma no es secreta. Sin embargo, ganaríamos tiempo si usted me la proporcionara directamente, ¿no cree?

La señora Mayweather vacila en silencio durante unos instantes antes de suspirar y soltar finalmente:

—Muy bien, pero se lo ruego, sea discreta —me suplica mientras abre su registro de reservas en la computadora—. Este señor se registró con el apellido Lake, justamente.

Casi ahogo un grito, como si me hubieran dado un golpe directo en el plexo.

—¿Lake? —repito tontamente.

—Absolutamente. Se trata del señor… Brandon Lake…

57
DOBLE Z INVERTIDA

¿Me voy a quedar petrificada frente al mostrador del *Greenville Inn*, con la mandíbula colgando, delante de la señora Mayweather? Me lo pregunto mientras cierro la boca, sin voz después de esta improbable revelación soltada por la propietaria.

—¿Está segura? ¿El señor Brandon Lake?

Cuando ayer mismo me inclinaba sobre su tumba en el cementerio de la ciudad de Miami…

—¿De verdad está segura? —no puedo evitar volver a preguntar a mi anfitriona.

—No hay ningún error, señora Blackstone. Es efectivamente con ese nombre que está registrado este señor. Ahora bien, no puedo decirle más, lo lamento.

—Gracias, es usted muy amable.

Me planto en el vestíbulo, a la espera de que regrese el hombre que afirma ser Brandon Lake. Estoy dispuesta a admitir que una persona que desea pasar desapercibida se haga llamar John Doe o Jane Doe. Pero que un hombre que llega a Greenville se haga llamar Brandon Lake, eso sí que es el colmo. Reduce considerablemente las probabilidades de casualidad…

¿O será que esta persona miente deliberadamente sobre su identidad con un propósito bien definido? ¿Para atraer la atención

sobre él?

¿Una manera de enviar un mensaje a la comunidad de Greenville?

¿O directamente a mí, que investigo sobre la desaparición de Veronika Lake, la precipitada partida de Mason y Janet Lake a Florida y la muerte, veintidós años atrás, del verdadero Brandon Lake?

Subo hasta mi habitación para recoger mi teléfono y mi computadora portátil, decidida a pasar el día en el vestíbulo del establecimiento, con la esperanza de no perderme el paso del desconocido de nombre demasiado conocido.

Antes de bajar, llamo a Barry Fenton para informarle de este giro increíble y contarle mi escapada a Florida. De su lado, me informa que la teniente Davidoff ha recurrido al fiscal de Maine para abrir una investigación sobre las imágenes contenidas en la memoria USB encontrada por Liam Kissinger en la residencia de los Lake en West Cove Point.

Dándome tiempo para cepillarme los dientes, vuelvo luego al hall del albergue, me acomodo en un sillón confortable, detrás de una mesita ovalada cubierta con un mantel bordado, sobre la cual pongo y abro mi ordenador. Desde aquí, no puedo dejar de ver pasar a los clientes del hotel, ya sea que entren o salgan. El *pseudo*-Brandon Lake no puede escapar a mi vigilancia.

Redacto un correo para mi querida jefa. Me gusta llamarla mi "querida jefa", me parece divertido. No es peor que cuando ella me llama "cariño". Le preparo un relato detallado de mis últimos hallazgos e hipótesis, y Dios sabe si tengo cosas que contarle. Aprovecho también para enviarle los gastos de mi desplazamiento exprés a Miami: dos boletos de avión, una nota de hotel, algunas comidas. Considerándolo todo, ¡no le salgo tan caro a mi querida jefa! Sin olvidar que, si logro cerrar mi investigación con certezas y pruebas, los ingresos que *True Crimes Mysteries* genere cubrirán con creces los gastos realizados. Sabiendo que Myrtille Fairbanks es una gestora perspicaz, sé que me deja total libertad porque confía en mí.

Como un perro de caza al acecho, trabajo mientras mantengo un ojo sobre los vaivenes de los clientes del *Greenville Inn*, que salen

abriendo sus paraguas o entran sacudiéndose el impermeable empapado por esta lluvia que ya no cesa. Bien abrigada en el hall, permanezco atenta.

Pero aquel que se hace llamar Lake parece no querer mostrarse más. Hasta ahora lo encontraba por todas partes en mi camino, pero desde que intercambiamos unas palabras en el desayuno, se esconde.

Mientras tanto, decido revisar una vez más las fotos guardadas en la memoria USB, que he copiado en un directorio de mi ordenador, antes de devolver el soporte original al teniente Davidoff.

Siempre resulta perturbador ver a esas adolescentes semidesnudas, sometidas a los caprichos prohibidos de hombres maduros. No sé exactamente qué me impulsa a reproducirlas una y otra vez, pero siento que me guía una fuerte intuición. Suelo actuar por intuiciones y presentimientos y, desde que dejé Miami, un sentimiento de *déjà-vu* no me abandona. Estoy convencida de haber entreverado y luego olvidado un detalle, un pequeñísimo algo, un nada que lo explica todo.

Cuando, de repente, se produce el flash, cegando mi cerebro.

No me atrevo a creer lo que veo. No me atrevo a aceptar la asociación de ideas que se me impone.

Es demasiado horrible para ser verdad… ¡y, sin embargo!

Esa cicatriz de trazado tan particular en esa mano que agarra la coleta de una de las niñas.

Esa doble Z invertida que me parece demasiado singular para reproducirse en dos personas diferentes.

La había visto recientemente, esa cicatriz. Fue eso lo que provocó en mí esa impresión de *déjà-vu*, ya que este detalle había impactado mi cerebro la primera vez que vi esas fotos en compañía de Shana y Barry, bajo la veranda del antiguo jefe de policía.

¡Ahora que la vuelvo a ver, sé dónde la vi por segunda vez!

Dios mío, no…

Esa doble Z invertida, esa cicatriz tan particular… La distinguí ayer en el dorso de la mano de Mason Lake, cuando me la tendió al saludarme.

58
SIMÓN DICE

No es posible.

Mi cerebro se niega a admitir lo que mi razonamiento le susurra.

Mason Lake sería un perverso de la peor especie. ¿Una basura capaz de abusar de chicas apenas púberes… con total impunidad?

¡No! Este crimen —porque lo es— no debe quedar impune.

Hierve mi interior mientras pienso en esta familia Lake de múltiples facetas, esta familia que, en apariencia, parece intachable, que muestra una fachada limpia y correcta, acomodada e influyente, pero que, si se rasca la superficie, resulta tan abyecta.

Me gustaría poder identificar a las otras personas en esas fotos que paso y repaso en bucle en la pantalla de mi computadora. Intento captar cada mínimo detalle que me permita descubrir quién se esconde detrás de tal máscara, detrás de tal disfraz. ¿Quiénes son estos hombres —porque son varios— que rodean a Mason Lake en esas orgías prohibidas?

¿Y quiénes son esas jóvenes, detrás de cabelleras que ocultan sus rostros? ¿Quiénes son las presas de estos hombres ávidos de carne fresca, pura, blanca, inmaculada… virgen?

Una vez más, no quiero creer lo que mi cerebro va construyendo poco a poco. Recuerdo la fugaz impresión que tuve al descubrir las fotos: que las chicas debían tener, más o menos, la edad de

Veronika en el momento de los hechos… ¿Sería posible que Mason Lake hubiera involucrado a su propia hija en semejantes atrocidades?

De repente, un nuevo detalle me salta a los ojos, uno que no había notado hasta ahora. Un detalle, no sobre los personajes, sino sobre el decorado. Sí, ya no tengo dudas: reconozco con claridad los motivos de esa alfombra bajo las rodillas de la joven situada entre los muslos de uno de los hombres…

La alfombra que cubre el parquet entre los sillones de cuero del salón de la villa en Sugar Island…

La misma similitud entre el sillón de la foto y aquel en el que estaba sentada durante la noche que pasé en Sugar. Solo la idea de haberme sentado allí me repugna.

Hago desfilar una vez más las fotos, fijando mi atención en el decorado. Ahora, una multitud de pequeños detalles, aparentemente insignificantes al principio, confirman mis pensamientos: el cenicero de pie que vislumbro en una esquina, un rincón de la mesa baja, la chimenea algo difusa al fondo.

Todo se vuelve evidente, a partir de ahora: las orgías con las adolescentes tenían lugar en Sugar Island.

¿Qué mejor lugar para semejantes prácticas criminales?

Una villa, en una isla privada, en medio de un lago rodeado de bosques…

Ningún riesgo de ser descubiertos por vecinos demasiado curiosos. La guarida perfecta para entregarse a los vicios más bajos.

Ahora trato de imaginar, con escalofríos recorriéndome la espalda, el desarrollo de esas noches repugnantes. Visualizo la salida en bote desde Greenville, toda la pandilla embarcándose hacia la isla del pecado. ¿Podrían las adolescentes presentir lo que les iba a ocurrir? ¿Les habrían hecho creer que se trataba de un fin de semana de ensueño en la isla, durante el cual tendrían todo el tiempo para bañarse a su antojo en calas aisladas o en la amplia piscina detrás de la villa? ¿Creer que serían libres de divertirse juntas como quisieran, sin restricciones ni horarios? ¿Pensar que habría maravillosos asados, noches de baile, comer papas fritas, beber

refrescos a voluntad, tostar malvaviscos sobre las brasas? ¡La vida soñada de cualquier adolescente!

Solo que, una vez caída la noche, el decorado y el ambiente cambiaban. Se acabó jugar, chicas…

O mejor dicho, no: vamos a empezar a jugar, chicas… pero a juegos de adultos, ¿de acuerdo? Incluso nos vamos a disfrazar, jugar al baile de máscaras, ¿les parece bien? Pondremos música suave y nos dejaremos llevar.

Y luego, como hace mucho calor, mantendremos los trajes de baño o, para no quedar mojados, podemos cambiarnos y quedarnos solo con unos calzones. No hace falta más, hace mucho calor.

Quizás, si les apetece, chicas, tendrán derecho a beber un pequeño cóctel que será como un maravilloso espectáculo de fuegos artificiales en su cabeza. E incluso, si se atreven, podrán dar unas caladas a nuestros cigarrillos enrollados… Después de eso, se sentirán muy relajadas. Van a flotar sobre las nubes, ver la vida color de rosa.

Entonces podrán comenzar los juegos. Podríamos jugar a te atreves o no, verdad o reto o incluso a Simón dice… ¿Eh, les gustan esos juegos, a ustedes los jóvenes?

"Simón dice: ponte de rodillas"

"Simón dice: cierra los ojos y extiende la mano"

"Simón dice: adivina qué pongo en tu mano, pero mantén los ojos cerrados, si no, es trampa".

"¿No dije: Simón dice? OK, error mío".

"Entonces Simón dice: toca mi pilín…".

"Simón dice: abre la boca, mantén los ojos cerrados y acerca la cabeza, así, así…"

¡Infecto!

¿Acaso ocurría realmente de esta manera, o no es más que el fruto de mi imaginación, exaltada por esas imágenes sórdidas? Lamentablemente, no creo estar muy alejada de la realidad.

La pregunta que se desprende de todo esto es: ¿cómo pudieron esas jóvenes consentir en tales juegos, si no fue estando

alcoholizadas y drogadas?

¿O bien los adultos, con Mason Lake a la cabeza, las habrán amenazado con algo? Obligar a jovencitas de doce o trece años cuando se es un hombre maduro, un padre de familia en apariencia respetable, no parece imposible; las noticias están llenas de tales prácticas inmundas. ¡El poder de la autoridad!

¿Tanto más poderoso cuando se trata de su propio padre?

Sin duda, estoy extrapolando…

¿Dónde estaban las mujeres mientras tanto? ¿Janet Lake y las esposas de los otros hombres medio desnudos? ¿Lo ignoraban todo acerca de esas depravaciones? ¿Aprobaban acaso que sus maridos se llevaran consigo a niñas de trece años para pasar un fin de semana en una isla privada deshabitada?

Voy a volverme loca de tanto urdir semejantes teorías.

Sin perder de vista las idas y venidas de los clientes de la posada, llamo una vez más a Barry Fenton para comunicarle mis sospechas. El antiguo jefe del departamento de policía de Greenville está tan asqueado como yo por mis revelaciones. Su repulsión va incluso más allá de la mía cuando repasa el cúmulo de culpabilidades que podrían haber tenido lugar allí, en Sugar Island, durante el transcurso del año 2012.

—No quiero creer que eso sea posible, confiesa en voz baja, pero conociendo la buena relación y la complicidad que había entonces entre Patterson —como vimos en el episodio de la declaración de Liam Kissinger— y los Lake, me pregunto si Bob no estaría cubriendo los actos culpables de su amigo…

—De ahí el sentimiento de impunidad de Mason Lake, que se sabía protegido por el jefe de policía…

—Exacto. Todo ese grupo: los Lake, los Patterson, los Martineau… todos confabulados en las malas acciones —resopla Barry.

—¿Patterson y Martineau sabían, según usted?

—Parcialmente, supongo que sí. Sabían y dejaban hacer…

—¿Dejaban hacer? —repito en forma interrogativa. —¿O hacían…?

… ESTA ENFERMEDAD QUE LO DEVORA…

Me sentía sucia, deshonrada.

Mi cuerpo ya no me pertenecía, ya que parecía pertenecer a todo el mundo.

Este episodio de mi vida, horrible, inadmisible, nunca podré olvidarlo.

Sé que quedará marcado en mí para siempre. Marcado a fuego en mi propia carne, en lo más íntimo de mí misma. Que a partir de ese instante, de estos actos sufridos, ya no sería la misma, ya no podría concebir que alguien me tocara de la misma manera.

Ya no veré a los hombres de la misma forma. Todos me repugnan, a partir de ahora.

Soy consciente de que ya no seré capaz de sentirme cómoda frente a un hombre. Sentiré vergüenza de mi cuerpo, de mi desnudez.

El acto carnal ya no tendrá ningún sabor, ya que he comprendido que el amor no existía.

Eran tres, aquella noche.

Mis tres torturadores.

Tres culpables.

Me obligaron, me intimidaron, me amenazaron. No pude hacer otra cosa que soportarlo.

Me hicieron tanto daño, aquella noche.

El peor de los males, esa enfermedad que lo consume a uno día y noche, que le inocula ese sentimiento amargo que nunca lo abandona: la enfermedad de vivir.

Eran tres.

Tres culpables.

Tarde o temprano, tendrán que pagar.

59
JUZGADO Y CASTIGADO

El día transcurrió, pero el supuesto Brandon Lake no volvió a pasar por el vestíbulo del hostal. Intrigada, consulto el reloj de mi computadora y me doy cuenta de que ni siquiera pensé en comer al mediodía. Voy al mostrador de recepción y me dirijo a la señora Mayweather:

—Perdone, señora. La molesto otra vez con mi historia, pero ¿ha visto al señor Lake hoy?

—Por supuesto —afirma ella—. Devolvió su llave esta mañana, poco después de nuestra conversación. Pagó su cuenta y se fue.

Vaya, debió haberse ido a escondidas mientras yo subía a mi habitación en busca de mi computadora. ¡Realmente es un tipo esquivo! Primero se me escapa en el tren, luego me evade, y apenas empezamos a conocernos, se me escapa nuevamente. ¿Qué busca o qué estará tramando ahora?

—¿Le dijo a dónde se dirigía?

—Lo siento, señora Blackstone, no tuve la falta de educación de preguntárselo.

—Me lo imaginaba, no es propio de la casa —digo con una sonrisa forzada—.

Con sonrisa o sin ella, me siento contrariada. ¿Cómo pude ser tan tonta? Debería haber seguido a ese Brandon. No soltarlo ni un

instante y saber, a toda costa, qué me quiere o qué busca en Greenville.

¿Acaso lo hice huir?

Unos momentos después de mi desilusión, recibo una llamada de la teniente Shana Davidoff.

—¿Karen? ¿Estaría dispuesta a aportar su testimonio respecto a esta cicatriz en forma de doble Z invertida que le hace decir que Mason Lake es uno de los hombres presentes en las fotos del USB?

—Sin dudarlo. ¿Por qué?

—Tengo previsto avisar a la policía de Miami para que, con base en su testimonio y en la prueba que tenemos, los Lake sean interrogados por mis homólogos allí. Debemos pasar a la siguiente fase.

—Estoy completamente dispuesta a sacar la verdad a la luz, Shana. Indíqueme cómo proceder.

—Debe venir a la comisaría para que escuche oficialmente su testimonio y lo registre.

En el cuarto de hora siguiente, me reúno con la teniente Davidoff en su despacho. Llegada unos días antes a Greenville como periodista encargada de un caso sin resolver que data de 2017, ahora me presento en calidad de testigo en otro asunto que se remonta a 2012. Ambos implican a miembros de la familia Lake.

¿Están relacionados estos dos casos? ¿La desaparición de Veronika resulta de los hechos ocurridos en 2012?

Con cinco años de diferencia, pero en una misma unidad de lugar: la villa de Sugar Island…

Y sin contar la tragedia del año 2000.

Al igual que en los códigos de la dramaturgia antigua: unidad de lugar, unidad de tiempo. En el caso que nos ocupa: unidad de lugar, unidad de personajes…

¿Esclarecer los hechos de 2012 hará brotar la verdad sobre la tragedia de 2017? Al menos eso esperamos, la teniente Davidoff y yo, al salir de su despacho después de haber registrado mi declaración. Es entonces cuando nos cruzamos con el jefe del

departamento. Patterson, sacando pecho y con la mirada torva, silba:

—¿Otra vez dando vueltas por aquí, señorita Blackstone? ¿Qué la trae esta vez?

Lanzo una mirada hacia Shana, sin saber qué responder. Con un gesto de cabeza, ella me sugiere que la deje hacerlo en mi lugar.

—Acabo de registrar el testimonio de Karen Blackstone sobre una sospecha relacionada con la memoria USB que usted guardaba ilegalmente en la caja fuerte de su despacho, jefe…

La frase de la teniente golpea a Patterson como lo haría un directo al hígado asestado por un Mike Tyson en su mejor forma. Unos segundos flotan antes de que recupere la compostura.

—No veo absolutamente a qué se refiere, teniente. Puras alegaciones…

Shana mete la mano en el bolsillo de su uniforme, mostrando el objeto en cuestión.

—Con el debido respeto, jefe, esto no es una alegación sino, por el contrario, una prueba tangible y real. Sin duda habría sido mejor que hiciera desaparecer esta llave hace diez años.

El jefe se acerca un poco más a su subordinada, quien no retrocede ni un ápice.

—En cuanto a usted, teniente Davidoff, haría bien en entregarme esa llave —ordena.

—Ni hablar. Esta entra en el expediente que acabo de reabrir.

—Ha incautado esta pieza de manera ilegal, teniente. Es inadmisible.

—Usted la ocultó de igual forma ilegal, enterrando el caso hace diez años. ¡Estamos a mano! —triunfa Shana, a quien encuentro muy valiente por atreverse a oponerse así a su superior jerárquico.

—Debe obedecer mis órdenes, teniente Davidoff —continúa Patterson—. Entrégueme inmediatamente esa llave así como el expediente reabierto. Como responsable del departamento, me corresponde validarlo… o invalidarlo.

—Me temo que ya es demasiado tarde para eso, jefe. Ya he notificado al fiscal del Estado, quien ordenó la reapertura de la investigación. El tren está en sus rieles, usted ya no puede

detenerlo. Lo que contiene este expediente es demasiado repugnante como para no ser juzgado y castigado como corresponde. Y que les vaya mal a quienes protegía hasta ahora. Era mi deber…

—Yo decido lo que es su deber o no —grita casi Patterson—. ¡Yo soy el jefe aquí!

—Probablemente no por mucho tiempo —dice de repente una voz en la entrada de la sala.

Nos volvemos todos al unísono.

En el marco de la puerta de la comisaría aparece el antiguo jefe del lugar, Barry Fenton.

60

TREINTA Y SIETE GRADOS DE HEMOGLOBINA

—¿Qué vienes a meter tu maldito cuchillo, Fenton? —hace una mueca Bob Patterson—. ¿No has entendido que el jefe aquí soy yo desde hace mucho tiempo?

Barry se acerca aún más a quien tomó su lugar hace diez años. Manteniendo la compostura frente a su sucesor, el retirado de la policía no pierde ni un ápice de su presencia. Casi nariz con nariz, los dos hombres se desafían. Barry advierte:

—Pero no por mucho tiempo, Bob. Tengo la sensación de que ha llegado la hora de tu jubilación anticipada. Y se acerca otra hora: la de la verdad. Y mi dedito me dice que esa verdad podría salpicarte a ti y a tus amiguitos de siempre, me temo.

Patterson se inclina sobre su antecesor con una rabia en los ojos que apenas puede contener. Veo cómo sus puños se cierran, lo siento listo para lanzarse sobre Barry. Por el rabillo del ojo, distingo a Shana, también preparada para esa eventualidad.

—Barry, te aconsejo que cierres la boca ahora mismo y te largues de mi comisaría. De lo contrario, te encierro por desacato a un representante de la autoridad. Sabes lo que eso cuesta, ¿verdad? —añade, apoyando su enorme mano sobre el pecho de Fenton, empujándolo sin violencia pero con firmeza.

—Está bien, Barry —modera Shana Davidoff—. Vamos a manejar esto por la vía legal.

Nos miramos los cuatro fijamente. Finalmente, Barry y yo tomamos la decisión sensata de retirarnos para no empeorar la situación, aunque con la preocupación de dejar a Shana sola con Patterson entre las paredes de la comisaría. Por suerte, en ese instante entra un binomio de *patrolmen*.

Patterson se encierra en su oficina, cerrando la puerta con tal estruendo que percibimos el eco en la calle mientras nos alejamos de la comisaría.

Un relativo silencio vuelve a Greenville, al menos en el departamento de policía.

Solo por un corto tiempo. Aún no lo sabemos, pero los acontecimientos se precipitarán en las próximas horas, de manera drástica.



La noticia cayó como un mazazo.

Fue la propia Shana Davidoff quien nos avisó, a Barry y a mí, durante la noche.

Yo ya estaba en la cama cuando recibí la llamada de Barry. Él había sido advertido por su antigua colega, quien se encontraba en primera fila, en el lugar del drama.

Una hora antes, un vecino, que vivía cerca del ayuntamiento, había llamado a la policía alegando que había escuchado disparos no muy lejos de su casa. Aunque Greenville era conocida por sus cazadores, los tiros de rifle generalmente se oían en el corazón de los bosques cercanos, rara vez en las tranquilas calles de la ciudad.

La noche había caído hacía un buen rato cuando el ruido perturbó la tranquilidad del testigo, que estaba comiéndose una pizza de cuatro quesos descongelada frente a un episodio de su serie favorita en Netflix. Acostumbrado a las series policiales, primero se preguntó si los disparos provenían de la ficción que

estaba viendo, pero pronto comprendió que algo anormal había ocurrido en la calle.

Se acercó a la ventana, corrió la cortina para intentar ver mejor, mientras la calle, tranquila en apariencia, solo estaba iluminada por algunos faroles dispersos que proyectaban una luz suave de tonos anaranjados. El silencio reinaba, como si Mike Balducci —ese era el nombre con el que se había presentado— simplemente hubiera soñado esos disparos. El viento movía las últimas hojas de los árboles que bordeaban la calle y una lluvia fina, casi helada, caía suavemente sobre el asfalto por el que no pasaba ningún vehículo. Las aceras estaban desiertas; a esa hora, los habitantes de Greenville preferían con mucho la calidez de su hogar al frío del exterior.

Calma absoluta en Greenville, pensó Balducci.

Hasta que su mirada se posó en una masa oscura tendida en la acera frente al ayuntamiento.

Una masa inmóvil que apenas distinguía bajo la bruma nocturna. ¿*Un bote de basura volcado*? se preguntó. A punto de volver a dejarse caer en su sofá, algo le impulsó a ir a mirar. Balducci se puso su impermeable, lo abrochó rápidamente y se cubrió con la capucha cerrando la puerta de su casa. Luego cruzó la calle hasta el lugar donde había visto la masa oscura.

A medida que se había acercado, lo había ido comprendiendo poco a poco.

Cuando se había inclinado, había descubierto a un hombre en un charco de sangre que se extendía bajo él como un magma humeante bajo la lluvia helada.

Treinta y siete grados de hemoglobina contra dos grados de temperatura ambiente…

Cuando pudo distinguir el rostro del herido —¿del muerto?—, Balducci lo reconoció de inmediato.

Greenville iba a enfrentarse a una nueva tragedia, cinco años después de la desaparición de Veronika Lake.

61

COMO REGUERO DE PÓLVORA

La noticia se esparció como un reguero de pólvora en Greenville. En menos de dos horas, toda la ciudad parecía estar al tanto del drama.

Cuando Barry Fenton me anunció que Victor Martineau acababa de ser abatido de tres balas en el pecho a la salida del ayuntamiento, al principio pensé que se trataba de una mala broma. Pero cuando me dio los detalles de los primeros testimonios, ya no quedaba lugar a dudas: el alcalde de Greenville había sido asesinado.

Mike Balducci, el vecino de enfrente, fue el primero en alertar a los servicios de emergencia. Cuando la teniente Davidoff y el jefe Patterson llegaron al lugar, el jefe del Departamento del *Fire Department*, Scott Stevens, y su equipo de *firemen* ya se habían mostrado impotentes para salvar al edil.

Tres balas en el pecho, una de ellas alcanzando el corazón y otra un pulmón: los daños eran demasiado graves.

Me reuní con Barry y la teniente Davidoff en la calle, donde nos resguardábamos bajo el alero de una tienda de artículos de pesca, justo frente al ayuntamiento. Mientras los bomberos se llevaban el cuerpo sin vida de Victor Martineau, acompañado por los sollozos de su esposa, Shana nos relataba lo que había recogido de los primeros testimonios.

—La empleada municipal, Jocelyne Chastain, declaró que Martineau le había dicho que saldría un poco más tarde, cuando ella se asomó en el marco de la puerta de su despacho. Precisó que, de vez en cuando, solía quedarse trabajando hasta tarde en algunos expedientes, pues le gustaba la tranquilidad, la soledad y el silencio del edificio municipal una vez caída la noche.

—¿No notó nada en particular o inusual antes de marcharse? —quiso saber Barry, cuyos reflejos de policía volvían a aflorar.

—Justamente sí. Asegura haber escuchado a Martineau mantener una conversación telefónica bastante acalorada pocos minutos antes de abandonar la recepción del ayuntamiento. Cree que estaba hablando con el jefe Patterson; dice que el alcalde mencionó varias veces el nombre de Bob y que los dos interlocutores parecían conocerse perfectamente. A la pregunta de si los hombres habían hablado de cierta llave, respondió afirmativamente.

—¿Por qué no me sorprende en lo más mínimo? —se burla Barry mientras se frota el mentón—. ¿Sabemos a qué hora salió de su despacho?

—Los disparos fueron escuchados por Balducci a —Shana consulta su cuaderno a la luz del farol— 21:12. Supongo que debía salir en ese momento. Contactamos a Jocelyne, quien volvió para abrirnos las puertas de la oficina municipal. Allí constatamos que Martineau había cenado solo en su despacho: unos fideos chinos recalentados en el microondas de la sala de descanso. La caja aún estaba sobre el escritorio, junto al teléfono, con una lata de Budweiser.

—¿Se han encontrado casquillos por algún lado?

—Ninguno.

—Entonces el tirador tomó todas sus precauciones. Si me guío por los impactos que recibió Martineau, los disparos debieron provenir de este lado —supone Barry mientras gira señalando los edificios justo detrás de nosotros.

Al volvernos, hacemos un barrido visual de las tiendas y de las ventanas que las coronan. La tienda de artículos de pesca frente a la que estamos se encuentra junto a las oficinas de una compañía de seguros por un lado y al local de un agente inmobiliario por el otro.

Más adelante, un local de tacos para llevar y una casa particular. Sobre las tiendas y oficinas, deben ser apartamentos privados o bien la planta superior de oficinas y comercios. A esta hora y en esta época del año, todas están cerradas. Shana nos aclara que se realizarán audiencias desde la mañana siguiente. Barry quiere saber aún más:

—¿Pudiste escuchar a otros testigos, Shana? ¿Qué se concluye?

La teniente levanta la cabeza y abarca la calle con un gesto circular de su brazo.

—Con este clima y a esta hora, te imaginarás que no había casi nadie en las calles.

—¡Nadie vio nada, entonces!

—Nada fuera de lo habitual.

—A creer que el tipo había organizado su golpe… en el lugar y momento precisos.

—El tipo o la tipa —corrijo—… y que él, o ella, sabía que Martineau hacía horas extra en su oficina esa noche…

—¿Quién podría estar al tanto de esto? — reflexiona Barry.

—Con lo que sabemos hasta ahora, más lo que podemos suponer, diría que un pequeño grupo de personas sabía que Victor Martineau seguía presente en el ayuntamiento después del cierre. Jocelyne, obviamente. Quizá su esposa, a quien seguramente le habrá avisado de no esperarlo para cenar. Y por qué no, la persona con la que habló por teléfono en el momento en que Jocelyne se iba…

—Bob Patterson… —resopla Barry—. Con quien acababa de discutir en una conversación tensa sobre una llave –¿USB?–, pieza de evidencia de una investigación reabierta hoy mismo… ¿Podría este asunto constituir un motivo para eliminar a Martineau?

—A Shana y a mí nos parece que la pregunta de Barry no es más que una afirmación velada.

—Espera, Barry. ¿De verdad crees posible que el jefe de policía haya matado al alcalde para evitar que hablara?

—Conociendo a Patterson como lo conozco, ya nada me sorprendería… Shana, tendremos que vigilar de cerca la autopsia de

Martineau. Y si las balas resultan provenir de un arma de servicio usada por la policía de Greenville…

Asentimos al unísono.

Surgió una duda en mí. Dirigiéndome a Shana, pregunto:

—¿Quién está a cargo de la investigación?

—El jefe Patterson— suspira la teniente apretando los dientes.

62

A MODO DE FIRMA

True Crimes Mysteries,
4 de noviembre de 2022.

La parte visible del iceberg.

Ayer, en el corazón del tranquilo pueblo de Greenville, Maine, un dramático suceso conmocionó a la población. Mientras salía solo del ayuntamiento, el Town Manager, Victor Martineau, fue asesinado con tres disparos en el pecho. El edil falleció a causa de sus heridas antes de que los servicios de emergencia pudieran hacer algo por él.

Este hecho es objeto de una investigación en curso y, por el momento, ningún sospechoso ha sido formalmente identificado por las autoridades locales.

Pero para los lectores atentos de esta revista, voy a revelar aquí lo que creo que podría ser una explicación plausible.

A mi parecer, este nuevo drama no es más que la parte visible del iceberg, como dice la expresión.

El iceberg de la familia Lake…

Y como toda parte visible, existe otra sumergida, que representa, como se sabe, cerca del 90% de la masa total de un bloque de hielo flotante.

Recapitulemos remontándonos en el tiempo.

2022: asesinato del alcalde de Greenville, Victor Martineau, un amigo cercano de la familia Lake.

2018: fotos comprometedoras, repugnantes, que mostraban a jóvenes chicas en compañía de hombres, entre ellos Mason, el padre de la familia Lake.

2017: misteriosa desaparición de Veronika, nunca reaparecida, la hija de la familia Lake.

2000: muerte accidental, en Miami, de Brandon, el hijo de la familia Lake.

Como se puede comprobar, estos cuatro dramas convergen todos hacia un punto común evidente: la familia Lake…

Se podrían, entonces, sacar conclusiones apresuradas… ¿Los Lake culpables? ¿Los Lake víctimas?

Pero eso sería olvidar otros factores, otros puntos comunes en esta telaraña sórdida.

Por ejemplo, la sombra omnipresente de un tal Robert Patterson, jefe de la policía local de Greenville y, de manera accesoria, amigo de los Lake y de los Martineau…

Veamos esto:

2022: Poco antes de su asesinato, Martineau parece haber tenido una conversación telefónica acalorada con Patterson sobre las fotos de 2012…

Y, sin embargo, la investigación es confiada a ese mismo Patterson.

2018: Patterson sustrae las fotos y entierra la investigación.

2017: Ocupando su puesto en Greenville, es Patterson quien lleva la investigación sobre la desaparición de Veronika.

2000: Se acaba de conocer, a partir del estudio de los estados de servicio del jefe Patterson, que estaba destinado en el barrio de Coconut Grove en Miami, como oficial de patrulla, barrio donde actualmente residen los Lake y donde falleció Brandon…

Se invita a los lectores a sacar sus propias conclusiones de estos datos, que no son suposiciones… ¡sino hechos!

Sin embargo, eso no es todo. Otros misterios despiertan la curiosidad de la periodista que soy.

Lo más increíble no es otro que aquel al que me he enfrentado personalmente en los últimos días.

Permítanme contarles.

Que los lectores se imaginen mi inquietud al saberme vigilada, seguida, acechada por un desconocido que llegó a Greenville hace apenas tres días.

Que imaginen mi miedo al saber que este hombre se encuentra en el mismo hotel que yo…

Que intenten comprender mi asombro cuando, hace unas horas, me entero de que este desconocido se registró bajo el nombre de Brandon Lake…

Que se sorprendan, como yo, de que este hombre ahora sea inlocalizable en Greenville…

¿Qué pensar de todo esto, queridos lectores?

¡Un desconocido aparece en el lugar de una serie de tragedias que afectan a los Lake y afirma llevar el nombre de su hijo fallecido en el año 2000!

No suelo dar crédito a lo sobrenatural o fantástico, créanme, pero en un caso como este, ¿qué lógica racional se puede encontrar en estos hechos crudos?

¡Eso es precisamente lo que su dedicada investigadora se propone esclarecer lo antes posible!



Cierro la pantalla de mi portátil después de haber enviado este artículo a Myrtille Fairbanks.

No lo pensé demasiado y lo escribí de un solo tirón, movida por la necesidad de sintetizar los hechos recientes desde un ángulo diferente. A veces, poner las cosas por escrito, resumirlas y aclararlas desde un punto de vista simple permite tomar cierta altura periodística.

Eso es precisamente lo que decidí hacer en el instante exacto en que se me inspiró el título.

Porque la honestidad me obliga a confesar que no inventé sola este título, que me parece, en suma, totalmente adecuado para definir los casos Lake. Sí, en plural, por supuesto.

Para ser completamente transparente, este título me fue entregado en bandeja, como un don del cielo.

Volvía del centro de la ciudad, tras el trágico episodio del asesinato del alcalde, que dejaba un malestar flotando sobre Greenville, y pasaba frente a la recepción de mi hotel cuando el vigilante nocturno me llamó:

—Señora Blackstone, hay un sobre para usted.

Bastante sorprendida, recogí el sobre en cuestión y subí corriendo a mi habitación para abrirlo.

No había nada más que mi nombre, Karen Blackstone, escrito en mayúsculas en el sobre. Estaba sellado con una franja adhesiva, de esas que se humedecen con la lengua.

Lo abrí.

Dentro, una simple hoja de bloc de notas doblada por la mitad, en la que se había escrito a mano:

Martineau no es más que la parte visible del iceberg. Sumérgete, Karen, y descubrirás todo lo que yace bajo la superficie...

Luego, dos simples iniciales como firma:

B.L.

63

UNA ESPINA EN EL CORAZÓN

Entonces, el autoproclamado Brandon Lake no está tan lejos, ya que pudo dejar una carta a mi nombre en la recepción del *Greenville Inn* mientras yo me encontraba, al mismo tiempo, en la calle principal, en el lugar del asesinato del alcalde.

Todavía ronda a mi alrededor, pero ¿qué intención tiene? ¿Se hace pasar por justiciero o adopta la postura de un alertador? ¿O de alguien que da lecciones?

En cualquier caso, parece estar al tanto de muchas cosas, protegido tras la improbable identidad de Brandon Lake.

Si realmente es quien dice ser, entonces algunos elementos escapan a mi entendimiento. Y como no creo en lo irracional, debe existir otra explicación más racional.

Si probablemente no puede ser el Brandon Lake muerto en el 2000 en Miami, ¿quién es entonces?

No dejo de atormentarme la cabeza con estas preguntas espinosas.

En todo caso, mediante la carta que me dirige, me invita a sumergirme bajo la superficie para descubrir la parte oculta del iceberg Lake. Paradójicamente, me sugiere adentrarme en aguas turbias para ver con mayor claridad.

Está bien, voy a seguir los consejos de este desconocido y sumergirme, nadar en el pantano Lake. Primero, siguiendo esa intuición que me surgió durante la noche llena de sueños y pesadillas que acabo de pasar. En ellos, los rostros de los miembros de la familia Lake danzaban una macabra farándula: Mason, con su aire vicioso y la cicatriz en doble Z invertida en la mano; Janet, con su mirada *sumisa de mujer*; Brandon, el niño con la garganta ensangrentada; Veronika, su rostro turbado flotando bajo la superficie de las verdes aguas del lago Moosehead. A estos se unían también el rostro rubicundo de Martineau y el semblante autoritario y taimado del jefe Patterson. Veía danzar, al fondo, a los tres adolescentes apenas puberales en ropa interior, sus rostros cubiertos por su abundante cabello. En ese instante surgió la intuición y me desperté, mientras la luz del día, pálida, se filtraba a través de las persianas.

Fue entonces que, movida por una vaga idea, le envié un mensaje a Tom Malone, el ex-*boyfriend* de Veronika, quien, esperaba, tendría algo que satisficiera mi curiosidad.

Tom, me permito molestarlo de nuevo. Tengo una solicitud que hacerle. Usted, que mantuvo una relación íntima con Veronika durante más de dos años, debe necesariamente poseer fotos de ella, ya sea en papel o en formato digital. ¿Tendría la amabilidad de enviarme algunas en las que aparezca con traje de baño? Preferiblemente de espaldas. Le estaría muy agradecida. Gracias de antemano. Karen Blackstone.

Es hora de darme una ducha, bajar a desayunar al comedor común donde, la víspera, me había cruzado con *B.L.*, y mi teléfono tiembla al recibir un MMS que contiene la serie de fotos que le pedí a Tom Malone. Como preámbulo a los archivos *jpeg*, el leñador aclara, no sin un toque de humor travieso:

Esto es lo que pude encontrar en mi Google Fotos. Tenía usted razón, Karen, la encontraba tan atractiva en bikini que no podía evitar fotografiarla, de espaldas… También tengo otras fotos donde está aún más desnuda, pero no me atreví a enviárselas: no quisiera incomodarla… En todo caso, esto es lo que tengo disponible, esperando que le sea útil para lo que busca. ¿Se ha enterado de lo de Martineau? Tom.

Para simplificar, antes de abrir los archivos y examinarlos con atención, decido llamar a Malone.

—Gracias por las fotos, Tom. No tengo duda de que me serán útiles. Estuve en primera fila, por así decirlo, con respecto al alcalde. A propósito, ¿tiene usted alguna idea de quién pudo dispararle tres balas en el pecho?

—Un montón de gente, en Greenville y en otros lados —se burla Tom—. Al igual que con Patterson y toda esa buena gente que frecuentaba el Rotary u otros círculos, esos peces gordos que movían los hilos de la ciudad, esos tipos tienen el don de atraer problemas…

—¿Problemas lo suficientemente serios como para justificar un gesto así?

—Probablemente —reflexiona Malone en voz alta—. Sabe, Karen, aunque saliera con Veronika y pasáramos tiempo con las chicas de Martineau y Patterson, Becky y Dorothy, a quienes de hecho apreciaba, no puedo decir lo mismo de sus progenitores. Esos tipos me repugnaban, no sabría decir por qué. Tal vez por su aire siempre superior o por su mirada de buitre. Ojos en los que se podía leer manipulación, desprecio, secretos. Esos ojos te decían: "Si abres la boca, chico, tendrás que enfrentarte a mí".

—¿Tenía motivos para abrir la boca y meterse en problemas, Tom? ¿Tenía cosas que contar sobre ellos?

Un silencio se instaló en la línea telefónica.

—Yo no. Veronika, quizá. Pero ella ya no está para dar testimonio. Su desaparición fue, creo entenderlo ahora, un alivio para esos tipos…

—¿Quiere decir que Veronika molestaba? ¿Que habría revelado cosas inconfesables si no hubiera desaparecido?

—Una noche, cuando estábamos los dos abrazados en la playa de Lily Bay contemplando el oleaje del lago, ella se confió a mí por primera vez desde el inicio de nuestra relación —dice Malone—. Bueno, se confió a medias. Con el tiempo, entiendo mejor lo que quiso decir sin decirlo realmente.

Me quedé en silencio para no interrumpir la confesión de Tom Malone, quien continuó:

—Hablábamos de nuestros respectivos padres —prosigue—. Los míos, simples obreros y empleados, a quienes amaba por su sencillez. Los suyos, que usted conoce, por los que ella no sentía el más mínimo afecto, al contrario. Ella afirmaba que nunca le había importado su dinero. Que habría preferido "*más amor que dinero"*, eso dijo palabra por palabra. Poco a poco empezó a llorar contra mi pecho. Luego dijo cosas más confusas, entre sollozos. Decía que, desde que recordaba, nunca había leído realmente amor en sus ojos. Que más bien veía reproches, como si lamentaran que ella hubiera nacido. Que nunca le habían dicho "te quiero". Que vivían con un fantasma, como fantasmas.

—¿El fantasma de Brandon, su hijo mayor fallecido? —no puedo evitar interpretarlo.

—Creo que era un dolor permanente en ellos, como una espina en el corazón imposible de extraer. Mason y Janet Lake vivían en el recuerdo de Brandon. Veronika me dijo esa noche que era como si él nunca hubiera muerto, en realidad… ¿Recuerda usted la habitación de Sugar Island, Karen?

—Claro. Y Winnie, el peluche que tiró a la piscina…

—Bueno, parece que habían conservado una habitación similar en su villa de Miami… Como si el niño tuviera que volver de un día para otro…

No puedo evitar pensar en ese *B.L.*, que volvió de entre los muertos en Greenville.

—¿Tom? Si le dijera que un hombre me abordó recientemente afirmando llamarse Brandon Lake, ¿me tomaría por loca?

—¡Maldita sea! Diría que ya nada puede sorprenderme sobre los Lake, a estas alturas… Y si, a mi vez, le dijera que Veronika afirmaba, esa noche en la que se confió a medias, que sus padres la dejaban a menudo con una niñera en Miami cuando era pequeña. Me dijo, esa noche a la orilla del lago, que creía que ya no la querían y que iban a visitar a otro niño en lugar de ella, un pequeño huérfano al que querían más que a ella y que deseaban adoptar…

—Un *Brandon Lake* de reemplazo… —digo entre dientes, sin atreverme a creer lo que mis propias palabras expresan.

64

UN VÓRTICE MORTAL

Toda la magnitud de la locura de los Lake se me revela entonces en el lapso de una fracción de segundo. La confirmación de su demencia, pero también de su infamia.

Me bastaron unos cuantos clichés para confirmar las sospechas que alimentaba desde hacía días, para asentarlas con firmeza.

Tal vez tenía ante mis ojos la clave que permitiría comprender la razón de la desaparición de Veronika Lake, cualquiera que esta hubiese sido: suicidio, asesinato, fuga o rapto…

Justo después de mi conversación telefónica con Tom Malone, me puse a examinar las fotos que le había pedido que me enviara, aquellas en las que me sería posible ver a Veronika en bikini.

En ellas, la joven —pues ya lo era, contando unos dieciséis o diecisiete años en esas imágenes digitales— es de una belleza real, sin corresponder sin embargo a los famosos cánones de la moda. Su pequeño pecho apenas llena la parte superior del bikini, sus nalgas no tensan la tela de la parte inferior como en la mayoría de las chicas de su edad, pero de ella emana una feminidad conmovedora. Su cuerpo neutro no puede calificarse ni de femenino ni de masculino, aunque estimo que debía agradar a los muchachos.

Al menos le agradaba a Tom Malone, lo cual bastaba para su felicidad, supongo. En ciertos clichés parece feliz, aunque sea solo

en el instante inmortalizado para la posteridad. Pero ¿qué vale la sonrisa de una foto? ¿Un tic forzado? ¿La necesidad de parecer bien en su piel, bien en el momento? Una vez fijada la foto, la sonrisa se borra, los recuerdos vuelven a la superficie, la melancolía regresa…

Trato de no dejarme distraer por la emoción al contemplar esas imágenes de una joven frágil que, sin duda, quedó atrapada en una telaraña pacientemente tejida a lo largo de los años por sus padres y su entorno. El mundo que gravitaba sin descanso a su alrededor la absorbía en un torbellino infernal, semejante a un remolino en medio del lago —un vórtice mortal— que arrastraría la barca del pescador.

Y me concentro en las fotos.

Y la evidencia salta a mis ojos.

Terrificante, increíble y sin embargo tan cierta, tan horriblemente indudable.

Por miedo a equivocarme, a que mi intelecto me juegue una mala pasada, me niego a sacar conclusiones demasiado apresuradas. Así que repaso, una y otra vez, el pequeño puñado de fotos en las que el detalle en el cuerpo de Veronika no puede ser un simple defecto de la imagen, una partícula de polvo en la cámara en el momento de la toma, un ruido digital generado por el tiempo. Pero no, la duda ya no es posible, puesto que se repite en varias fotos.

Es, efectivamente, la misma imperfección de la piel la que aparece aquí y allá. No es un tatuaje, como creí al principio. No tiene ni la nitidez ni la tonalidad, ni mucho menos la rectitud artificial del trazo con tinta. Además, ese tipo de marcas indelebles solo se hacen a partir de cierta edad…

Por lo tanto, no puede tratarse más que de una mancha de nacimiento, impresa en los riñones de la joven, del lado derecho, justo por encima del elástico del bikini.

Por definición, una mancha de nacimiento que aparece el primer día de nuestra vida se encuentra inevitablemente en el mismo lugar cuando tienes diecisiete años.

Esa marca lo acompaña año tras año, indeleble —todos recordamos a Gorbachov—, tan personal e identificable como su

ADN.

Siguiendo la misma lógica, no pudo haber desaparecido cuando tenía doce o trece años.

Así que, si se encuentra con fotos de esta persona a esa edad y nota la misma mancha en el mismo lugar, en la parte baja de la espalda y del lado derecho, justo por encima del elástico de una braga de algodón blanco, puede estar completamente seguro de que esa niña de trece años no es otra que Veronika Lake…

Esa adolescente recién en la pubertad, retratada en ropa interior en la misma serie de fotos en las que aparecen hombres semidesnudos en poses sugestivas… Entre ellos, cierto Mason Lake, al que una cicatriz en forma de doble Z invertida identifica sin posibilidad de error…

¡Su propio padre!

65

EL PECADO DE LOS PECADOS

De descubrimiento en misterio resuelto, tengo la sensación de caer de Charybde en Escila.

¿Hasta dónde me llevará mi investigación? ¿A qué abismos del lago Moosehead seré arrastrada?

Creía haber tocado el fondo del horror, pero descubro, horrorizada, que no es así. ¿Cómo aceptar lo que estas fotos me gritan en la cara?

Un padre que ofrece a su hija al deseo de otros hombres… ¿amigos de fiesta, amigos de toda la vida? ¿Acaso este padre no es —no temamos las palabras— un proxeneta?

Que haya obtenido algún beneficio de ello o no, eso no deja de hacerlo un delincuente sexual.

Organizar orgías entre hombres alrededor de jóvenes en flor, ¿no es uno de los peores pecados que existen?

Imaginar tales actos me repugna; siento una náusea espantosa mientras cierro mi computadora y apago mi teléfono. No quiero ver más. No quiero creerlo.

Sin embargo, los hechos están ahí, indiscutibles, gritando una verdad lasciva.

Mi cerebro se niega a aceptar lo inadmisible, pero no puede evitar imaginar lo peor. Peor aún que entregar a su hija a otros

hombres, ¿qué pensar si este padre abusara él mismo de su propia hija durante esas fiestas?

Al proxenetismo se añadiría el incesto, el pecado de los pecados.

¡Pobre niña! Cómo te compadezco, Veronika… ¡Cómo puedo comprender tu malestar, tu sufrimiento, tus ganas de acabar con todo después de haber conocido el infierno tan joven!

Literalmente asqueada, corro hacia mi baño, me inclino sobre el inodoro y vomito mi odio hacia los hombres…

Por más que me enjuague la boca abundantemente, conservo un sabor acre en la lengua. Me rocío el rostro con agua fría durante un rato, y luego llamo al teniente Davidoff para informarle de mis descubrimientos. Como yo, Shana siente un terrible shock. Y un fuerte deseo de ajustar cuentas.

—Voy a pasar la información a mis colegas en Miami de inmediato —declara enseguida—. La pareja Lake pasará del estatus de testigos al de sospechosos, créanme. Karen, por favor, transfiéreme sin demora las fotos incriminatorias. ¡Malditos hijos de puta!

Shana cuelga, ansiosa por pasar a la acción, por hacer pagar a los Lake por sus crímenes.

Por mi parte, llamo a Tom Malone.

—Tom, necesito verte de urgencia. Prefiero hablar a solas. ¿Podemos encontrarnos en el *Stress Free* dentro de media hora?

El empleado forestal me enfrenta, con un vaso de un litro de *pale ale* en la mano al que apenas ha tocado, salvo para aspirar la espuma, con el rostro tan abatido como el mío. Acabo de informarle de lo que pude deducir de la serie de fotos. Permanece mudo, incapaz de creerlo.

—¿No lo sabía, Tommy?

Niega con la cabeza varias veces, como un niño al que regañan y que se niega a aceptar la verdad. Pero no tiene culpa alguna, el pobre. Casi me da lástima.

—¿Nunca hubo nada que pudiera haberle hecho sospechar? —insisto—. No sé, una frase, algunas palabras de Veronika, un lapsus desafortunado…

Malone sigue sacudiendo la cabeza, incrédulo. Al cabo de un momento, después de beber de un trago un tercio de su cerveza, confiesa de repente:

—Ahora que sé esto, empiezo a comprender ciertas actitudes o comportamientos de Veronika. No soy psicólogo, no sé si esto explica aquello, si hay un vínculo de causa y efecto, pero probablemente sí. No sé muy bien cómo decírselo, me siento un poco incómodo, pero al mismo tiempo, cuando lo sepa, Karen, tal vez vea cierta lógica en ello.

—Hable con franqueza, Tommy —lo animé.

—Pues bien, siempre tuve la impresión de que Veronika se sentía incómoda con su cuerpo en la intimidad. ¿Sabe a lo que me refiero? Nos conocimos, es decir, empezamos a salir cuando ella tenía apenas quince años y yo dieciséis. Al principio, cuando comenzamos a coquetear como dos adolescentes bien portados, todo iba de maravilla. Y luego, ya sabe, es la naturaleza… empecé a querer un poco más. A mí me picaban ahí abajo las hormonas y todo eso. Los besos ya no me bastaban después de algunos meses juntos. Le rogaba que me dejara acariciarla un poco y quería que ella hiciera lo mismo conmigo… Le pedía que me hiciera cosas, ya sabe… Pero cada vez se ponía rígida, rechazaba mis avances, como si me tuviera miedo, miedo de que le hiciera daño. Al principio pensé que era normal, porque nunca lo había hecho con un chico. Me imagino que, para las chicas, la primera vez es algo importante. Yo ya lo había hecho una vez, así que supe esperar un poco para no apresurarla. Luego terminé por impacientarme. Le lancé un ultimátum. Casi rompemos en ese momento porque, a mí, no me interesaban esas relaciones tipo Platón ni todas esas tonterías, ¡maldita sea! Jugar a tocarse, eso es cosa de niños. Así que al final ella terminó cediendo, pero fue muy complicado. Primero, ella nunca quiso que la viera desnuda —cuando les decía hace un momento que tenía fotos que los harían sonrojar, era puro cuento, para presumir. Las pocas veces que accedió a *jugar a la bestia a dos espaldas*, siempre fue a

oscuras por completo. Y, me da vergüenza decirlo, pero parecía que no le gustaba tanto, y cuando encendíamos la luz después de que se había vestido a oscuras, lloraba. Nunca pude saber por qué. Pero ahora lo entiendo…

Tom se agarra la cabeza entre las manos y fija la vista en el fondo de su jarra de cerveza. Siento que está a punto de quebrarse también.

—Usted no tiene la culpa, Tom —intenté aliviarlo—. Veronika vivió un infierno y quedó destruida psicológicamente. Es extremadamente difícil vivir con normalidad la sexualidad y la vida amorosa después de dramas así… ¡Créame!

Dejo que se instale un momento de recogimiento durante el cual Tom recompone su actitud. Luego, me sorprendo por un detalle que de repente me viene a la mente, relatado por Alvin Brown, me parece.

—Lamento insistir en este tema y remover la herida, pero debo informarle algo que descubrí durante mi investigación. ¿Puedo?

—Ya hay prescripción…

—Verá, no sé si lo supo en su momento, pero al parecer, durante su última noche en Sugar Island en agosto de 2017, Veronika habría sido vista… bueno, ya sabe… con alguien que no era usted… Lo siento, Tom…

La mandíbula del hombre se tensa, al igual que sus puños, como si estuviera a punto de destrozar la mesa. Pero se contiene y dice:

—Quizá no era ella… ¡No puede ser ella!

—Me temo que sí, por descarte. ¿Sabría con quién…?

—Maldita sea, no. No con uno de los tipos del Círculo, de ninguna manera. No puedo creerlo. Primero, solo Paul no estaba en pareja, y él estaba interesado en Cynthia, no en Veronika. Y además, no veo cómo ella podría haber hecho eso con otro que no fuera yo, sabiendo que ya de por sí no era su cosa conmigo… Si es así, maldita sea, es aún más asqueroso para mí…

Entonces se me ocurre una idea incongruente:

—Imaginemos un escenario diferente, Tom. Dado que Veronika parecía sentir cierta forma de rechazo hacia los hombres —y eso se

puede entender—, ¿no podría ser que, esa noche, se encontrara en la cama con… una chica?

66

NO ES UNA GRAN PÉRDIDA

—¿Pero qué te pasa en la cabeza? —se indigna Tom Malone en reacción a mi última suposición—. ¿Veronika, una lesbiana? Está usted delirando, Karen, lamento decírselo. Ya con solo imaginar que mi novia me engañara con otro tipo me pone furioso, y no creo que eso sea posible; pero pensar que podría hacerlo con otra chica, ¡eso sí que me deja completamente fuera de lugar! No, no, ella habría sido incapaz.

—Entonces, ¿con quién se acostó esa noche en la villa de Sugar Island? —lo provoco.

—¡Con nadie! ¿Sabe qué? Estoy seguro de que en realidad no son más que chismes. ¡Sandeces que alguno de esos cabrones del Círculo le contó! Para fastidiarme, para ensuciarnos a Veronika y a mí. ¡No son más que mentiras! —se enfurece Malone golpeando ahora con el puño en la mesa y terminando su cerveza de un trago.

A nuestro alrededor, varias cabezas se giran hacia nosotros, curiosas. El dueño del pub, detrás de su barra, observa a Tom y le hace un pequeño gesto de calma. Nada de escándalos en su local, eso parece significar su ademán.

—¿Con qué propósito habrían querido hacer eso? ¿Ensuciarlos de qué, y por qué?

—No lo sé maldita sea, y empieza a hartarme todo este embrollo. Que dejen de remover el barro. Que dejen a los desaparecidos, o a los muertos, descansar en paz, y punto.

—Un muerto solo descansa en paz cuando la verdad se conoce y se hace justicia —filosofé—. Revelar esa verdad es lo que me impulsa cada día desde mi llegada a Greenville, Tom. Necesito su ayuda, un poco más. Siento que estamos cerca de la meta y que los acontecimientos, por sí mismos, se precipitan. Mire el asesinato de Martineau…

—No es una gran pérdida…

Asiento con la cabeza, no muy lejos de compartir la misma opinión que Tom Malone respecto al alcalde de Greenville.

—Es, supongo, el sentimiento de un sector de la población. Sea como sea, este asesinato está relacionado con los asuntos de los Lake, ya sea que se remonten al 2000 o al 2017. Quiero entender de qué manera encajan. Tom, ¿sabría reconocer a algunas de las personas visibles en las fotos del USB del que le hablé? Aparte de Veronika y su padre, que ya han sido identificados.

Moviéndome junto al leñador, oriento la pantalla de mi computadora de manera que ambos podamos ver las fotos. Tom se tensa cuando su *girlfriend* aparece en poses degradantes. Lo siento al borde de las lágrimas y veo sus puños apretarse un poco más cuando le señalo a Mason Lake en las imágenes.

—¿Las otras dos niñas no le dicen nada?

—Quizá sí —murmura—. Pero nunca se distinguen claramente sus rostros, siempre ocultos por el cabello. No sería capaz de afirmar nada sin decir tonterías…

—Entonces, consideremos el problema desde otro ángulo —propongo—. Partamos de un razonamiento que ya no me parece tan extravagante. Supongamos que los tres hombres en cuestión forman un trío de amigos muy cercanos. Hay que serlo para organizar esas fiestas, ¿no?

—¡Sobre todo hay que ser unos seres despreciables, unos grandes asquerosos, sí!

—Sabiendo que uno de ellos es Mason Lake, ¿quiénes son los otros dos?

—¿Martineau? Lo que justificaría su asesinato y el mensaje que me dijo que recibió sobre un iceberg…

—¿Y el tercero?

—¿Patterson? Que habría encubierto bastantes cosas sobre los Lake… y quizás también sobre Martineau, quien habría decidido contar la verdad…

—A partir de ahí, ¿podemos extrapolar suponiendo que estas fiestas se llevaban a cabo entre esos tres y… sus propias hijas, ofrecidas a los apetitos sexuales de los otros dos? Ya tenemos la certeza de que una de ellas es Veronika, la hija de Mason.

—Y las otras dos serían Becky… Martineau y Dorothy… Patterson…

67
VOMITA LA VERDAD

Un trío de padres indignos; un trío de hijas ultrajadas.

—Podrían ser ellas, Becky y Dorothy —confirma Tom Malone sacudiendo la cabeza con incredulidad y mirando las fotos con una expresión sombría, antes de que cierre la carpeta del ordenador.

Ya hemos visto suficiente.

—¿Y por qué solo Veronika habría desaparecido? —se pregunta luego—. ¿Por qué solo *ella* ya no está?

—Probablemente porque era la más frágil psicológicamente. Las otras soportaron mejor lo inaceptable…

Atónitos por nuestros propios razonamientos, Tom y yo permanecemos en silencio unos instantes mientras la camarera del *Stress Free Moosehead Pub* nos trae la segunda ronda que pedimos, acompañada de tapas para picar. Yo acompaño, muy excepcionalmente, al leñador con una cerveza blanca. ¿Espero emborracharme para aliviar este peso que atormenta mi mente y mi corazón, cargados de demasiados horrores revelados en tan pocos días?

Apenas tengo tiempo de dar un largo sorbo bien fresco cuando mi teléfono se agita sobre la mesa. Aparece el nombre de Shana Davidoff, descuelgo de inmediato.

—¿Karen? Le habla la teniente Davidoff. ¿Está sentada?

—Sentada con una especie de calzón de plomo que me impide todo movimiento —ironizo—. Le escucho.

—Prepárese, porque tengo información importante proveniente de Miami…

—¿Han encontrado a Veronika?

—No, no exactamente. Pero durante la declaración de Mason y Janet Lake, mis colegas lograron obtener confesiones de su parte.

—¿De qué tipo?

—Mason no pudo negar mucho tiempo la organización de las fiestas privadas con las niñas, incluida Veronika. Cuando le informaron del asesinato de Martineau, se vino abajo y delató al alcalde sin el menor escrúpulo.

—¿Y el tercero? ¿Patterson?

—Aún no ha soltado nada sobre él… En cambio, aquí viene lo increíble que finalmente revelaron cuando mis colegas mencionaron la presencia de ese hombre que dice ser Brandon Lake, aunque este último lleva veintidós años muerto y enterrado. Querían conocer su versión de la historia. Los interrogaron por separado, un método que siempre da resultado. Y fue entonces cuando Janet literalmente se quebró. Escupió, o más bien vomitó, la verdad.

—¡Dios santo, Shana, deje de mantenerme en suspenso! ¿Qué verdad?

—Que Brandon Lake no murió en 2000 a consecuencia del ataque de su perro Brownie… —sentenció la teniente Davidoff, haciendo una pausa para dar más peso a sus palabras.

El efecto funcionó a la perfección: me quedé sin voz.

—¿Brandon Lake está vivo? Eso es totalmente imposible, me incliné sobre su tumba en Miami.

—Una tumba vacía. O más bien, un ataúd vacío. Con dinero e influencias se consigue todo en este mundo, incluso las peores ignominias. Los Lake nunca se quedaron atrás en ese juego.

—Entonces, ese desconocido que ronda a mi alrededor en Greenville… ¿sería realmente él?

—Falta probarlo, pero puede suponerse, aunque… lo que sigue en la historia me hace dudar un poco. Le explico. Según Janet Lake, y a diferencia de lo que le contó cuando usted los visitó en su casa,

su hijo habría sobrevivido al ataque: los servicios de emergencia lograron intervenir a tiempo para impedir una muerte segura. En cambio, fue demasiado tarde para evitar terribles secuelas neurológicas y motoras. A causa de la gran pérdida de sangre y del tiempo que el cerebro estuvo sin oxígeno, el niño de dos años quedó paralizado de por vida y en un estado neurológico deplorable e irrecuperable. Con el cerebro destrozado, no era más que un vegetal. *Vivo por fuera y muerto por dentro,* esa fue la expresión exacta de Janet. Su hijo, en ese estado, les causaba vergüenza, dijo ella. Horrible escuchar eso de boca de una madre, ¿verdad? Así que tomaron la decisión de internar secretamente al niño en un centro especializado. Lo visitaban de vez en cuando, pero nunca en compañía de Veronika.

—La confiaban al cuidado de una niñera… —y la niña llegó a tener la certeza de que iban a adoptar a otro bebé en un orfanato —completé.

—¿Cómo sabe eso?

—A través de Tom Malone, quien lo obtuvo directamente de la boca de Veronika. Todo parece encajar, ¿verdad? Pero, si es así, ¿quién es ese tipo que se hace llamar Brandon Lake?

—Daría lo que fuera por saberlo —gruñó Shana Davidoff.

Por mi parte, el destino parece tocar a mi puerta, o más bien a mi teléfono. Un tono me indica la llegada de otra llamada.

—Tengo una llamada simultánea, Shana. Te vuelvo a contactar.

Pero no es una llamada, sino la llegada de un MMS de un número que no figura en mi lista de contactos.

Al abrirlo, mi corazón da un salto.

La foto que el remitente desconocido me envía retumba como un golpe de trueno en mi interior. Reconozco inmediatamente, sin lugar a dudas, el lugar y me estremezco al leer el mensaje asociado…

68
RIGIDEZ CADAVÉRICA

En la foto, en pleno centro del cliché, como un lugar personificado, reconozco inmediatamente de qué se trata. Hace unos días, había visto con mis propios ojos ese agujero rectangular lleno de un agua estancada, casi negra, espesa, viscosa y cubierta de hojas muertas y algas, tal como me había aparecido. A través de la imagen digital, casi puedo volver a percibir ese olor a putrefacción, a abandono, como si ese remanso escondiera, bajo su superficie, un cuerpo en descomposición.

La duda no está permitida; se trata, efectivamente, de la piscina abandonada de la villa de Sugar Island que ocupa la mayor parte de la imagen, y tras este instante de sorpresa, una segunda ola de preguntas me invade al descubrir lo que aparece en primer plano de la foto.

Se distinguen dos tumbonas vistas desde atrás, orientadas hacia la piscina de agua negra.

Sobre estas tumbonas, dos personas aparecen recostadas, con el rostro dirigido hacia la piscina, como admirando los antiguos reflejos ondulantes del agua. ¿Recostadas? ¿Acostadas? ¿Extendidas?

Uno puede preguntarse si estas dos personas están somnolientas, simplemente dormidas o —mi cerebro sugiere esta posibilidad— muertas…

¿No revela ese curioso ángulo del cuello que cae sobre un hombro una falta de tonicidad o una rigidez cadavérica post-mortem?

Con un gesto del pulgar y el índice, hago zoom en la foto para intentar identificar a los dos individuos, mientras me cuestiono sobre la identidad del fotógrafo. ¿Una tercera persona, o el aparato estaba simplemente colocado con el temporizador activado?

La imagen se amplía hasta obtener un primer plano de la parte trasera de la cabeza de las dos personas recostadas frente a la piscina con agua estancada. Me parece reconocer a una de ellas por su corte de cabello.

Sí, ahora estoy casi segura de mí misma. Ese hombre, en la tumbona de la izquierda de la foto, podría ser ese desconocido que se hace pasar por Brandon Lake.

Pero, ¿quién es la segunda persona?

Una mujer, a juzgar por su cabello largo y la delicadeza de su nuca.

Un hombre y una mujer… ¿una pareja?

Brandon Lake y… ¿quién?

Tenía tanta prisa, al recibir el MMS, por abrir el contenido multimedia, que no me tomé el tiempo de leer el mensaje de texto que lo acompañaba.

Este último me deja sin aliento por su imprevisibilidad.

Nos divertimos como locos.

¡Únanse a nosotros!

El agua está tan buena…

Los esperamos para darse un chapuzón.

Cuantos más seamos, mejor la pasaremos.

B.L & C.F

Me vuelvo hacia Tom Malone, todavía sentado a mi lado en el *Stress Free Moosehead Pub*.

—*C.F.* ¿Piensas en la misma persona que yo? —le pregunto.

—No tengo ni idea y me pregunto qué hace ella ahora en el cuadro, pero podrían ser las iniciales de Cynthia Favor, confirma el leñador, coincidiendo con mi idea inicial.

69
LOS FANTASMAS DEL PASADO

La primera pregunta que surge cuando vuelvo a dejar mi teléfono es cómo el supuesto Brandon Lake consiguió mi número personal. Sin embargo, por ahora la respuesta me importa poco. Lo único que me impulsa es el deseo de avanzar hacia una pronta resolución de los enigmas que han marcado estas últimas semanas.

> ¡Únanse a nosotros! Cuantos más seamos, mejor la pasaremos.

¿A quién se dirige ese *nosotros*? Brandon Lake parece querer reunir al mayor número posible de personas relacionadas con los asuntos de los Lake en un único lugar, simbólico, por supuesto: la villa de Sugar Island, escenario de tantos hechos terribles. Las noches sórdidas organizadas por Mason Lake y sus cómplices con las niñas. La desaparición de Veronika. Sin olvidar las reliquias, estelas y demás recuerdos petrificados, como la habitación-santuario de Brandon, la tumba de Brownie, etc.

Al igual que un Hércules Poirot que reúne en el salón de una mansión victoriana a los personajes de un clásico de Agatha Christie, el supuesto Brandon Lake eligió la villa de Sugar para – imagino – desenredar los hilos del ovillo misterioso de su familia en presencia de testigos.

A menos que no se trate más que de una trampa…

Eso es lo que pienso mientras el barco avanza sobre las aguas negras del lago Moosehead desde que dejamos la marina de Greenville. Ese *nosotros* está pues constituido por mi propia persona, destinataria privilegiada del mensaje; por Tom Malone, que quiso acompañarme; por la teniente Shana Davidoff, a quien me apresuré a avisar en primer lugar apenas recibí el MMS; por Barry Fenton, que insistió en unirse al viaje. Finalmente, el jefe Patterson se impuso naturalmente como la máxima autoridad del grupo, escoltado por dos *petrolmen* del departamento de policía municipal y por el perro Clever. El piloto es uno de los hombres de Patterson, al mando de la lancha policial, cuyo potente reflector instalado en la proa corta la noche que cae al ras de las aguas, con rumbo a Sugar.

Me veo obligada a admitir que tuve que batallar para convencer a Patterson de dejarnos subir a bordo, él que se vanagloriaba de hacer todo en solitario incluso después de que le entregara el mensaje en bandeja de plata. Vieja costumbre suya: *acaparar el mérito* o ejecutar sus golpes a escondidas.

Voy sentada en la parte trasera de la lancha e intento protegerme del viento glacial que la velocidad aviva al mezclarse con la bruma. El cuello del abrigo levantado hasta la arista de la nariz, la capucha bajada hasta las cejas, solo mis ojos sobresalen y escrutan la penumbra circundante. Miro a Robert Patterson, encaramado en la proa, dirigiendo el potente foco, y me pregunto qué papel ha jugado en el pasado, cuál desempeña en este mismo instante y cuál jugará en las horas por venir. ¿Será acaso el jefe de policía a la vez juez y parte?

Pronto, la luz cruda del foco pone en evidencia la costa desgarrada de Sugar Island, los pilotes y las tablas del muelle principal. En unos minutos atracaremos, invitados improvisados a una fiesta macabra organizada por un misterioso espectro…

—Los civiles, manténganse atrás —ordena Patterson. —La teniente y yo iremos al frente. Nadie corre el menor riesgo, ¿entendido?

Barry Fenton gruñe a mi lado:

—¡Qué maldito imbécil!

—Concédele este momento de gracia, —le susurro, —porque no estoy segura de que le dure mucho.

Las linternas de los policías se cruzan sobre el sendero que conduce a la villa, situada a unos cien metros de la orilla, sacudida por las aguas irritadas del lago. A nuestro alrededor, las sombras danzantes de los árboles caducifolios desnudos y de los coníferos forman una verja dispareja e inquietante, mientras el viento silba entre sus ramas.

La villa parece adormecida, ninguna luz se filtra por las persianas cerradas. Solo un halo brumoso escapa de la parte trasera del edificio, muy probablemente de los postes de *design* que enmarcan la piscina, lugar de nuestro encuentro. Nuestros anfitriones tienen sentido del espectáculo, pienso.

La escuadra policial avanza con cautela, arma en mano, convencida de que el autor de los mensajes es el mismo que abatió a Martineau la víspera. El análisis de las balas, sin embargo, aún no ha dado su veredicto.

El silencio reina alrededor del grupo, solo interrumpido por el viento lúgubre y el ruido de nuestros pasos que aplastan la alfombra de hojas muertas. Siento mi corazón latir frenéticamente en el pecho, tensa ante la inminencia de cualquier desenlace. ¿Qué nos espera en esta casa, que de repente vuelve al centro de la escena?

De repente, dejo escapar un grito de sorpresa.

Una música rompe violentamente el silencio, proveniente de los altavoces detrás de la casa, aquellos que los protagonistas de 2017 me describieron en sus relatos de la loca noche de agosto. El decorado vuelve a ser el mismo: la piscina, la música a todo volumen, la noche. La diferencia es que el frío glacial de noviembre reemplaza la canícula de agosto, que la noche ya no está estrellada sino cubierta por una pesada masa de nubes, y que las aguas de la piscina ya no son de un azul cristalino sino de un negro viscoso.

El agua, el lago, están en el corazón de las palabras que percibo en la canción que nos recibe:

« We need water
And maybe somebody's daughter
Gimme good water, ooh, baby
What I need
Indian Lake is burnin' »

Sin sorpresa, reconozco la voz de Roger Daltrey, el cantante de The Who, que nos recibe con sus vocalizaciones tan particulares. Sin embargo, la canción no me resulta familiar, probablemente un tema de cara *B* que nunca he escuchado, ya que no soy la mayor fan de este grupo. Las letras se bastan por sí mismas: agua, un lago en llamas, la hija de alguien… ¡Bravo, guionistas, qué entrada en escena tan espectacular!

Con cautela, doblamos la esquina de la villa y salimos a la terraza trasera, descubriendo el espacio alrededor de la piscina iluminada, el trampolín cubierto de musgo marrón y dos tumbonas dispuestas junto al agua. Las dos mismas tumbonas que aparecían en la foto recibida más temprano.

Pero los sillones de baño están vacíos.

El lugar está desierto.

Los policías inspeccionan los alrededores en todas direcciones, el arma apuntando frente al pecho, hacia la piscina, la casa, el bosque circundante, intentando cubrir hasta el más mínimo rincón de la escena.

—¿Qué es eso que flota en el agua? —se sorprende uno de los agentes, dirigiéndose a Patterson.

En efecto, entre las hojas secas y las algas negras, distingo a mi vez un objeto que deriva en la superficie del estanque. Comprendo de inmediato de qué se trata.

"¡Vuela, Winnie! ¡Y nada!" había gritado Tommy, lanzando el osito de peluche que pertenecía al pequeño Brandon Lake, aquella noche.

Vuelvo la cabeza hacia el Tom Malone ya adulto, constatando en su aire apenado que él también ha entendido el mensaje.

—Mierda —se limita a decir.

No hace falta añadir nada más, al fin y al cabo, para comprender que, esa noche, los fantasmas del pasado nos habían dado cita en Sugar Island.

70

TENSIÓN NERVIOSA

Con las manos pegadas a las orejas, pasamos cerca de las bocinas que escupen a todo volumen la canción de los Who.

—¡Que callen esos gritos, maldita sea! —eructa Patterson.

Pero como la paciencia no parece ser su primera virtud, el jefe apunta su arma hacia los altavoces y dispara sucesivamente contra las dos grandes bocinas, matando el estéreo y sumiendo de nuevo la escena en el silencio nocturno.

Los disparos me sorprendieron, a mí que nunca me había enfrentado personalmente a tiros de armas de fuego. Los dos estruendosos *blam* que desgarraron la noche hicieron nacer un eco persistente en mi cabeza.

—Tiene el gatillo fácil, Patterson —le digo a Shana, que está justo delante de mí.

—Es capaz de echarlo todo a perder en dos por tres, ese imbécil —confirma ella, acercándose a su superior para mostrarle que quiere contar en esta operación.

Una luz se filtra por la rendija de la puerta de la cocina de verano, aquella por la que yo misma había entrado a la fuerza unos días atrás.

—Por ahí —indica el policía que lleva a Clever con la correa. Los gemidos del perro y el tirón enérgico que imprime delatan su deseo

de entrar para seguir la pista de los habitantes.

Patterson se coloca a la cabeza de la comitiva.

—¿Hay alguien? Si están ahí dentro, les aconsejo salir muy tranquilamente, sin hacer problemas. Será mejor para todos. Se encuentran en una propiedad privada y, por lo tanto, en infracción con la ley del estado de Maine.

Ninguna respuesta a su arenga policial. Me digo a mí misma que, si se trata de Brandon Lake, tiene todo el derecho de estar aquí.

Clever olfatea el suelo con frenesí, tirando de la correa y arrastrando al *patrolman* hacia el interior de la villa, hasta el amplio salón donde, unos días antes, yo había pasado una noche de manera ilegal.

La habitación y toda la casa se bañan en un silencio sepulcral. En fila india, avanzamos lentamente, formando como una silenciosa procesión detrás de un coche fúnebre. La atmósfera está tensa, similar a esos momentos de calma antes de la llegada de una tormenta.

Los miembros del equipo de Patterson y Davidoff se dispersan en buen orden en todas las direcciones, arma en mano, con Clever con la correa siempre gimiendo, registrando cada rincón del salón y penetrando en las otras habitaciones de la planta baja: el dormitorio, el baño. Todas vacías.

Las miradas de unos y otros se dirigen naturalmente hacia la gran escalera de madera que conduce al piso superior, allí donde se encuentra la oficina de Mason Lake y las demás habitaciones, incluida aquella —conservada en el formol del tiempo— del niño Brandon. ¿No sería lógico que el hombre Brandon se hubiera refugiado allí?

Con un gesto de la mano, el jefe Patterson indica al grupo que lo siga hasta la base de las escaleras. Detrás de él se coloca el agente Maxwell, quien sostiene firmemente a Clever, que se excita cada vez más, deseoso de subir las escaleras de dos en dos. Su dueño le ordena calmarse, lo que el perro, obediente como todo buen perro policía, cumple sin falta. Ahora se podría escuchar volar una mosca. De esas moscas verdes que zumban alrededor de los cadáveres en descomposición…

Sin embargo, este nuevo silencio no se ve perturbado por ningún insecto, sino por el suave ruido de pasos provenientes del pasillo del piso superior…

Patterson, con un dedo levantado frente a los labios y los ojos agrandados por la tensión nerviosa, nos exhorta a no hacer el menor ruido. Sin embargo, no duda en gritar:

—¡Quienquiera que sean, muéstrense con calma, avancen con las manos en alto y no se les hará daño!

No obstante, las órdenes del jefe no parecen agradarle al individuo ubicado en el piso superior, ya que nos llega una réplica pronunciada con convicción:

—¡Usted es quien va a mantenerse calmado, Patterson! —declara una voz femenina.

Al mismo tiempo, en el ángulo del pasillo, aparece lentamente el cañón doble de un rifle de caza apuntándonos.

71

ANTE TESTIGOS

Son manos de mujer las que sostienen el arma, la izquierda rodeando el cañón de madera, la derecha con el índice rozando el gatillo. Sobre la culata apoyada contra el hombro, aparece un rostro cerrado y duro.

Un rostro que Tom Malone reconoce al instante, y exclama con evidente sorpresa:

—¿Cynthia?

—Hola, Tommy. Me alegra verte de nuevo… ¿Tú también estás en esto? Cuantos más, mejor…

Un nuevo alboroto se apodera de todas las fuerzas de policía presentes, en una cacofonía de ruidos mezclados: ropa arrugada, clics de armas, ladridos, pasos apresurados sobre las escaleras de madera y las palabras de Patterson, que corta la conversación:

—¡Suelta esa maldita arma, Favor! Esta es mi última advertencia.

—¿O qué? —responde Cynthia—. ¿Qué harán si no la suelto? ¿Me van a abatir como a una bestia salvaje? ¿Ante todos estos testigos? En su lugar, evitaría empeorar mi caso, Patterson…

—Deja de hacer el tonto, coloca ese rifle, levanta las manos en alto y baja tranquilamente por estas escaleras. No se te hará daño.

Cynthia sacude la cabeza, dejando escapar, con la punta de los labios:

—*Tss, tss, tss*… Tal vez haga lo que dices, pero solo después…

—¿Después de qué? —impaciente Patterson, con la pistola aún apuntando al piso superior.

—Después de hablar un poquito. Tenemos muchas cosas de qué hablar, me parece. Ante testigos…

Veo la mandíbula de Patterson tensarse, su brazo estirarse un poco más, la mano izquierda sosteniendo su codo derecho, como preparado para disparar en un campo de tiro.

—Deja ya de tonterías, Favor —gruñe el jefe.

—Lo sé todo, Patterson. Todas las porquerías y los golpes sucios que has tramado durante más de veinte años, tú y tus amiguitos de Greenville y Miami.

Como yo, todos ahora contienen la respiración dentro del grupo. El cara a cara Cynthia Favor–Robert Patterson nos resulta como un combate de boxeo en su primer asalto, los primeros golpes los da la joven morena de mirada negra… y con su carabina de doble cañón.

—No sabe nada, está faroleando. No pierda de vista que podría ser acusado de ultraje a un agente encargado del orden público.

—Eso no es nada comparado con lo que le espera, Patterson, con todo respeto. Actos de pedofilia y proxenetismo, abuso de información privilegiada, corrupción, homicidio, por mencionar solo los más importantes. La lista sería demasiado larga para enumerarla aquí, en una reunión entre viejos amigos, pero no dudo que un juez federal se tomará el tiempo de detallárselos cuando llegue el momento, cuando esté en manos de la justicia. Lo que, me alegra de antemano, significa que ya no será por mucho tiempo un agente encargado del orden público…

Patterson empieza a perder la paciencia; lo entiendo al descubrir sus ojos enrojecidos por la ira. Como decidido a terminar con esto, se lanza por las escaleras.

—¡Ni un paso más! —le ordena Cynthia desde el descansillo del piso superior, con la carabina apuntando al pecho del oficial de policía. —Déjenme contar a nuestros invitados la increíble historia de Robert Patterson. Es muy entretenida, ya verán.

—Se lo prohíbo…

—Déjenla continuar —interviene de repente la teniente Davidoff.

Patterson gira la cabeza hacia su adjunta, con la mirada desquiciada.

—Usted…

—Hable, Cynthia —continúa Shana, apuntando ahora a Patterson con su arma de servicio.

Esto me recuerda de repente esa expresión, *el callejón sin salida mexicano*, me parece. Estamos casi allí, con la única diferencia de que Patterson se encuentra doblemente en la mira. La joven en el piso superior retoma, mientras Clever gruñe sordo, mostrando los colmillos:

—Esta historia comienza en el siglo pasado. ¿Qué digo? ¡En el milenio pasado!, ya que los Patterson y los Lake se conocen y frecuentan desde los años 1990. Mason y Robert, ambos provenientes de la misma facultad donde —¡coincidencia máxima!— también coinciden con un tal Victor Martineau. La *University of Maine* acoge, por lo tanto, en sus aulas a estos tres jóvenes estudiantes, cada uno en su propia carrera, pero unidos en una misma fraternidad, la Epsilon. Un poco más tarde, sus caminos se separan, pero no tardarán en cruzarse nuevamente. Primero, en el año 2000, en el soleado estado de Florida. ¿Qué sucede en esa época bajo el sol de Miami? Un cruel accidente doméstico, la eutanasia de un golden retriever y la muerte de un pobre niño… ¿La muerte? Oficialmente… Extraoficialmente, parecería que el entierro del pobre niño no fue más que una farsa urdida por sus propios padres, con la complicidad de empleados de la funeraria a quienes habrían sobornado para que aceptaran cerrar un ataúd vacío, sobre el cual un representante de las fuerzas públicas habría puesto sellos oficiales… Un representante llamado Robert Patterson, que en ese momento estaba en servicio en el barrio de Coconut Grove…

—¡Qué sarta de tonterías! —gruñe Patterson al pie de las escaleras—. Un cuento de hadas verdaderamente espantoso el que nos sirve, señorita Favor. ¡Qué imaginación! ¡Felicidades! ¿Nunca ha pensado en escribir novelas o guiones para televisión? Si lo que dice es cierto, ¿qué fue del pobre Brandon Lake, eh? Usted que parece tan erudita…

—Ya llegaré a eso. Pero permítame continuar con la historia. Un nuevo capítulo se abrirá, muchos años después, pero esta vez los personajes cambian de escenario. Aquí nos encontramos en el estado de Maine, donde se reúnen, mira usted, nuestros tres cómplices. Uno se ha convertido en alcalde de la ciudad, otro ha sido trasladado al departamento de policía local y el último es una de las mayores fortunas de Greenville, si no la mayor. Reconocerá usted a los tres cerditos de los que hablo. He dicho *tres cerditos* porque, sí, como verá, ¡son cerdos! Cerdos cómplices de una misma ignominia. Hombres maduros, padres de familia, cuyo pasatiempo favorito consiste en organizar pequeñas fiestas privadas en compañía de sus propias hijas, todas apenas púberes, pero que ya deben someterse a las exigentes desviaciones de estos tres depredadores sexuales…

Entre los presentes, somos algunos los que comprendemos las alusiones de la joven, mientras que otros —los compañeros de Patterson— ponen los ojos en blanco, incrédulos, sin saber cómo reaccionar: ¿hacer callar a la joven o dejar que se desahogue? Finalmente, sin recibir órdenes de su superior atónito, la dejan continuar.

—Estos tres pequeños cerditos han estado muy unidos desde hace mucho tiempo, como sabemos; se apoyan y… se sostienen de la barbilla, por así decirlo. Porque cada uno de ellos *sabe* que los otros dos *saben* cosas que el público *no debe conocer*. Cada uno también *sabe* lo que le *debe* a los otros dos. Así, se establece entre ellos una verdadera omertá —la ley del silencio—. Se guarda estrictamente el secreto sobre este nuevo capítulo escabroso que se desarrolla en total intimidad en Sugar Island, aquí mismo, en esta residencia donde pisan sus pies, ¡señores y señoras! Aislados del resto del mundo, en una propiedad privada perteneciente a Mason Lake. Una isla, además, adquirida a precio de ganga por Lake gracias al discreto apoyo del alcalde Martineau, quien firmó oficialmente el acta de venta —¿recuerdan que mencioné un delito de información privilegiada hace un momento?— para permitir que su amigo de la universidad se convirtiera en el único propietario. ¿Un acto generoso, dirán ustedes? No tanto. Digamos más bien un doy por recibir. Porque, unos años antes, este mismo Martineau debía su

elección como alcalde al apoyo político y financiero de Mason Lake, quien no dudaba en aquel entonces en repartir a los votantes generosos fardos de billetes verdes, incitándolos abundantemente a rellenar las urnas a favor de su amigo. *¡Te agarro, tú me agarras, por la barbilla, y el primero de nosotros que chivatee… recibirá una bala en la cabeza!* —canta de repente Cynthia, con una amplia sonrisa en los labios—. O más bien, si me fío de las noticias locales, tres balas en el pecho —añade, haciendo referencia al asesinato de la noche anterior.

—Infame —se burla el policía.

—Y, lamentablemente, cierto. Esperen, ¿y el tercer cerdito, entonces? ¡Sí, usted, Patterson! Pues bien, este cerdo debe su puesto de jefe de la policía de Greenville al propio Victor Martineau —puesto que lógicamente habría correspondido al actual teniente Shana Davidoff con motivo de la jubilación del exjefe Barry Fenton, ambos presentes aquel día—, y lo obtuvo gracias al apoyo del mismo Victor Martineau. Todo queda cerrado. ¡Todos se tienen agarrados… por los huevos!

A partir de ese momento, nadie dice ni mu. Todos estamos pendientes de los labios de Cynthia Favor, de su apasionante relato y de la amenaza del doble cañón de su Winchester.

—Por fin, último capítulo de este cuento de los tiempos modernos: el verano de 2017. Ya saben a qué me refiero… Una de las tres adolescentes apenas púberes, abusadas cinco años antes, desaparece en circunstancias misteriosas, de las cuales hablaremos más adelante, si ustedes quieren. Y aunque no quieran; soy yo quien narra, así que hago lo que quiero. Este nuevo drama provoca la mudanza definitiva —¿se puede hablar de huida?— de Mason y Janet Lake hacia Florida y la venta de su casa en West Cove Point. Es entonces cuando se descubren fotos de las fiestas de 2012… sustraídas por el actual jefe de policía, usted mismo, Patterson. ¿Cómo no desear hacer desaparecer pruebas tan comprometedoras? Del mismo modo, ¿cómo no desear sabotear la investigación que usted dirigía sobre la desaparición de Veronika, ya que esto eliminaba *de facto* a una de las víctimas de sus atrocidades? Veronika desaparecida era para usted una garantía de silencio.

—Mentiras infundadas —niega Patterson, con el índice crispado sobre el gatillo de su pistola.

—Veremos eso —insiste Cynthia. —Vamos, pronto terminaré mi historia y veremos qué le queda para defenderse, Patterson. El último acto de esta historia de amistad de larga data entre tres estudiantes de la Universidad de Maine comienza apenas hace unos días. Una periodista especialista en casos de desapariciones inexplicables, Karen Blackstone, también presente aquí, se instala en Greenville y comienza a remover el lodo del pasado. Interroga a la gente, es más o menos bien recibida, descubre algunas cosas, deduce otras, y todo ello hace que ciertas personas se agiten. Es un poco como el juego de dominó: cuando empujas una ficha, las siguientes caen a su vez. Y resulta que Mason y Janet Lake son arrestados y confiesan. Y usted, Patterson, comienza a temblar por su suerte. Al igual que Martineau. El alcalde, tal vez el más débil de los tres, intenta ponerse del lado de los justos, confesar a su vez y revelar toda la verdad. Usted y él mantienen una conversación tempestuosa por teléfono —testigos están presentes para confirmarlo— y, subsecuentemente, Martineau es abatido unas horas más tarde al salir del Ayuntamiento… ¿Casualidad? ¿Mala suerte? *Tss, tss, tss* —repite la joven. —Un amigo tras las rejas, otro en el país de los muertos, solo queda un ladrón en la feria, usted, Robert Patterson, ¡a quien declaro cómplice y culpable de todos los actos mencionados!

Un momento de estupor planea en la sala al término presunto de esta confrontación en la villa de Sugar Island, pero el silencio se rompe de pronto con las carcajadas, semejantes a las de una hiena, del jefe Patterson, quien, a punto de ahogarse, declara:

—¡Usted no tiene la menor maldita prueba del cúmulo de mentiras que acaba de soltar, Favor! ¡Ni la menor prueba!

—No hacen falta pruebas, Patterson. Bastan confesiones y testimonios.

—¿Y de dónde provendrían tales testimonios? ¿De dónde saca usted ese relato tan conmovedor?

Una voz responde en lugar de Cynthia, proveniente del pasillo de la planta alta:

—De mí, Patterson.

Detrás de la joven aparece un hombre, que también sostiene una escopeta de caza. Ese hombre no es otro que el invitado sorpresa de Greenville, el autoproclamado Brandon Lake.

—¿Quién es usted? —gruñe Patterson.

—¡Un enemigo que no le desea nada bueno, basura!

Dicho esto, encara su fusil, inclina la cabeza hacia la mira y sus dedos se crispan en la cola del gatillo.

En un movimiento casi simultáneo, Patterson extiende su brazo armado hacia el recién llegado y aprieta el dedo sobre el disparador.

De muchas bocas, incluida la mía, brotan gritos de "¡No!", "¡Alto!", "¡Deténganse!" y "¡Al suelo!".

Y dos disparos estallan.

Un grito nos desgarra los tímpanos.

72
EFLUVIOS DEL MIEDO

La escena queda inmóvil durante unos segundos, como una instantánea fotográfica. El olor de la pólvora se mezcla con los efluvios del miedo y la tensión nerviosa. Reina el silencio, incluso Clever permanece con la boca abierta, incapaz de ladrar. Todos se miran, se examinan unos a otros, con los ojos desorbitados.

De repente, Bob Patterson se desploma en los primeros peldaños de la escalera, soltando su pistola que rebota por el suelo de la sala. Con la mano izquierda sostiene la derecha, ensangrentada y temblorosa.

A mi izquierda, distingo con el rabillo del ojo a Shana Davidoff, aún en posición de tiro, con su arma apuntando a su superior jerárquico.

—Maxwell, Carrington —ordena a los agentes de patrulla—, avisen de inmediato a urgencias. Hagan venir un helicóptero para evacuar a Bob.

—¡A sus órdenes, teniente!

El jefe se retuerce en el suelo, gimiendo, maldiciendo, sufriendo, mascullando entre dientes:

—Malditos desgraciados de mierda…

Luego pierde el conocimiento.

Shana Davidoff se inclina para recoger la pistola de su jefe y la asegura bajo el cinturón de su uniforme.

En el piso superior, los dos individuos, Cynthia Favor y Brandon Lake, han bajado las armas pero no muestran intención de entregarse a la policía. ¿Por qué lo harían, después de todo? Ninguno de los dos disparó. La primera detonación provenía del arma de Patterson, cuyo impacto se ve claramente en la pared, justo por encima del hombro de Brandon. El segundo disparo fue hecho por la teniente que, por reflejo, quiso evitar lo peor desarmando a su superior, consumido por el odio.

—Va a hacer falta que nos expliquemos con calma, ahora —dice dirigiéndose a los dos jóvenes—. Pero antes, me gustaría que todos dejaran sus armas, ¿de acuerdo? Que hablemos como adultos responsables y pacíficos…

Cynthia y Brandon se miran, evaluando la propuesta de la nueva responsable de operaciones.

—Todos, incluido usted… —replica el joven con voz apagada.

—No hay problema —asiente Davidoff levantando los brazos en el aire, su pistola en la mano, para luego depositarla lentamente sobre la mesa baja de la sala, detrás de ella. Hace lo mismo con la de Patterson—. Ahora les toca a ustedes —los invita con tono sereno.

Ellos obedecen tras unos segundos de duda, comprendiendo que nadie tiene nada que ganar si siguen jugando a los pistoleros. El objetivo principal de la puesta en escena de los dos jóvenes ha sido llevado a su término, a saber, la neutralización del último de los tres depredadores sexuales que es Patterson.

Cuando empezamos a subir los escalones hacia Cynthia y Brandon, este último nos detiene con un gesto, las palmas abiertas hacia nosotros.

—Un minuto —dice el barbudo—. No suben todos…

—Ya basta con esas condiciones —interviene Shana.

—No, no. Con el debido respeto, teniente Davidoff, sabemos que está de nuestro lado y le agradecemos todo lo que ya ha hecho por nosotros y por la justicia, pero necesitamos confiarnos… digamos… en petit comité. Lo que tenemos que revelar ahora no se grita a los

cuatro vientos. Se sabrá y se repetirá oficialmente a su debido tiempo, eso se lo prometemos. Pero, por ahora, solo quisiéramos charlar con… Tommy, porque es Tommy, simplemente… y con Karen, porque le debemos estar aquí, en este instante.

Shana se detiene en el cuarto escalón, tuerce la boca, vacila y luego nos mira a Malone, Fenton y a mí, que cerramos la marcha. Barry le hace un gesto con la cabeza y retrocede, invitándola a seguirlo.

—Por favor —prosigue el joven desde lo alto de la escalera.

—Ok —cede la teniente Davidoff.

Tommy y yo subimos los últimos escalones y nos reunimos con Favor y Lake en el rellano del piso. Ellos dan media vuelta y nos invitan a seguirlos. Comprendo de inmediato a dónde desean aislarse. En el dormitorio-santuario de Brandon Lake.

Cynthia pasa al frente y enciende la lámpara del techo. Entramos uno detrás del otro, con la cabeza baja, como en un entierro. Todo está tal como lo descubrí hace más de una semana: la cama de niño, el papel tapiz, los visillos estampados, los juguetes y la alfombra con motivos de Disney sobre la que se sientan con las piernas cruzadas los dos jóvenes. Los imitamos, formando una especie de ronda infantil, como listos para jugar al pañuelo o al cartero. Tengo la sensación de que, sin avisar, uno u otro se levantará y dará vueltas a nuestro alrededor tarareando.

"El cartero no ha pasado,
pasará mañana por la mañana,
lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado, domingo."

…y depositar discretamente el pañuelo detrás de la espalda de uno de nosotros.

Por supuesto, nada de eso sucede, pero, a veces, la imaginación asociada a un lugar despierta en nosotros pensamientos realmente curiosos.

Mientras intento apartar esa idea de mi cabeza, escucho a Tommy preguntar:

—¿Por qué estamos aquí, los cuatro? ¿Qué es este circo? Carajo, Cynthia, da miedo… la última vez que nos vimos, tú y yo, fue aquí, en Sugar, hace cinco años… justo al borde de la playa, cerca del muelle. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo, Tommy. Incluso nos habíamos peleado un poco, ¿no?

—Sí, qué forma más rara de despedirse.

Observo al barbudo, testigo de esta conversación, y le encuentro un aire ambiguo, la mirada preocupada, los rasgos tensos. Intervengo:

—¿Puedo saber cómo y por qué llegan precisamente aquí y ahora?

—Es por tu culpa, Karen, o gracias a ti —me informa Brandon—. Digamos que tu llegada a Greenville no hizo más que acelerar nuestra venida. Era algo que teníamos en mente desde hace mucho tiempo, pero no nos atrevíamos a poner en práctica. Cuando supimos que alguien quería reabrir la investigación sobre la desaparición de Veronika para entender las razones y circunstancias, lo vimos como una señal del destino.

Dicho esto, el hombre toma la mano de Cynthia, que estaba apoyada junto a ella sobre la alfombra. Sus dedos se entrelazan con ternura. Veo a Tommy balancearse de un lado a otro junto a mí. Cynthia precisa:

—En realidad, el teléfono descompuesto funcionó. Ustedes contactaron a Tommy, luego a Alvin, Paul, Carlos, Dorothy… Nos enteramos de la existencia de su investigación a través de uno de ellos. Después, leímos los artículos que publicó su revista, obtuvimos sus datos de contacto, el nombre del hotel donde se alojó, etc. Y ahora estamos aquí.

—¿Están juntos? —pregunta Tom Malone.

Ambos asienten con la cabeza al mismo tiempo, en un gesto conmovedor.

—Estamos juntos, Tommy —responde el hombre suavemente—. Estamos juntos…

Los ojos de Tommy se entrecierran, como si quisiera descubrir la identidad del barbudo. Tengo la impresión de que está a punto de

lanzarse sobre él para arrancarle lo que cree que es una barba postiza. En lugar de eso, se limita a preguntar:

—¡Vaya, amigo!, ¿quién eres? No entendí toda la historia, ¿o qué? Ok, Brandon Lake no estaría muerto, lo que explica por qué Karen nunca pudo encontrar un aviso de defunción oficial. Está claro, lo admito. Pero parece que desde el ataque del perro, quedó en estado vegetal, en un centro especializado, con enfermeras que le cambian los pañales varias veces al día… Así que, carajo amigo, no me hagas creer que eres ese tipo. Ni a mí ni a nadie más. O nos han vuelto a mentir en algún lugar… ¡Y ya basta, carajo, de todas estas mentiras y secretos! ¡Quisiera conocer la maldita verdad que nos han ocultado durante más de cinco años, carajo!

Tommy empieza a levantarse y yo lo detengo por el hombro mientras el falso Brandon declara con voz clara:

—Siéntate, Tommy. Vas a conocer la verdad. Y para empezar, tienes razón: no soy Brandon Lake.

—¿Quién eres, entonces?

—Lo sabrás pronto.

73

CON CERTEZA

Sentados en círculo o más bien en cuadrado, uno en cada esquina, Cynthia Favor, aquel-que-no-es-Brandon-Lake, Tom Malone y yo nos escrutamos, expectantes ante las declaraciones esenciales que no tardarán en surgir.

—¿Es usted un allegado de los Lake? —pregunto con tono calmado, tras el arrebato de Tommy, ahora frunciendo el ceño.

—Se puede decir eso, sí. Pero no tengo nada en común con su banda de depravados, créame.

—No lo dudo. ¿Puede decirnos su nombre?

—Sí, puedo. Pero no ahora. ¿No hay acaso asuntos más importantes que querrían aclarar? Por ejemplo, saber qué le pasó realmente a Veronika Lake…

—¿Porque usted lo sabe? —exclamo.

—Sin ninguna duda. Y para ser aún más claro: con certeza.

—¿Porque fue testigo?

El hombre dirige una mirada hacia la joven a su lado:

—Mejor que eso. Porque Cynthia y yo organizamos personalmente su desaparición…

Por un momento, mi mandíbula casi se desencaja. Mi cerebro se acelera y pregunto:

—¿Veronika Lake está viva?

Cynthia asiente, con una primera sonrisa en los labios.

—¿Dónde está? —quiere saber Tommy.

—No muy lejos —responde el joven—. Por ahora, espera, aguardando el momento adecuado para hacer su entrada, su… reaparición…

Cynthia continúa, sin dejarnos tiempo para digerir este giro dramático:

—Esto es lo que realmente ocurrió aquella noche de agosto de 2017…



Verano 2017, *Sugar Island*.

La luna dejaba caer su brillo blanquecino sobre el bosque de Sugar Island, bañando las sombras con una luz suave, apacible. Detrás de ellas, los altavoces instalados alrededor de la piscina de la villa lanzaban sonidos entrecortados, violentos, inútiles a esas horas avanzadas de la noche. En todo caso, Cynthia y Veronika, que caminaban arrastrando los pies hacia la cala frente a Lily Bay, ya no soportaban aquel estruendo. Necesitaban estar a solas, cara a cara. Tomadas de la mano, las dos jóvenes se dirigieron hacia la pequeña playa de arena.

—¿Te sientes lista? —preguntó Cynthia. —¿Estás segura de ti misma?

—Más que nunca —respondió Veronika. —Estoy harta de todo esto, no puedo más. Ya es realmente hora de que tomemos las cosas en nuestras manos. Quiero cambiar, y el cambio es ahora. ¿Y tú, Cynthia, sigues con ganas?

—Te seguiré a donde vayas, Veronika.

—Vendrás rápido, ¿eh? ¿No me vas a dejar?

—Deja de asustarte así, Vero. Estamos de acuerdo, las dos. Nuestra decisión está tomada, es ahora o nunca. Cuanto más pensamos, menos nos decidimos a dar el paso. ¡Por supuesto que

nos vamos a reunir, tonta! Lo tenemos todo planeado, todo organizado. ¿Ves ese grano de arena?

La joven se agachó para recogerlo y continuó:

—No es ese grano de arena el que va a estropear nuestro plan, ¿vale? Ni él ni nadie más.

—Tienes razón. Perdóname por asustarme así. Lo que hacemos no es poca cosa… Pero… ¿no crees que sería más justo poner a los demás al corriente?

—¿Estás loca o qué? ¿Para que arruinen nuestro plan? ¿Que lo cuenten todo y que ya no puedas… desaparecer? Vamos, vete, ahora.

Las dos jóvenes avanzaron hasta la orilla, donde el lago vino a rozarles los dedos de los pies con un lento y tranquilo vaivén. No había olas esa noche sobre un Moosehead pacífico; el agua no estaba demasiado fría, condiciones ideales. Veronika se sumergió en el agua hasta las rodillas y se volvió hacia Cynthia, tomando sus manos entre las suyas, atrayéndola hacia ella. Muy cerca. Piel con piel a través del traje de baño, un escalofrío las recorrió. ¿De qué naturaleza era? ¿Miedo? ¿Frío? ¿Deseo? ¿Los tres juntos?

Sus rostros se acercaron y sus labios se unieron en un beso que mezclaba la pasión, el deseo, el miedo, la espera y la esperanza de un futuro en calma.

Luego, Veronika se separó de Cynthia lentamente, se volvió hacia el horizonte, avanzó paso a paso en el agua del lago hasta la altura del pecho y comenzó a nadar.

Sentada en la orilla, con la mirada fija en Lily Bay, Cynthia veía alejarse a su amiga, brazada tras brazada. Veronika era buena nadadora, ese no era el problema. Pronto, la claridad de la luna gibosa ya no le permitió distinguir a la joven, pero Cynthia permaneció allí, largos minutos, quizá una hora; había perdido la noción del tiempo. Esperaba con todas sus fuerzas que Veronika lograra alcanzar la orilla de enfrente, a apenas medio kilómetro de distancia. No era cosa del otro mundo…

De repente, percibió unos pasos detrás de ella, que provenían de la villa. Se volvió y vio aparecer una silueta que reconoció de inmediato. Suspiró.

—¿Cynthia? ¡Ah! Carajo, ahí estás… ¿No has visto a Veronika?

Tom Malone, con una cerveza en la mano izquierda, se echó nerviosamente hacia atrás el mechón graso que le caía sobre la frente mientras llegaba, en pánico, hasta ella.

—No, desde hace ya una buena media hora —respondió la joven al chico visiblemente ebrio—. ¿Por qué? Pensaba que estaba contigo.

—Sí, estaba, claro. Pero se largó.

Cynthia negó con la cabeza con gesto de comprensión.



Tom Malone no da crédito a lo que oye y lo deja claro:

—¡Bien que se han estado burlando de mí, las dos! —gruñe, sentado sobre la alfombra del cuarto infantil de la villa—. ¡Dos malditas zorras, unas putas comecoños, eh! ¿Así que fueron ustedes a las que Alvin sorprendió pasándosela bien en la habitación, aquella noche?

—Te lo suplico, Tommy, —suplica Cynthia. —Puedo comprender tu enojo. Pero no teníamos otra opción.

—No sabes todo sobre Veronika, —agrega el hombre barbudo. —Hay toda una parte de su personalidad que nunca te ha revelado.

—¿Y tú qué sabes, maldita sea? —se enfada Tom. —¿Quién eres tú para conocerla mejor que yo? ¿Vas a terminar por decirnos, sí o no, maldita sea?

Lo veo erguirse, furioso, colocándose frente al desconocido de barba castaña.

—Tom… No haga tonterías, trato de razonar con usted. Déjelos explicarse.

Se vuelve evidente que la tensión ha subido un nivel mientras el hombre también se pone de pie, desafiando a Malone, casi cara a cara.

Pero lo que sigue nos deja completamente atónitos.

El desconocido se da la vuelta, mostrándonos su espalda y, con una de sus manos, levanta la parte inferior de su suéter y su camiseta, y con la otra, baja un poco el cinturón de su pantalón.

¡Creo sinceramente que nunca he experimentado una sorpresa mayor en toda mi vida!

La porción de piel desnuda que se revela tiene una marca de nacimiento imposible de no reconocer…

—Veronika… —susurra Tommy, quien también la ha identificado.

74

DISFRAZ

Tras la exclamación de Tom Malone al ver la marca de nacimiento de Veronika – claramente identificable, esa misma marca que había reconocido en las fotos de ella en bikini que él me había enviado y en aquellas, más atroces, de las fiestas pedófilas –, todos permanecemos en un mismo estado de aturdimiento. Aunque sospechábamos algo, la evidencia evidente de su identidad nos deja sin palabras durante unos interminables segundos.

La *Veronika barbuda* deja caer su suéter sobre la mancha marrón que cubre sus riñones, se da vuelta, con el rostro arrugado y lágrimas gruesas cayendo por él.

—Lo siento, Tom, si supieras cuánto lo siento…

Él – ella, evidentemente – toma las manos de Tom entre las suyas y las aprieta fuerte. Lo atrae hacia sí, apoya su frente contra la de él y permanecen así, frente a frente, unos minutos sin decir nada, con los ojos húmedos y el corazón latiendo, estoy segura. Cynthia y yo nos convertimos en testigos mudos de esta escena conmovedora y un tanto incongruente entre dos hombres que, cinco años antes, formaban una pareja heterosexual. Es Tommy quien rompe su abrazo, se aparta y propone:

—Bueno, Veronika, ¿y si te quitaras el disfraz?

—¿Qué disfraz, Tommy?

—Pues, la barba postiza – súper realista, bravo –, tu ropa de chico, todo eso, vamos.

—Entiendo que te cueste asimilar toda la historia, Tommy — susurra Veronika. —No lo has entendido bien… Para ti, probablemente sigo siendo Veronika, pero… ¡Veronika ha desaparecido, Tom! Veronika ya no está en este mundo. Ahora soy un hombre…

—¡Tonterías! — insiste Malone. —¿Pero qué estás diciendo, mierda? ¿Cómo pudiste hacer eso?

—¿Quieres decir cambiar de sexo?

—Sí, quiero entender eso. ¿Por qué? ¿Cómo?

—Voy a intentar explicártelo. Sentémonos.

En ese instante, el ruido inconfundible de las hélices de un helicóptero se deja oír sobre la villa, seguido de inmediato por la luz de un potente proyector que se filtra a través de la persiana del dormitorio. Sin duda, está ahí para proceder a la evacuación de Patterson.

Veronika inspira profundamente y se lanza en su explicación.

—Para que las cosas queden claras —empieza—, debes saber que siempre sentí, en lo más profundo de mí y, sin duda, primero de manera inconsciente, que no estaba del todo en el cuerpo correcto, en la piel correcta ni —y eso es lo más importante— bajo la identidad correcta. Más que un cambio de sexo, que resulta casi accesorio, se trata, ante todo, de un cambio de identidad. Algunos me calificarían de transgénero. Yo tiendo más bien a definirme como transidentitario. Es más, a partir de ahora, agradecería que me llamen por mi nuevo nombre… Virgil… Eso es, soy "él" y ya no "ella".

—Virgil… —repite maquinalmente Malone—. Hace pensar en virginidad.

—Es bastante acertado, Tommy. De hecho, eso mismo fue lo que motivó mi elección de nombre, fíjate. Porque me siento virgen. Soy un hombre nuevo.

—¿Virgil cómo?

—Virgil Favor —suspira el nuevo hombre, posando los ojos en Cynthia.

Tommy asiente con la cabeza, completamente abatido.

—Nos casamos el año pasado —precisa Cynthia, levantando la mano cuyo dedo anular luce un aro de oro.

Observo una alianza idéntica en la mano de Virgil, detalle que hasta entonces se me había escapado.

Para romper ese instante de incomodidad, *Veronika-Virgil* prosigue el relato de su transidentidad:

—Comprendí, antes de 2017, que no me *convertiría* en hombre porque, en el fondo, ya lo era. Pienso que es algo innato, enterrado en los genes. Estoy convencido, hoy en día, de que mi destino estaba sellado desde antes de mi nacimiento. Luego, es la experiencia, lo vivido y los accidentes de la vida lo que desencadena la necesidad de mudar de piel. Como una serpiente, ¿ven? Y, como ambos saben, en lo que respecta a accidentes de la vida, tuve de sobra… El que le ocurrió a mi hermano Brandon, cuando nuestra madre estaba embarazada de mí, postrada e incapaz de moverse a causa de su vientre prominente, e incapaz, por lo tanto, de intervenir para evitar la tragedia, me condenó desde aquel mismo día, cuando ni siquiera había venido al mundo. Juzgado, condenado sin poder defenderme. Sé que mis padres, sobre todo mi madre, me atribuyeron la responsabilidad de la casi muerte de mi hermano mayor, ese muchacho que lo era todo para ellos… Crecí como una hija no deseada, mal querida, rechazada por unos padres hinchados de amargura. Esa fue la primera piedra en el edificio de mi deseo de dejar de ser aquella que los genes habían trazado para mí.

Cynthia, Tommy y yo no decimos ni una palabra, conscientes de que Virgil necesita liberar su palabra, tanto para explicarnos como para entenderse a sí mismo. Por mi parte, me doy cuenta de que poco a poco consigo concebirlo/a en masculino.

—Más adelante, desde muy pequeño, y las pocas fotos que hay de mí de niño lo atestiguan, mis padres creyeron conveniente "disfrazarme" como ese hijo que habían perdido. Cabello corto, ropa mixta, juguetes de niño, ni una sola muñeca. No quiero entrar en estereotipos de género, pero era llamativo, de todas formas. En su defecto, me criaron como un Brandon de reemplazo, un *Brandon-bis*. Comprendan que, en tales condiciones, no es fácil construirse… ¡una identidad!

Asentimos simultáneamente con un gesto de cabeza.

—Pero eso no era nada comparado con lo que me esperaba después. Al no permitirme desarrollarme normalmente, tuvieron que terminar *destruyéndome*. Hacia los doce años, cuando las hormonas comenzaron a hacer su trabajo, contrariando los planes odiosos de mis padres, moldeando mis caderas más anchas, un pecho que empezaba a notarse, y rasgos faciales finos y femeninos, el niño de reemplazo empezó a desvanecerse, a escapárseles. Esto sin contar con la imaginación feroz de mi padre y de… sus amigos, Patterson y Martineau. La continuación, ustedes la conocen por haberla visto en imágenes, ¿verdad? No hace falta añadir más, salvo que, simbólicamente, pasaba del estatus de *niño de reemplazo* al de *niña-objeto*. Objeto de la depravación sexual de mi padre y de sus amigos, tan repugnantes como él. Así como de la cobardía, ignorancia o complicidad de sus esposas. Pueden imaginar entonces el asco que desarrollé hacia ese cuerpo de mujer que se estaba formando y que se explotaba como carne para pedófilos. Sí, un verdadero asco hacia ese cuerpo y, por extensión, hacia mí mismo. Me horrorizaba a mí mismo, me culpaba de ser fruto de la tentación. Unos años más tarde, cuando me encontraba desnudo frente a un chico —tú lo sabes, mi pobre Tommy—, sentía tanta vergüenza y asco de mí mismo que no podía soportar el más mínimo contacto íntimo…

Veo a Tommy asentir con la cabeza, comprensivo.

—En ese momento sentí la necesidad de transformarme —continúa Virgil. —De hacer desaparecer esa identidad que no era la mía, ese envoltorio corporal en el que ya no quería vivir. Fue en esa época, hacia los dieciséis años, que inicié el lento proceso de la transidentidad. Mis ausencias cada vez más frecuentes, que me hacían perder algunas clases en la preparatoria, las dedicaba a citas médicas en Portland. Primero, para entrevistas con un psicólogo, el doctor Verril, porque no se cambia de identidad, de cuerpo, de sexo tan fácilmente, con un simple chasquido de dedos. Hay que prepararse mentalmente antes de las etapas médicas y legales…

—¿Por qué nunca me lo contaste? —lamenta Tommy, con la voz quebrada por la emoción.

—Era mi secreto. Y, por otro lado, curiosamente, todavía sentía atracción por ti, Tommy. Te amé, a mi manera. Pero poco a poco aceleré el proceso. Pasé a la hormonoterapia masculinizante. Esta vez iba al hospital de Portland, para encontrarme con especialistas: endocrinólogos, anestesistas, cirujanos, urólogos… Como la mariposa, era tiempo para mí de dejar la etapa reptante de la larva y pasar a la crisálida. Necesitaba unos meses, incluso algunos años, para encerrarme en mi capullo y no reaparecer hasta más tarde, completamente metamorfoseado en una magnífica mariposa capaz de alzar el vuelo en la vida. Esta etapa comenzó en agosto de 2017… aquí mismo, en Sugar Island.

75
PLAN DE ESCAPE

El ruido de las hélices del helicóptero se vuelve a escuchar, esta vez alejándose de Sugar Island con, a bordo, el exjefe Patterson y el resto del equipo policial, a excepción de la teniente Shana Davidoff, que permaneció en la villa esperándonos.

En la habitación mausoleo de Brandon, Cynthia, Tommy y yo estamos pendientes de las palabras de Virgil, que nos cuenta su transformación.

—Los plazos para pasar de un cuerpo de mujer a un cuerpo de hombre son muy largos. Necesitaba desaparecer mucho tiempo y lejos para no regresar, en caso necesario, sino hasta ser realmente irreconocible. De hecho, no me reconocieron… Ni siquiera tú, Tommy, que me conocías tan bien. Deseaba borrar totalmente la existencia de Veronika Lake. Pero no se borra tan fácilmente una identidad ni un cuerpo. Es un trabajo de larga duración. No voy a entrar en detalles médicos y quirúrgicos, pero pueden imaginar que llevó tiempo moldear este cuerpo de hombre en el que vivo ahora. Esta voz más grave que escuchan, esta barba castaña que cubre mi rostro y estos pelos que adornan mis brazos, estos hombros más anchos, este pecho aplanado… todo eso puede requerir hasta cinco años de tratamientos hormonales prolongados y meticulosos con testosterona. Y no hablo de los… elementos ocultos, si saben a qué

me refiero —dice Virgil bromeando—, pero les aseguro que ahora soy un hombre completo, con todo el equipo… En fin, Veronika debía morir para que Virgil pudiera nacer. Por eso, junto con Cynthia, ideamos este plan de escape, cuya ejecución estaba prevista para el fin de semana del 26 y 27 de agosto de 2017, durante la fiesta.

—Todo estaba planeado —reacciona Tommy con voz temblorosa —. En secreto… ¿Por qué nunca me hablaste de todo esto, Dios mío? ¿Por qué me dejaste fuera de tus preocupaciones? Estábamos juntos, nos amábamos, a pesar de todo…

Virgil extiende una mano tranquilizadora hacia Tommy, quien, ahora que sabe que su antigua novia es un hombre, reacciona como dando un paso atrás ante este gesto amistoso.

—¡Eh! —reaccionó Virgil—. No he cambiado…

—Algo sí has cambiado…

—Por dentro, ahí, siempre he sido quien soy ahora. Y sí, te amaba, de un modo un poco particular, sin duda… En fin, no quería involucrarte en todo esto. Solo desaparecer para reaparecer mejor. Eso fue lo que hice, con la complicidad de Cynthia, aquella noche. La mañana del sábado, antes de nuestra partida en barco hacia Sugar, salimos los dos en dos coches. Dejamos uno en un estacionamiento al borde del bosque, cerca de Lily Bay. Escondí las llaves en la tapa del depósito de gasolina, también me había encargado de llenarlo. En la noche del sábado al domingo, llegué nadando a Lily Bay desde Sugar. Ya lo sabes, Tommy, siempre he sido buen nadador y había en total solo quinientos o seiscientos metros que cubrir. El agua era tranquila, la noche y la hora me ocultaban de las miradas indiscretas. En la playa de Lily Bay, también había escondido una mochila con ropa seca y una toalla de playa. Me sequé, me vestí y caminé hasta el coche. Recuperé las llaves de la tapa y encendí el motor. Confieso que, en ese instante, sentí una ola de emociones diversas. Miedo, arrepentimiento, ganas, alegría también, sobre todo esperanza. Y apreté el acelerador y me lancé en la dirección prevista. Había planificado el trayecto que debía conducirme hasta la frontera canadiense y la primera ciudad que encontrara por la ruta más rápida. En poco más de dos horas, estaba a salvo en Saint-Théophile, en la provincia de Quebec, a unos kilómetros después de

la frontera, que crucé sin problema. Debían de ser las cinco de la mañana, apenas despuntaba el día. Cynthia sabía que no debía dar la alerta antes de esa hora, para darme tiempo de huir antes de que la policía activara algún plan de búsqueda con retenes alrededor del lago y en la frontera. Todo funcionó a la perfección. Me instalé allá y esperé a que Cynthia me alcanzara. Allí continué, e incluso aceleré, mi transformación, tanto en el plano médico como en el legal, incluido el cambio de identidad. Ahora soy ciudadano canadiense con el nombre de Virgil Favor —resumió el joven—. Veronika Lake ha muerto, Virgil Favor es un hombre nuevo.

El relato de Virgil nos deja a todos en un estado algo letárgico. ¡Qué destino! pensé, antes de preguntar:

—¿Por qué han vuelto los dos ahora? ¿Por qué no se quedaron tranquilamente en Quebec?

—Porque, como le dije hace un momento, necesitaba borrar totalmente la pizarra y usted me ofreció la ocasión, Karen. Quizá, sin su investigación sobre el pasado, no habría encontrado la fuerza para volver.

—Debo hacerle la pregunta, en ese caso, porque la coincidencia me parece de una lógica aplastante. Virgil Favor, ¿fue usted quien abatió a Victor Martineau a la salida del Ayuntamiento? ¿Por haber abusado de usted algunos años antes?

Un momento de silencio se cierne entre nosotros antes de que él responda:

—Si me pregunta si me alegro de su muerte, la respuesta es sí. Si quiere saber si alguna vez pensé en hacerlo, la respuesta es sí. Si quiere saber si lo maté, la respuesta es no.

—¿Cynthia?

—Mi respuesta también es no.

—Entonces, ¿quién se cargó a ese desgraciado? —pregunta Tom Malone.

La respuesta nos llega, como por arte de magia, cuando tres golpes resuenan en la puerta de la habitación.

Por la abertura aparece el rostro de la teniente Davidoff.

76
RESULTADOS INCONTESTABLES

—¿Todo bien por aquí? —se disculpó Shana al entrar en la habitación de Brandon Lake—. Perdón por la molestia, pero acabo de recibir un mensaje de los servicios que realizaron la autopsia de Victor Martineau. La balística parece confirmar su teoría, jóvenes. Las balas extraídas del pecho del alcalde coinciden sin error posible con balas de un Sig-Sauer P226, el arma de servicio que usamos en la policía municipal de Greenville.

—Y, de hecho, el arma que utilizaba el jefe Patterson —prosigo.

—Exactamente. Lo que podría empeorar las cosas para él, sabiendo que tenemos en su contra: pruebas materiales, las fotos; un móvil, la necesidad de silenciar a Martineau; testimonios, el de la secretaria del ayuntamiento y los suyos; y ahora los resultados incontestables de los análisis científicos. Solo nos quedará comparar las balas encontradas en el cuerpo de Martineau con la que se disparó aquí, que saqué de la pared arriba de las escaleras. Creo que serán las mismas y demostrarán que fueron disparadas con la misma pistola… Patterson está perdido, al igual que Mason y Janet Lake, que están tras las rejas en Miami.

—El trío de cabrones pagó por sus crímenes —resumió Virgil Favor.

—Tendrán que explicarme todo esto —reclamó la teniente, frunciendo el ceño hacia Cynthia y Virgil.

—Así será —lo tranquilizó el joven de barba oscura.

Shana Davidoff salió de la habitación asintiendo con la cabeza y sus pasos resonaron en las escaleras. A nuestro turno, nos preparamos para dejar la habitación del niño Brandon Lake y cerrar definitivamente el capítulo del pasado cuando, al lanzar una última mirada a las paredes de la habitación, un detalle me llamó la atención, que quería aclarar:

—Ese póster de los Who —pregunté a los tres jóvenes—, ¿saben quién lo ha marcado con las palabras "*¿Quién mató a Brandon?*"?

—Soy yo —afirma Cynthia—. Unos días después de que los investigadores registraran el lugar, volví aquí, despegué el póster del escritorio y lo colgué en esta pared, añadiendo estas palabras.

—Lo que explica por qué no vi nada cuando entré en la habitación y tomé a Winnie para lanzarlo a la piscina después. Aún no habías tocado el póster —entiende Tommy.

—¿Pero con qué propósito? —me sorprendo.

—Fui yo quien le pidió que lo hiciera —interviene Virgil—. Presentía que, tarde o temprano, habría que sacudir el cocotero para que cayeran las nueces de la verdad. Pensé que un mensaje así, tan enigmático, podría hacer mover las cosas. Que tarde o temprano alguien terminaría volviendo aquí, descubriría la frase y comenzaría a investigar sobre esto y sobre todos esos asuntos que empañaban la vida de nuestra familia… ¿Y eso fue lo que pasó, no es así?

—Sin duda —confirmo—. Me lancé de lleno en la trama, es cierto. Pero por una buena causa.

Esta vez, salimos de la habitación uno tras otro. Virgil, el último, apaga la lámpara y cierra la puerta detrás de sí. Nos reunimos con la teniente Davidoff en la planta baja.

—Creo que ya no tenemos nada que hacer aquí —declara la policía.

Unos minutos más tarde, estamos instalados en la lancha de la policía municipal, de regreso hacia Greenville. Atrás, Virgil y Cynthia

comparten una manta, Tommy a su lado. Por mi parte, me mantengo junto a Shana, al frente de la embarcación. Barry, que se había quedado esperándonos en la villa, también nos acompaña. La noche es negra sobre nuestras cabezas y no pasa mucho tiempo antes de que Sugar Island desaparezca de nuestra vista en las profundidades oscuras del lago. Al otro lado, las luces de la ciudad se extienden a lo largo de la orilla, en la punta del lago Moosehead.



La noche estaba avanzada cuando llegué a mi cama en la Greenville Inn. Me sentía agotada, vacía, como cada vez que concluye una investigación en la que no he medido esfuerzos ni dedicado tiempo a otra cosa. La irrupción repentina de Virgil Lake precipitó los acontecimientos, y no es que me desagrade. Podré volver a casa, aunque nadie me espere allí, y darme algunos días de descanso antes de redactar mis artículos definitivos para Myrtille, quien, puedo imaginarlo ya, debería ejecutar la danza de la alegría cuando le cuente los entresijos del caso Veronika Lake.

Por ahora, me extiendo entre las sábanas bien calientes de mi cama y me duermo en cuestión de minutos, con la cara aplastada contra la almohada.

Hasta que una pesadilla me despierta de golpe a las cuatro de la mañana, empapada en sudor y con la mente nublada. Sucede a menudo, durante una investigación, que mi cerebro se confunda y mezcle todos los datos recogidos aquí y allá. Ese es el caso esta vez.

En ese sueño intenso, me encontraba de nuevo en Sugar Island, un lugar que no olvidaré tan pronto, lo presentía. Avanzaba lentamente entre los árboles frondosos de la isla, en dirección a la cala donde se hallaba la tumba de Brownie, el perro de los Lake, que durante mucho tiempo había creído que era la del niño Brandon. En mis pensamientos nocturnos, mientras me acercaba a la sepultura,

distinguí a un hombre de espaldas, encorvado sobre la tumba, una pala en la mano. De repente, pisé una rama seca y provoqué un crujido siniestro que hizo girarse al hombre cuya barba castaña delataba su identidad. Se trataba de Virgil Favor, a quien sorprendía mientras volvía a cubrir la tumba. No nos dirigimos la palabra, nos entendimos únicamente con miradas. Me acerqué al hoyo y él no me lo impidió. En el fondo, a medio cubrir por las paladas que acababa de lanzar, apareció ante mí el cuerpo sin vida de una joven. Sus piernas desaparecían bajo un montón de tierra, piedras y musgo amarronado, pero su torso desnudo y su rostro seguían visibles. Veronika Lake yacía en el fondo del agujero. Virgil continuó su trabajo de sepulturero, arrojando pala tras pala, cubriendo de manera metódica el cuerpo de Veronika. La simbología se me reveló con una evidencia implacable. No teníamos necesidad de mencionarlo. El tiempo deshilachándose de manera imprecisa en los sueños, unos segundos más tarde Virgil clavaba una cruz de madera sobre la tierra que acababa de apisonar con rabia bajo sus pies. En esa cruz figuraban las siguientes palabras:

Veronika Lake
2000-2017

77

CON TANTOS SÍ Y PEROS…

Por la mañana, decido quedarme unos días más en Greenville. El lugar resulta ser bastante agradable para una estancia turística.

Virgil y Cynthia, en cambio, quisieron regresar lo antes posible a Quebec. Esta ciudad está demasiado cargada de recuerdos dolorosos. Antes de eso, tenían planeado hacer una parada en Florida. Virgil, con quien mantendré contacto, me contaría unos días después el motivo de su visita.

La víspera, antes de separarnos en el muelle de la marina de Greenville, les revelé – para su gran sorpresa – que el verdadero Brandon Lake había sobrevivido y les comuniqué la dirección donde ha vivido durante años. Por si acaso…



***Coconut Grove, Miami*, noviembre de 2022.**

El centro para adultos con discapacidad de Coconut Grove era un edificio funcional, limpio y reciente, pero carecía del más mínimo encanto.

Virgil y Cynthia Favor recorrieron los pasillos del tercer piso, el de las estancias de larga duración, en dirección a la habitación 312, que les habían indicado las enfermeras en la recepción del piso.

Una etiqueta de papel deslizada bajo una cubierta de plástico junto a la puerta mencionaba el nombre del residente: Brandon Lake.

A Virgil se le encogío el corazón al ver ese nombre que había tomado ilegalmente, y golpeó contra el PVC de la puerta, aunque ésta estaba entreabierta. Nadie respondió. Empujó el batiente lentamente.

Un pasillo estrecho ocultaba la vista del interior de la habitación, a la derecha del cual una puerta daba al baño. Cerca de los pies de la cama, sólo aparecía un par de zapatillas al final de dos tobillos que sobresalían de un pijama verde.

Avanzaron un poco más y fueron descubriendo poco a poco unas rodillas, unos muslos, con las manos apoyadas sobre ellos, luego un torso y, finalmente, un rostro vacío, sin la menor expresión, colocado, así, sobre unos hombros caídos.

El joven canadiense tragó saliva al descubrir en lo que se había convertido su hermano mayor, al que nunca había tenido la oportunidad de conocer. ¿Habría sido Brandon de la misma calaña que el resto de la familia? ¿Un ser despreciable? ¿O bien, de haber llevado una vida normal, habría sufrido, como Veronika, las violencias psicológicas y físicas de sus padres? ¿Habrían podido los dos hijos Lake crecer como dos hermanos comunes y corrientes? ¿Llevándose como perros y gatos? Y, de ser así, ¿habría sido distinto el destino de Veronika? ¿La habrían aceptado sus padres? Con tantos *si* y *pero*s…

Cynthia, al notar la turbación de Virgil, apoyó su mano sobre su hombro, animándolo a acercarse un poco más hacia la silla de ruedas del joven de rostro inexpresivo.

—¿Brandon? —dijo Virgil.

Ninguna reacción. Ni el más mínimo movimiento de cejas, ni una comisura de labios que se estire, ni un ojo que brille de repente. Nada. Electroencefalograma plano. Un cascarón vacío.

—Soy… —Virgil vaciló un instante— tu… bueno, tu hermana… Veronika.

—Demasiado joven para haber guardado el menor recuerdo —moderó Cynthia.

—Lo sé bien… —suspiró Virgil—. Pero, caray, ¿cuántas vidas destruidas, desperdiciadas?

El joven habló así en voz baja durante unos instantes, mezclando pasado y presente, bajo la mirada de Brandon que, en ningún momento, reaccionó a palabra alguna.

Solo hubo un gruñido repentino de su parte. Un sonido ronco, salido del fondo de la garganta, como el rugido de una fiera. Luego Brandon inclinó la cabeza de lado, la mirada vacía, y un hilo de baba se deslizó por la comisura de sus labios. Cerró los ojos, la espuma en la boca. Virgil puso una mano sobre la de su hermano mayor, que no reaccionó más a ese contacto que a los estímulos visuales o auditivos. Un vegetal, les había dicho Karen. Virgil se preguntó con vergüenza si un pepino no percibiría mejor los estímulos.

—Sin duda un mal día —dijo Cynthia—. Vamos, vámonos.

—Un día como cualquier otro desde hace más de veinte años, en lo que a él respecta —supuso Virgil.

Salieron del centro para adultos con discapacidad y luego se dirigieron al aeropuerto de Miami antes de subirse al primer avión con destino al aeropuerto de Quebec.

~

Mi maleta está cargada en el maletero de mi querida Ford Ranchero. La lluvia mezclada con nieve ha dejado de caer sobre Greenville, tras haber depositado una fina capa de escarcha sobre las aceras. El paisaje se ha transformado en pocos días desde mi llegada. Siento como si hubiera vivido siglos en esta tierra perdida de Maine. Tantos eventos en tan pocos días, un concentrado de emociones que, pronto lo aprenderé, aún no ha terminado.

Mi teléfono vibra en el bolsillo de mi chaqueta. La teniente Davidoff.

—¿Karen? Le habla Shana. ¿No le molesto? ¿Sigue usted en Greenville?

—Estaba a punto de salir. Nunca me molesta.

—Quería compartirle una información. ¿Podemos tomar un café caliente en su cuartel habitual?

Diez minutos después, estamos sentadas, la teniente y yo, en un rincón de la *Dockside Tavern*. Me da gusto volver a ver a Charlène, la camarera que fue una de las primeras personas en darme pistas en mi búsqueda de la verdad. Es bueno ver una vez más su sonrisa mezclada con el masticar de su chicle.

Soplando sobre su café que sostiene entre las palmas de sus manos, Shana me informa:

—Acabo de hablar con el perito en balística del laboratorio de Portland sobre las balas encontradas en Martineau y la que estaba incrustada en la pared de la villa de Sugar Island. Nunca adivinará…

—¿Son diferentes?

—Caray, Karen, usted debería trabajar en la policía —bromea la teniente—. Qué bueno que haya un puesto vacante en Greenville, ¿no le interesa?

—No mucho, aunque supongo que será usted quien pronto asumirá el mando, ¿verdad?

—Eso parece, efectivamente. Soy la de mayor rango en el departamento, así que, por defecto, me convertiré en jefa. Ya lo soy de manera interina, mientras Greenville elige un nuevo alcalde.

—Mis más sinceras felicitaciones. Entonces, ¿esta historia de balística?

—Es bastante desconcertante, ya verá. Imagino que ya posee algunas nociones en el área, dado su oficio, pero permítame resumirle el principio. Sin duda sabe que cada arma de fuego, al igual que cada individuo en la Tierra, posee en cierto modo su propia huella, única e identificable, debida a múltiples factores de fabricación de cada una de las piezas que componen el arma. Especialmente a nivel del cañón. Este, en una pistola como las que usamos en el servicio, normalmente cuenta con estrías. Sin entrar en detalles, estas permiten que el proyectil adquiera velocidad dentro del cañón. En resumen, cuando la bala es propulsada a través de

este cañón, se cubre de mínimas estrías relacionadas con las ranuras. Estas serán, a su vez, únicas e identificables para cada pistola con la que se disparen. Ve por dónde quiero ir…

—Las estrías observadas en las municiones extraídas del pecho del alcalde no son las mismas que las halladas en la bala disparada por Patterson en la villa de los Lake… Por lo tanto, le dejo concluir que…

—Que muy probablemente no fue Patterson quien abatió a Martineau… Al menos, lo único cierto es que no lo mató con la misma pistola utilizada para disparar a Virgil y Cynthia en la villa. Debemos verificar si no poseía varias armas para poder concluir con certeza… De ser así, surgirá la pregunta de *quién* fue realmente quien abatió al alcalde de Greenville…

—La investigación continúa, digo asintiendo con la cabeza. Pero será sin mí. En cuanto al caso de Veronika Lake, su desaparición ha sido explicada; lo demás son daños colaterales. En cambio, sería bueno que me mantuvieran informada sobre el avance de su investigación.

—No lo olvidaré, Karen. Esta investigación también es un poco suya. Le debemos mucho. ¿Vuelve a su casa?

—Por costumbre, sí…

—¿Alguna próxima investigación en vista?

—Tal vez… Probablemente búsquedas más… personales, digo evasivamente antes de terminar mi café.

78

SABER FORZAR EL DESTINO

Me queda una persona por saludar antes de abandonar el condado de Piscataquis. Lo que me acaba de contar la teniente Davidoff, Barry Fenton probablemente ya lo sabe, pero tengo muchas ganas de conocer su opinión al respecto. Después de llamarlo para avisarle de mi próxima partida, lo encuentro en su casa.

Al entrar en la propiedad, lo veo detrás de los cristales de su veranda, allí donde habíamos descubierto juntos las fotos del USB, que ahora es evidencia debidamente registrada por la teniente en el voluminoso expediente sobre los Lake y compañía.

Me hace un pequeño gesto con la mano y viene a recibirme.

—Karen, es muy amable de su parte pasar a despedirse.

—Nos conocemos poco, pero sepa, Barry, que me ha gustado mucho conocerle. Gracias a usted, pude avanzar rápidamente en mis investigaciones.

—Trabajo en equipo. Lo extrañaba —sonríe, invitándome a sentarme—. ¿Un té, un café?

—Gracias, pero acabo de tomar uno con Shana en el *Dockside.* Me temo que si tomo otro estaré demasiado nerviosa para conducir.

—¿Su Ranchero no tiene piloto automático? —bromea Barry.

—Apenas tiene lo necesario: un motor, cuatro ruedas, un volante y dos pedales. Ya no está mal. ¿Quiere conocer su característica

especial?

—Le escucho.

—El aspecto afectivo. Cuando tengo su volante entre las manos, siento que vuelvo a ver a mi padre al volante, yo de niña en el asiento del copiloto, cuando me llevaba a las clases en el club de ponis.

—Nostalgia, cuando nos atrapa…

Unos instantes de silencio flotan sobre nosotros. Veo pasar a la esposa de Barry por el pasillo, nos saludamos y ella desaparece en el salón, al otro extremo de la casa. Una mujer discreta, de la que al final solo veré la sombra.

—¿Está al tanto de los resultados de la pericia balística? —pregunté.

—Shana también me informó, sí.

—¿Qué piensa al respecto?

Barry hace un gesto intrigante que no consigo interpretar. Luego responde finalmente:

—Los avances de la policía técnica y científica, hoy en día, hacen milagros. Y también la felicidad de los espectadores de muchas series. CSI esto, CSI aquello. Pronto, CSI Greenville…, —ironizó Fenton. —Supongo que a Shana le tomará algún tiempo descubrir la verdad sobre este asesinato. Tendrá que investigar a todos los poseedores de un Sig-Sauer P226 de la zona, quizá incluso ampliar la búsqueda a todo el condado… O bien archivar el caso por falta de pruebas suficientes. Un gran trabajo en perspectiva para la nueva jefa de policía de Greenville.

—¿Compartirá con ella su experiencia en ese cargo?

—Si es necesario… con mucho gusto. ¡Policía un día, policía siempre!

—¿Todos los policías municipales de Greenville poseen ese mismo modelo de pistola?

—Desde hace algunas décadas, sí. Ya en mi época, y creo que desde hace más de veinte años entre nosotros. Espere un momento.

Barry se levanta y desaparece por el pasillo detrás de él. Lo veo entrar en una habitación a su derecha donde permanece algunos minutos antes de salir. Regresa a la veranda, lleva la mano a la parte

trasera de su cinturón y, con un gesto teatral, deposita sobre la mesa, ante mis ojos, una pistola reluciente, como si la acabara de lustrar.

—¿Es una de esas?

El exjefe de la policía asiente gravemente varias veces.

—¿Tiene permiso de portación de armas? —continué.

—Lo tenía por defecto cuando estaba en funciones y lo renové al jubilarme. Me gusta practicar, de vez en cuando, el tiro deportivo. Cuestión de no perder la mano…

—Este modelo, ¿no es el mismo que tenía en su época? Supongo que tuvo que devolver su arma de servicio al jubilarse, ¿no?

—La administración no es infalible —señaló Barry, levantando una ceja y torciendo la boca en una extraña mueca.

—Quiere decir que… esa pistola…

—Ha entendido bien, Karen.

—¿Puedo? —digo, extendiendo la mano hacia el arma—. Nunca he sostenido una…

—Si yo fuese usted, evitaría dejar mis huellas en ella… Podría meterse en problemas considerables…

Abro los ojos asombrada mientras empiezo a comprender lo que el jubilado parece insinuar.

—Barry… Me da miedo entender… ¿Fue usted…?

Se instala entre nosotros un silencio incómodo que se prolonga.

—Supongo —responde finalmente— que si la balística analizara las estrías de las balas disparadas por esa arma…

— No puede ser… Barry. ¿Pero por qué?

—A veces hay que saber forzar el destino…

Lo fijo directamente a los ojos, manteniendo su mirada azul acero, que se empaña con una inclinación temblorosa.

—¿Me va a denunciar?

Niego con la cabeza, suspiro, me levanto, me dispongo a abandonar la veranda y me vuelvo, antes de soltar:

—Digamos que ha actuado por el bien público… Adiós, Barry. Usted es un buen tipo.

… DESDE HACE TANTO TIEMPO

Ellos eran tres.

Tres culpables.

Debían pagar por su crimen.

¿Han pagado?

He dejado Greenville ayer, dejando atrás una historia, vidas, rotas o reparadas.

Se abre un nuevo capítulo del gran libro de mi vida, a la espera del siguiente.

Más allá de las fronteras del condado de Piscataquis, debo y voy a seguir mi camino, avanzando como pueda.

Hasta la completa resolución del gran enigma de mi existencia. Ese signo de interrogación suspendido sobre mi cabeza desde el día fatal. La noche del drama que me marcó ad vitam aeternam.

Ahora sé un poco más sobre mi pasado. He recuperado la pista de aquel niño de la desgracia que tuve que abandonar al borde del camino, porque no era deseado, porque estaba marcado con el sello de la vergüenza, porque yo era demasiado joven, demasiado sola, demasiado todo y a la vez nada para sentirme madre, entonces.

La fecha, el sexo, el lugar parecen coincidir. Por fin he localizado el punto de partida, el punto cero, el extremo del hilo de este ovillo de lana que tendré que desenredar. Tengo la esperanza de que me

conduzca hasta él… mi hijo que hoy debe tener veinticuatro años. Si aún vive…

He buscado, indagado, rasgado y he encontrado.

Todos estos años no han sido en vano, ni estos últimos meses, durante los cuales he llenado estas páginas en blanco.

No hay nada como…

… unas palabras… para ayudar… a cicatrizar… mi culpa…, esa porquería que me carcome… desde hace tanto tiempo.



A la luz tenue de mi lámpara de escritorio, ya de vuelta en casa, cierro mi cuaderno negro sobre estas palabras llenas de esperanza.

Esas palabras que me ayudan a resistir el golpe, que garabateo algunas noches antes de dormirme para evacuar mis angustias y mis dudas, entre la toma diaria de mis medicamentos y el momento de apagar las luces.

El asunto de Veronika Lake para mí ha terminado. A partir de ahora me dedicaré a otro caso, que definiré con Myrtille Fairbanks, mi *boss* preferida. Es fácil: solo tengo una, ¡pero de las buenas! ¿Verdad, cariño?

Y, por supuesto, también tomarme tiempo para remontar el hilo de *mi* historia, de *mi desaparición*, esa que me toca el corazón y la carne desde hace veinticuatro años.

En busca del hijo perdido de Karen Blackstone…

¡Eso sería un bonito título de artículo para *True Crimes Mysteries*!

Pero esa es otra historia…

FIN

¿Y LO QUE SIGUE?

Si esta lectura les ha encantado, queridos lectores, y el pasado turbulento de nuestra periodista Karen Blackstone sigue siendo un misterio para todos nosotros, los invito a descubrir la continuación de esta serie estadounidense.

Una nueva investigación a la vez ardiente y helada, un verdadero rompecabezas para nuestra heroína…

El tomo 2 se titula QUIERO A MAMÁ.



Invierno de 2023, Missouri, EE. UU.

De noche, en una carretera nevada y desierta, una automovilista casi atropella a una niña solitaria que deambula por el arcén.

La pequeña, de apenas cuatro años, permanece acurrucada, muda. Solo tres palabras salen de su boca con voz monótona: **"**Quiero a mamá**"**.

Nadie sabe quién es ni de dónde viene.

Nadie la reclama…

Long Island, New Hampshire, EE. UU.

Karen Blackstone, periodista especialista de los **cold cases**, pocos meses después de haber resuelto el caso de *La desaparición de Veronika Lake*, se enfrentará esta vez a la impensable incógnita, la increíble verdad sobre esta… *aparición* no resuelta.

Una inmersión blanca en las pendientes resbaladizas de la oscuridad humana…

AGRADECIMIENTOS

Las últimas páginas de esta historia se van cerrando, para ustedes como para mí.

Se las dejé en custodia; cuídenlas como a la niña de sus ojos.

Una vez escrita la palabra FIN, dejó de estar bajo mi control. ¡Estas más de 96 000 palabras son de ustedes y solo de ustedes! Pueden haberlas amado. Tienen derecho a haberlas odiado. En un caso y en otro, quiero agradecerles por haberlas leído. Este será mi primer agradecimiento en esta lista. Según los casos, gracias por haberme descubierto con esta novela o gracias por su fidelidad durante varios años, novela tras novela; nuestra historia común se escribe título tras título.

Un agradecimiento especial a Sacha, que se reconocerá y sabrá por qué. Su testimonio me ha sido muy valioso y le presento todas mis disculpas si interpreté mal o transcribí de manera incorrecta sus consejos, a veces por una buena causa: la de la ficción, que exige de vez en cuando torcer la realidad. Como dice el adagio, *todo error no sería más que responsabilidad del autor*.

Gracias a mis lectoras iniciales habituales, Natacha (Señora T.), Magali, Sonia, Nadine, Marie-Chantal, Nanouchka, el Hada Pachier, Isabelle… Siempre presentes para apoyarme o darme un empujón cuando hace falta.

También deseo agradecer a Kelly Graphic, por su trabajo gráfico en la portada de esta novela. Ella sabe que probablemente soy su cliente más exigente, meticuloso e indeciso… Nuestras horas pasadas al teléfono dan testimonio de ello.

Gracias a Sophie Ruaud por sus correcciones minuciosas y sus sugerencias, muy a menudo acertadas. Una colaboración ya de… nueve novelas, si la cuenta no me falla.

Gracias también a Sophie Claire Diaz Espinosa por traducir esta novela con gran cuidado, fiel al texto original, al que añadió su muy apreciado toque personal. Espero que el resultado sea del agrado de mis lectores hispanohablantes.

Bueno, no me voy a extender durante horas en este ejercicio de agradecimientos que algunos de ustedes ni leen, mientras que otros disfrutan descubriendo algún que otro detalle indiscreto o guiño.

Solo quisiera invitarlos, si así lo desean, a valorar y comentar esta novela en los sitios de reseñas o en los portales donde la adquirieron; eso puede animar a otros lectores a descubrir mis escritos. La mejor publicidad para una novela no es otra que el boca a boca.